



UNSAM
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
SAN MARTÍN



Maestría en Ciencia Política

Tesis:

**La construcción de “la crisis” como objeto de los
discursos políticos (Argentina, 1999-2001)**

Mariana Noemí Cané Pastorutti

Director: Dr. Ricardo Hernán Martínez Mazzola

Co-Directora: Dra. Ana Soledad Montero

Abril 2018

La construcción de “la crisis” como objeto de los discursos políticos (Argentina, 1999-2001)

Agradecimientos.....	3
Introducción general.....	4
1. Capítulo 1 – Antecedentes, marco conceptual y metodología.....	10
1.1. <i>Antecedentes. Tres claves de lectura de “la crisis del 2001”</i>	11
1.2. <i>Marco conceptual y herramientas de análisis.</i>	27
1.3. <i>Metodología</i>	35
2. Capítulo 2 – La emergencia de las tópicas fiscalista y mercadointernista. Construcción política de la inevitabilidad y la puja por delinear una alternativa (diciembre 1999 – julio 2000).....	39
<i>Introducción</i>	39
2.1. <i>“El problema” del desempleo, su raíz fiscal y “la herencia”. El discurso de asunción de De la Rúa</i>	39
2.2. <i>Del “impuestazo” a la reforma laboral. La consolidación de las articulaciones tópicas fiscalista y mercadointernista</i>	50
2.2.1. <i>La tópica fiscalista: inevitabilidad y “oposición constructiva”</i>	51
2.2.2. <i>“El problema social” y “la crisis política”. Tópica asistencialista</i>	59
2.2.3. <i>La construcción de “la reforma laboral” y la “convertibilidad” como objetos de los discursos políticos</i>	67
2.2.4. <i>Los caminos alternativos de “la crisis”. La tópica mercadointernista.</i> 71	
2.3. <i>Recapitulación</i>	80
3. Capítulo 3 – Reformulaciones del topos del crecimiento y emergencia del topos del gasto. Desplazamientos y persistencias en las tópicas fiscalista y mercadointernista (fines de julio del 2000 - marzo 2001).....	82
<i>Introducción</i>	82
3.1. <i>El “diálogo político-social”. Realineamientos discursivos y el fin de la “oposición constructiva”</i>	83
3.2. <i>El episodio de los sobornos en el Senado. El debate por el “modelo”</i>	90
3.3. <i>El “plan de crecimiento” y “el blindaje”. La segunda etapa de la tópica fiscalista (octubre –diciembre 2000)</i>	102
3.3.1. <i>“La segunda etapa”: “el plan de crecimiento” y el fin de “la crisis política”</i>	103
3.3.2. <i>“El blindaje” y el fin del discurso de la inexorabilidad.</i>	118
3.4. <i>El fracaso del “shock de confianza”. Consolidación del topos del gasto (enero – marzo 2001)</i>	120
3.5. <i>Recapitulación</i>	128

4. Capítulo 4 – De “la reactivación” al “déficit cero”. La consolidación de la inevitabilidad (marzo – diciembre 2001).....	130
<i>Introducción</i>	130
4.1. “Reactivación”, “impuestazo”, “reactivación”. La primera etapa de la gestión Cavallo (fines de marzo – junio 2001)	130
4.1.1 El “plan heterodoxo” de Cavallo, entre “la reactivación” y la “profundización de la convertibilidad” (fines de marzo – fines de abril 2001).....	130
4.1.2. “La reactivación” fallida, el nuevo “impuestazo” y el “megacanje” (fines de abril – fines de mayo 2001).....	139
4.1.3. El “plan de reactivación” de junio y la “convertibilidad ampliada” (junio 2001)	145
4.2. “Gastar sólo lo que tenemos”: el triunfo la tópica fiscalista en el contexto del “déficit cero” (julio – noviembre 2001)	151
4.2.1. El “déficit cero” y el resurgimiento el topos del ahorro político	151
4.2.2. Más allá del “voto bronca”. Reforzamiento de la disputa por “el modelo”	161
4.3. ¿Un corolario “inevitable”? “El plan de la Argentina”, “el corralito” y la renuncia de De la Rúa.....	168
4.3.1. “El plan de la Argentina”. La última versión de la inevitabilidad	168
4.3.2. Epílogo. Diciembre de 2001.	173
4.4. Recapitulación.....	178
Conclusiones generales.....	179
Fuentes.....	189
Bibliografía.....	191

Agradecimientos

Al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), cuyo sistema de becas doctorales ha hecho posible la realización de esta tesis, pero que hoy atraviesa un proceso de preocupante retroceso que pone en jaque la construcción de un sistema nacional de ciencia y técnica público robusto, de calidad e inclusivo.

Al Instituto de Altos de Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de San Martín, que me ha acogido como becaria y me brinda cotidianamente condiciones académicas y laborales de excelencia.

Al equipo de la Cátedra Quevedo de la materia Sociología Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, de la cual fui estudiante y hoy formo parte como docente, porque allí se inició la senda de lecturas que dieron lugar a muchos de los interrogantes que subyacen a este trabajo.

A Ricardo H. Martínez Mazzola y a Ana Soledad Montero, director y co-directora de esta tesis, que acompañaron su desarrollo en cada etapa con dedicadas lecturas y sustantivos aportes, pero también con palabras de aliento y algún que otro empujoncito cuando el proceso se tornaba cuesta arriba.

A mis compañeros y compañeras de la Oficina 16, que todos los días hacen el trabajo un poco menos arduo, y a todos los integrantes del Seminario de Estudios Políticos (IDAES/UNSAM), equipo dirigido por Gerardo Aboy Carlés, por sus aportes.

A todos y todas las que me acompañaron a lo largo del proceso compartiendo un mate, una charla para distender, una *birra* recreativa, una jornada deportiva e, incluso, algún momento de silencio relajante.

A mis viejos, Noemí y Jorge, que están siempre, cada uno a su modo.

A mis amigas, Agus, Leti, Mai, Maru, Noe, Sol, Sol, Val y Vicky, mis hermanas por elección.

Y a Juan, mi compañero de vida.

Introducción general

En las elecciones presidenciales de 1999 la Alianza para el Trabajo, la Justicia y la Educación se hizo con el 48% de los votos, erigiendo a Fernando De la Rúa y Carlos ‘Chacho’ Álvarez como la fórmula ganadora. Cuando asumieron, el 10 de diciembre de 1999, la economía argentina estaba en recesión desde hacía un año¹, el producto registraba una caída del 3,8% respecto al año anterior, la demanda agregada estaba deprimida, el desempleo seguía su ruta ascendente, la sobrevaluación cambiaria dificultaba las exportaciones y los intereses de la deuda externa presionaban sobre el conjunto de la economía con cada vez más fuerza (Rapoport, 2005, pág. 916). La Argentina de principios de milenio era el resultado de casi veinticinco años de políticas de liberalización y apertura de los mercados financieros, privatización de empresas públicas, reformas estructurales del Estado y desmantelamiento de la estructura productiva que había caracterizado el modelo de sustitución de importaciones erigido desde mediados del siglo XX (Pucciarelli, A.; Castellani, A., 2014). Las políticas públicas de apertura, desindustrialización y reducción del Estado se habían iniciado con la última dictadura militar de 1976 y se profundizaron durante parte de los gobiernos posteriores al retorno a la democracia en 1983 (Pucciarelli, 2006; 2011). Luego del brote hiperinflacionario de 1989, las leyes de Reforma del Estado y de Emergencia Económica de ese mismo año, junto la Ley de Convertibilidad de 1991, construyeron un andamiaje legal que concretaba el arribo de las propuestas neoliberales de Consenso de Washington². Pero la convertibilidad se transformó en más que un sistema de paridad cambiaria entre el peso y el dólar; devino en una institución (Heredía, 2011) que estructuró durante diez años las relaciones entre actores políticos, sociales y económicos argentinos (y también extranjeros), sus prácticas y sus expectativas, a la vez que se asoció

¹ El Informe Económico N° 32 del Ministerio de Economía (disponible en: <https://www.economia.gob.ar/informe/informe32/introduccion.htm>) provee datos que van en la misma línea. Sin embargo, allí señala que el último trimestre de 1999 había arrojado una cierta mejoría en algunos indicadores, como un aumento del 0,1% del PIB y un alza del 1,2% en la industria manufacturera. Durante el periodo siguiente, casi todos los indicadores volvieron a desmejorar.

² Como señalan Castellani y Serrani (2011) el Consenso de Washington fue el nombre con el que se conoció al conjunto de “recomendaciones” de ciertos organismos internacionales, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Desde su perspectiva, “el estancamiento de las economías latinoamericanas se explica por la persistente intervención estatal sobre la actividad privada, que obstruye ‘las capacidades de las fuerzas del mercado’” (2011, pág. 298). Los procesos de reforma del Estado, privatización de empresas públicas y “desregulación” económica y financiera se enmarcaron en los preceptos derivados de él.

discursiva, y por ello, prácticamente, a la tan deseada “estabilidad”. La potencia productiva del “1 a 1” excedió lo estrictamente económico y monetario, para constituirse en un dispositivo institucional exitoso que “estructura[ba] las prácticas cotidianas, institu[ía] formas de organización [y] se [asentaba] finalmente en la inercia, la fuerza ‘natural’ de las cosas.” (2011, pág. 216)

Desde su conformación como coalición, la Alianza se declaró “resuelta a mantener la convertibilidad”, “como parte del esfuerzo por consolidar la estabilidad” (Carta a los Argentinos³, 10/08/1998). Y, en este sentido, los ejes de la campaña presidencial se vincularon a sostener la paridad cambiaria, “reducir de la evasión”, “eliminar la corrupción y el derroche en el gasto”, para lograr “el crecimiento con equidad” (Carta a los Argentinos, 10/08/1998). A partir de estos ejes, la Alianza surgida de la coalición entre la centenaria Unión Cívica Radical (UCR) y el novel Frente País Solidario (Frepasso), logró derrotar a la fórmula justicialista conformada por Eduardo Duhalde y Ramón ‘Palito’ Ortega, en la contienda por diferenciarse del menemismo que subyació a las elecciones de 1999.

Por un lado, el Partido Justicialista (PJ) llegó a esa instancia cargando con el desgaste de diez años de gestión menemista al frente del Poder Ejecutivo y con severos conflictos internos (sobre todo a raíz del enfrentamiento entre el presidente Menem y el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Eduardo Duhalde). Aunque cosechó sólo el 38% de los votos para la categoría de presidente y vicepresidente, el justicialismo se hizo con catorce gobernaciones provinciales (incluyendo las de las tres provincias “grandes”, Buenos Aires (Carlos Ruckauf), Santa Fe (Carlos Reutemann) y Córdoba (José Manuel De la Sota)) y la mayor parte de las bancas de senadores, lo que le otorgaba un rol crucial para la aprobación de cualquier ley. Sin embargo, la fórmula Duhalde-Ortega no fue eficaz al construirse como alternativa, es decir, como “el mejor cambio” (*spot* de campaña presidencial Duhalde-Ortega). El pasado menemista de ambos candidatos pesó más que la propuesta de “un nuevo

³ Este texto (con formato de misiva, dirigida a los “Compatriotas:”) marcó el origen de la Alianza para el Trabajo, la Justicia y la Educación y delineó sus principales ejes programáticos. La convertibilidad figuraba como el segundo punto del apartado “lo que se debe consolidar”; el primero rezaba: “La estabilidad de precios es una condición esencial de toda política económica que quiera mejorar la calidad de vida de los argentinos”. En el apartado “lo que hay que lograr” se detallaban dos aspectos (crecimiento sostenido y sustentable) que se resumían en un tercero, que constituyó el núcleo de la campaña presidencial y fue retomado a lo largo del gobierno: “crecimiento con equidad”.

modelo”⁴, aun a pesar de cierto tono de autocrítica que adoptaron algunas de sus intervenciones públicas⁵.

Por su parte, la Alianza ganó las elecciones de 1999 a partir de la construcción discursiva de una frontera política (Aboy Carlés, 2001) con un pasado que consideraba preciso dejar atrás, signado por “el déficit fiscal”, “la corrupción” y “la inequidad” (“de la capacidad de influir en las decisiones públicas por parte de los distintos grupos de interés” causada por “la concentración del poder económico” y “los mercados” (Carta a los Argentinos, 10/08/1998⁶)). Asimismo, la coalición amalgamó una diversidad de actores, dando forma a una estructura “difusa y heterogénea en la base, y centralizada en la cúpula, con algunos referentes fuertes” (Dikenstein, V.; Gené, M., 2014, pág. 37). Por un lado, el Frepaso⁷ carecía de una sólida organización y contaba con escaso desarrollo territorial, pero gozaba de gran exposición en los medios de comunicación y un fuerte liderazgo centrado en la figura de Carlos Álvarez. Por el otro, el radicalismo constituía un partido con una extensa tradición, fuerte organización territorial a nivel nacional y un alto grado de institucionalización; sin embargo, su popularidad se había visto afectada en gran parte por las secuelas que había dejado la hiperinflación bajo el gobierno de Alfonsín, pero también por el Pacto de Olivos que, establecido entre aquel y Menem

⁴ “Es la sustitución de un modelo agotado por un modelo nuevo. Un modelo con más producción, más desarrollo y más trabajo. Un nuevo modelo que vamos a poner en práctica desde el primer día de mi gobierno.” (*spot* de campaña presidencial Duhalde-Ortega)

⁵ “El modelo que hemos puesto en marcha en 1989 se ha agotado porque tiene éxito para lo que vino a resolver. Y ahora tenemos que plantear un nuevo modelo. Que yo reconozca los méritos de nuestro compañero presidente no quiere decir que esté de acuerdo en todo. No estamos clonados los peronistas para pensar todos igual. Yo no estoy de acuerdo, lo he dicho antes y lo reitero.” (Duhalde, audio de campaña, disponible en el portal educ.ar).

⁶ La “Carta a los argentinos” constituyó un documento fundacional de la Alianza. La coalición se había conformado en 1997 y un tiempo después se definió la creación del Instituto Programático de la Alianza con el objeto de delinear ciertos puntos comunes para dar forma a un paquete de propuestas políticas más concretas. Durante 1998 se concretaron las elecciones internas para la definición de los candidatos presidenciales, en las que el radical De la Rúa (por entonces Jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires) venció a la frepasista Graciela Fernández Meijide (quien, finalmente, se hizo con la candidatura a gobernadora bonaerense).

⁷ El Frente País Solidario se había conformado en 1994 por la unidad del Frente Grande y los partidos Socialista Popular y Socialista Democrático, Demócrata Cristiano y el PAIS (Política Abierta para la Integridad Social), de José Octavio Bordón. Sus principales referentes eran Carlos ‘Chacho’ Álvarez, Graciela Fernández Meijide y Aníbal Ibarra. La columna vertebral del Frepaso, el Frente Grande, era una agrupación de raigambre peronista, surgida en 1993 de lo que se conoció como “grupo de los ocho”. Este conjunto de diputados (Germán Abdala, Darío Alessandro, Carlos Álvarez, Luis Brunati, Juan Pablo Cafiero, Franco Caviglia, Moisés Fontela y José Ramos) habían sido electos por el Partido Justicialista y decidieron distanciarse de éste (y especialmente del por entonces presidente Carlos Menem) en 1990, a raíz de una serie de medidas que despertaron su rechazo (principalmente, los indultos a los militares criminales de la última dictadura y el programa de liberalización económica).

en 1993, dificultaba su construcción como fuerza alternativa respecto al Partido Justicialista (Dikenstein, V.; Gené, M., 2014). Los nuevos liderazgos (como el de Fernando De la Rúa) y la unidad con una fuerza joven progresista como el Frepaso constituyeron los cimientos para construir “la posibilidad de una unión transversal y antimememista que lograra superar los vicios del bipartidismo” (Dikenstein, V.; Gené, M., 2014, pág. 39).

En esa línea, el gobierno de la Alianza dedicó gran parte de su gestión a diferenciarse del pasado menemista demonizado. Los restantes actores hicieron lo propio y, en cierto modo, ello se fundaba en un relativo consenso respecto a que *algo* estaba en crisis (ya fueran los indicadores económicos, la situación social o el prestigio de los elencos políticos) y que por ello había que instaurar cierto tipo de cambio.

En esta tesis estudiamos los diversos modos de construcción de “la crisis” como objeto de los discursos políticos circulantes en la Argentina de los años 1999, 2000 y 2001. Por un lado, sostenemos que dichos discursos establecieron polémicas en torno a qué era lo que estaba en crisis, a la vez que proveyeron diferentes diagnósticos sobre la misma y delinearon como posibles ciertos caminos de política pública para conjurarla. A partir de esos modos de construcción de “la crisis”, los discursos políticos tuvieron un rol clave en el proceso de pérdida de legitimidad de la política entendida como aquel conjunto de prácticas, actores (“los políticos”) e instituciones en y por los que se define lo común de la comunidad, que fue central en lo que se conoció como “la crisis del 2001”.

Este sintagma anuda un conjunto variado de significados (y de otros significantes asociados) que revelan la multidimensionalidad y complejidad de los sucesos y transformaciones que trajo aparejada. Y dado que las ciencias sociales hicieron de “la crisis del 2001” su objeto de estudio desde diversas perspectivas, a partir de la revisión crítica de la bibliografía, en el primer capítulo proponemos distinguir tres claves de lectura. Cada una de ellas implicó la focalización de la mirada analítica en diferentes aspectos, por lo que cada trabajo dio diferente respuesta a una pregunta compartida: ¿qué entró en crisis en el 2001 en Argentina? Por un lado, identificamos un conjunto de investigaciones que se focalizaron en la conformación y/o transformación de las identidades sociales (movimientos sociales,

piqueteros, la *multitud*) y en su relación crítica respecto al Estado. En segundo lugar, reunimos a los trabajos enfocados en el debilitamiento del orden político-institucional, en el marco de los años 2000, 2001 y 2002. Y, finalmente, identificamos una tercera clave de lectura que situó su mirada en la dislocación de los procesos de significación y dotación de sentidos de los vínculos sociales y políticos (lo que hizo que estos trabajos, en cierta forma, no dieran por sentada la distinción entre “la sociedad” y “la política”, sino que se interrogaran por la construcción significativa de las relaciones entre ellas). Desde esta última perspectiva, surgió un diagnóstico que sostiene que lo que entró en crisis en Argentina en el año 2001 fue *la palabra política* (Rinesi, E. y Vommaro, G., 2007); más específicamente, lo que atravesó una etapa crítica fue la legitimidad de la palabra de “los políticos”, en particular, y de “la política”, en general para construir sentidos en torno a lo común de la comunidad. Esto constituye un punto de partida clave en la estructuración de la presente investigación, porque a partir de allí nos preguntamos: ¿cómo significó la palabra política su propio rol como tal? O, en otras palabras, ¿cómo construyeron el lugar de “la política” (y de “los políticos”) los propios discursos políticos circulantes entre 1999 y 2001, sobre todo en relación a los modos de conjurar “la crisis”?

En este sentido, creemos posible identificar los múltiples “diagnósticos” esgrimidos por los discursos políticos circulantes, diferenciando los conjuntos de argumentos que cada uno articuló en la disputa por la instauración de su propia construcción de “la crisis”. A lo largo de este trabajo, recompondremos las dinámicas, polémicas y retomes que se establecieron entre esos diagnósticos, en diferentes coyunturas. Estructuraremos la exposición siguiendo un criterio cronológico y distinguiremos tres grandes periodos (que se corresponderán con los capítulos 2, 3 y 4 respectivamente). En el capítulo 2, estudiaremos el surgimiento y consolidación de los tres tipos de diagnósticos, en el transcurso del periodo marcado por la asunción de De la Rúa como presidente, la adopción de las primeras medidas de política pública (como el aumento de impuestos de diciembre del '99 y la reducción de salarios públicos) y la aprobación de la reforma laboral, en mayo del 2000. En el tercer capítulo, revisaremos las reformulaciones que sufrieron algunos de los argumentos centrales de aquellos diagnósticos, en el marco del episodio de los sobornos en el Senado (octubre), el plan de noviembre del 2000 y el canje de bonos

conocido como “blindaje”. Finalmente, en el cuarto y último capítulo, analizaremos el último año del gobierno de la Alianza que estuvo signado por las diversas etapas de la gestión de Domingo Cavallo como ministro de economía (con especial énfasis en el primer tramo –más “heterodoxo”– y en la implementación de la “Ley de déficit cero” a partir del mes de julio), las elecciones legislativas de octubre de 2001 (marcadas por el “voto bronca”), y finalmente, el plan de noviembre y la confiscación de depósitos de ahorristas (el “corralito”), previa a la renuncia de De la Rúa el 20 de diciembre de ese año. Los modos de construcción de “la crisis” posteriores a las difíciles jornadas de 19 y 20 de diciembre de 2001 y a la sucesión de presidentes interinos y provisionales, que finalizaron con la designación de Eduardo Duhalde el 2 enero del 2002, merecen constituir el mojón inicial de una nueva etapa en esta investigación, que deberá –sin lugar a dudas– extenderse hasta los primeros comicios presidenciales que se desarrollaron luego de la renuncia de De la Rúa y que no se concretarían sino hasta abril del año 2003.

1. Capítulo 1 – Antecedentes, marco conceptual y metodología

En este capítulo exponemos, en primer lugar, un recorrido por aquellos trabajos que, desde las ciencias sociales, han hecho de “la crisis del 2001” su objeto de estudio. El objetivo es, por tanto, rastrear la forma en que en cada texto se responde la siguiente pregunta: ¿qué fue lo que entró en crisis en Argentina en el año 2001?⁸ Este abordaje ha permitido construir una clasificación de los antecedentes bibliográficos a partir de la identificación de tres claves de lectura de la crisis. Esta esquematización propone distinguir una primera clave de lectura centrada en la conformación de las identidades sociales (*i.e.* la fractura de patrones de subjetivación social junto con el surgimiento de nuevas formas de sociabilidad) y su relación crítica respecto al Estado, una segunda enfocada en el debilitamiento del orden político-institucional y una tercera que sitúa su mirada en la dislocación de los procesos de significación y dotación de sentidos de los vínculos sociales y políticos, a la vez que no da por sentada la distinción entre “la sociedad” y “la política” (sino que se interroga por la construcción significativa de sus relaciones).

En segunda instancia, se desarrollan los elementos que componen el marco conceptual en que se inscribe este trabajo. Para ello, se presentan y articulan las principales nociones que guiaron nuestro análisis y desde las cuales planteamos un conjunto de preguntas-problema: ¿cómo construyeron el objeto “la crisis” los discursos políticos circulantes entre los años 1999 y 2001 en Argentina? ¿Hubo allí un único “diagnóstico” sobre qué había entrado en crisis? ¿O, por el contrario, es posible identificar múltiples argumentaciones, diferentes tópicos sobre “la crisis” y las formas de conjurarla? ¿En torno a qué otros objetos disputaron polémicamente los discursos políticos y cómo se vincularon con el de “la crisis”? En este sentido, ¿es posible describir la dinámica de las relaciones entre aquellas tópicos en distintas coyunturas polémicas?

Finalmente, y en línea con el punto anterior, se detallan las herramientas metodológicas de las que nos hemos servido para abordar nuestro objeto y se describe, por último, cómo se compusieron los materiales de análisis y cómo se construyó, a partir de ellos, el corpus analítico.

⁸ Esto no significa que todos los textos abordados partan de la misma pregunta-problema. Creemos, sin embargo, que es posible rastrear en cada uno de ellos una respuesta a esta hipotética pregunta.

1.1. Antecedentes. Tres claves de lectura de “la crisis del 2001”

Las ciencias sociales hicieron de “la crisis del 2001” su objeto de estudio rápidamente y casi al calor de los hechos ((Colectivo Situaciones (comp.), 2002); (Grupo 12, 2002); (Lewkowicz, 2002)). Ya desde principios del 2002, se produjo un amplio abanico de investigaciones que aportaron elementos significativos para aprehender aquel complejo conjunto de procesos⁹. Nos hemos aproximado a dichos trabajos procurando identificar en ellos la forma en que se respondía a las siguientes preguntas-problema: ¿cómo es definida “la crisis”?, ¿qué causas/antecedentes se le reconocen?, ¿qué tipo de “sujeto” se identifica como protagonista de la crisis?; finalmente, ¿qué entró en crisis en Argentina en 2001? Como consecuencia de este abordaje, hemos distinguido tres claves de lectura de “la crisis” (Cané, M. y Montero, A.S., 2017 [en prensa]).

Un primer conjunto de investigaciones ((Revista Confines N° 12, 2003; Revista Acontecimiento 24-25, 2003; Colectivo Situaciones (comp.), 2002; Grupo 12, 2002; Negri, 2003; Negri y Cocco, 2003; Lewkowicz, 2002; Svampa y Pereyra 2003; Svampa, 2004, 2006, 2007, 2008, 2009, 2011) enmarcó “la crisis del 2001” en un proceso más amplio (a escala global) que implicaba, por un lado, el quiebre de los patrones de subjetivación social vinculados a la estructura capital-trabajo del modelo fordista y, por el otro, la gestación de formas de sociabilidad novedosas. Se entendía que aquellas modificaciones en los procesos de producción y la desregulación de relaciones laborales habían traído aparejadas transformaciones en los lazos sociales (a nivel global y también nacional) que permitieron el surgimiento de nuevos conflictos e inéditos métodos de lucha política y acción colectiva, fuertemente vinculados a procesos de impugnación de la legitimidad de los estados-nación. Estos trabajos se centraron en las mutaciones que se produjeron en el espacio de la sociedad civil y propusieron fecundos análisis (en general, recurriendo a metodologías cualitativas y de triangulación¹⁰) de los procesos de surgimiento y

⁹ Se excluyen de esta recomposición de los antecedentes bibliográficos todos aquellos trabajos que centraron su análisis en una clave de tipo económica (si bien dichos estudios podrían ser, en cierta forma, incluidos en el campo disciplinar de las ciencias sociales, consideramos que exceden el espacio teórico con el que aquí pretendemos dialogar). Para indagar en dicha línea analítica, referimos a Aronskind, 2003; Castellani y Szcolnik, 2005; Basualdo, 2006 y Rapoport, 2005, entre otros.

¹⁰ Por caso, Svampa y Pereyra (2003) triangulan entrevistas realizadas a miembros de organismos piqueteros con fuentes secundarias como periódicos de tirada nacional y fuentes primarias como comunicados de las organizaciones.

desarrollo de aquellas formas de acción colectiva (*multitud*, movimientos sociales, asambleas barriales, clubes del trueque).

Por un lado, Negri (2003) y Negri y Cocco (2003) concentraron sus estudios en las movilizaciones de diciembre de 2001 y las inscribieron en un contexto más amplio de crisis-superación del Estado-Nación y de modificación de las relaciones de clases entre los países a nivel del mercado global, con el consecuente desarrollo del “trabajo inmaterial”. Según estos autores, la crisis (como “éxodo” y “ruptura” (2003, págs. 56-57) del sistema capitalista y del pensamiento único neoliberal, en tanto proceso de largo alcance y a nivel global) se convirtió en un terreno fructífero para el surgimiento de la *multitud*. Esta novedosa forma de subjetividad, este “movimiento de los movimientos” (2003, pág. 56), amplio, múltiple y globalizado, se caracterizó por poner en jaque los “tradicionales” análisis en términos de clase. Diciembre de 2001 y muy especialmente las jornadas de los días 19 y 20 se constituyeron, desde esta perspectiva, en el espacio-tiempo de la manifestación de esa *multitud* en forma de asambleas barriales, piquetes de desocupados, fábricas gestionadas por sus propios trabajadores, economías solidarias del trueque, ahorristas golpeando las puertas de los bancos que habían expropiado sus ahorros y ciudadanos protestando cacerola en mano. La productividad política de la *multitud* radicaba –precisamente– en su condición múltiple y en su capacidad de colocar en la escena pública, gracias a la acción colectiva, a los muchos-en-tanto-muchos que, a diferencia de la emergencia bajo la forma del *pueblo*, no constituían un Uno¹¹.

Los trabajos del Colectivo Situaciones (2002), en forma similar a la de Negri y Cocco, entendían que “la crisis del 2001” había dado lugar un “nuevo protagonismo social” en el marco de las mutaciones del papel tradicional del Estado y de la crisis de la sociedad estatal-disciplinaria. De esta manera, se concebía también a la *multitud* como la protagonista de las jornadas de diciembre, ya no como un sujeto histórico en sentido clásico, ni el “pueblo-agente” de la soberanía, sino como potencia autoafirmativa, expresiva, autónoma, territorial e irrepresentable, inscrita en una “soberanía estallada”: “el *no* de la pueblada fue una afirmación en el sentido más profundo: hay una positividad inscrita en la forma misma que asumió la

¹¹ El fenómeno de la *multitud* como pluralidad supone pensar las movilizaciones del 2001 como algo distinto al surgimiento de un *pueblo* como articulación hegemónica (Laclau, 2009). Ardití sostiene, en esta línea, que para esta perspectiva “post-hegemónica (...), hubo un unísono sin equivalencia y protesta e invención política sin contra-hegemonía” (2003, pág. 15).

negación insurreccional. Que la multitud haya actuado como única autora significa que la potencia del *no* radica, precisamente, en que no deviene poder estatal (...). Las energías del movimiento son, a su manera, *constituyentes*.” (2002, pág. 55) La insurrección del 19 y 20 constituyó, desde esa óptica, un proceso “destituyente” pero no apolítico que, por el contrario, permitió concebir una nueva forma de hacer política contraria a la soberanía estatal (como “constitución estatal de lo social”); esto se evidenciaba –precisamente– en “que las organizaciones políticas y sindicales quedaran marginadas en las jornadas de diciembre.” (2002, pág. 43)

Dentro de este primer conjunto integramos también los numerosos trabajos de Maristella Svampa (2000, 2004, 2006a, 2006b, 2007, 2008, 2009, 2011) y Svampa y Pereyra (2003). Aunque con ciertas divergencias (sobre todo en cuanto a la forma de concebir el tipo de subjetividad protagonista de los procesos del 2001), estos trabajos también inscriben “la crisis del 2001” en una temporalidad larga, es decir, como ruptura de un consenso neoliberal instaurado, para el caso argentino, con la dictadura militar iniciada en 1976. Dicho consenso conllevó un proceso de reformas estructurales que implicó el desmantelamiento de la estructura salarial fordista y la reconfiguración de las bases de la sociedad, que se evidenciaron en procesos de descolectivización (Svampa, M.; Pereyra, S., 2003, pág. 14) y déficit de integración social.¹² (Svampa, 2000) Al igual que Negri, Cocco y Colectivo Situaciones, la autora subraya la particular productividad en términos sociales y políticos que caracterizó a “la crisis del 2001”, dada por la apertura de nuevos espacios de acción que supuso, vinculados principalmente al cuestionamiento del sistema institucional (sobre todo del Estado), al retorno de la política a las calles (asociado a cierto espontaneísmo y con preeminencias de formas de acción directa) y a la emergencia de formas auto-organizadas de lo social (de tipo basistas), con el movimiento piquetero¹³ como su principal protagonista.

¹² Dicha crisis se manifestó en la falta de correspondencia entre subjetivación (individual) y socialización (colectiva) y se hizo particularmente evidente en las nuevas generaciones para quienes “el *trabajo* y la *política* dejaron de ser un eje central de referencia.” (Svampa, 2000, pág. 17) [itálicas en el original].

¹³ No podemos dejar de señalar que Svampa ha llevado a cabo numerosas investigaciones que indagan el proceso de constitución del movimiento piquetero que, surgido a mediados de la década del 90 como consecuencia de los aspectos socialmente más nocivos del modelo neoliberal de reformas estructurales, se inscribe en el proceso de larga data al que aludíamos líneas atrás.

Los estudios de esta primera clave de lectura de la crisis comparten –creemos– una cierta cuota de optimismo¹⁴ que les permite abordar la crisis en términos de procesos de desintegración social, pero también –y sobre todo– rescatar un aspecto de potencialidad, de apertura al surgimiento de “nuevos protagonismos sociales y políticos” (Svampa, 2006b, pág. 1) con nuevas formas de participación en el espacio público y novedosos repertorios de acción colectiva, cuyos protagonistas fueron –en el caso argentino– los movimientos sociales urbanos (organizaciones piqueteras, *caceroleros*, fábricas recuperadas). La productividad que se le reconoce a estas nuevas formas de subjetividad y de acción colectiva parece transcurrir principalmente a nivel de la sociedad civil (con formas de acción de tipo basistas, espontáneas, plurales y autonomistas), la cual que se pretende –en gran medida– marginal en relación al Estado¹⁵, cuando no opuesta, dado que es en ella donde se gestan las acciones de impugnación a este último. Estos supuestos atraviesan a la primera clave de lectura de la crisis y –sobre todo– sus análisis sobre la “salida” de la misma (*i.e.* los gobiernos de Eduardo Duhalde y Néstor Kirchner), la cual se concibió casi exclusivamente como un conjunto de procesos que tendieron a la destrucción del potencial socialmente productivo de las nuevas formas asociativas y de participación en lo público gestadas entre fines del 2001 y principios del 2002. Se deriva de ello la centralidad explicativa asignada al concepto de *cooptación*

¹⁴ Pasajes como el siguiente son elocuentes al respecto: “la narrativa autonomista se había ido constituyendo en la piedra de toque de la emergencia de una nueva subjetividad militante [...]. Un nuevo ethos militante, caracterizado por el rechazo a la democracia delegativa, fue surgiendo al calor de aquellos primeros meses en y una alegría instituyente de cara a las nuevas experiencias políticas (Svampa, 2011, pág. 21).

¹⁵ Al respecto, Svampa señala que en el marco del “que se vayan todos” surgieron múltiples “focos de rebeldía, que manifestaban su no resignación, impugnaban las formas convencionales de representación política y buscaban recomponer molecularmente el vínculo social desde abajo.” (Svampa, 2011, pág. 20) Las organizaciones piqueteras, cuya acción era principalmente de tipo directo (corte de calle – piquete) en conjunto con el trabajo comunitario-barrial, “tuvieron centralidad en el espacio político-social a partir de 1999 y muy especialmente en 2002, a través de las movilizaciones hacia la ciudad de Buenos Aires, con fuertes reclamos orientados al Estado. De modo que, vista desde abajo, la profunda crisis de 2001-2002 resultaría en el reforzamiento de las organizaciones de desocupados, así como en la emergencia de una multiplicidad de movilizaciones que apelaban a diferentes tradiciones político-ideológicas.” (2011, pág. 20) Fueron justamente estas solidaridades (entre asociaciones piqueteras y entre éstas y las clases medias empobrecidas) las que el gobierno kirchnerista –desde arriba– “quebró” (Svampa, 2006a, pág. 4) por medio de la “cooptación” y “la política de judicialización y demonización” del movimiento piquetero.” (Svampa, 2006a, pág. 4) Por su parte, Negri y Cocco (2003) sostienen que “en la Argentina, donde comienza la multitud y su potencia, acaba el poder del Estado (del terror) y el caos de los mercados. ‘se acabó el miedo’. La multitud (...) reúne singularidades no representables. ‘que se vayan todos’” (2003, pág. 67).

(Svampa, 2008)¹⁶, el cual comporta una carga fuertemente normativo-valorativa negativa, asociada a dos supuestos subyacentes. De un lado, se le imputa a la instancia cooptadora (el Estado, el líder, la red clientelar derivada de éstos y sus prácticas políticas) una intencionalidad¹⁷ manipuladora; esto supone, por tanto, que dicha intención puede ser recuperada por medio de la observación o el análisis (ya sea de las acciones, de los discursos o de las prácticas discursivas). En segundo lugar, parece adjudicarse una naturaleza pretendidamente “genuina” (o al menos, más genuina) a los procesos que transcurren en el “nivel” de lo social (sociedad civil, ciudadanía, movimientos sociales). Esta cualidad se concibe, a su vez, sofocada o aminorada como producto –intencional– del ya referido proceso de cooptación por parte de la instancia cooptadora y manipuladora¹⁸. A diferencia de la *cooptación*, aquí sostenemos que la noción de *articulación* permite pensar los procesos de constitución identitarios estableciendo una clara distancia con las ideas de manipulación, ilusión y, en última instancia, falsa conciencia (Groppo, 2009, pág. 60)¹⁹. Si se entiende que dicha constitución supone un proceso de articulación, es decir, una “práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada con el resultado de esa práctica” (Laclau, E. y Mouffe,

¹⁶ En necesario señalar –en este punto– dos elementos. Por un lado, a diferencia de Negri, Cocco y el Colectivo Situaciones, Svampa analizó un periodo posterior a las jornadas de diciembre de 2001 mucho más amplio. Por otro lado, y en vínculo con ello, esta autora identificó en el gobierno de Néstor Kirchner (desde 2003, pero siguiendo la línea de Eduardo Duhalde) un proceso de integración, cooptación e incluso institucionalización (Svampa, 2008, pág. 4) de una porción del espectro de organizaciones piqueteras: “(...) el decisionismo se constituyó en la clave de bóveda del nuevo modelo de dominación, visible en la tendencia a gobernar a través de decretos de necesidad y urgencia, así como a *disciplinar y/o cooptar las voces disidentes*, mediante un estilo de liderazgo peronista caracterizado por la *subordinación de los actores sociales y políticos al líder*.” (Svampa, 2007, págs. 10-11) [las itálicas son nuestra] Esta lectura sostiene que el potencial social y político que había conllevado la experiencia piquetera se vio opacado y desactivado “desde arriba”, es decir, desde el Estado y a través sus dispositivos clientelares (Svampa, 2007, pág. 12). Esperamos continuar en el futuro en esta línea de trabajo, indagando sobre las formas en que se produjo “la salida” de la crisis en los años posteriores a diciembre de 2001 y cómo fue construida, retrospectivamente, “la crisis del 2001”.

¹⁷ Decimos que se “le imputa” la intención porque, en efecto, la misma es imposible de conocer “verdaderamente” (es decir, que no se “detecta”, ni se “reconoce” porque no preexiste al tamiz analítico).

¹⁸ Asimismo, resulta paradójico que al mismo sujeto al que se le reconoce toda la potencia de acción y cambio a fines del 2001, se lo conciba –acto seguido y casi inmediato– como una masa inerte y pasible de ser manipulada por la instancia cooptadora. Al respecto, y como señala Groppo (2009), la contracara de la masa así definida es una concepción de su relación con líder basada en la simulación y la ilusión. Este tipo de relación supone “que la masa no es capaz de producir nada por sí misma sino que depende, en este sentido, de la acción manipuladora del líder, la esencia de esa manipulación implica[ría] hacerle creer a la masa que los ‘valores’ y las victorias del líder son los de la masa.” (2009, pág. 30)

¹⁹ La contracara de la falsedad de esa conciencia sería la condición genuina que indicamos líneas atrás.

C., 2010, págs. 142-143), ya no podemos concebir una instancia primaria manipulada intencionalmente por otra, haciendo de ella algo que-no-debería-ser y, por tanto, “falso”. Asimismo, la noción de articulación sólo puede ser concebida en toda su potencialidad como un conjunto de prácticas que se llevan a cabo en una totalidad social nunca completamente cerrada, desnivelada en su condición atravesada por relaciones de poder (Laclau, Emancipación y diferencia, 1996) y que reconoce la constitutividad del conflicto y la permeabilidad de las fronteras identitarias (ya no, por tanto, “falsas” o “verdaderas”²⁰), lo que permite –en la medida de lo posible– reducir ciertos tintes normativistas²¹.

Por otro lado, reunimos un segundo abanico de trabajos (Bonvecchi, 2006; Cheresky, 2002, 2004, 2010; Cherny, Feierherd y Novaro, 2010; Mustapic, 2005; Novaro, 2002; 2006a y 2006b; Pousadela, 2006; Torre, 2003) que construyeron –principalmente desde el campo disciplinar de la ciencia política– una descripción de la crisis en términos de ruptura de un cierto orden institucional (el vigente desde el retorno democrático). “Crisis de representación”, “crisis de representación partidaria” y “crisis de gobernabilidad” son algunas de las denominaciones con las que desde este enfoque se significó la profunda transformación que atravesó el sistema político de partidos argentino en diciembre de 2001, recurriendo –en muchos de los trabajos reseñados y a diferencia del primer enfoque– a metodologías más cercanas a los análisis de tipo cuantitativo²².

En esta línea, Novaro (2002) enmarca su análisis en la temporalidad de la transición a la democracia y afirma que los sucesos del 2001 supusieron la interrupción de un “proceso lento pero (...) sostenido de aprendizaje y crecimiento que enlazaba la economía del cambio estructural y la política” (2002, pág. 11), el

²⁰ Las derivas de la idea de “falsa conciencia” llevan a análisis de coyunturas sociopolíticas en clave de contradicción entre la “mera retórica” y “la realidad”, como por ejemplo: “Así, lo que se advierte, más allá de la *retórica antineoliberal del gobierno y la gente*, es la creciente naturalización de las desigualdades sociales, con lo cual el peligro de continuidad del modelo excluyente es muy fuerte.” (Svampa, 2006b, pág. 2) [las itálicas son nuestras]

²¹ No consideramos posible, ni aun deseable, una absoluta asepsia valorativa, vinculada a ciertas definiciones de lo que considera estrictamente *científico*. Sin embargo, un análisis hermenéutico no puede sino procurar deconstruir los supuestos que subyacen a otros análisis del campo disciplinar, con el objeto de echar algo de luz sobre espacios oscuros o vetas de investigación que se pueden ver obturados a raíz de aquellos.

²² Cherny, Feierherd y Novaro (2010), por ejemplo, exponen cuadros y tablas (a partir de información de diversas reparticiones estatales) para la construir variables cuantitativas como la “tasa de éxito del Poder Ejecutivo Nacional” (2010, pág. 34) (que habilita el cálculo con herramientas estadísticas como el desvío estándar y media).

cual había permitido a los dos presidentes anteriores a De la Rúa hacer de las crisis una oportunidad. Analizando la dinámica de la coalición gobernante entre 1999 y 2001, este autor detecta una crisis del “núcleo de gobernabilidad” (2002, pág. 33) que implicó que ciertos factores clasificables como “evitables” devinieran en “inevitables” y, con ello, “incorregibles” (2002, pág. 20). Y aunque este texto se propone estudiar “el papel de los líderes y los recursos” (2002, pág. 25) y se advierte lo parcial que sería un análisis centrado en la figura de De la Rúa (2002, págs. 11-12), se adjudica –por el contrario– gran peso explicativo al “método de toma de decisiones” (2002, pág. 25) delarruista. Dicho método, se sostiene, habría constituido “un dispositivo para no decidir” (2002, pág. 26). Pese a lo atinado de la lectura que expone Novaro –basada en la identificación de este mecanismo por cual “en los momentos más agudos de la crisis (...) De la Rúa encontró la forma de recuperar protagonismo ‘adoptando decisiones’ que aparecían como las únicas viables” (2002, pág. 26) [comillas en el original²³], resulta problemático el hecho de que no se pregunta cómo se construye discursivamente dicho mecanismo (que sería central en el devenir “inevitables” de ciertos factores “evitables” –hipótesis nuclear del texto– y en la construcción de un liderazgo político). Creemos que la consideración de esta dimensión –la discursiva– permitiría rever esa conclusión, según la cual y para este autor, el gobierno de la Alianza habría sido poco propenso a la toma de decisiones.

Por otro lado, múltiples han sido los trabajos de Cheresky (2002; 2004; 2010) y Pousadela (2006) que investigaron “la crisis del 2001”. Pese a que –en cierta forma y a diferencia de los casos previos– éstos complejizan el análisis al introducir el rol de la autonomización ciudadana, los incluimos dentro de este segundo conjunto de estudios porque el diagnóstico en torno a la crisis que ofrecen también es el de una “crisis de representación”, entendida específicamente como el corolario de un “proceso de desinstitucionalización” (Cheresky I. , 2010, pág. 302) vinculado a una metamorfosis del gobierno representativo (asentado sobre la vieja democracia de partidos) hacia una nueva forma de la representación, es decir, la de audiencia (Pousadela, 2006, pág. 50; Cheresky I. , 2010, pág. 305)²⁴. Comparten la idea de

²³ La presencia de las comillas es por demás elocuente puesto que evidencia el recurso irónico y la toma de distancia frente a la idea que sostendría que De la Rúa tomaba decisiones, como resultado esperable de su investidura presidencial.

²⁴ Sendos politólogos retoman aquí las teorizaciones de Manin (1998), quien sostuvo que las democracias contemporáneas sufrieron una mutación del vínculo representativo, de la democracia de

Torre, que revisaremos más adelante, de que dicha crisis no fue de la representación como tal, sino de *una* de sus formas (Pousadela, 2006, pág. 51). La “honda brecha entre representantes y representados” (Pousadela, 2006, pág. 80) que se plasmó en el abstencionismo y el voto en blanco (en resumen, lo que se conoció como “voto bronca”) en las elecciones de octubre de 2001 y en las jornadas del 19 y 20 de diciembre (caceroleos, protestas frente a bancos, ciudadanía activa en las calles pese a la declaración del estado de sitio) es abordada por Pousadela y Cheresky por medio del estudio del rol de las instituciones, aunque para diagnosticar el modo en que aquellas formas de expresión ciudadana rebasaron los límites de éstas²⁵.

Po su parte, Torre (2003) afirma que la del 2001 debe ser pensada no tanto como una crisis representativa sino más bien como una crisis de “representación partidaria” (cuyo punto más álgido fueron las elecciones de medio término de octubre de aquel año). Desde esta óptica, el cuestionamiento no se dirigió a la democracia como régimen ni tampoco adoptó la forma de la “resignada desafección política”, sino que el signo del periodo vino dado por la “distancia [existente] entre lo que la oferta partidaria ofrec[ía] y las mayores y plurales exigencias de sectores importantes de la ciudadanía.” (2003, pág. 647)²⁶ El análisis cuantitativo de una serie de variables cuantitativas (variación de caudal electoral para cada fuerza, concentración de votos, apoyos electorales) permite a este autor concluir que el “repudio ciudadano” no fue generalizado sino que afectó muy especialmente a la Alianza (y a la “familia política” que la sustentaba, vinculada a la UCR), a la vez que permitió al peronismo mantenerse como fuerza política predominante (2003, pág. 654) y zanjó la volatilidad del voto en un área de centro, oscilante entre la centro-izquierda y la centro-derecha. Situando estos procesos en el marco de la transición a

partidos hacia una democracia de audiencia, protagonizada por los medios de comunicación, el ciudadano-televidente y las encuestas/sondeos de opinión como forma de acceder a éstos.

²⁵ Inés Pousadela sostiene al respecto: “La movilización popular [del 19 y 20 de diciembre], actuando por fuera de los canales institucionales previstos para el caso, produjo entonces una revocación de hecho del gobierno en funciones, obligándolo a renunciar.” (2006, pág. 86)

²⁶ La brecha entre representantes y representados (Torre, 2003, pág. 657) encuentra sus raíces en los cambios acaecidos en la “cultura política de franjas significativas del electorado”, cambios en los criterios de valoración y tolerancia, en las exigencias y las expectativas hacia los políticos, desplazamientos de la participación política desde el Estado o los partidos hacia la sociedad civil que derivaron en una “puesta en discusión del vínculo de la representación partidaria” (2003, pág. 657) y en un progresivo descrédito hacia la clase política.

la democracia iniciada en Argentina en 1983²⁷ (es decir, a diferencia de la clave de lectura anterior que parecía colocar el foco en proceso de más largo alcance tanto a nivel temporal como territorial-global) y dirigiendo el foco de su análisis a los partidos políticos, Torre concluye que “el desenlace de la crisis ha sido, pues, un sistema de partidos desequilibrado” (2003, pág. 660), en íntima vinculación con un fuerte “malestar en la representación” (2003, pág. 656) como síntoma de cambios producidos a nivel de la cultura política, que “han puesto en circulación claves interpretativas que enmarcan la relación entre representantes y representados” (2003, pág. 656). Si admitimos que dichas claves operan como marcos de interpretación que construyen sentidos en torno a lo que se entiende por el vínculo representativo (y, por tanto, en cierta forma, constituyen al vínculo mismo), puede resultar de relevancia preguntarnos cómo se construyeron significativamente aquellos marcos. Creemos que en este espacio radica un cierto punto oscuro en los análisis sobre el rol de la política –y los discursos que allí se originaron– en “la crisis del 2001”, cuya indagación permitiría ahondar en la comprensión de las ciencias sociales sobre dicho proceso.

En resumen, los trabajos que agrupamos en esta segunda clave de lectura produjeron un diagnóstico relativamente compartido: algo del vínculo representativo²⁸ se había quebrado y ello se manifestó como “crisis de representación” (Pousadela, 2006), como “mutación del formato democrático” y “debilitamiento de la identificación político-partidaria y movimientista” (Cheresky I., 2010), al tiempo que reveló, por otro lado, la incapacidad de los elencos gobernantes de garantizar la gobernabilidad (Novaro, 2002). Para comprender la constitución de liderazgos y el lazo representativo, estos análisis dirigieron su mirada hacia las dinámicas de las coaliciones políticas y/o sobre el funcionamiento de los partidos como instituciones neurálgicas del sistema político²⁹, pero soslayaron el

²⁷ Como vimos algunos párrafos atrás, Novaro enmarcaba su análisis en la misma línea temporal. En este mismo sentido, Scillamá (2007) sostiene que la transición a la democracia marcó la consolidación de la Ciencia Política como disciplina en nuestro país (a la cual Novaro y Torre están íntimamente vinculados).

²⁸ Podemos pensar este vínculo como una configuración considerada legítima de roles y funciones entre representados y representantes.

²⁹ Aun cuando se observe un debilitamiento del rol de las mismas, estos análisis colocan su foco en las instituciones políticas para explicar sus mutaciones y no en los procesos de construcción de significaciones sobre los roles de esas instituciones. Es por ello que aquí entendemos por instituciones “el conjunto sedimentado de prácticas e ideas dotadas de significado.” (Groppo, 2009, pág. 83) Sin

desarrollo de los procesos de significación y de dotación de sentido, por medio de los cuales también se constituyen los liderazgos y las configuraciones del lazo representativo (entre representantes y representados, entre representantes y entre representados). Y esto, justamente, porque “la realidad política, esto es los objetos y las prácticas políticas, es significada y hecha inteligible a la través del discurso político.” (Groppo, 2009, pág. 47)

Finalmente, podemos reunir un tercer conjunto de trabajos que comprenden la crisis en clave de “crisis de representatividad” (Rinesi, E. y Vommaro, G., 2007), de hegemonía (Biglieri, P. y Perelló, G., 2003; 2007; Muñoz, M.A. y Retamozo, M., 2008; Muñoz, 2010), como “quilombo” (Pérez, 2008a; 2008b; 2013a; 2013b) y en tanto momento clave de la puesta en evidencia de la condición dislocada de toda estructura social (Barros, 2006; Biglieri, P. y Perelló, G., 2003)³⁰. El aporte de estos textos radica en brindar algunas herramientas conceptuales para abordar la relación entre “lo social” y “la política” de una manera más dinámica, tensionando el vínculo más que dándolo por sentado (como –creemos– es el caso de los dos primeros conjuntos de trabajos)³¹. El análisis de los aspectos simbólicos y discursivos de “la crisis del 2001” (y de sus derivas entre 2002 y 2003), permiten abordarla como una “dislocación”, una “crisis de representatividad” o una “crisis de hegemonía”, cuya principal característica habría sido la puesta en suspenso de un cierto orden vigente de creencias, certezas y evidencias de sentido sobre lo común de la comunidad. Creemos, entonces, que estos estudios proveen un herramental teórico fundamental para problematizar lo que Aboy Carlés definió como “escisión decimonónica entre lo social y lo político” (2001, pág. 30), puesto que fue justamente esa relación y la forma en que era significada lo que entró en crisis.

embargo, esto no implica soslayar el registro material de lo social, sino reforzar la dimensión significativa de la construcción de todo objeto social. (Groppo, 2009, págs. 46-47)

³⁰ Vale destacar que, siendo posteriores en el tiempo, muchos de estos textos enfocan sus análisis en el periodo inaugurado en 2003 con la asunción de Néstor Kirchner (más que al desentrañamiento de las características de la crisis del 2001). Pese a ello, los examinamos atendiendo especialmente al tipo de nexos que ellos establecen entre el surgimiento del kirchnerismo y dicha crisis, bajo el supuesto de que a partir de la lectura que realizan sobre el primero, es posible reponer una interpretación sobre la naturaleza de la segunda.

³¹ Con “un análisis más dinámico” aludimos a la pregunta por la constitución del vínculo entre “la sociedad” y “la política”, de los límites entre ambas y, por ende, a la definición de qué es “la sociedad”, qué es “la política”, qué roles, funciones y espacios puede ocupar cada uno legítimamente y quiénes forman parte de ellas. Como señalamos previamente citando a Groppo (2009) (aunque podríamos referir también a Laclau y Mouffe (2010)) la construcción de estos límites (es decir, de las entidades mismas) es dotada de sentido en y por la producción, circulación y recepción discursivas.

El recurso a la expresión lunfarda “quilombo” permite a Germán Pérez (2008a, 2008b, 2013a, 2013b) resumir el carácter y la magnitud que comportaron los sucesos del año 2001: una dislocación en el seno de lo social de las formas de identificación preexistentes y de las formas de representación, entendida no como cristalización institucional en un régimen político, sino como crisis de “los fundamentos de lo representable” y “forma abismal de destitución de los vínculos que regulan la convivencia social.” (Pérez, 2013b, págs. 103-104)³² Desde esta perspectiva, las jornadas de diciembre de 2001 constituyeron el punto más álgido (aunque no la culminación, porque el proceso continuó su curso durante el año siguiente) de la desarticulación de un “modelo”, de un conjunto relativamente estructurado de formas de concebir y vivir el mundo, condensados en ciertos vínculos sociales neurálgicos: dinero, propiedad y autoridad política. El punto de inflexión del proceso es situado por Pérez en la “insurrección popular” (2013a, pág. 55) de las jornadas de diciembre y se define como resultado del contundente rechazo de amplios sectores de la sociedad a la declaración del estado de sitio del 19. El sintagma “que se vayan todos” –entendido también por este autor como el punto nodal de articulación entre las demandas circulantes en los cacerolazos, piquetes y asambleas barriales– es leído en esta clave, más que como un discurso antipolítico, como parte de un proceso de politización de espacios cotidianos (la calle, el balcón, la plaza del barrio³³). Dicho proceso habría comportado un carácter fuertemente democrático, puesto que lo que se puso en cuestión fue una forma de procesar el conflicto (vinculada al discurso tecnocrático-neoliberal de la administración y “los expertos” que pregonaba la autorregulación de lo social y del mercado) mediante “la recuperación del componente de construcción autónoma de la soberanía popular” (Pérez, 2013a, pág. 55). Pero este “movimiento social multifacético y disruptivo” no detenta un rol privilegiado en este esquema; su contracara, con el mismo peso explicativo, es un “sistema político institucional dañado en su legitimidad”, falto de propuestas programáticas capaces de articular las demandas de aquel o, lo que es lo mismo, sin

³² En algunos pasajes, Negri y Cocco (2003) también recurren a la expresión “quilombo” (2003, pág. 56) pero para explicar con ella el “éxodo” de las políticas neoliberales y, más específicamente, el surgimiento del sujeto “multitud” sobre el que ya hicimos referencia líneas atrás.

³³ Esta lectura (que ve un proceso de politización en la emergencia ciudadana en las calles) discutiría, al menos en parte, la de Biglieri y Perelló que, como veremos más adelante, sitúan el momento político más en la articulación kirchnerista que en la expresión de las cacerolas “como puro ruido” sin palabras ni consignas. Nos interesa resaltar, sin embargo, el diagnóstico compartido en torno a la crisis de significaciones.

capacidad de construcción hegemónica³⁴. Del análisis de los vínculos entre lo social y la política, Pérez concluye que Néstor Kirchner –como “fino hermeneuta del quilombo, por extrema necesidad” (Pérez, 2013a, pág. 61) – protagonizó posteriormente un proceso de refundación de la autoridad política³⁵, que hibridó (como señalaran Rinesi y Vommaro (2007)) diversas tradiciones, al articular elementos del liberalismo democrático (protección de derechos, combate a privilegios que atentan contra la libertad) con componentes republicanos (compromiso ético con lo público, involucramiento con la política). Es en esta misma condición híbrida donde Pérez localiza las deficiencias del proceso, dado que un cierto recelo hacia el disenso habría dificultado la consolidación de una esfera pública no estatal (que las movilizaciones del 2001 pusieron sobre el tapete), cercenando la posibilidad de la institucionalización de relaciones entre “la sociedad movilizadora y el régimen político” (Pérez, 2013a, pág. 61). Queda en evidencia, en este último punto, que lo que subyace a esta lectura es una concepción del proceso en clave de crisis de hegemonía (o crisis orgánica), según la cual, lo que “estalló” fue “una comunidad de concepciones del mundo” (Pérez, 2008b, pág. 6), los lazos sociales, en una palabra, “la sociedad”, pero también (y sobre todo) sus vínculos con “la política”, el Estado y las identidades. Dicho de otro modo, los textos de Pérez dejan entrever que lo que entró en crisis en la “crisis del 2001” fueron, justamente, los modos de significar los vínculos entre *lo social y la política* o, lo que creemos es lo mismo, la forma en que es posible comprender *lo político* mismo³⁶.

Mientras tanto, Biglieri y Perelló (2003; 2007) inician su recorrido señalando que “para la generalidad de la teoría política moderna como para la contemporánea, la política es considerada como una dimensión secundaria o derivada respecto de lo

³⁴ Esta dinámica constituyó lo que Pérez denomina “empate hegemónico.” (Pérez, 2013a, pág. 56)

³⁵ Esto se produjo luego de un primer momento de “salida” de la crisis provisto por el gobierno de Eduardo Duhalde, quien “[recompuso] levemente la autoridad presidencial y el funcionamiento estatal” (Pérez, 2013a, pág. 56), tras la seguidilla de presidentes de diciembre del 2001.

³⁶ Retomamos aquí la distinción entre *la política* y *lo político* que Marchart (2009) –a partir de las propuestas teóricas de pensadores como Carl Schmitt, Ernesto Laclau, Claude Lefort y Hannah Arendt– define como “diferencia política” y, a partir de la cual se pretende resaltar la dimensión conflictiva de *lo político* como tiempo-espacio de institución de un orden social (particular y contingente). En esta línea, el citado trabajo de Muñoz destaca la necesidad de adscribir a un “enfoque conceptual que distinga entre la política y lo político” (2010, págs. 25-26) para analizar el periodo que aquí nos ocupa, en tanto afirma que es a partir de esa distinción que puede comprenderse “el impacto político de [las] prácticas políticas no convencionales” (es decir, las de los movimientos sociales y organizaciones no electorales) que fueron clave en la coyuntura del 2001 (dado que “el movimiento piquetero representó una fisura dentro del marco simbólico neoliberal” (2010, pág. 117) que sólo puede entenderse cabalmente si se estudia su interacción con el resto del sistema político).

social o de una esfera anterior y primordial y, consecuentemente, [ubicada] en un ámbito o subsistema de aparición determinado.” (2003, pág. 2) Consideran, además, que partir analíticamente de un sujeto político preconstituido y predeterminado (*e.g.* el proletariado, la clase obrera) implica un obstáculo epistemológico para aprehender lo acontecido en diciembre de 2001. Es, entonces, la pregunta por la irrupción de modalidades políticas novedosas, por el sujeto político allí constituido y por el estatuto mismo de lo político la que guía estos textos. Desde este enfoque, los sucesos de la noche del 19 de diciembre son entendidos como un “estallido del orden Simbólico-Imaginario” y como la “irrupción de lo Real” lacaniano, es decir, como el “desmoronamiento de la ilusión ideológica [que] permitió la confrontación con lo Real. Un Real o antagonismo que desde lo fenoménico mismo se hizo oír como puro ruido del batir de cacerolas, ruido sin palabras ni consignas, de los vecinos lanzados a las calles sin una identidad colectiva constituida a priori” (2003, pág. 11). Más allá de los cuestionamientos que puedan hacerse a esta idea del surgimiento de “lo Real”, el aporte más fructífero de estos textos radica en la identificación del significante (tendencialmente vacío, agregamos) “que se vayan todos”³⁷ como el punto de articulación que representó y puso en equivalencia una serie de elementos diferenciales (ahorristas, desocupados, ciudadanos descontentos) vinculados metonímicamente: “(l)os acontecimientos del 19 de diciembre se organizaron, tomaron sentido una vez puestos en cadena y en una determinada temporalidad, y así cobraron significación de protesta social en tanto demandas articuladas hegemónicamente.” (2003, pág. 11)³⁸

Por su parte, Sebastián Barros (2013) también explica los sucesos del 2001 en clave de dislocación estructural de sentidos y, por tanto, el surgimiento del kirchnerismo en términos de articulación hegemónica, pero se distancia de Biglieri y Perelló al no recurrir, por ejemplo, al andamiaje teórico lacaniano (con figuras de

³⁷ Más adelante, las autoras dirán que la consigna “Que se vayan todos” ancló, a su vez, en un punto nodal asentado sobre el significante “corrupción”. (Biglieri, P. y Perelló, G., 2007, pág. 67)

³⁸ Este abordaje permitirá a Biglieri y Perelló afirmar que posteriormente el kirchnerismo se erigió como el “gran lector” de la crisis del 2001 (2007, pág. 66), es decir, como factor articulador de una nueva hegemonía a partir de la dicotomización inicial del espacio social –en sus comienzos– en un Nosotros (“el pueblo argentino”) y un Ellos (el FMI, los acreedores privados, el neoliberalismo, la Corte Suprema de los noventa, entre otros). La construcción de esa nueva hegemonía se produjo, según las autoras, por el establecimiento de una frontera en el espacio social que implicó la nominación de los “amigos” y “enemigos”, permitiendo la articulación de las demandas circulantes en la época y la consecuente interpelación de nuevas identidades políticas.

tanta potencia como la de lo Real). La pregunta por el rol jugado por el “que se vayan todos” también está presente y le permite a Barros detectar en diciembre del 2001 “una explosión de una multiplicidad de diferencias, diversas y contradictorias” (2013, pág. 48) que se articularon alrededor de aquella consigna. No afirma, sin embargo, que la dislocación haya implicado que “todo se vuelv[ió] posible o que todo marco simbólico [había] desaparec[ido]” (2013, pág. 37); sostiene, por el contrario, que los procesos de rearticulación se producen siempre en un espacio de relativa estructuralidad, dado por una superficie de emergencia atravesada por demandas, significantes y sentidos preexistentes que la condicionan parcialmente. Resulta primordial recuperar dos nociones que aporta este enfoque. Por un lado, la de *sobredeterminación*, que permite pensar este espacio-tiempo de relativa estructuralidad en que el surgen, se consolidan y mutan los significantes (tendencialmente) vacíos. En este sentido, es dable a considerar el significante “la crisis” en esta clave (como significante vacío) y *sobredeterminación* como parte del marco teórico desde el cual abordar su emergencia (signada por ciertos sentidos sedimentados, como podría ser el de “estabilidad fuertemente articulado al de “convertibilidad”). Por otro lado, el análisis en clave de *identidades políticas*, que Barros retoma –en parte– de Aboy Carlés (2001), nos ofrece una perspectiva superadora de aquellos estudios políticos en clave de dinámicas institucionales, de partidos políticos, como así también de una concepción del vínculo representativo que zanje la escisión entre representantes y representados como niveles topográficamente diferenciados.

La contribución de Rinesi y Vommaro (2007) es significativa en relación a este último punto. A diferencia de aquella noción de representación (que podemos definir como acotada o restrictiva y de la cual se deriva la lectura en clave de “crisis de representación”, como la que detectamos en los trabajos del segundo grupo), estos autores proponen el concepto de “crisis de representatividad”. Aprender el 2001 en esta clave les permite, así, poner el foco –al igual que Pérez–, en la dimensión simbólica del proceso y en la crisis de las creencias sobre lo establecido y los sentidos vigentes. Lo que se vio cuestionado, según esta mirada, fue la *legitimidad* del lazo de representación, “la impresión, esa sensación”, la creencia, en suma, de que “esos representantes nuestros tienen *algo que ver* con nosotros, de que son *representativos* de nuestros propios valores.” (2007, pág. 425)[en itálicas en el

original] Nos encontramos, entonces, en este texto, con un enfoque que también privilegia la dimensión “simbólica”³⁹ del proceso, pero que lo hace para preguntarse por la constitución política del vínculo representativo y su relación con lo que denomina “la palabra política” (2007, pág. 426).

La noción de “crisis de representatividad” es aquí concebida, entonces, como un distanciamiento entre “los representantes” respecto de los ciudadanos (2007, pág. 444): lo que, desde esta perspectiva, entró en crisis no fue el “principio de representación (*es decir, de la separación*) como principio organizador de la vida política, *sino, exactamente al revés, su pleno triunfo.*” (2007, pág. 424) [en itálicas en el original] El quiebre del lazo, del nexos, representativo y el énfasis en el aspecto vertical del mismo zanjaron un hiato entre representados y representantes: los primeros ya no vislumbraban en éstos a sus representantes *legítimos*. La hipótesis de trabajo de los autores parte, así, de la siguiente pregunta: ¿cómo se generó la sensación, la creencia, de que el lazo de representación había perdido su legitimidad? O, en otras palabras, ¿qué había dejado de ser representativo? La respuesta ofrecida coloca en el centro de la escena explicativa a *la palabra* (de los representantes del pueblo y de aquellos que aspiraban a serlo⁴⁰), en tanto “capacidad para articular discursivamente ideas, sentimientos y propuestas, diagnósticos, programas y justificaciones de esos programas, argumentos, compromisos y promesas” (2007, pág. 426), es decir, para construir una confianza que sostuviera aquel lazo como legítimo (una *representación representativa* (2007, pág. 427)). Esa palabra debía poder, además, interpelar y hacerse carne en un público movilizado activo (2007, pág. 427), que no sólo se reconociera en ella, sino que también la tomara para sí y con respecto a un otro, generando un compromiso basado en una promesa (en términos arendtianos).

³⁹ Este término suele ser utilizado con cierta laxitud en los trabajos del campo de las ciencias sociales, si lo comparamos con su específico uso en el psicoanálisis lacaniano (para un abordaje detallado ver la conferencia “Lo simbólico, lo imaginario y lo real”, compilada en (Lacan, 2005)) o en el esquema teórico bourdieusiano (Bourdieu, 1985). Por nuestra parte, recurrimos a la noción de “lo simbólico” a falta de una más apropiada y con la intención de dirigir nuestra mirada analítica a los procesos de dotación de sentido(s) de los objetos sociales, que son siempre conflictivos y se producen en una superficie siempre-ya significada (o, lo que es lo mismo, relativamente estructurada) que los sobredetermina.

⁴⁰ Los autores retoman aquí la idea de “palabra pública” esbozada por Oscar Landi en la nota publicada en Clarín el 31 de diciembre del año 2000, “El oficio mudo” (suplemento Zona).

Finalmente, es preciso señalar los múltiples puntos de contacto con el reciente trabajo de Hernán Fair (2016), en el que se sirve del andamiaje de la teoría del discurso y la hegemonía de Ernesto Laclau (2000; 2009) y Laclau y Mouffe (2010) para desentrañar “los posicionamientos políticos y las disputas de los referentes clave de las principales fuerzas políticas” (2016, pág. 149), centralmente en torno al “momento político clave” del Corralito de diciembre de 2001. Coincidimos con la propuesta de análisis de estos momentos clave en tanto “acontecimientos históricos considerados de gran relevancia política (2016, pág. 150), pero en nuestro trabajo apuntamos a identificar los mismos a lo largo de un lapso más amplio de tiempo (periodo de gobierno de la Alianza, entre el 10/12/99 y el 20/12/01) y a relevar en cada uno de ellos un conjunto de materiales de análisis más amplio que los que Fair aborda (es decir, declaraciones políticas de referentes clave de las fuerzas político-partidarias pero también de otros ámbitos, como el sindical y las organizaciones empresarias, todas ellas extraídas de los principales periódicos de tirada nacional (La Nación, Clarín y Página/12)⁴¹). En este sentido, y como tendremos oportunidad de detallar en los próximos apartados, nuestro análisis se realizó –en forma más amplia que el de Fair– sobre un corpus construido a partir de la tematización de “la crisis”, en tanto objeto de los discursos.

De esta manera, el último agrupamiento de trabajos provee una perspectiva desde la que es posible continuar estudiando algunas de las características que

⁴¹ Compartimos esta preocupación por el análisis de los discursos circulantes en el tiempo-espacio de “la crisis del 2001” no sólo con el referido texto de Fair, sino también con el trabajo de Carlos Freytes Frey (2006), quien también estudió el proceso de crisis de agotamiento del modelo de la convertibilidad, pero circunscribiendo su análisis a los meses transcurridos entre julio de 2001 y marzo de 2002. A la diferencia respecto al periodo abordado, se suma –además– la distancia respecto a la pregunta-problema que lo guía (“¿cuáles son las consecuencias de la mediatización del espacio público para la figura clásica del intelectual?” (2006, pág. 6)) la cual excede ampliamente el horizonte del presente trabajo. La noción clave de su texto es la de “comunicación política” que, en consonancia con nuestro enfoque, revela cierta preocupación por las luchas simbólicas en torno a la constitución de representaciones sobre el mundo social (2006, pág. 6). Dicha noción lleva a Freytes Frey a trabajar sobre un conjunto de materiales que tiene puntos comunes con el nuestro y el de Fair (prensa gráfica - Clarín, La Nación, Ámbito Financiero, y Página/12 y revistas de actualidad *Gente*, *La Primera*, *Noticias* y *Siglo XXIII*-, noticieros de TV de los canales América TV (canal 2), Azul TV (canal 9) y Canal 13, así como medios radiales -Mitre y Radio 10-), pero es –en efecto– un análisis de medios de comunicación (prensa gráfica, TV, radio) más que de discursos políticos. Mientras nosotros recurrimos a los periódicos como fuentes secundarias, Freytes Frey hace de ellos su mismo objeto de estudio, en un marco teórico bourdieusiano y habermasiano (preocupado por el rol de los intelectuales). Pese a las divergencias señaladas, del análisis de su tesis es posible desprender algunas observaciones que aportan al desarrollo de nuestro argumento (e.g. la identificación en el discurso mediático del recurso al par oposicional “ajuste o caos” como marco para la puesta en marcha de la Ley de Déficit Cero, además de su vínculo con el significante nodal “estabilidad”, retomado desde los albores de la convertibilidad).

hicieron a “la crisis del 2001”, especialmente en su dimensión de crisis de la palabra política (Rinesi, E. y Vommaro, G., 2007) y crisis de sentido(s)⁴² (Cremonte, 2007). Nos interesa retomar la centralidad asignada por parte de esta última perspectiva (pero sobre la que –en cierta forma– Juan Carlos Torre (2003, pág. 657) también nos advierte) a la palabra política en la construcción legítima de significaciones en torno a lo común de la comunidad, la cual parece hacerse patente con más claridad en momentos, como el del 2001, en los que su legitimidad se ve mermada. Y dado que uno de los aspectos sobre los que la palabra política construye sentido es sobre sí misma, sobre el lugar, la capacidad y la legitimidad de *la política* para construir mundo, la senda abierta por esta tercera clave de lectura nos guía a los interrogantes que planteamos al inicio de este capítulo: ¿cómo significaron los discursos políticos circulantes entre 1999 y 2001 “la crisis”? ¿qué lugar le asignaron a “la política” (y a “los políticos”) en relación a “la crisis” (en “diagnosticar” sus causas, en definir “soluciones”)? ¿cómo se vincularon esos modos de construir “la crisis” con la paulatina pérdida de legitimidad de la palabra política⁴³ para delinear lo común de la comunidad?

1.2. Marco conceptual y herramientas de análisis.

El objetivo de este trabajo es estudiar el proceso de construcción del objeto “la crisis” en los discursos políticos circulantes en la Argentina de los años 1999, 2000 y 2001. Nuestra hipótesis de trabajo es que es posible identificar en esos discursos, en el campo discursivo de lo político, múltiples modos de significar “la crisis”. Sostenemos que en torno a ese objeto (y en su articulación con otros, en diversas coyunturas) se establecieron polémicas entre diferentes “diagnósticos”⁴⁴ sobre las causas de “la crisis” y respecto a qué era lo que estaba en crisis, y que, a partir de

⁴² El plural ha sido agregado por nosotros, en tanto comprendemos que “el sentido” no puede sino ser una lucha entre múltiples sentidos en conflicto por su constitución en hegemónicos.

⁴³ Si Rinesi y Vommaro definen la palabra política (retomando, como ya señalamos, la idea de palabra pública de Landi) como aquella enunciada por “los representantes del pueblo o de los que aspiran a convertirse en tal cosa” (Rinesi, E. y Vommaro, G., 2007, pág. 426), creemos que –para profundizar en un análisis empírico en esta línea– es preciso “operacionalizar” el concepto: ¿quiénes son estos representantes? ¿a qué nos referimos con “palabra”? Dedicamos varios pasajes del siguiente apartado a desarrollar estos puntos.

⁴⁴ Utilizaremos entre comillas esta palabra porque puede ser vinculada con una suerte de retórica médica cuyo uso es corriente en los discursos políticos sobre los que aquí trabajamos. Creemos que comporta una cosmovisión de la cual pretendemos distanciarnos y que considera posible evaluar una situación sociopolítica dada en clave de “diagnóstico científico”, objetivo o, al menos, fundado en una cierta objetividad dada por el recurso a métodos científicos de análisis.

ellos, se delinearon distintas “soluciones” para conjurarla (que disputaron, en última instancia, por la implementación de diferentes lineamientos de política pública).

Pero en un segundo nivel de análisis, creemos que los discursos políticos, al delinear los contornos de “la crisis”, definieron su lugar respecto a ella –en particular– y en tanto productores legítimos de sentidos en torno a lo común de la comunidad –en general–. En otras palabras, es preciso interrogarse por el rol que se le atribuyó –desde los discursos políticos– a “la política” y a “los políticos”⁴⁵ en la provisión de “diagnósticos” y resoluciones *legítimos* para afrontar “la crisis”. Con vistas a ello debemos, entonces, explicar dos aspectos centrales de nuestro marco teórico: las herramientas conceptuales que guían nuestra propuesta analítica de los discursos políticos y el recurso a la noción de “objeto de discurso” para el estudio del caso específico que nos ocupa.

En primer lugar, partimos del supuesto teórico que entiende al *discurso* (en tanto proceso de significación⁴⁶) como “el terreno primario de constitución de la objetividad como tal.” (Laclau, E. y Mouffe, C., 2010, pág. 92)⁴⁷ El conjunto de los discursos opera como superficie de emergencia de prácticas articularias en y por las que se constituyen los significantes, las prácticas y los objetos sociales (cuya emergencia es contingente, a la vez que –como señalaba Barros (2013)– históricamente sobredeterminada). No soslayamos las complejidades que este abordaje conlleva, pero como señalara Groppo (2009)–reelaborando fructíferamente los conceptos centrales de la teoría del discurso político laclausiana– no apuntamos a desconocer la ‘existencia’ de los objetos (en “la realidad”) sino que nos interesa reconocer que “su especificidad como objetos (...) depende de la estructuración de un campo discursivo.” (Laclau, E. y Mouffe, C., 2010, pág. 146) En este sentido, “lo

⁴⁵ Retomamos aquí la noción de *diferencia política* de Marchart (2009) a la que aludimos en la nota 36. Entendemos aquí por *la política* a aquel conjunto de instituciones, actores y prácticas asociadas al sistema político (i.e. partidos políticos, parlamento, presidente, legisladores, comicios, etc.)

⁴⁶ Y “por discurso no entendemos algo esencialmente restringido a las áreas del habla y la escritura (...), sino un complejo de elementos en el cual las *relaciones* juegan un rol constitutivo.” (Laclau, 2009, pág. 92) [la *itálica* es del autor]. Es decir, que el discurso comprende, no solamente lo lingüístico, sino toda práctica en tanto significativamente construida.

⁴⁷ En la introducción a *Ideología y discurso populista* (1983), Emilio De Ípola advertía sobre las “complejísimas dificultades” (1983, pág. 24) (e.g. riesgo de reduccionismo “discursivista”), que podía conllevar afirmar la coextensividad entre lo social y el discurso que Laclau y Mouffe, cinco años después (dicha Introducción data de 1981), plasmarían en *Hegemonía y estrategia socialista*. Acepta, por tanto, la pertinencia de esta perspectiva, pero manteniendo –junto con Verón– “la idea de que existen condiciones sociales no discursivas de producción y de reconocimiento de los discursos.” (1983, pág. 24)

que se niega no es la existencia, externa al pensamiento, de dichos objetos, sino la afirmación de que ellos puedan constituirse como objetos al margen de toda condición discursiva de emergencia.” (Laclau, E. y Mouffe, C., 2010, págs. 146-147) Es –precisamente– la configuración de esta condición discursiva la que constituirá el núcleo de este trabajo.

En segundo lugar, debemos encarar el desafío en torno a la delimitación de lo que implica el *discurso político* que, si bien no es novedoso (de Diego, 2014), en nuestro caso de estudio adopta ribetes particulares: ¿cómo definir los alcances de los discursos políticos cuando no se aborda una fuerza política específica? Nuestros objetos de análisis no pueden pensarse estrictamente del mismo modo que hicieron Sigal y Verón (2014) con el discurso peronista (de J.D. Perón), Canelo (2003; 2010) con el discurso menemista (de C.S. Menem) o Montero (2012a) con el kirchnerista (de N.C. Kirchner), por referir sólo algunos ejemplos. No apuntamos a recomponer un discurso “delarruista” y ni siquiera aun uno “aliancista”, sino la multiplicidad de discursos políticos que en y por su interacción pugnarón por definir los sentidos de “la crisis” en la Argentina de los años 1999, 2000 y 2001. Esos discursos conformaron un campo discursivo de lo político (Verón, 1987, pág. 16) –es decir, el espacio delineado en los juegos de discursos, en el inter-discurso (1987, pág. 14)– y es allí donde nos interesa indagar para recomponer las cadenas argumentativas desarrolladas en torno a “la crisis”. Es posible observar, por tanto, las dinámicas de interacción –en cada coyuntura– entre las diversas articulaciones tópicas⁴⁸ que soportaron “la crisis” como su centro articulador. Es decir, que constituyeron núcleos de argumentos en torno a qué era aquello que estaba en crisis, cuáles eran sus causas y cómo debía salirse de esa situación y, como tales, atravesaron los límites (institucionales) de las fuerzas políticas –en general– y los del eje oficialismo/oposición –en particular–. Y, lo que es más, se construyeron precisamente allí, en el *entre* de esos discursos políticos, en su interacción, en el diálogo –no siempre explícito⁴⁹– establecido entre ellos y en los procesos de retome

⁴⁸ Desarrollamos este concepto más adelante.

⁴⁹ Creemos que esta construcción del corpus (ver apartado siguiente) analítico puede constituir un modo de abordaje de (al menos un aspecto de) la dimensión de recepción de los discursos, sobre cuyas complejidades nos advertía De Ípola en su ya citado trabajo (1983). Al estudiar los procesos discursivos de interpelación ideológica, De Ípola cuestionaba que el abordaje althusseriano (y, por tanto, el de Laclau en 1978 (Laclau, 1986)) soslayara la multiplicidad y diversidad de las condiciones

y reformulación de los “mismos”⁵⁰ objetos *entre* diferentes discursos. Como sostiene Sitri (1996), posar la mirada sobre dichos mecanismos no es sólo una herramienta para identificar la conformación de un cierto objeto de discurso y su constitución intrínsecamente polémica, sino también una forma de recomponer los “mecanismo[s] de reenvío” (De Ípola, 1983, pág. 114) entre diferentes discursos y las huellas de unos discursos en otros. Retomaremos este punto al final del presente apartado.

Por ello es que la senda marcada por el trabajo pionero de Aboy Carlés (2001) representa un recurso clave para nuestro enfoque. Allí se desarrolla la noción de *identidades políticas* y se las define como “el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos” (2001, pág. 54) que pueden ser estudiadas en base a la distinción de tres dimensiones analíticas: alteridad, representación y tradición (2001, pág. 64). De esta manera, Aboy Carlés complejiza el análisis político de los abordajes netamente institucionalistas (como los que agrupamos en el segundo conjunto de claves de lectura en el apartado anterior), pero sin soslayar la dimensión institucional; reconoce allí parte de las condiciones sociales de producción toda discursividad y reafirma que, para echar luz sobre la constitución de una identidad política, es posible analizar una multiplicidad de discursos políticos (provenientes, también, de diversos espacios institucionales) y no sólo los de un presidente o dirigente de partido⁵¹. Y aunque no creemos posible recomponer la conformación de

de recepción de todo discurso (que atentaba –finalmente– contra una “significación inmanente” de los discursos sociales) (De Ípola, 1983, pág. 114).

Un posible abordaje a tales efectos podría ser, por ejemplo, la realización de encuestas para relevar la recepción “en la sociedad” de los discursos políticos. Más allá de las evidentes limitaciones del mismo en términos temporo-espaciales (es decir, ¿podríamos aquí y ahora indagar sobre la recepción *en el año 2000* de un discurso producido en aquel momento?), es preciso advertir que –en cierta medida– las encuestas (como las de opinión pública) construyen sus objetos, a la vez que pretenden relevarlos. Por lo que, si quisiéramos encarar esta empresa, sería apropiado complementarlas con metodologías cualitativas.

Por nuestra parte, entendemos que los retomes y reformulaciones, siempre dialógicos, de un objeto entre múltiples discursos no sólo permiten identificar el surgimiento de un objeto como tal, sino también detectar ciertas sedimentaciones en torno a los sentidos que se construyen sobre él.

⁵⁰ ¿Es posible sostener, acaso, que son los mismos objetos cuando la forma de construcción atraviesa múltiples instancias de reformulación? Respecto a este punto, cabe interrogarse: ¿hubo una sola “crisis del 2001”?

⁵¹ Por ejemplo, para investigar las mutaciones y sedimentaciones de la identidad radical antes de 1983, Aboy Carlés analiza minuciosamente un conjunto de piezas discursivas extraídas de *Mi vida y mi doctrina* de Hipólito Yrigoyen (1981), de textos del intelectual y militante radical Gabriel del Mazo y

una identidad política en el lapso analizado (como sería una “aliancista”)⁵², retomamos de esta perspectiva su preocupación por la condición intrínsecamente conflictiva de lo político, la centralidad otorgada a la dimensión temporal en la constitución identitaria⁵³ y, sobre todo, el interés por demostrar que la politicidad (de Diego, 2014) de los agrupamientos excede los límites de las instituciones del sistema político.

La dificultad que plantea nuestra propuesta de abordaje, sin embargo, es la de la circunscripción de los enunciadores a relevar (que no puede ya limitarse a De la Rúa, como sería si siguiésemos la línea de trabajo de los textos ya referidos líneas atrás). En este sentido, sostenemos que el nivel institucional que forma parte de las condiciones sociales de producción de los discursos políticos (Verón, 1987) constituye un punto de partida relevante. Pero sólo un punto de partida⁵⁴, porque en un contexto de crisis como el del periodo analizado son –justamente– los límites, capacidades y legitimidades de lo institucional –en general– y las instituciones políticas –en particular– (es decir, partidos políticos, sus coaliciones y también aquellas que *a priori* no son definidas como estrictamente políticas, como son los sindicatos, Iglesia católica, organismos de representación empresariales, ya sean industriales como agropecuarios) lo que está en cuestionamiento y constante redefinición. Se analizarán, entonces, los discursos de los principales referentes de las fuerzas políticas (miembros de los poderes ejecutivos y legislativos, gobernadores de provincias, autoridades partidarias, expresidentes, exministros), así como de aquellas organizaciones (sindicatos, empresariales) que protagonizaron las polémicas en torno al significante/objeto “la crisis” (y los que resultaron complementarios a él; *e.g.* reforma laboral, megacanje, diálogo político y social). Y se definirá quiénes son enunciadores relevantes –en cada coyuntura– a partir del objeto (“la crisis”) que tematizan. Como dijimos, respetando los cuestionamientos expuestos en el apartado

de artículos de divulgación del presidente de la Convención Nacional de la UCR en 1898, Juan Manuel Garro (tomadas de Botana y Gallo (1997)).

⁵² Desde la perspectiva de Aboy Carlés, a la cual adscribimos también sobre este punto en particular, una identidad política implica una dimensión vinculada a la tradición que supone una permanencia en el tiempo y una cierta sedimentación de sentidos en torno a ella. En todo caso, es dable pensar la posibilidad de analizar el vínculo de la experiencia de la Alianza con la identidad política radical.

⁵³ Vinculada a la relevancia teórica del par reactivación-sedimentación.

⁵⁴ Verón trabaja una problemática similar en su clásico texto “La palabra adversativa” (1987). Atraviesa la tensión entre instituciones y discursos políticos y concluye que aquellas pueden servir de punto de partida analítico, siempre que estemos “en condiciones de *transformar* la categorización intuitiva inicial, y llegado el caso, *abandonarla*.” (1987, pág. 14).

anterior para la segunda clave de lectura, no centramos nuestra indagación en el funcionamiento y dinámicas de las instituciones del sistema político, ni nos enfocamos en análisis de tipo cuantitativo. El objetivo es estudiar las múltiples formas en que fueron dotadas de sentido tanto el objeto “la crisis”, como las propias instituciones políticas que la significaron (*i.e.* el rol de “los políticos” miembros de las fuerzas políticas como enunciadores legítimos de las “soluciones” para la salida de “la crisis”), por medio de la identificación de las argumentaciones que allí se configuraron.

Como se deriva de lo expuesto, los dos aspectos metodológicos y conceptuales que guían esta tesis (el análisis de los discursos políticos y la construcción de los objetos del discurso) están íntimamente imbricados. Y si afirmamos que la dimensión institucional puede operar sólo como punto de partida (para definir metodológicamente los enunciadores a relevar), es porque la unidad del campo discursivo de lo político (Verón, 1987, pág. 16)⁵⁵, que se constituye en objeto de análisis, no se deriva de algo externo a él sino de la regularidad de aparición de ciertos “objetos, modalidad[es] de enunciación, conceptos [y] elecciones temáticas.” (Foucault, 2007, pág. 55) Regularidad que supone, al mismo tiempo, dispersión porque, como en nuestro caso de estudio, es posible identificar la re-iteración⁵⁶ de un

⁵⁵ Es preciso aclarar que la noción de “campo discursivo de lo político” de Verón no es asimilable en todos sus niveles a la de “campo discursivo” en Foucault (2007), puesto que este último refiere al orden general del discurso, al “campo de los acontecimientos discursivos [que] es el conjunto siempre y finito actualmente limitado de las únicas secuencias lingüísticas que han sido formuladas.” (2007, pág. 41) Dentro de ese campo de discursos, considera Foucault, es posible analizar los “juegos de reglas que hacen posible durante un periodo determinado la aparición de objetos.” (2007, pág. 48) La unidad dada por ese juego de reglas implicaría, por tanto, la conformación de una formación discursiva.

Por otro lado, no desconocemos las discrepancias entre las propuestas teóricas de Foucault y Laclau, sobre todo en relación a la ya comentada tensión entre lo discursivo y lo extradiscursivo. Sin embargo, como señala Balsa (2017), esto no es óbice para encontrar sus puntos de contacto, como es el caso del retome la noción de formación discursiva que realizan Laclau y Mouffe (2010). Ellos destacan, y esto es precisamente lo que aquí nos interesa, que la unidad de una formación discursiva no está dada *a priori* (por la referencia a una estructura, un sujeto o la unidad de su experiencia) sino la regularidad en la dispersión de sus objetos, temas, formas de enunciación, etc.

⁵⁶ La *iterabilidad* (Derrida, 1994) remite a la condición de repetición en la alteridad de los significantes (o marcas), tanto en el espacio (diferencia) como en el tiempo (*diferancia*, diferida), y que es característica constitutiva de todo orden signifiante. Iniciando su recorrido en el signo escrito y extendiéndolo finalmente a todo tipo de signos, Derrida subraya su capacidad de reproductibilidad más allá de su contexto original, de su productor y de su destinatario; toda marca funda su capacidad signifiante en el desplazamiento repetido y a la vez diferente de los significados. Esa diferencia, ese diferimiento temporo-espacial (esa *diferancia* (1994, pág. 41)) es el fundamento de la significación: “el signo sería, pues, la presencia diferida. (...) la circulación de los signos difiere del momento en el que podríamos encontrarnos con la cosa misma.” (1994, pág. 45) El signo significa porque su referente (“la cosa misma”) está siempre-ya diferido y, en definitiva, perdido.

objeto (“la crisis”), a la vez que su tematización de modos disímiles (e.g. “crisis fiscal”, “crisis del empleo”, “crisis de las instituciones políticas”, etc.). Los *objetos de los discursos* son aquello sobre lo que “se dice algo” en una formación discursiva⁵⁷ dada y puesto que “no se puede hablar en cualquier época de cualquier cosa; [y que] no es fácil decir algo nuevo” (2007, pág. 63), no sólo es necesario desentrañar los juegos de reglas de su construcción (“las relaciones de semejanza, de vecindad, de alejamiento, de diferencia, de transformación” (2007, pág. 63) respecto de otros objetos) sino también aquello que excluye de la enunciación misma. En relación a nuestro objeto de análisis este punto resulta particularmente significativo, porque la tematización de “la crisis” en relación a las posibles modificaciones al régimen cambiario de la convertibilidad (valorizado positivamente como núcleo de la estabilidad monetaria, pero también social y política) no fue *decible* y ni siquiera *pensable* durante un largo periodo de tiempo (hasta fines del 2001).

Finalmente, para abordar el objeto de discurso “la crisis” (así como sus paráfrasis y otros objetos que, como veremos, son complementarios a aquel en el marco de ciertos repertorios de argumentos) contamos con múltiples trabajos de referencia (Arnoux, 2006; Sitri, 1996) que nos ofrecen ricas herramientas de análisis. Según éstos y siguiendo la propuesta arqueológica de Foucault, los objetos son construidos en los discursos como prácticas históricamente situadas, en vínculo con otros varios discursos más o menos contemporáneos (que conforman un campo discursivo común – dimensión temporal sincrónica del interdiscurso), a la vez que pueden descansar en preconstruídos culturales (Arnoux, 2006) (dimensión temporal diacrónica del interdiscurso).

Por su parte, Frédérique Sitri (1996) articula algunos elementos del enfoque de Grize (quien provee la noción de objeto de discurso, pero desde la perspectiva lógico-discursiva de la Lógica Natural⁵⁸) y otros del Análisis del discurso francés

⁵⁷ Esto no significa que la regularidad en la dispersión de los objetos de los discursos sea el único indicio para identificar la unidad de una formación discursiva; aquellos constituyen solo uno de los elementos factibles de ser analizados, junto con los ya señalados (elecciones temáticas, formas de enunciación, etc.). Asimismo, debemos aclarar que en este trabajo no asimilamos el conjunto de los discursos políticos analizados a una formación discursiva *in toto*, dado que ésta remite a un nivel de agregación más amplio que el que aquellos suponen. Pese a ello, sostenemos que la construcción discursiva del objeto “la crisis” comporta, en el periodo analizado, una cierta regularidad (del objeto) junto a una relativa dispersión (de la forma en que se fue construido por diversos discursos) que permiten pensar que forma parte de una formación discursiva más amplia.

⁵⁸ Sitri sostiene que, si bien Grize estudia las operaciones mentales y lingüísticas que dan lugar a la construcción de los objetos del discurso por medio de esquematizaciones, pone el foco en el elemento

(centralmente, en la condición interdiscursiva de la constitución del sentido, y su vínculo con los preconstruidos (Maldidier, 1992, págs. 206-207)). En este sentido, Sitri defiende la pertinencia del análisis de los objetos de discurso, no sólo en clave de “clase-objeto” (como compendio de ingredientes/partes agregados), sino también en tanto “‘cuestiones’ o ‘problemas’ cuya consideración requiere el análisis de las dimensiones predicativa y sobre todo dialógica, en tanto siempre están ‘puestos en debate’.” (Sitri, 1996, pág. 116) Por otra parte, recuperamos este aporte porque a diferencia de Grize, quien trabaja centralmente en la construcción de objetos a nivel intradiscursivo, y también en contraste con el Análisis del discurso francés, orientado –mayormente– en piezas discursivas escritas, Sitri analiza un corpus oral de situaciones argumentativas. En este sentido, aunque nuestro corpus (las piezas discursivas orales) no es exactamente el mismo, sí creemos que comparten su condición fragmentaria y dispersa.

En resumen, proponemos un abordaje dialógico-argumentativo del proceso de construcción de los objetos de discurso. Y si bien los trabajos de Sitri (1996) constituyen un antecedente relevante, aquí no nos centramos en el nivel dialogal-interlocutivo (es decir, entre los intercambios de un diálogo, como es el caso de Sitri), sino en el interdiscurso dialógico, en los puntos en los que un objeto surge como tal *entre* múltiples discursos⁵⁹, en sus polémicas, oposiciones argumentativas y reformulaciones, pero también en los retomes y puntos de reforzamiento de ciertos aspectos. En línea con esto, Zaccari (2015) analiza la conformación de un objeto de discurso(s) (“socialismo indoamericano”) *entre* diferentes alocuciones (un editorial

cognitivo (Sitri, 1996, pág. 13) del proceso (sobre este punto, Gutiérrez Vidrio (2003) ofrece una lectura diferente). En efecto, Grize afirma que las operaciones por las que se construye una esquematización de un objeto son “*lógico-discursivas*. Ellas son lógicas, en tanto operaciones del pensamiento y discursivas porque el pensamiento se manifiesta a través del discurso” (Grize, 1993, pág. 2). Su preocupación en torno a la construcción de las representaciones sociales se enfoca en una concepción de las mismas como “representaciones cognitivas”, una suerte de “modelo mental (...) [en tanto] representación organizada de los objetos de mundo exterior o conceptos” (Grize, 1993, pág. 3). Nosotros, junto con Sitri, haremos foco en la construcción exclusivamente *discursiva* de los objetos, dejando de lado indagaciones en torno a su situación más allá de los discursos (ya sea en “la realidad” o en “la mente” de los sujetos). [todas las traducciones presentes en esta nota nos pertenecen]

⁵⁹ Nuestra definición de dialogismo se acerca a la de *dialogismo constitutivo* que propone Amossy (retomando esa noción de Bajtín (1979) y la de “heterogeneidad constitutiva” de Authier-Revuz (1984)) para considerar el rol de la *doxa* en “cómo el locutor elabora su decir sobre el fondo de lo ya-dicho en su época.” (Amossy, 2005) En este sentido, “dialogal” y “dialógico” deben ser distinguidos porque, mientras el primero permite pensar los intercambios interlocutivos en una misma escena, lo segundo remite a una condición inherente a toda enunciación.

de Mariátegui y una carta de Haya de la Torre), aunque no recurre a la Teoría de los Topoi argumentativos para ello.

Este análisis dialógico-argumentativo puede contribuir a brindar herramientas que capten más claramente el dinamismo de los procesos de emergencia de los significantes vacíos y flotantes (Laclau, 1996; 2009; Laclau, E. y Mouffe, C., 2010). Dado que resulta primordial dejar atrás enfoques que se limiten a identificar los significantes vacíos en coyunturas dadas y sin matizar los procesos tensionales que soportan dicha emergencia y su permanencia –más o menos exitosa– en el tiempo, retomaremos la senda de trabajo marcada por Montero (2012b) en su propuesta de análisis tópico-argumentativo de los significantes vacíos. Creemos –adicionalmente– que si los abordamos como significantes-objetos-de-los-discursos podremos a) recomponer los mecanismos de funcionamiento de su condición flotante no sólo entre dos sino entre múltiples cadenas argumentativas, y b) echar luz sobre su constitución en superficies de emergencia relativamente estructuradas por otros discursos que a la vez que los condicionan, los constituyen. A partir de la identificación de puntos en común y aspectos de polémica y tensión en torno a un mismo objeto entre múltiples discursos políticos, no sólo pondremos en juego la dimensión conflictiva de su construcción como significante-objeto, sino también la condición porosa de toda frontera (Aboy Carlés, 2013) entre distintos agrupamientos políticos⁶⁰.

1.3. Metodología

El encuadre teórico-metodológico de esta investigación es de índole cualitativa, y remite fundamentalmente al análisis del discurso, que nos proveerá las herramientas conceptuales, las técnicas y los instrumentos necesarios para abordar los discursos políticos. Nos situamos en un doble marco teórico-conceptual, que esperamos articular en el análisis: la teoría de la hegemonía o análisis político del discurso y los estudios conexos sobre identidades políticas (Laclau, 1996; 2000; 2009; Laclau y Mouffe, 2010; Aboy Carlés, 2001, 2013; Barros, 2013, Groppo,

⁶⁰ Esta idea de la porosidad de las fronteras políticas, desarrollada por Aboy Carlés apunta a captar las tensiones que constituyen los límites entre dos agrupamientos políticos. Desde esta óptica, no hay “un enemigo completamente irreductible ni un espacio identitario completamente cerrado e impermeable a su ambiente” (Aboy Carlés, 2013) porque no sólo la frontera entre las identidades políticas (con pretensión hegemónica, pero no totales) está en constante desplazamiento, sino que admite movilidad de elementos a través de ella.

2009) y el enfoque del análisis del discurso (Arnoux, 2006, 2013; Ducrot, 1988b, 2001; Foucault, 2007; Montero, 2012a; Sigal y Verón, 2014; Sitri, 1996; Verón, 1987).

En primera instancia, se partió de un conjunto de materiales compuesto por fuentes primarias:

- periódicos de tirada nacional (*La Nación*, *Clarín*, *Página/12*) correspondientes al período comprendido entre el 10/12/1999 y 20/12/2001. Se incluyeron en este punto todas aquellas entrevistas y notas de opinión (de miembros de los gabinetes, legisladores, ex presidentes, sindicalistas, miembros de organismos que nuclean empresarios) que habían sido publicadas en la sección “Política” de los referidos periódicos o en la sección “Editorial” (u “Opinión”, dependiendo del periódico). En algunos pocos casos, se relevaron notas de otras secciones (Economía, Cultura, Sociedad) dada su pertinencia para ahondar en la comprensión de los sucesos analizados.

- alocuciones presidenciales de Fernando de la Rúa (asunción 10/12/99, y cadenas nacionales del período 1999-2001).

Sobre este conjunto de materiales, se construyó un corpus conformado por todas aquellas piezas discursivas que tematizaron “la crisis” durante el periodo indagado⁶¹.

Con miras a cumplir los objetivos planteados y a partir del relevamiento de las fuentes, se incorporaron diversos documentos (documentos partidarios, cartas abiertas, solicitadas en periódicos, folletería de marchas y movilizaciones, *spots* publicitarios de campañas electorales).

En consonancia con lo señalado en el apartado previo, articularemos la perspectiva de la construcción de los objetos de discurso (Arnoux, 2006; Sitri, 1996) y el enfoque argumentativo. Es decir, no limitaremos el análisis a la mera identificación de los significantes-objeto de los discursos políticos, sino que lo extenderemos a la construcción argumentativa de los mismos. Recurriremos,

⁶¹ Retomamos aquí la distinción entre *materiales* y *corpus* como la propone Arnoux (2013: 13) quien, haciendo suyos los postulados analíticos de la Lógica Natural (Grize, 1993) trabaja a partir de “fragmentos” (Arnoux, 2013: 70). En este sentido, se relevaron todas las notas (materiales) pero el trabajo analítico se realizó específicamente sobre aquellas piezas discursivas (corpus) que tematizan el objeto “crisis” en sus diferentes dimensiones.

entonces, a la teoría de los topoi argumentativos desarrollada por Ducrot y Anscombe (1994 (1983)) para detectar las articulaciones de cadenas argumentativas que soportan el surgimiento de un significante-objeto, pero sobre todo, el sentido de las mismas. Para comprender este último punto debemos avanzar un poco más en las definiciones conceptuales de la Teoría de la Argumentación en la Lengua. Definiremos, en primer lugar, como *articulación tópica (o tópico-argumentativa)* a un conjunto dado de topoi, cadenas argumentativas y presupuestos. Éstos, según Ducrot y Anscombe, son los operadores que garantizan el pasaje de un argumento a una conclusión, es decir que conforman encadenamientos argumentativos. Éstos, suelen ser presentados como *comunes* para un cierto colectivo, *generales* (válidos para múltiples situaciones o contextos) y *graduales* (es decir, como combinación de dos predicados escalares que pueden esquematizarse como, por ejemplo, [+ P + Q]) (Ducrot, 1988b).

Esta última característica nos interesa particularmente dado que –creemos– es la que posibilita la deconstrucción del sentido de las articulaciones al que aludíamos líneas atrás. En este sentido, podemos detectar que, en un conjunto de discursos dado, cierto significante (“crisis”, “ajuste”) que se repite numerosas veces, es retomado, reformulado y disputado por diferentes enunciadore, al tiempo que se erige como nodal para ciertas articulaciones de argumentos (e.g. “gasto público” y “crecimiento económico”). Pero, y siguiendo nuestro ejemplo, resulta sencillo de observar que la cadena no comportaría el mismo sentido si el topos fuera [+ gasto + crecimiento] (“El aumento del gasto público de manos de un Estado fuerte favorece el crecimiento de la economía”), que si se articulase del modo [+ gasto – crecimiento] (“El aumento del gasto público aumenta el déficit fiscal y atenta contra el crecimiento económico”).

La disposición de este capítulo se conformó a partir de tres objetivos principales: reunir los principales antecedentes de investigación vinculados a “la crisis del 2001” a partir de la identificación de tres claves de lectura; ofrecer un esquema que articulara las nociones teóricas centrales de las que nos hemos servido para nuestra investigación y a las cuales esperamos aportar desde el análisis empírico; y, finalmente, explicitar el *corpus* analítico y la metodología utilizada.

Los siguientes capítulos constituyen el núcleo del análisis empírico de la presente tesis. La exposición adoptará un formato cronológico y se guiará por la identificación de puntos de ruptura en torno a la construcción del significante-objeto “la crisis” en distintas coyunturas (reforma laboral, renuncia del vicepresidente Carlos ‘Chacho’ Álvarez, asunción de Domingo Cavallo como ministro de Economía⁶²). En cada capítulo recompondremos las dinámicas alrededor de las que se configuraron las polémicas por la construcción del objeto “la crisis” (así como paráfrasis de aquel y otros objetos asociados discursivamente) en las voces de los principales enunciadores del campo discursivo de lo político.

En el próximo apartado se analizará la emergencia de las articulaciones tópicas *fiscalista, asistencialista y mercadointernista* y su consolidación en torno a la disputa por la ley de reforma laboral, lo que incluye la segmentación del corpus para el periodo transcurrido entre diciembre de 1999 y agosto del 2000. Se abordará, en un principio, el discurso de asunción como presidente de Fernando De la Rúa (donde se formula una construcción de “la crisis” que será retomada por múltiples voces luego y conformará los elementos nucleares de la tópica fiscalista), para luego adentrarnos en la construcción de otros significantes-objeto sobre los que giró la disputa política (“impuestazo”, “ajuste”, “oposición constructiva”) y, finalmente, analizar en detalle la consolidación en las tres tópicas en el marco del “ajuste” de mayo del 2000 y la reforma laboral.

⁶² Como tendremos oportunidad de ver, esta idea de “coyuntura” es un tanto lábil. Finalmente, las “coyunturas” también son significadas por los discursos políticos en pugna (y el ejemplo más claro al respecto es de la reforma laboral; es decir, podemos definir la disputa por la aprobación de la ley de reforma laboral como una “coyuntura” pero también como un espacio-tiempo con distintos objetos sobre los que los propios discursos establecen polémicas).

2. Capítulo 2 – La emergencia de las tópicas fiscalista y mercadointernista. Construcción política de la inevitabilidad y la puja por delinear una alternativa (diciembre 1999 – julio 2000)

Introducción

En este capítulo se analiza la construcción del objeto de discurso “la crisis” entre diciembre de 1999 y julio del 2000 y se sostiene que es posible identificar tres articulaciones tópico-argumentativas al respecto: la fiscalista, la asistencialista y la mercadointernista. Por un lado, se abordan las primeras formulaciones de “la crisis” en el discurso de asunción de De la Rúa como presidente⁶³, para luego adentrarnos en las tematizaciones de una serie de significantes-objetos que mantuvieron estrecha ligazón con el de “la crisis” –tales como “nueva política”, “impuestazo”, “ajuste” y “reforma laboral”–, lo que nos permite afirmar que en estos meses se consolidaron las tres articulaciones tópicas ya referidas. Mientras la asistencialista funcionó en forma subsidiaria respecto de la fiscalista –porque compartió los elementos centrales de la construcción de su “diagnóstico” sobre “la crisis”–, la tópica mercadointernista se configuró como antagónica a aquellas, refutando el marco argumentativo que ellas compartían.

2.1. “El problema” del desempleo, su raíz fiscal y “la herencia”. El discurso de asunción de De la Rúa

El 10 de diciembre de 1999, Fernando De la Rúa asumió la presidencia del país de la mano de la “Alianza para el Trabajo, la Justicia y la Educación”, coalición conformada en 1997 por la UCR y el FREPASO. Pese a haber logrado el acceso a la primera magistratura, la Alianza no había podido obtener mayoría en la cámara de Senadores⁶⁴ –como sí lo hizo en Diputados– ni la gobernación de tres de las provincias más grandes (Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe), todas ellas en manos

⁶³ Decimos que son las primeras formulaciones pero en el marco del periodo abordado porque, como señala Lorenc Valcarce (2002), “la crisis” ya había sido tematizada en la campaña presidencial de 1999. Mientras De la Rúa censuraba y autocensuraba todo debate en torno a la convertibilidad, Duhalde sostenía que “para enfrentar la crisis hay dos caminos: el que proponen el FMI y la Alianza, el de nuevos ajustes, que es el planteo fiscalista, y el que proponemos los productivistas, que consiste en desechar más ajustes y promover un shock productivo y del trabajo” (Clarín, 30/09/1999, en (Lorenc Valcarce, 2002, pág. 37)). Si bien esta campaña presidencial excede temporalmente nuestro objeto de estudio, debemos señalar que es posible que algunas de las tópicas que aquí analizamos puedan también ser reconstruidas en el campo discursivo de aquel periodo.

⁶⁴ En ese momento, los Senadores eran elegidos por las legislaturas provinciales. La elección de octubre de 2001 fue la primera en la que el voto directo de los ciudadanos definió la composición de la Cámara Alta.

del PJ. En ese contexto, De la Rúa en su primera alocución como presidente delineó un “diagnóstico” o evaluación⁶⁵ de “esta crisis”:

(1) “Cuando hay que cubrir un bache del orden de los 10 mil millones de pesos no se puede decir alegremente que hay cuentas ordenadas. La situación es peor que la anunciada; más grave que la informada por el gobierno saliente, que habla de un orden financiero que en rigor no existe.” (De la Rúa⁶⁶, 10/12/99)

(2) “Vamos a afrontar esta crisis con coraje; vamos a superarla porque así vamos a crecer y vamos a crear las condiciones de vida dignas para todos. Los convoco a hacerlo, a amigos y a adversarios, a quienes desde hoy serán oficialistas y a quienes desde hoy integrarán la oposición. Debemos actuar con la responsabilidad que nos impone la exigencia de una nueva política, donde se ponga el interés general por encima del interés partidista, el bien del pueblo por encima de la discusión de las facciones y los problemas se resuelvan con un sentido de responsabilidad republicana. Debemos actuar con la responsabilidad que nos impone la exigencia de una nueva política, donde se ponga el interés general por encima del interés partidista, el bien del pueblo por encima de la discusión de las facciones y los problemas se resuelvan con un sentido de responsabilidad republicana.” (DLR, 10/12/99) [las itálicas son nuestras]

En este discurso se proveyeron un conjunto de definiciones que se plasmarían en un paquete de medidas principalmente de tipo económico, fundamentadas en la “gravedad” de la situación, que era “peor que la anunciada” “por gobierno el saliente”. Esa situación es crítica y es presentada como “esta crisis”, es decir, en el marco de la construcción discursiva de una presuposición de existencia dada por el recurso al demostrativo “esta” que modaliza al sustantivo “crisis”. “Esta crisis” es (re)presentada⁶⁷ por el enunciador⁶⁸ a sus múltiples destinatarios con carácter de

⁶⁵ Preferimos recurrir a la idea de “evaluación”, puesto que la de “diagnóstico” se vincula a una cierta retórica médica cuyo uso es corriente en los discursos políticos sobre los que aquí trabajamos. En efecto, creemos que ella comporta una cosmovisión que considera posible evaluar una situación sociopolítica dada en clave de “diagnóstico científico”, objetivo o, al menos, fundado en una cierta objetividad dada por el recurso a métodos científicos de análisis. Recurriremos a esta expresión pero dejando en claro que sólo nos interesa en su acepción como evaluación de una situación dada y dado que es un término nativo de nuestro *corpus* analítico, tomaremos distancia mediante el uso de las comillas.

⁶⁶ Lo abreviaremos, de aquí en más, con las siglas DLR.

⁶⁷ Ducrot sostiene que los *presupuestos* no afirman la evidencia, sino que la “representa[n]” (2001, pág. 14). La noción de representación no quita potencia al efecto de evidencia que así se conforma. Por el contrario, ésta se “presenta como una vivencia, lo cual la hace mucho más difícil de combatir” (2001, pág. 14).

⁶⁸ Kerbrat-Orecchioni distingue las “fórmulas subjetivas que se confiesan como tales” (Kerbrat-Orecchioni, 1993, pág. 193) de aquellas “que intentan hacerse pasar por objetivas” (1993, pág. 193). La diferencia radica en la forma en que se modaliza la enunciación, como por ejemplo: “Lo encuentro lindo” – “Es lindo”. En nuestro caso, el pronombre demostrativo “esta” que modaliza a “crisis” supone un distanciamiento del enunciador y produce un cierto “efecto de objetividad” (1993, pág. 193): *hay crisis*. Creemos posible interpretar, adicionalmente, aquel “distanciamiento”, que radica en la constatación de una realidad, *hay crisis*, y este “efecto de objetividad” como productores –en el marco de un discurso político como el que nos ocupa– de un cierto efecto de “desresponsabilización” respecto a lo enunciado (dado que el enunciador se limita a constatar *lo que hay y es evidente para todos*).

evidencia y, por ende, constatable para todos los que forman parte de cada colectivo. Como señala Ducrot (2001), los presupuestos (de forma similar a los topoi argumentativos (Ducrot, 1988b)) se presentan como comunes para un cierto colectivo, implican el despliegue (entre enunciador y destinatarios) de un cierto “mundo de representaciones consideradas como evidentes” (Ducrot, 2001, pág. 15). “Lo que el hablante finge suponer es que el oyente, aun cuando antes lo ignore, va a aceptar de entrada los presupuestos, no los va a cuestionar, los va a admitir sin objeción.” (2001, pág. 15) El presupuesto es *planteado como* compartido y remite, a la vez que construye, un espacio común entre enunciador y destinatario/s. Veamos, entonces, cuáles son los destinatarios que se delinearán en el dispositivo de enunciación propuesto.

En primera instancia, el enunciador define su lugar de enunciación a partir de la autoridad que le ha conferido “la victoria electoral” que colocó en la primera magistratura y desde allí se dirige, por un lado, a la Asamblea Legislativa. El *yo* de la enunciación zanja una clara distinción entre ese lugar autorizado por el voto popular (“es mi responsabilidad interpretar esa expresión [del pueblo soberano]”) y este primer destinatario (“Honorable Asamblea: vamos a ponernos en marcha”; “Quiero pedir a los señores legisladores que todos obremos por el bien común”⁶⁹). Pero, a su vez, esta destinación a la Asamblea, permite distinguir otro destinatario, más o menos implícito: los “amigos y adversarios” convocados a afrontar, junto al gobierno, “esta crisis” que, como ya indicamos, fue construida desde una presuposición definida como compartida. Aunque parte de estos “amigos y adversarios” estaban presentes en la escena de enunciación (senadores, diputados y principales miembros del gabinete), la destinación era ciertamente más amplia (“quienes desde hoy serán oficialistas y a quienes desde hoy integrarán la oposición”).

⁶⁹ Esta primera destinación a la Asamblea Legislativa es clave en el contexto de la Argentina de fines del año 1999: De la Rúa asumió el 10 de diciembre sin presupuesto aprobado para el año siguiente. La instauración de la ley de presupuesto es clave para cualquier gobierno, pero lo sería más para éste que, como veremos, definió como uno de sus principales objetivos reducir el déficit fiscal. Asimismo, la Asamblea constituía un espacio privilegiado por su rol en la sanción de leyes a las que se le otorgará en todos los casos un protagonismo muy marcado en el “nuevo camino” hacia la conjuración de “esta crisis”. Además del ya referido presupuesto, había sido la instancia de ratificación del Compromiso Fiscal (aprobado por Diputados a principios de diciembre y finalmente promulgado antes de fin de año, clave para el vínculo de la Nación con las provincias) y lo sería luego en relación a las leyes de emergencia (elevadas días después de la asunción) y la de reforma laboral (referimos aquí las principales leyes debatidas en el periodo analizado en este capítulo).

Podemos distinguir, entonces, tres formas del *nosotros*: a) nosotros-el gobierno (“vamos a enfrentar esta crisis con coraje”, “vamos a crear las condiciones de vida digna para todos”, enunciador + miembros del gobierno de la Alianza); b) nosotros-los políticos, destinatarios de la convocatoria de la “nueva política” (“debemos actuar con la responsabilidad que nos impone la exigencia de una nueva política”) y c) nosotros-los argentinos (que “vamos a crecer”). Por un lado, encontramos que aquella convocatoria surgida desde el *nosotros*-el gobierno hacia el *nosotros*-los políticos (que, como dijimos, estaba presente en la escena de enunciación, pero trascendía sus límites) se fundaba en “esta crisis”, porque era la gravedad de la situación heredada la que obligaba a abrir “una nueva etapa”, “un nuevo camino” hacia un “país decente, altruista y solidario” basado en la exigencia de la puesta en marcha de “una nueva política”.

Por otro lado, las referencias al *nosotros*-los argentinos son menos recurrentes. Resulta significativo también, y en el mismo sentido, que “el pueblo soberano” y “los argentinos que expresaron su voluntad de cambio” aparezcan en el dispositivo enunciativo desplegado como entidades del imaginario político (Verón, 1987) en tercera persona. Aquellos, que no están en la Asamblea ni entre los miembros de la gestión del gobierno (“mi gestión”), se ubican, por un lado, en el origen de la victoria electoral (que, como dijimos, el enunciador instala como fundamento de su autoridad) y, por el otro, como el receptáculo de las políticas del mismo (al Estado hay que “reconstruirlo entre todos para que sirva a *la gente*, para que sea un Estado *para la gente*”). Si ese pueblo, los que votaron y “la gente”, constituyen un polo, hay un segundo polo, el del *nosotros*-los políticos que, como dijimos, se recorta un poco más allá de los miembros de la Asamblea y la figura del presidente y que incluye, entonces, a todos los agentes del gobierno y el sistema político (los que no serían “la gente” a la que ellos deben servir en razón de su lugar en el sistema político y el Estado). Se traza así, discursivamente, una cesura entre “la gente” y “los políticos”⁷⁰, la cual si bien constituía un tema ya instalado en la escena pública⁷¹, es claramente reforzado en la construcción que aquí rastreamos.

⁷⁰ Este sintagma (“los políticos”) no aparece explicitado en la pieza que trabajamos en este apartado. Sí lo hará en otras que se detallarán posteriormente.

⁷¹ Un antecedente clave lo constituyó el “cacerolazo” convocado por Carlos ‘Chacho’ Álvarez y parte del radicalismo en septiembre de 1996 (en rechazo de un aumento de impuestos promulgado por el presidente Menem). Como advierte Sebastián Mauro, ese hito implicó la instalación de “dos escenas

Asimismo, observamos en diversos pasajes un distanciamiento del locutor (L) respecto del locutor (λ) como objeto del discurso⁷²: “Este presidente⁷³, que recién hoy asume, no quiere más impuestos. Pero hay que bajar el déficit.” El “diagnóstico” sobre “esta crisis” es reforzado por este distanciamiento que parece dejar en evidencia la objetividad del camino a tomar y el hecho de que la tarea a encarar trasciende a quien ocupe circunstancialmente el lugar del presidente: es algo que *hay que hacer*. La recurrencia⁷⁴ del uso de la modalidad deóntica (que implica la obligatoriedad del contenido enunciado) nos permite dar los primeros pasos para identificar a “esta crisis” como un objeto del discurso (Foucault, 2007; Sitri, 2006). Pero también, al solaparse con aquel distanciamiento, refuerza aquel efecto de evidencia que ya señalamos: *hay crisis y bajar el déficit es el único camino para conjurarla*.

(3) “Conozco profundamente a mi país y a nuestra gente. Por eso sé del deseo profundo de los argentinos de ser parte de un país decente, altruista y solidario. Debemos movilizar esa enorme reserva moral para que nos guíe hacia el futuro. Y el primer deber es decirnos la verdad con honradez y con respeto y decirle al pueblo las cosas como son.” (DLR, 10/12/99)

Asimismo, la delimitación del *otro* –respecto del cual el enunciador pretende diferenciarse– se desarrolla en dos niveles y ambos están íntimamente relacionados con el lugar privilegiado del objeto “esta crisis” en la argumentación. Por un lado, se encuentran “el gobierno anterior”, “el gobierno que concluye hoy su gestión”,

exteriores entre sí: la de *la gente* (en la calle, en sus casas y en sus balcones), y la del gobierno (encerrado en la Casa Rosada)” (Mauro, 2012a, pág. 79). Álvarez afirmaba: “Ahora es la sociedad la protagonista de esta historia. Es ella la que ha demostrado que quiere un cambio del modelo económico. Es necesario que el Presidente la escuche, y no que se encierre en una cancha de golf.” (La Nación, 13/09/96; citado en (Mauro, 2012a))

⁷² Ducrot (2001) introduce la distinción entre el locutor (L) como responsable de la enunciación y el locutor (λ) como objeto de la enunciación misma (como ser en el mundo). En este pasaje recurrimos al vocablo locutor, respetando la distinción propuesta por el autor citado.

⁷³ El recurso a la expresión “este presidente” se asemeja a lo que Ducrot (1988a, pág. 19) define como “enunciado impersonal”. De forma similar al ejemplo citado de Charles De Gaulle (“Nadie puede suponer que De Gaulle abandonará los intereses de Francia”), aquí encontramos que el locutor se distancia de su enunciado al pretender quitar las marcas de origen personal (con dichas marcas el enunciado podría adoptar la siguiente forma: “Recién hoy asumo como presidente y no quiero más impuestos.”) La articulación de este recurso del enunciado impersonal al efecto de objetividad indicado en la nota N°68 puede ser interpretada como un reforzamiento del ya referido “efecto de desresponsabilización”. El análisis de Ducrot respecto al discurso de Charles De Gaulle parece coincidir con nuestra propuesta: “Pero al quitar cualquier marca de origen personal a su enunciación, De Gaulle la hacía aparecer como si fuera responsabilidad de la Historia y no de él.” (1988a, pág. 19) No soslayamos, sin embargo, que la presencia del determinante “este” (“este presidente”) en cierto modo ancla la enunciación a un *yo*; en este sentido, el caso referido por Ducrot no cuenta con ese tipo de deícticos, por lo que revelaría una impersonalidad aun mayor que en la de nuestro caso de análisis.

⁷⁴ “*Hay que bajar el déficit*”; “*hay que cubrir el bache*”; “*hay que cumplir la ley de responsabilidad fiscal*” [las itálicas son nuestras].

“algunos funcionarios que se van”, definidos en base a su condición moral y éticamente condenable; han mentido sobre la situación fiscal de la economía (no dijeron “las cosas como son”⁷⁵) y eso los ubica por fuera del “país decente, altruista y solidario” y de la “nueva sociedad ética, solidaria y progresista” que desde el gobierno se propone construir. Y esto es así porque, “en primer término”, el cambio que votaron los ciudadanos supone “la estricta vigencia” de ciertos “valores”-“reglas de moralidad”: “la transparencia, la honestidad, la austeridad, la lucha permanente contra cualquier forma de corrupción, la convicción profunda de servir a la gente y no a sí mismos o a grupos privilegiados a la sombra del poder”. Así, en este dispositivo de enunciación la construcción de este adversario se produce por intermedio de su calificación como mentiroso, deshonesto y corrupto. Lo político se expresa en un *registro moral* (Mouffe, 2011, pág. 12) y conlleva la doble consecuencia de la deslegitimación del otro/malo y la legitimación del nosotros/bueno (identificado con la voz del enunciador y, en primera instancia, el nosotros-gobierno).

Pero, a su vez y en el contexto definido por la puesta en marcha de “una nueva política”, se realiza la ya referida convocatoria “a todos”, “a amigos y adversarios, a quienes desde hoy serán oficialistas y a quienes desde hoy integrarán la oposición”⁷⁶. Es esta convocatoria delinea un segundo *otro* que podrá ser parte del “país decente, altruista y solidario”⁷⁷, si demuestra poder ejercer su rol como oposición responsable, basada en el diálogo y con vistas al bien común.

(4) “Quiero reconocer aquí la actitud de los gobernadores y luego del Senado para firmar primero y aprobar después el Compromiso Federal, que permite un avance que abre posibilidades de saneamiento administrativo. Esto es representativo de esta

⁷⁵ En este fragmento volvemos a encontrar la cesura entre nosotros-los políticos el “pueblo” al que esos políticos deben decirles la verdad. Podemos pensar, por tanto, que “nuestra gente”, al inicio del fragmento, remite al mismo punto.

⁷⁶ Como señalábamos al principio, esos “adversarios” son parte de la “Honorable Asamblea” a la cual se dirige el enunciador, los cuales, como sabemos, fueron partidarios del gobierno anterior (y muchos aun mantenían estrechos vínculos con el expresidente Menem).

⁷⁷ Podríamos considerar que se define un cuarto *nosotros*, los miembros del país decente, altruista y solidario, Sin embargo, este *nosotros* es, en cierta forma, prospectivo, un objetivo al que se apunta. En ese sentido, se espera, a partir de la convocatoria, que el *nosotros*-los políticos coincida con este *nosotros* prospectivo que reúne a aquellos con valores morales decentes y contrarios a la corrupción. El colectivo/comunidad del “país decente”-“sociedad ética” puede incluir a todos, mientras compartan las mismas “reglas de moralidad”. Pero no podemos dejar de señalar que este discurso de tono aleccionador con vistas a los valores morales es dirigido al *nosotros*-los políticos (sobre todo al sector delimitado por “el gobierno anterior”), mientras que “la gente” ocupa una posición moralmente loable (casi una especie de reserva de moralidad).

nueva política que debemos implementar desde ahora, basada en el diálogo, la responsabilidad y la defensa del bien común.” (DLR, 10/12/00)

Si el colectivo de identificación de este *nosotros* inclusivo (Verón, 1987) encuentra sus límites en un conjunto de valores asociados a la decencia, el altruismo, la responsabilidad, la austeridad y la lucha contra la corrupción (entre otros), es posible considerar que el primer grupo de alteridad ocupa el lugar del contradestinatario/ destinatario negativo (excluido del colectivo por su condición moralmente reprobable y porque no comprende *lo que hay que hacer*), mientras que el último ocupa el del prodestinatario o destinatario positivo, que incluye no sólo a los propios/ “amigos”⁷⁸, sino también a aquellos que realicen una oposición responsable. Su inclusión en el colectivo de identificación quedará supeditada a la posibilidad de regeneración (Aboy Carlés, 2010⁷⁹), puesto que estos “desde hoy integrarán la oposición” y fueron parte del “gobierno saliente”. Dicha posibilidad queda abierta, principalmente, por el marco de la “nueva política [que] ponga el interés general por encima del interés partidista, el bien del pueblo por encima de la discusión de las facciones y los problemas se resuelvan con un sentido de responsabilidad republicana”. Como veremos en los próximos apartados, esta “nueva política” encontrará su correlato en la construcción de una “oposición constructiva” y serán parte de ella (prodestinatario ampliado) quienes actúen con la responsabilidad que la gravedad de “esta crisis” requiere (su inclusión está aún pendiente, es una tarea por hacer). Por el contrario, no serán parte de la tarea regenerativa, aquellos que produjeron el déficit, mintieron sobre su magnitud y, además, hoy “critican sin aportar soluciones” y “en vez de sanarlo, cuestionan el llamado a un esfuerzo compartido”.

Recapitulando, podemos considerar que se establecieron dos cesuras: 1) en el espacio del colectivo “argentinos”, entre *nosotros*-los políticos (a) y “la gente”, “nuestra gente”, “el pueblo” (al que aquellos deben darle condiciones de vida dignas); y 2) en el espacio del colectivo *nosotros*-los políticos, entre aquellos que mienten y detentan una condición moralmente reprobable y aquellos que forman

⁷⁸ Se presupone aquí que los “amigos” son miembros de la misma fuerza política, es decir, de la coalición Frepaso-UCR. Lo que aparece como algo evidente en este discurso de asunción, encontrará sus límites en los meses posteriores.

⁷⁹ Con esta referencia no pretendemos introducir la cuestión del populismo, sino simplemente echar mano al concepto de “regeneración” de Aboy Carlés que, creemos, permite pensar este aspecto singular del discurso que trabajamos.

parte de la “nueva política”, que ponen por encima del “interés partidista”, el bien común, que dicen “las cosas como son” (“la verdad”) y ejercen su papel con “responsabilidad republicana”. Como tendremos oportunidad de ver, estos agrupamientos traspasan los límites de los partidos políticos y de lo que podría entenderse *a priori*, y desde una lectura institucionalista, como distinguible a partir del eje oficialismo (Alianza) - oposición (PJ).

Como habíamos señalado, el enunciador derivaba de la “victoria electoral” (que implicaba “la expresión de un acto de libertad que simboliza el anhelo de un cambio profundo”) una legitimidad que lo investía de un estatuto moral elevado en relación al resto. Dicha condición moral superior no sólo permite, como vimos, trazar la distinción con el adversario, sino que también funciona como fundamento para la enunciación de *la verdad* –“las cosas como son” – y la configuración de una evaluación (“diagnóstico”) del estado de (esas) cosas. Dicha apreciación ubica en “el déficit” –que no permite el crecimiento– la causa de “el problema” a resolver (“el desempleo”).

(5) “El mayor problema es el desempleo. Nuestra consigna, la de todos, tiene que ser crear trabajo, (...) y la forma de lograrlo es haciendo crecer la economía. En un contexto de crecimiento podremos generar nuevos puestos de trabajo. Para esto, lo primero es equilibrar las cuentas públicas porque un presupuesto equilibrado atraerá nuevas inversiones que nos pondrán en marcha y se evitará que el peso del déficit caiga sobre el conjunto de la población, que en definitiva es la que paga las consecuencias.” (DLR, 10/12/99)

El déficit comporta un “bache de 10 mil millones de pesos” para las cuentas públicas y sus principales consecuencias residen en que “presiona sobre la tasa de interés, afecta las obligaciones básicas del Estado y perjudica al conjunto de la economía”. Se extiende, así, el impacto de dichas consecuencias, al Estado y la economía, por lo que “el problema es de todos”. El objetivo central, en relación con aquel “diagnóstico”, es “parar el déficit” y es presentado con el estatus inexorable que, como dijimos, se deja entrever en el recurso a la modalidad deóntica: “*hay que bajar el déficit*” “*hay que cubrir el bache*. [las itálicas son nuestras] Recurriremos, entonces, a la Teoría de los topoi de Ducrot y Anscombe (1994 (1983)) para desentrañar los argumentos desenvueltos en torno al significante-objeto “esta crisis”.

(T₁) [+ déficit fiscal + desempleo]

(CA₁) [+ déficit fiscal - crecimiento de la economía] [- crecimiento de la economía + desempleo]

La cadena argumentativa (1) nos permite explicar cómo se construye el pasaje entre los elementos del topos T_1 o *topos del crecimiento*. Éste se articula, a su vez, a un segundo topos, el de la *eficiencia*⁸⁰ que se puede resumir gráficamente de la siguiente manera:

(T_2) [+ corrupción + déficit fiscal]

(CA_2) [+ corrupción + ineficiencia] [+ ineficiencia + gasto] [+ gasto + déficit fiscal]

Este segundo argumento es el que completa la explicación “[d]el problema” y, por ende, funciona de basamento para la “solución” propuesta. Se sostiene que el origen del déficit fiscal (causa de los problemas de “esta crisis”) se encuentra en el uso ineficiente de los recursos, vinculado a “la corrupción” del “gobierno saliente”⁸¹. Por lo tanto, si las representaciones gráficas de T_1 y T_2 que expusimos corresponden a la formulación del problema, sus formas inversas constituyen lo que se erige discursivamente como la solución. Como señala Ducrot (1988b) cada *topos* argumentativo puede formularse bajo dos formas tópicas inversas⁸² que, en nuestro caso pueden resumirse del siguiente modo:

⁸⁰ Consideramos, además, que este *topos* forma parte de una interdiscursividad más amplia, un cierto *paradigma eficientista* que entiende que “la eficiencia” opera como parámetro técnico mensurable y no arbitrario, neutral, para la evaluación de diferentes coyunturas sociales, económicas y políticas y la consecuente ejecución de políticas públicas acordes. Este paradigma no presenta, a priori, ningún vínculo con “la corrupción”; esta articulación es la forma específica que adopta en nuestro caso de estudio. Su amplitud permite, además, que este paradigma aloje múltiples *topoi* (no solamente relacionados a la corrupción).

⁸¹ En la campaña presidencial de ese año, De la Rúa ya había tematizado “la corrupción”, a partir del retome irónico de ciertas características que se atribuían: “Dicen que soy aburrido Aburrido. Será que no manejo Ferraris. Será para quienes se divierten mientras hay pobreza. No quiero un pueblo sufriendo mientras algunos otros se divierten. Quiero un país alegre, quiero un pueblo feliz.” (*spot* publicitario de campaña, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=51ArsAj5fbc>). Como se podía colegir de dicho *spot*, “(...) el objetivo de equidad [la felicidad del pueblo] (...) llegaría automáticamente una vez que se hicieran más transparentes las decisiones del gobierno.” (Mauro, 2012a, pág. 81) El mismo día que asumió, De la Rúa logró la promulgación de una ley que creaba un organismo específico para “la elaboración y coordinación de programas de lucha contra la corrupción en el sector público nacional” (Artículo N°13, Ley N°25.233): la Oficina Anticorrupción.

⁸² En su formulación de la Teoría de la Argumentación en la Lengua (TAL) de la Teoría de los *topoi*, Ducrot sostiene que un *topos* argumentativo es el “garante” de la articulación entre dos segmentos (significantes, sintagmas), es decir, aquello que permite que dos sintagmas se encadenen argumentativamente. Por ejemplo, nada nos indica *a priori* que (P) “déficit fiscal” y (Q) “desempleo” se pueden pensar articuladamente ni cómo es la naturaleza de ese vínculo. Es por medio de argumentación que ellos pueden ser articulados y presentados como comunes (para un colectivo dado), generales (aplicables a más situaciones que no son solamente la de enunciación) y graduales (el vínculo tiene una direccionalidad específica del tipo (+ P + Q) o viceversa). Si un *topos* (T) toma la forma de (+P+Q), su formulación inversa sería (- P - Q). Como afirma Ducrot, ambas formas tópicas corresponden al mismo *topos* y son inversas pero no contrarias porque comparten el mismo marco

T₁ (topos del crecimiento) → problema (FT''₁) [+ déficit fiscal + desempleo]
→ solución (FT'₁) [– déficit fiscal – desempleo]

T₂ (topos de la eficiencia) → problema (FT''₂) [+ corrupción + déficit fiscal]
→ solución (FT'₂) [– corrupción – déficit fiscal]

Cada forma tópica (FT) nos permite identificar las diferentes voces (polifonía) que se ponen en juego en una enunciación dada. En este caso, el enunciador construye una escena con al menos dos voces: la voz propia, identificada con las formas FT'₁ y FT'₂, asociadas a la “solución”; y la de la alteridad, identificada con FT''₁ y FT''₂, como “causa del problema”. Por un lado, la posición de la “solución” permite construir el *nosotros* que incluye la voz del enunciador y al *nosotros*-los políticos de la “nueva política”. Mientras que, por otro lado, las formas tópicas del “problema” se vinculan al lugar del *otro*, “el gobierno que concluye hoy su gestión” y “algunos funcionarios que se van”. Esta polémica en torno al significante-objeto “esta crisis” adopta el formato de una oposición argumentativa (Montero, 2012a, pág. 237), es decir, que el enunciador pone en escena dos puntos de vista diferentes para cada topos (FT'₁/FT''₁ y FT'₂/FT''₂)⁸³ y, mientras se identifica con FT'₁ y FT'₂, se distancia de las formulaciones inversas, que asocia al lugar del adversario político. El enunciador rechaza el punto de vista opuesto, pero se mantiene dentro del mismo topos o marco argumentativo (2012a, pág. 237), cuyo núcleo es el déficit fiscal (y su aumento, la causa del aumento del desempleo). Por lo tanto, se construye un “diagnóstico” que define un problema (desempleo), una causa (el déficit fiscal, el desequilibrio en las cuentas públicas) cuyo origen se atribuye a los desmanejos de la gestión previa (de Carlos Menem) y una “solución”, que tiene dos aristas: por un lado, “sanear”⁸⁴ y “equilibrar las cuentas públicas” y, por el otro, “la implacable

argumentativo. En nuestro caso, [+déficit fiscal + desempleo] y [– déficit fiscal – desempleo] son equivalentes, es decir, que el enunciador podría aceptar tanto una como la otra sin salirse de su argumento. Por el contrario, no sucedería lo mismo con [+ déficit fiscal –desempleo], porque nuestro locutor no podría aceptarla sin entrar en una contradicción (en tanto el aumento del déficit fiscal, según este ejemplo, no sería el origen del aumento del desempleo).

⁸³ Como señala Montero (2012a) para el caso de la oposición argumentativa, la negación de una voz ajena “no se funda exclusivamente en discursos efectivamente pronunciados sino, también, en puntos de vista o principios ideológicos atribuidos a los adversarios, que pueden ser representados o reconstruidos discursivamente por el locutor.” (2012a, pág. 237)

⁸⁴ Encontramos aquí el recurso a una retórica médica, con metáforas vinculadas al “saneamiento” (administrativo, financiero). El objetivo definido sobre este punto específico es construir un “Estado sano y transparente”. En este sintagma, el nexos copulativo “y” habilita la articulación entre el orden de la salud (sano) y lo cognoscible, el acceso a la realidad por medio de la vista (transparente), lo que

lucha contra la evasión y la corrupción”. Es –precisamente– el *topos de la eficiencia* el que permite el nexo entre ambas instancias.

Finalmente, la evaluación en torno a la situación del sector salud (en general, y del PAMI⁸⁵, en particular) es elocuente al respecto: allí “hay gastos superpuestos, ineficiencia y desidia”. La construcción enumerativa permite rápidamente recomponer la siguiente serie argumental:

Corrupción/desidia → (uso ineficiente de los recursos → exceso en los gastos →) déficit fiscal

Dentro de esta misma perspectiva, se introduce un elemento que veremos reaparecer en sucesivas ocasiones: “lo social”. Con contornos difusos, se incorpora al argumento también por la vía del paradigma eficientista (ver nota 80):

(6) “El programa social hará eficiente la gestión del gasto social. El dinero debe llegar directamente a los que más necesitan. Voy a terminar con la corrupción y las políticas sociales clientelistas. Voy a convocar a la Iglesia y a las organizaciones no gubernamentales para cooperar con el esfuerzo.” (DLR, 10/12/99)

(7) “Este gobierno expresará un nuevo pacto entre la política social y la política económica. No hay desarrollo económico consistente sin desarrollo social y este es el verdadero camino de la justicia y del progreso. (DLR, 10/12/99)

De este conjunto de dimensiones (topoï, series enumerativas) que hemos podido identificar se deriva, por lo tanto, la constatación de la existencia de “*el problema*”, de una situación grave que, de no ser revertida, significaría “más crisis económica”. Debemos señalar aquí dos elementos. Por un lado, la presencia recurrente de *marcas de generalización* (Sitri, 1996, pág. 18) (“*el problema*”, “*la situación*”, “*los problemas*”) y de *efectos de evidencia* (“*esta crisis*”) que nos permiten reparar en la centralidad argumentativa que detentan estos sintagmas. Pero, por el otro, debemos subrayar que “*el problema*” (actual) aparece articulado a la situación que detenta un estatus crítico y cuya temporalidad es más amplia: esa *crisis*, que debe ser enfrentada por todo lo hasta aquí señalado, es preexistente⁸⁶. La presencia del adverbio “más”, a la vez de cantidad y comparativo, permite establecer el vínculo temporal. “*Esta crisis*” se hereda del pasado, pero tiene efectos en el

resulta significativo puesto que este último término ya ha sido construido en esta pieza discursiva como un valor moral central de “la nueva política”.

⁸⁵ El “caso PAMI” fue erigido como el caso paradigmático de la corrupción durante el gobierno de Carlos Menem y parte central de la campaña anti-corrupción de la Alianza en su camino a la primera magistratura. (El Programa de Atención Médica integral – PAMI es la obra social para jubilados y pensionados, de personas mayores de 70 años sin jubilación, federal y que funciona bajo control estatal desde 1971).

⁸⁶ Esto no solo se deriva, como ya indicamos, del efecto de evidencia. Para concluir esta preexistencia es necesario prestar atención al componente temporal que aquí detallamos.

presente, los cuales se hacen evidentes hoy porque *ahora sí conocemos la verdad al respecto*. De este modo, los sintagmas “(una/más) crisis” y “el problema” conforman un *paradigma designativo*⁸⁷ y su reiteración y centralidad argumentativa nos permiten definirlos como parte del *objeto de discurso* “la crisis” que, como veremos, es retomado y reformulado por diferentes voces del campo discursivo de lo político del periodo.

En resumen, en el discurso de asunción de De la Rúa es posible identificar una primera formulación de lo que denominamos **articulación tópica fiscalista**⁸⁸, que pone en relación dos *topoi*, el del *crecimiento* y el de la *eficiencia*. Este “diagnóstico” de “esta crisis” que vive la Argentina (y la “solución” que se deriva argumentativamente de aquel), permite delinear los contornos de un adversario político que se identifica con un punto de vista opuesto y al cual se deslegitima por una doble vía: por su moral reprochable (asociada a la mentira)⁸⁹ y por su incapacidad para entender *lo que hay que hacer*. Al *registro moral* se superpone un *registro epistémico*: el *otro* es descalificado no sólo por detentar valores moralmente reprobables sino también por carecer del conocimiento eficiente, verdadero y objetivo que le permitirían desarrollar políticas apropiadas en la situación que atraviesa el país. Lo político se constituye, entonces, en un doble registro moral y epistémico-racional, que permite expulsar al adversario, pero sobre todo a cualquier formulación de políticas alternativas que éste articule, fuera del espacio de lo decible y lo pensable.

2.2. Del “impuestazo” a la reforma laboral. La consolidación de las articulaciones tópicas fiscalista y mercadointernista

En este apartado se analizan los mecanismos de retome y reformulación que permiten observar la consolidación del objeto “la crisis” (en vínculo con “oposición

⁸⁷ Arnoux recupera esta noción de Mortereux, quien lo define (según la autora) como “una lista de sintagmas (en general, nominales) que funcionan en correferencia con un vocablo inicial en un discurso dado” (Arnoux, 2013, pág. 9).

⁸⁸ En el capítulo anterior definimos a las articulaciones tópicas (o simplemente, tópicas) como conjunto de *topoi*, cadenas argumentativas y presupuestos. Suponen un marco argumentativo que articula más de un *topos* de múltiples maneras y es posible detectar, en el transcurso del tiempo y entre las diversas enunciaciones que lo hacen propio, variaciones a su interior (aquí, por ejemplo, encontramos desplazamientos del peso explicativo en torno a “la crisis” entre diferentes *topoi* que conforman la misma tópica).

⁸⁹ Al respecto, Mocca (2002) identifica un mecanismo similar al que aquí detallamos: “(...) una reducción eticista de lo político (...) la división del campo político en ‘decentes y corruptos’ o ‘legales y mafiosos’ construye un mapa cognitivo que excluye todo reconocimiento a la legitimidad del adversario. (...) Entonces, no hay diálogo ni negociación posible (...)” (2002, pág. 271)

constructiva”, “impuestazo”, “ajuste”, “reforma laboral”) y el establecimiento de polémicas en torno al mismo, desde una perspectiva dialógico-argumentativa.

2.2.1. *La tónica fiscalista: inevitabilidad y “oposición constructiva”*

El primer dato significativo surgido del análisis de las fuentes de este periodo está vinculado a los sucesivos retomes, por parte de múltiples enunciadores políticos, de los *topoi* introducidos por el discurso de De la Rúa, que ya analizamos en el apartado anterior. Entre ellos encontramos tanto a miembros de la coalición gobernante⁹⁰ como a referentes de lo que, desde una mirada institucional de la política, podríamos considerar como opositores –entre los que sobresalen los gobernadores de las principales provincias, todos ellos miembros del PJ⁹¹–. Es posible reunir, entonces, un conjunto de piezas discursivas que comparten el “diagnóstico” fiscalista: “la causa de la crisis es el déficit fiscal”. Y si bien se mantienen el marco de la articulación tónica fiscalista, los retomes que se producen en las voces de estos múltiples enunciadores colocan el foco en el *topos de la eficiencia*, en detrimento del *crecimiento*⁹²; en este sentido, en las alocuciones relevadas se observa una preocupación mayor por el eje corrupción-déficit fiscal que por el que ubicaba en el crecimiento económico la solución al desempleo. En este primer periodo analizado, el *topos de la eficiencia* se erigió como el centro de la tónica fiscalista y como el marco argumentativo que sustentó la implementación del aumento de impuestos (“impuestazo”) de diciembre de 1999 y de las leyes de emergencia⁹³ de enero del 2000.

(8) “Hay que transparentar el gobierno, porque la corrupción es un problema que va más allá de una cuestión ética; se trata, además, de un gran problema económico.”
(Machinea, La Nación 29/01/00)

⁹⁰ Se pueden señalar los casos de José Luis Machinea (Mtro. de Economía), Mario Vicens (Secr. de Hacienda), Alberto Flamarique (Mtro. de Trabajo), Rafael Pascual (Diputado Alianza), Horacio Viqueira (Secr. de Trabajo), Jorge Sappia (Viceministro de Trabajo), entre otros que iremos listando a medida que retomemos sus piezas discursivas.

⁹¹ Aludimos a Carlos Reutemann (Santa Fe), Carlos Ruckauf (Buenos Aires) y José Manuel De la Sota (Córdoba).

⁹² Como veremos en el próximo capítulo, la coyuntura abierta por el episodio de los sobornos en el Senado y la posterior renuncia del vicepresidente favoreció –entre otros aspectos– un desplazamiento en el sentido inverso, es decir, hacia el *topos* del crecimiento y una focalización en los segundos segmentos de ambos *topoi*.

⁹³ Se conoció con este nombre a un paquete de medidas elevadas al Congreso por el Poder Ejecutivo en enero del año 2000 que incluían, entre otras cosas, la suspensión de juicios al Estado por 180 días, la apertura de la posibilidad de despedir 6000 empleados públicos designados durante 1999, así como la modificación ciertas condiciones laborales y de salarios en el ámbito público.

Lo que posibilitó la articulación entre ambas medidas fue un nexo común, un objetivo compartido: “bajar el déficit” (De la Rúa, La Nación y P/12 24/12/99). La salida a “la crisis” aparecía definida en estas piezas discursivas por medio de un conjunto de series temporales, compuestas cada una de ellas por tres tiempos/instancias.

→ 1ro) esfuerzo transitorio/ “impuestazo”/ordenamiento cuentas => 2do) recuperación economía => creación empleo

→ 1ro) lucha contra la evasión y la corrupción => 2do) crecimiento/inversión => 3ro) multiplicar trabajo de la gente

Estas series complementan y refuerzan el formato de la modalidad deóntica que ya referimos: *hay que* bajar el déficit y para ello *hay que* ajustar porque es el *único camino* posible.

(9) “Reducir el déficit, actuar con transparencia y con sentido de responsabilidad, es abrir paso al crecimiento y a la inversión, multiplicar el trabajo de la gente, que es urgente frente al drama del desempleo, mejorar la calidad de la educación y de la atención de la salud y afrontar los problemas de la pobreza que nos interpelan cotidianamente. En un contexto de crecimiento podremos generar nuevos puestos de trabajo. Para esto, lo primero es equilibrar las cuentas públicas porque un presupuesto equilibrado atraerá nuevas inversiones” (DLR, 10/12/99)

(10) “Ajustar fiscalmente es claramente reactivante. Es el único camino que hay hoy para asegurar la reactivación” (Vicens, Clarín 10/12/99).

(11) “[La reforma tributaria] apunta a solucionar la crisis que deja un gobierno y que debemos enfrentar nosotros” (...) “gravará los impuestos a los que más ganan. A nadie le gusta crear impuestos, pero debemos hacerlo para lograr la estabilidad, disminuir el riesgo país y reducir el déficit fiscal” (Baglini⁹⁴, La Nación 16/12/99)

(12) “El déficit es hoy nuestro peor enemigo. (...) Inmediatamente, enviaré a los legisladores una ley de emergencia para cortar el déficit que nos asfixia. Porque es el déficit que nos dejaron lo que está asfixiando al pueblo.⁹⁵ (...) Las nuevas medidas impositivas son necesarias para bajar el déficit, sólo afectan a los que más tienen. (...) La nueva ley que enviaré al Congreso será la herramienta para terminar con el déficit, es la ley de emergencia contra el déficit. Así volverán las inversiones, así bajarán las tasas de interés, así volverá el crédito y, en muy poco tiempo, estaremos disfrutando la reactivación económica y, como consecuencia directa, volverá el empleo.” (DLR, La Nación y P/12⁹⁶ 24/12/99)

El aumento de impuestos se explicaba por la excepcionalidad y el carácter de emergencia⁹⁷ de la situación presente, que encontraba su causa en la situación

⁹⁴ Diputado por la Provincia de Mendoza (Alianza-UCR) y titular de la Comisión de Hacienda de la Cámara baja.

⁹⁵ Como señalamos en la nota 84, aquí reaparece el recurso a la metáfora médica para como elemento explicativo.

⁹⁶ De aquí en adelante, abreviaremos el nombre del periódico Página/12 como “P/12”.

⁹⁷ Al respecto, el 13 de enero del 2000 Clarín ofreció una serie de trascendidos en los que se dejaba entrever la preocupación que despertaba en De la Rúa la presentación de la situación como de

heredada⁹⁸. El camino es presentado como *inevitable* (10, 11) y sus consecuencias como *inexorables* (9, 11, 12) en base, precisamente, a aquella *excepcionalidad*. Inevitable, no sólo por el contenido (“es el único camino”), sino también por la forma lingüística⁹⁹ de la enunciación (modalidad deóntica, verbos modales¹⁰⁰). Inexorable, por la secuencia temporal que conllevan las construcciones con la forma [causa X => efecto Y] (debemos X, *para* Y, Y', Y'' (fragmento 11); debemos aplicar nuevas medidas impositivas, *así sucederá* Y, *luego* Y', y *como consecuencia directa, sucederá* Y'' (fragmento 12)).

Sostenemos que en la tónica fiscalista se articulan, así, topoi argumentativos y series temporales que ofrecen una evaluación de “la crisis” y una “salida” derivada de ella, que tienden hacia un efecto de deslegitimación de formas alternativas de enfrentarla, asentado en la clausura del debate sobre ello. De la definición de la “solución” como “la única posible”, se derivan dos elementos: a) que toda temporalidad alternativa es considerada imposible de llevar a la práctica y aun de ser pensada; y b) que la adopción de una determinada política pública (con el objeto de conjurar la crisis) no surgiría de una decisión ni tampoco de un debate político, sino del curso de los hechos que ya estarían dados de antemano (y, por lo tanto, serían inevitables). Cabe preguntarse aquí, adicionalmente, si este efecto deslegitimador no tiene aun un alcance más amplio, al quitarle capacidad productiva a los propios enunciadores que hacen suyas estas formulaciones, por la reducción que operan sobre los márgenes de acción de su rol como actores políticos. En este sentido, ¿qué lugar queda para la acción política¹⁰¹ (de “los políticos”), para delinear lo común de la comunidad si ya hay un designio prefijado, un “único camino posible”? Si

“emergencia en todos los ámbitos”. Según refería el periódico, la respuesta de Jorge de la Rúa y Machinea fue contundente “es la única alternativa”. No pretendemos adentrarnos en la veracidad del transcendido sino, más bien, dar cierta relevancia a la operación de retome del argumento por parte del medio referido.

⁹⁸ “En vez de preguntarse (la gente) por el por qué de estos impuestos a los que de ninguna manera yo llamo ajuste sino un pequeño esfuerzo que se pide para abrir el camino del crecimiento, hay que pensar dónde empezó todo, preguntarse por qué hoy hay déficit y esta crisis. Es un deber del Gobierno actuar como actúa.” (DLR, La Nación 05/01/00)

⁹⁹ La distinción entre forma y contenido que ofrecemos intenta demostrar los diferentes elementos que parecen converger hacia el mismo efecto (construcción de la inevitabilidad y la inexorabilidad). No soslayamos que la forma *es* el contenido y que no hay contenido sin forma.

¹⁰⁰ El recurso al verbo modal, bajo el formato *deber + infinitivo* (“debemos hacerlo”), funciona de la misma manera que el “tener que” y adiciona a la expresión la modalidad de la obligación.

¹⁰¹ En ese pasaje no hacemos uso del concepto en clave arendtiana (Arendt, 2009) porque la autora no la limita a la acción de “los políticos” y, en nuestro caso, éstos son el foco privilegiado de nuestra mirada analítica. Sin embargo, sí recurrimos a ella para remitir a la capacidad que le reconoce a la acción humana para crear comunidad, definir lo común de la comunidad.

partimos de la distinción conceptual entre *la política* y *lo político*¹⁰², es posible pensar que la tónica fiscalista comportó un abordaje de “la crisis” no “anti-político”, pero sí en clave “anti-política”. En ese sentido, no es “anti-político” porque aun cuando deslegitime a su adversario recurriendo a la obturación del conflicto a partir de la construcción de la *inevitabilidad* y la *inexorabilidad*, no pierde su condición de *político* en tanto no deja de delinear un adversario. Lo que se rechaza, se deslegitima, es “la política” entendida como conjunto de prácticas, actores (“los políticos”) e instituciones en los que se define lo común de la comunidad¹⁰³. Si el camino decidido (por caso, una medida de política pública) es el único posible (*inevitabilidad*) y el devenir derivado de él también lo es (*inexorabilidad*), es el sistema político en general (“la política”) y quienes allí actúan (“los políticos”) quienes no tienen nada por hacer más que entregarse al desarrollo teleológico de lo que ya está dado¹⁰⁴.

Decíamos, hace algunas líneas, que el efecto deslegitimador no fue incompatible con la construcción un *otro*-adversario político. La frontera política (Aboy Carlés, 2001) se trazó, de la misma forma que en el discurso inaugural de De la Rúa, en relación a un pasado de corrupción y mentiras que constituía el origen de la crítica situación presente; ese *otro* era temporalmente situado en una doble dimensión, en un tiempo pretérito (el de su accionar) y en el presente, desde donde aun amenazaba con impedir la “solución” de “la crisis” a raíz de su ejercicio de una oposición “obstruccionista”, por contraste con una “oposición constructiva”. Este objeto empezó a ser tematizado en el campo discursivo de lo político en el marco del

¹⁰² Retomamos aquí –como hicimos en el primer capítulo– idea de *diferencia* política que, como sostiene Marchart (2009) permite distinguir entre *la política* y *lo político*. Mientras la primera remite al conjunto de instituciones, actores y prácticas que se vinculan al sistema político (partidos políticos, comicios, cámaras legislativas, presidentes, formas de gobierno), el segundo apunta a captar, más bien, la politicidad, la condición constitutivamente conflictiva (antagónica) de los agrupamientos sociopolíticos.

¹⁰³ Este efecto contribuye con lo que hemos identificado (ver nota 5) en algunas piezas discursivas como “efecto desresponsabilizador” (vinculado a las modalizaciones que tienden hacia un efecto de objetividad (Kerbrat-Orecchioni, 1993) de “crisis”) y con el recurso a la modalidad deóntica. En cierta forma, estos modos de enunciación parecen confluir hacia un borramiento de la capacidad de agencia de los sujetos (que, por más sujetados que estén, siempre retienen para sí ciertos márgenes de acción). En este sentido, no es *solamente* una retórica o un discurso antipartidarios; el rechazo –desde la perspectiva interpretativa que aquí proponemos– es más extenso y excede a los partidos como instituciones primordiales del sistema político.

¹⁰⁴ En una línea similar se desenvuelven los argumentos de Carl Schmitt sobre *lo político*. En su crítica al liberalismo, el jurista alemán sostenía que pese a su intento de llevar a cabo un conjunto de “neutralizaciones y despolitizaciones (de la educación, de la economía y de las demás áreas)” ellas no perdían su “significado político” (Schmit, 1991, pág. 66). El que se definiese a sí mismo como apolítico no implica que no sea político (la frontera amigo-enemigo estaría dada, en ese caso, entre políticos y anti-políticos).

debate por el aumento de impuestos y las leyes de emergencia (diciembre 99-enero 2000):

(13) “(es necesario) adoptar políticas que ayuden a que los argentinos vivan mejor, a no obstruir –tampoco a hacer seguidismo—, y a tener una actitud crítica constructiva.” (Ruckauf, P/12 15/01/00)

(14) “Hay que votarle a De la Rúa los proyectos que envía. Siempre hay que apoyar a quien se inicia en el gobierno.” (De la Sota, P12 21/01/00)

(15) “Existe la necesidad de apoyar a quien fue elegido por el pueblo (y de) respetar la voluntad popular que dio mucho consenso a De la Rúa.” (Reutemann, La Nación 22/01/00)

(16) “(El presidente) tiene un amplio consenso de la comunidad y de parte nuestra (los gobernadores del PJ) tiene un acompañamiento porque tenemos que dejar de lado la lucha partidaria, que ya vendrá, para beneficiar a la gente.” (Reutemann, P/12 22/01/00)

(17) “La sociedad, en octubre pasado, votó para que no haya poderes hegemónicos, pero tampoco oposiciones obstruccionistas.” (Atanasof [diputado PJ], Clarín 12/02/00)

(18) “Necesitamos más diálogo, más análisis constructivo, sin prevenciones y sin incondicionalidades porque no se trata de sumisiones.” (DLR, 14/02/00)

(19) “(en la conducción de la CGT) Se dieron cuenta de que no era constructivo el paro y que nuestro proyecto promueve el empleo estable.” (Flamarique [Mtro. de Trabajo], P/12 23/02/00)

(20) “Soy optimista. Creo que el PJ no va a cajonear el proyecto. Puede haber demoras y modificaciones, pero no creo que se vaya a obstruir al Gobierno.” (Genoud [Senador UCR-Alianza], La Nación 16/03/00)

Los fragmentos expuestos revelan cómo la construcción discursiva de la “oposición constructiva” tuvo un carácter fuertemente dialógico: dicho objeto de discurso se constituyó gracias a las operaciones de reiteración y retome en múltiples piezas discursivas. Quienes lo enunciaron pertenecían institucionalmente a la Alianza (presidente, diputados, ministros), al PJ (gobernadores, diputados) y al sindicalismo. El objeto “oposición constructiva” se instaló con formulaciones más contundentes en enero y febrero del 2000, con el inicio de las disputas por la posible reforma laboral.

(21) “Yo pienso que hay que ayudar a De la Rúa.(...) Hoy la obligación de los tres presuntos presidenciables -Reutemann, De la Sota y yo- es gobernar nuestras provincias.” (Ruckauf, Clarín 17/01/00)

(22) “Pero los tres¹⁰⁵ tenemos vocación de administrar y de olvidarnos de las elecciones internas hasta el 2001.(...) Sí, creo que eso [un controlador] es lo que necesitan los argentinos. Que los que no son del partido del gobierno controlen y no hagan obstruccionismo. (...) Yo no voy a hacer política partidaria. Yo voy a gobernar la provincia de Buenos Aires.” (Ruckauf, La Nación 24/01/00)

¹⁰⁵ Los tres gobernadores de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba.

(23) “La democracia no es pelea sino, ante todo, construcción. (...) Acá no hay pactos, venimos a trabajar.” (DLR, La Nación 11/02/00)

(24) “La crisis involucra a todos; no hay que hacer especulación de tipo político de achacar culpas ni a uno ni a otro. (...) Hay que sacar la bandería política. En este momento, tenemos que trabajar y solucionar los problemas de la gente.” (Reutemann, La Nación 13/04/00)

En íntima concordancia con el imperativo de la construcción de “una nueva política” basada en “el diálogo, la responsabilidad y la defensa del bien común” (DLR, 10/12/99), se abría la puerta a una posible regeneración¹⁰⁶ de aquellos que, aun desde la oposición partidaria, podían ser parte del nuevo país (y del *nosotros*-los políticos que actúan acorde a aquel, “decente, altruista y solidario”) si lograban comprender la inevitabilidad del camino adoptado y aportar desde un “análisis constructivo” (DLR, Clarín 14/02/00). Esta actitud se verificaba, contrariamente a la obstruccionista, en “ayudar” (21), “apoyar” (15) y “acompañar” (16) al presidente, “votarle” (14) las leyes¹⁰⁷ y ejercer una función de “control” (22); y en relación al rol específico de los gobernadores, implicaba “trabajar” (23) y “administrar” (22) las provincias correspondientes. La clave del ejercicio de la “oposición constructiva” implicaba, entonces, “sacar la bandería política” (24) y gobernar (21,22), pero no “hacer política partidaria” (22).

“Nueva política” y “oposición constructiva” se constituyeron –desde esta tópica– como dos definiciones sobre el quehacer político complementarias e incluso solapadas en varios de sus aspectos. En primer lugar, porque remitían a una concepción de la política vinculada a prácticas y discursos despojados de las pertenencias partidarias de sus protagonistas y cuyo objeto debía ser la defensa del “bien común”, ocluyendo la dimensión conflictiva inherente a la política misma y a la construcción de aquel. Y en segundo lugar, porque reducían el gobierno a la mera

¹⁰⁶ Esta posibilidad parece abierta a los gobernadores y legisladores, pero no así para Carlos Menem en quien es encarnado el sintagma “el gobierno saliente”; la corrupción que parece reducida a su persona (junto con María Julia Alsogaray y Carlos Alderete) y no a un conjunto de prácticas más o menos enraizadas en el funcionamiento del aparato estatal. Varios textos han señalado que la mayor parte de las formulaciones anti corrupción soslayan esta dimensión. En este sentido, Mocca sostiene que “la condena de la conducta de los políticos reducida a los términos de la moral individual –o del código penal desdibuja la especificidad de lo público y rebaja el alcance del debate político.” (2002, pág. 270) Por su parte, y refiriendo al período de la segunda presidencia de Carlos Menem, Lorenc Valcarce indica que “las preocupaciones sobre la corrupción política (...) en nuestro país se focalizan en lo que los funcionarios hacen para favorecerse a sí mismos y a sus allegados, más que en cuestiones estructurales de corrupción estatal y particularismo en el vínculo con los actores sociales y económicos.” (Lorenc Valcarce, 2002, pág. 42)

¹⁰⁷ Es necesario señalar que los senadores en funciones habían sido electos por las legislaturas de sus provincias, manteniendo un vínculo ciertamente más cercano con las autoridades de aquellas (y –sobre todo– con sus gobernadores).

administración (positivamente calificada, además, como el verdadero “trabajar” (23)), entendida como la aplicación de saberes técnicos¹⁰⁸ a la gestión de lo público, excluyendo la dimensión decisoria –y, por ende, arbitraria– que se encuentra en el origen de toda política pública.

A diferencia de lo que sostiene Marcos Novaro (2002), consideramos que este modo de concebir el quehacer político no constituyó un “método delarruista (...) para no decidir” (2002, pág. 26), asentado en una cierta “reluctancia a asumir conflictos” (2002, pág. 14) y cuya eficacia pareciera haber radicado en “el debilitamiento de todos los actores que participa[ba]n del juego, por obra de la inminencia del colapso” (2002, pág. 26). En dicho trabajo se indica que no se pretende “personalizar excesivamente la cuestión” (2002, pág. 28), pero sin embargo se coloca constantemente el foco en las cualidades personales y de liderazgo de De la Rúa y ‘Chacho’ Álvarez (y sobre todo en las de primero)¹⁰⁹. En primera instancia, creemos que para echar luz sobre el haz de procesos que confluyeron en “la crisis del 2001” es preciso ampliar el objeto de estudio, porque la construcción de “la crisis”, tanto en sus elementos inevitables como evitables¹¹⁰, fue resultado del interjuego de una multiplicidad de discursos en conflicto y no solamente del liderazgo de De la Rúa, ni aun de la Alianza. Pero también –y a eso apuntamos con el análisis dialógico-argumentativo que proponemos– porque es precisamente en la superficie de emergencia configurada por las polémicas en torno a diferentes objetos de discurso y lineamientos de política pública en donde lo común de la comunidad es construido, muy especialmente, por el componente decisorio. Debemos preguntarnos si “el método delarruista para no decidir” fue exclusivamente delarruista y, más aun, si implicó ausencia de decisión. En las líneas que siguen intentaremos analizar las

¹⁰⁸ Lo que “hay que hacer” se articulaba, como vimos, al paradigma eficientista, al abordaje de “la crisis” por medio de la evaluación y corrección de un parámetro mensurable (como el déficit fiscal).

¹⁰⁹ Esto queda al descubierto, por caso, en que el “método para no decidir” es definido como “delarruista” y no como una construcción de múltiples actores políticos, pese a que se parte de la hipótesis inicial que sostiene que es necesario “reflexionar sobre su figura y su papel (...) como signo o síntoma de ciertos problemas recurrentes de los actores y los procesos políticos en la Argentina” (Novaro, 2002, pág. 12). Esta hipótesis es por demás atendible y creemos que nuestro aporte desde el análisis de los discursos (y no solamente desde el funcionamiento de las instituciones del Estado y el sistema de partidos) puede ser sustantivo para continuar el estudio del periodo en ese sentido.

¹¹⁰ No pretendemos soslayar la sobredeterminación que operan las condiciones en las que se producen los discursos ni que, en efecto, algunos factores puedan ser más y otros menos “modificables”. Lo que sostenemos, sin embargo, es que es clave –en toda coyuntura– la significación política que se otorga a cada uno esos factores, contribuyendo a construirlos, reforzarlos o desarticularlos como “evitables” y como “inevitables”.

polémicas que construyeron los objetos de discurso en disputa, porque es la observación de múltiples puntos de vista la que nos permite ahondar en la existencia de alternativas sobre la que finalmente descansa toda decisión¹¹¹.

Al contrario de la “constructiva”, la oposición “obstruccionista” era emparentada con un exceso de “actitud crítica” (Ruckauf, P/12 17/01/00), con el dejarse llevar por un “voto ideológico” (Sala¹¹², La Nación 02/02/00) y con la lucha de poder, espuria y para favorecer intereses individuales. Este lugar de la alteridad fue asignado, principalmente al inicio del período relevado, a los sindicatos y sus representantes¹¹³, y al ex presidente Menem. Estos *otros* no formaban parte de la “nueva política”, no entendían “lo que había que hacer” y su inevitabilidad.

(25) “[P/12] -¿Por qué hay una oposición cerrada de la CGT a la reforma laboral?

[Flamarique] -¿Sabe por qué?, porque se descentraliza el poder. Lo que ellos no quieren es que negocien dirigentes sindicales de, por ejemplo, Formosa. Ellos quieren centralizar todo, estar en todo.” (P/12 18/01/00)

(26) “El paro [del 09/06/00] es amplio, pero desgraciadamente con presión y violencia en muchos casos, y con la falta de transporte, que constituye un factor adicional. No se justificaba esta medida y mucho menos la amenaza de seguir paralizando el país, porque no lo vamos a tolerar ni a consentir” (DLR, La Nación 10/06/00)

Esta construcción discursiva se vio reforzada por una serie de medidas consideradas, por los periódicos y por los mismos protagonistas, como ataques hacia el sindicalismo. El caso más significativo fue el de la promulgación del decreto sobre los fondos de las obras sociales sindicales, precisamente un día antes del envío del proyecto de ley de reforma laboral al Congreso de la Nación para su

¹¹¹ Asimismo, muchos de estos elementos pueden haber contribuido a la decantación de una imagen – ciertamente parte del sentido común contemporáneo– que concibe (aun hoy) a De la Rúa y al gobierno aliancista como “débiles”. Las operaciones de retome de aquellas definiciones de “la nueva política”/ “oposición constructiva”, defendidas por el presidente y varias de las principales voces del elenco gobernante, al haber estado acompañado por un tono casi caritativo (*hay que ayudar* al presidente, votar/*le* los proyectos), parecen haber tenido un efecto paradójico que, más que a reforzar su figura, contribuyeron a debilitarla y a minar su autoridad.

¹¹² Osvaldo Sala, senador chubutense del Partido Justicialista.

¹¹³ El caso de Rodolfo Daer (jefe de la CGT “oficial”, frente a Moyano, dirigente de la “disidente”) merece un tratamiento especial. En una primera instancia rechazó la ley de reforma laboral y, luego de una serie prolongada de encuentros y negociaciones con diversos representantes del Ministerio de Trabajo, modificó su postura, hasta ofrecer –finalmente– su apoyo a la misma. Esta actitud (considerada “constructiva”) le facilitó la consideración positiva de varios miembros del gobierno nacional.

tratamiento¹¹⁴. Como todo consenso, el de la “nueva política” no podía sino tener límites¹¹⁵.

(27) “[La ley se demoró] Porque estamos trabajando para el consenso. Pero con este tipo de declaraciones para que salgamos de la convertibilidad¹¹⁶ no se puede consensuar mucho.” (Flamarique, P/12, 18/01/00)

Delineados los aspectos principales de la articulación tópica fiscalista, en el próximo apartado nos abocaremos a definir los lineamientos de una segunda tópica – la asistencialista– y a exponer por qué creemos que posible caracterizarla como subsidiaria de aquella.

2.2.2. “El problema social” y “la crisis política”. Tópica asistencialista

Identificamos, en segundo lugar, una articulación tópica que hemos denominado **asistencialista**. Retomada por diversas voces, mayormente por miembros de la Alianza¹¹⁷, esta tópica no refutó ni propuso oposiciones argumentativas (Montero, 2012a, pág. 240) respecto a los topoi de la eficiencia y del crecimiento y las series temporales de la tópica fiscalista, pero sí incorporó elementos novedosos que operaron modificando ciertos aspectos de aquella. “La crisis” seguía siendo, desde esta óptica, primordialmente de índole fiscal, pero se llamaba la atención sobre su dimensión político-institucional y sobre las

¹¹⁴“El presidente Fernando de la Rúa asestó ayer un duro golpe a los gremios, en medio de la resistencia sindical a la reforma laboral, al quitar a los sindicatos el manejo de 360 millones de pesos.” (La Nación, 19/01/00). “Esto es una provocación al movimiento obrero y no nos vamos a quedar con los brazos cruzados” (Moyano, P/12 19/01/00). “Esto es un chantaje, pretenden silenciar las opiniones críticas de los dirigentes sindicales.” (Daer, P/12 19/01/00)

¹¹⁵ En este sentido, Jean-Claude Milner (2007) sostiene que la lógica política (a diferencia de la social) implica que la construcción de un todo (una comunidad, lo común de una comunidad) no puede sino tener límites y, por ende, operar sobre una exclusión. Por lo tanto, la pretensión de inclusión absoluta de todo elemento en el marco de una comunidad dada comporta una negación de la condición política de todo límite, a la vez que invisibiliza la exclusión sobre la que se construye toda comunidad política-limitada. Los peligros de una pretensión de este tipo ya habían sido señalados por Schmitt (1991) en relación al lugar ocupado en el siglo XX por la noción omnicomprensiva de “la Humanidad”.

¹¹⁶ Flamarique alude aquí a las declaraciones de Moyano que fueron publicadas por Página/12 el 17 del mismo mes. Tratamos este tema con detalle en los apartados subsiguientes, pero uno de los núcleos de la polémica en torno a “la crisis” y la reforma laboral (definida por el gobierno como uno de los mecanismos clave para conjurarla) se asoció al sostenimiento del tipo de cambio convertible (1 peso = 1 dólar) que, para Moyano, debía ser rápidamente desarticulado.

¹¹⁷ Entre ellas, Carlos ‘Chacho’ Álvarez (vicepresidente, Frepaso), Raúl Alfonsín (titular Comité Nacional UCR), Rodolfo Terragno (Jefe de Gabinete, UCR), Federico Storani (Mtro. del Interior, UCR), Graciela Fernández Meijide (Mtra. de Desarrollo Social, Frepaso) y Darío Alessandro (Dip. Alianza-Frepaso). Varias notas periodísticas incluían a estos enunciadores en lo que denominaban el “ala política” del gobierno. Nuestro abordaje problematiza, en cierta forma, esta etiqueta, no sólo respecto a su caracterización como “política” sino porque la clasificación propuesta atraviesa el clivaje gobierno/oposición.

consecuencias sociales que se derivaban de ella (y de las medidas adoptadas para enfrentarla).

(28) “Fíjese que nosotros decíamos que se podía llegar a bajar algún impuesto aumentando la progresividad del impuesto a las ganancias. Pero como el déficit es mayor al que se había dicho, por ahora no lo podremos hacer. (...) Para salir adelante tendremos que hacer un serio esfuerzo pero deberá ser equitativo. Machinea es un hombre progresista y sé que no le gusta tener que aumentar los impuestos.” (Alfonsín, P/12 10/12/99)

(29) “Lo primero que tenemos que hacer para lograr autonomía de decisión nacional es tener las cuentas en claro, y se ha hecho una modificación de los impuestos que es progresista y que es progresiva. Lo que nos ha dejado el gobierno anterior es muy duro para superar.”(Alfonsín, Clarín 06/01/00)

(30) “Hasta ahora, hemos estado apagando el incendio. Ahora viene la etapa arquitectónica. Ante todo, no hay desarrollo sin industria.(...) Lo que se viene es una política industrial, en el buen sentido.” (Terragno, Clarín 23/01/00)

(31) “Sí¹¹⁸, el lado claro de la luna. Yo le digo a (José Luis) Machinea: vos sos el lado oscuro, como el disco de Pink Floyd. En esta gestión hay dos etapas y una va incluida en la otra. La pobreza vino, está y se va a quedar un tiempo y no va a ser erradicada en corto plazo. (...) Estamos defendiendo a nuestro Gobierno, porque creemos que son medidas que hay que tomar. No nos dejaron otra posibilidad. Incluso mintieron descaradamente cuando hablaron del déficit que nos dejaban” (Meijide, Clarín 24/01/00)

(32) “Lo que proponemos en el Gobierno es una política de saneamiento de las cuentas públicas en las provincias, como se ha hecho para la Nación, y esta propuesta es anterior incluso al acuerdo con el FMI.” (Storani, La Nación 01/02/00)

Aquí “la crisis” es definida nuevamente en vínculo con el déficit fiscal (28, 31, 32) y con la serie temporal ya referida (30, 31) (primero hay que resolver la situación fiscal para luego generar crecimiento), y “las medidas que hay que tomar” para conjurarla, impuestas por la gravedad de la situación heredada (29, 31). Sin embargo, podemos identificar tres elementos novedosos.

(33) “El desafío de la Alianza es mostrar que este esfuerzo tiene su contrapartida en mejor calidad de gestión y de servicios y en la reconstrucción de un Estado distinto.” (Álvarez, P/12 09/01/00)

(34) “Lo primero es reconocer la emergencia social. Este gobierno tiene una fuerte sensibilidad ante el sufrimiento de la gente y el dolor no nos es ajeno. (...) Durante los últimos años de la gestión menemista no se pensó el problema social como un objetivo y una política de Estado. (...) Asumamos todos la responsabilidad de que es malo hacer un uso político de los programas sociales, porque la gente no se lo merece.”(Meijide, Clarín 02/04/00)

(35) “Daría la impresión de que han advertido [los organismos internacionales de crédito] la necesidad de algún tipo de acción social, que han advertido que la receta exclusivamente economicista no sirve y puede traer problemas” (Alfonsín, P/12 23/04/00)

¹¹⁸ La respuesta positiva de la ministra responde a la pregunta del cronista: “-Varios ministerios aparecen como la cara del ajuste. ¿El que usted maneja será la cara simpática del Gobierno?”

(36) “Hay que ver hasta dónde se produce el recorte. Creo que tiene que ser de disminución de las administraciones centrales y gastos prescindibles, pero de ninguna manera un achicamiento de mano de obra y disminución de los planes sociales.” (Storani, La Nación 22/05/00)

(37) “Miramos el mapa de la pobreza con el dolor. (...) Es lógico, entonces, que la indignación por este dramático cuadro social esté en el centro de la escena (...) Esta (férrea voluntad política) no puede estar condicionada a pertenencias partidarias o a supuestas contradicciones entre la Nación y sus provincias: hay que sacar el ataque a la pobreza y a la exclusión de los cálculos partidarios mezquinos y ponerla en el sitio de meta común de nuestra sociedad, objeto de una política de amplios consensos y perdurable en el tiempo” (Mejjide, Clarín 05/06/00)

En primer lugar, en el fragmento 34 vemos emerger lo que podemos definir como “la cuestión social” (“el problema social”). Subyace al tratamiento del tema una suerte de “sensibilidad” (34) frente al dolor y al sufrimiento de “la gente” causado por las medidas económicas adoptadas (cuya adopción, como vimos, era inevitable (31)); pese a que se mantiene la necesidad de las medidas “antipáticas” (31), se reivindica la pertinencia de la puesta en marcha de medidas “sociales” que constituyen su “contrapartida” (33). Como tales, parecen tener como función la reparación de daños (ya) causados o de reducción de los efectos (ya) producidos por aquellas medidas “antipáticas” (ver nota 118). Definiremos, por lo tanto, al *topos paliativo (o de la paliación social)* como el núcleo de la tópica asistencialista. Pero, como veremos luego, este topos alcanza su mayor potencia argumentativa cuando es articulado con la temporalidad *inevitabilista* (puesto que sólo tiene sentido la necesidad de paliar los efectos del “esfuerzo” si éste último es inevitable).

(T₃) [+ medidas antipáticas/esfuerzo + sensibilidad social]

“Lo social”, además, parece tener un vínculo más bien conflictivo con “la política”, puesto que puede ser víctima de un “uso político” (34, 37) que intervendría negativamente en su ejecución. Concomitantemente, la argumentación se perfila –aquí también– en un registro moral, calificando ambas instancias, lo político y lo social, a partir del par mal-bien, respectivamente. Este último aspecto refuerza el topos de la eficiencia (“el uso político es técnicamente ineficiente”, (33, 34)) y habilita la descalificación de “la política” respecto a su (mal) “uso” de los fondos destinados a los programas sociales (“el uso político es moralmente reprobable”). Estas nuevas articulaciones, aunque similares en muchos aspectos a la tópica fiscalista, se radicalizarían y producirían una serie de tensiones al interior de la coalición gobernante (muchos de ellos, quienes retomaron la primera tópica). Las

intervenciones más significativas al respecto se concentraron en el segundo trimestre del año, cuando los debates en torno a la reforma laboral y el ajuste de mayo ocuparon el centro de la escena. En ese contexto, la tónica asistencialista tensionó algunos aspectos de la fiscalista y configuró un terreno propicio para el surgimiento de puntos de resquebrajamiento en la coalición gobernante.

En segundo lugar, es posible reunir una serie de alocuciones de Raúl Alfonsín que produjeron una reformulación dialógica significativa de algunos elementos, que tensionaron el espacio compartido por los enunciadores de esta segunda tónica (y con sus mismas declaraciones posteriores). No creemos posible afirmar que se haya producido una oposición argumentativa ni una refutación porque el núcleo también se mantuvo: la corrupción era causa del problema, el ajuste de cuentas era inevitable y la salida de la crisis debía hacerse respetando la línea temporal que implicaba que, primero había que reducir el déficit para, recién después, abordar “el problema social”. Pero a pesar de esta continuidad, podemos detectar aquí un núcleo de tensión relevante.

(38) “Fue una necesidad absoluta, había que encarar el déficit, que ya el año pasado estaba rondando los diez mil millones de pesos. Lo primero que tenemos que hacer para lograr autonomía de decisión nacional es tener las cuentas en claro, y se ha hecho una modificación de los impuestos que es progresista y que es progresiva. Lo que nos ha dejado el gobierno anterior es muy duro para superar.”(Alfonsín, Clarín 06/01/00)

(39) “Bueno, cualquier suba de impuestos puede significar relativamente (una retracción del consumo). Necesitamos también recuperar la capacidad de decisión nacional y para eso tenemos que tener las cuentas claras.” (Alfonsín, Clarín 26/03/00)

(40) “Tenemos que ganar una elección no para elegir un determinado candidato, sino para derrotar la ideología que destroza el país. Hoy muchas decisiones se toman fuera del país, nos tienen agarrados del cuello (dice mientras se toma la garganta) por problemas que están vinculados con la deuda externa y el balance de pagos, por eso necesitamos las cuentas claras.” (Alfonsín, La Nación 03/04/00)

(T₄) [+ cuentas claras + poder decisión nacional]

Este nuevo *topos de la soberanía fiscal* pudo articularse (al menos en esta primera etapa) con el *paliativo* porque compartían el discurso de la inevitabilidad (38). Su principal función fue la de agregar una justificación al “esfuerzo” fiscal; éste no sólo era inevitable para lograr la reducción del desempleo, sino también para “recuperar la capacidad de decisión nacional” (39). Sin embargo, esto planteaba un desplazamiento del lugar del *otro*, que aquí aparecía asociado a aquellos que

usufructuaban la ausencia de aquella capacidad: el FMI y el “neoliberalismo”¹¹⁹. Esta construcción del adversario (que anudaba en ese lugar a una institución y a una “corriente” (Alfonsín, La Nación 21/05/00) de ideas y prácticas más amplia, en una palabra, a una ideología (Alfonsín, La Nación 03/04/00)) supuso para algunos enunciadores de esta tónica (pero sobre todo para el ex presidente) la apertura de un frente de debate con el Ministro de Economía (Machinea), a la vez que un puente de diálogo con otros enunciadores de la tónica mercadointernista, como veremos algunas líneas más adelante¹²⁰.

El tercer elemento novedoso de la tónica asistencialista señalaba que algo más allá del déficit fiscal condicionaba la situación política, económica y social del país en el año 2000. El estado crítico que se registraba detentaba, desde esta perspectiva, un componente que excedía lo fiscal y se situaba en el espacio de “la política”.

(41) “El peligro es el desencanto. Con otro desencanto podría abrirse el camino de una crítica al sistema. Pero lo descarto totalmente. Pienso que vamos a ir mejorando y la gente se va a dar cuenta porque vamos a poner un cuidado tremendo con la corrupción que es la que desprestigia a la política”. (Alfonsín, P/12 10/12/99)

(42) “La pregunta es cómo revertimos la crisis de institucionalidad que tiene la política” “El caso correntino es típico del fracaso de la clase política, que está ahí, una crisis del sistema político fuertísimo. Lo que se intenta armar no es una impugnación al Gobierno sino al sistema democrático. Cuando se dice ‘radicalizar el conflicto’ se busca plantear la incapacidad del sistema democrático para incluir a la gente.” (Álvarez, La Nación 19/12/99)

(43) “(Más allá de los problemas económicos) es la falta total y absoluta de credibilidad y de confianza de la sociedad correntina¹²¹ sobre la mayor parte de la dirigencia política”(Terragno, P/12 26/12/99)

¹¹⁹ “No hay un solo país en el mundo que pueda beneficiarse de las recetas del neoliberalismo del Fondo Monetario Internacional y de las recetas del Banco Mundial.” (Alfonsín, La Nación 21/05/00)

¹²⁰ “Hay que entender que ésta es una crisis muy aguda y que tenemos cuatro millones de desocupados, una deuda externa fenomenal, todas estas cosas que nos dejó el señor Cavallo. (El neoliberalismo es un conjunto de ideas que abarca todas las problemáticas del hombre y que pretende un Estado que no se ocupe de las cuestiones sociales. (...) (Es) gravísimo el problema del neoliberalismo, que busca relaciones carnales. Tenemos que ganar una elección no para elegir un determinado candidato, sino para derrotar la ideología que destroza el país.” (Alfonsín, La Nación 03/04/00). De alguna forma en línea con esto, el vicepresidente sostiene que “esta reforma impositiva es incompleta. Tenemos que incorporar al sector financiero en una reforma estructural y ser muy duros con los sectores de más recursos de poder que han participado de la fiesta de Menem.” (Álvarez, P/12 09/01/00)

¹²¹ Este fragmento alude específicamente a la crisis desatada en la provincia de Corrientes durante el mes de diciembre de 1999. Después de una semana de cortes de rutas, como fruto de la represión policial, dos jóvenes manifestantes fueron asesinados. Si bien en ese momento la preocupación del gobierno por la situación de las provincias no era generalizada, el caso de Corrientes encendió señales de alerta. Los diagnósticos en torno al caso específico se fueron haciendo extensivos a otras provincias y, finalmente, al país. El fragmento previo evidencia el vínculo establecido; “la política” adolece de una “crisis de institucionalidad” y el caso correntino “es típico” ejemplo de dicha situación.

(44) “La gente se queja de los políticos, no se siente representada, se queja de la inseguridad y a veces se siente maltratada y la idea es ponerse en el lugar del ciudadano y así tener datos más precisos de esta relación y elaborar estrategias para eliminar este malestar” (Álvarez, P/12 21/02/00)

(45) “Un acuerdo nacional para equiparar salarios y disminuir el gasto público en las provincias ayudaría a transparentar las gestiones de gobierno y a que la gente recupere la confianza en la clase política.” (Storani, La Nación 17/04/00)

Había una “crisis del sistema político” porque “la sociedad”, “la gente”, no confiaban ni creían en “la política”, en general, ni en “la clase política”, en particular. Ese agrupamiento, aparentemente pleno y armónico (Mauro, 2012a, pág. 83), que constituía la entidad “la gente” no confiaba en “los políticos” a raíz de que éstos eran corruptos y, sus gestiones de gobierno, poco transparentes. Corrupción y déficit fiscal (*topos de la eficiencia*) volvían a aparecer articulados, retomando la lectura ofrecida por el discurso inaugural del presidente¹²², pero se llamaba particularmente la atención sobre las consecuencias de ello para el funcionamiento del sistema político. Este problema reclamaba soluciones específicas y fueron Álvarez y Storani los principales propulsores: la “reforma política” era el camino a seguir.

En esa línea, se organizó una “Auditoría Ciudadana de la Calidad Institucional” con el objeto de “medir la eficacia de las instituciones” (Página/12, 12/01/00). La subsunción del “diagnóstico” en el paradigma eficientista se dejaba ver en toda su especificidad. A los aspectos ya comentados de este paradigma (nota 80) podemos agregar uno nuevo: la mensurabilidad del problema. Un problema que aparece cada vez más como *problema* y menos como *cuestión* (Milner, 2007)¹²³, puesto que mientras esta segunda se plantea en el orden del lenguaje, entre seres hablantes y exige una *respuesta* que no puede nunca ser suficiente (quedando, así, la cuestión como tal siempre abierta), el problema (*e.g.* “eficacia de las instituciones”, “el

¹²² En este punto debemos aclarar que asociamos a De la Rúa a la tónica fiscalista (y no a esta segunda) porque, al menos en lo que respecta a este periodo, el foco de la lectura que configuró se concentraba sobre todo en el aspecto fiscal. La alocución de asunción ofreció una suerte de “paraguas” amplio que articuló varios de los elementos de lo que luego se transformaría en dos articulaciones tónicas diferentes. Su inclinación hacia la tónica fiscalista se consagró, luego del momento inicial (como ya hemos tenido oportunidad de revisar), con la primera modificación de su gabinete en octubre del 2000. El 5 de octubre de 2000 Fernando de la Rúa decidió a) desplazar a Terragno como Jefe de Gabinete, introduciendo a Chystian Colombo (ex titular del Banco Nación, apreciado por los sectores financieros), b) desplazar a su hermano Jorge de la Secretaría Gral. de Presidencia y nombrar al hasta entonces Ministro de Trabajo y acusado de ofrecer sobornos a senadores para la aprobación de la ley de reforma laboral, Alberto Flamarique, y c) colocar en lugar de éste último a Patricia Bullrich. Ni Terragno y ni Gil Lavedra (desplazado del Ministerio de Justicia) ocuparon nuevos cargos.

¹²³ Esta cuestión es percibida también por Jacques Rancière quien sostiene que a la política “se opone estrictamente la proposición de un mundo donde todo se ve, donde las partes se cuentan enteramente y donde todo puede arreglarse por la vía de la objetivación de los problemas” (2010:130).

problema social”) reclama para sí una *solución*, detenta un estatus de objetividad¹²⁴ (neutral, identificable, delimitable) y, como tal, puede ser efectivamente resuelto y administrado técnicamente gracias a políticas públicas “apropiadas”. En el punto en que esta tópica parecía ofrecer una clave de lectura más política de “la crisis”, no sólo retomó sino que, además, robusteció la óptica del paradigma de eficientista que encontramos en la fiscalista, enriqueciéndola con una evaluación de la situación institucional, preocupada por el vínculo representativo y aquello de lo que “se queja la gente”: “Si a la gente le pedimos esfuerzo, nosotros tenemos que demostrar que somos eficientes” (Álvarez, La Nación 29/12/99).

La reforma política tomó un moderado impulso en julio del 2000, cuando Carlos Álvarez y Rodolfo Terragno presentaron el “Plan de Modernización del Estado”, que apuntaba a “reducir los costos de la política.” (Álvarez, La Nación 08/08/00)

(T₅) [+ (vieja) política + gasto]

(46) “(...) la política pasa en la Argentina por una crisis de sentido, de vaciamiento de horizontes temáticos y de dificultad para acompañar el cambio de un mundo en permanente transformación. El desafío de la modernización integral e integrada del país requiere recuperar un proyecto democrático que transmita un modelo de país donde se asocien mejor calidad institucional, crecimiento, empleo y cohesión social. Quienes hemos sido elegidos para gobernar somos conscientes de la crisis de credibilidad de la política, en sus aspectos más profundos: vocación, eficacia, compromiso y transparencia.” (Álvarez, La Nación 08/08/00)¹²⁵

Este argumento puede resumirse en el *topos del ahorro político* (T₅), que retomaba el tercer punto de uno de los spots de la campaña presidencial, donde De la Rúa sostenía “Conmigo, el ajuste lo hace la política y no el pueblo”¹²⁶. A partir de este *topos* se delineó el camino a seguir con vistas al objetivo definido [– política – gasto]: acortar las campañas electorales, reducir su financiamiento público y eliminar el anonimato para los particulares que aporten dinero a los partidos, entre otras medidas. Dicho paquete de medidas permitiría, según se afirmaba, “reconstruir el vínculo entre política y sociedad sin diferencias de partidos” y “la credibilidad” de la primera, puesto que, de lo contrario, se cimentarían las bases “para los que pregonan la antipolítica, los nuevos mesianismos o distintas formas de autoritarismo y concentración del poder” (Álvarez, La Nación 08/08/00). Por lo tanto, este *topos*

¹²⁴ “El problema existe aunque no haya nadie que lo plantee” (Milner, 2007, pág. 11). Encontramos aquí un aspecto que, junto con los señalados efectos de desresponsabilización y de objetividad, confluyen hacia una cierta obturación de la dimensión de agencia.

¹²⁵ Todas las citas del siguiente párrafo corresponden a esta misma referencia (Nota editorial firmada por Álvarez en el periódico La Nación del 08/08/00).

¹²⁶ Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=WW38rkYjLcM>.

permitía distinguir entre “vieja política” y “la nueva política”, en donde la primera se vinculaba a la “ineficiencia” y la “corrupción” y la segunda a la “transparencia” y la “modernidad”. Pero, al mismo tiempo que se alertaba contra los riesgos de la antipolítica, se pregonaba la posibilidad de llevar adelante una reforma *política* sin contemplar las diferencias entre los partidos políticos, es decir, soslayando la posibilidad de la emergencia de disensos, al menos en lo que respecta al espacio del sistema político-institucional. Este enfoque, además, se hacía coextensivo al funcionamiento interno de los partidos, porque los gastos poco transparentes (y por ende, excesivos) que se querían evitar eran aquellos que habilitaban que “las instituciones (...) sean trincheras de la competencia intrapartidaria, [y no] ámbitos desde los que se pueda mejorar la vida de los ciudadanos.” (Álvarez, La Nación 08/08/00) Se afirmaba que la distinción trazada entre vieja y nueva política era para evitar los riesgos de la antipolítica pero, a su vez, se soslayaban las “diferencias de partidos” y la lucha de poder que, indefectiblemente, caracteriza la estructuración interna de los partidos políticos modernos.

Al estar este argumento entrelazado, como ya tuvimos oportunidad de señalar, con el topos de la eficiencia, con la temporalidad propuesta por la tópica anterior (con la inevitabilidad del camino a seguir y la inexorabilidad del tiempo por venir), con el *topos de paliativo* y con la preocupación por “la nueva política”, creemos que esta segunda articulación tópica construyó “la crisis” de un modo complementario al de la tópica fiscalista. Y esto porque los tres elementos señalados (*topos de la paliación social*, *topos de la soberanía fiscal* y el “diagnóstico” de la crisis política, junto el *topos del ahorro político*) no se plasmaron –al menos en primera instancia– en polémicas con los núcleos centrales de la tópica fiscalista, los cuales eran compartidos por ambos¹²⁷.

Más allá de la alteridad delineada desde la voz de Alfonsín, esta articulación tópica asistencialista compartió también con la fiscalista la construcción del adversario político.

¹²⁷ El abordaje del “problema” social es elocuente al respecto. Como ya señalamos, la preocupación por “lo social” (por ejemplo, en la voz de la Ministra de Desarrollo Social, Mejjide) no cuestionaba la concepción fiscalista de “la crisis”; exigía medidas paliativas y *a posteriori* y no políticas públicas que se dirigieran exclusivamente a la reducción de la pobreza, a la disminución del desempleo o a una distribución del ingreso más equitativa.

(47) “Creo que vale la pena [confrontar con el sindicalismo], si se trata de confrontar con sindicalistas que únicamente defienden privilegios, y muy pequeñitos. No defienden el interés de los trabajadores. Menem ya la empezó [la carrera por demostrar quién es más opositor], con un estilo ofensivo. Está igual que (Hugo) Moyano, que hace campaña para dirigir la CGT y pide el fin de la convertibilidad. En esa carrera desesperada, algunos se van de boca.” (Mejjide, Clarín 24/01/00)

(48) “Cualquiera que sea el motivo que tenga Moyano, tiene objetivos muy mezquinos cuando el país empieza a recuperarse.” (Storani, La Nación 06/05/00)

Este adversario tampoco trabajaba por “el interés general”, sino por intereses “pequeñitos” y “mezquinos”. Complementariamente, fue el blanco de una crítica fundada en el estilo “ofensivo” de su accionar público. Ese aspecto fue el que permitió, justamente, amalgamar a Moyano (principal referente del sindicalismo con el que “vale la pena confrontar”) con Carlos Menem (presidente del “gobierno saliente”, mayor responsable de “la situación heredada” que se intentaba subsanar), los mismos que, como habíamos visto, no podían ser incluidos dentro de la categoría de la “oposición constructiva”/nueva política.

Antes de adentrarnos en la tercera tópica, es preciso hacer previamente una referencia al proceso de construcción de la “reforma laboral” como objeto de discurso, puesto que las polémicas en torno a la misma constituyeron un punto privilegiado de la ruptura que esta tópica trajo aparejada.

2.2.3. La construcción de “la reforma laboral” y la “convertibilidad” como objetos de los discursos políticos

La ley 25.250¹²⁸ de reforma laboral enviada al Congreso por iniciativa del Poder Ejecutivo fue definida por De la Rúa como “una ley fundamental” (Clarín 17/01/00), a raíz del lugar privilegiado que se le asignó entre las medidas para afrontar el déficit fiscal y el desempleo, en el contexto del estricto sostenimiento de la convertibilidad. La reforma era, en el marco establecido por el *topos del crecimiento*, “crucial para incrementar la productividad de la economía y aumentar el empleo” (Machinea, P/12 21/01/00). Esta declaración del ministro de Economía se produjo en un contexto específico que ilustra el carácter dialógico del proceso de construcción un objeto de discurso, el de “reforma laboral”, en este caso.

¹²⁸ Esta ley fue aprobada en mayo del 2000 luego de intensos debates en ambas cámaras legislativas (sancionada el 11 de mayo del 2000 y promulgada el 29 de mayo) y será conocida luego como la “ley Banelco” a raíz de las coimas que habrían recibido varios senadores por parte del gobierno para aprobarla. La causa judicial vinculada se cerró en 2012 con todos los imputados absueltos.

El 17 de enero del 2000, el periódico Página/12 divulgó una entrevista realizada al sindicalista –y aun candidato a la secretaría general de la CGT– Hugo Moyano¹²⁹, en el que hacía público uno de los primeros cuestionamientos al régimen de convertibilidad¹³⁰.

(49) “La solución para este país es salir de la convertibilidad. (...) ¿Por qué se van las empresas? ¿Porque los trabajadores argentinos no sirven? No. Porque allá tienen muchas más posibilidades por el tema cambiario. Lo sabe todo el mundo y nadie se anima a decirlo. (...) No podemos decir que [la reforma laboral] va a precarizar más el trabajo porque ya no se puede precarizar más. Sí ayuda a debilitar a las organizaciones gremiales y a rebajar los salarios. (...) Por más que trabajemos gratis, con el sistema cambiario actual, no se resuelve nada. Lo sabe De la Rúa, López Murphy, lo saben todos los economistas.” (Moyano, P/12 17/01/00)

Desde los inicios del debate, las modificaciones a la legislación laboral fueron problematizadas polémicamente desde este discurso y vinculadas con el cuestionamiento del punto neurálgico de la economía argentina desde 1991, la convertibilidad. Como se observa en el fragmento citado, la polémica es expuesta en un formato claramente irónico (“no podemos decir que va a precarizar más el trabajo porque ya no se puede precarizar más”) que permite delimitar un campo adversario conformado por aquellos que afirmaban que “la reforma laboral no [iba] a precarizar el trabajo” y que “sab[ían]” que manteniendo la convertibilidad “no se resolv[ía] nada”¹³¹.

Por otro lado, dos días después el ex presidente Menem, aun titular del Partido Justicialista a nivel nacional, organizó el primer encuentro de lo que denominó “gabinete de las luces” que, en rigor, constituyó una reunión de las figuras más cercanas a él (entre ellos, varios ex funcionarios de su gobierno). En ese contexto se

¹²⁹ A mediados de marzo se consagró la división de la CGT, ocupando Rodolfo Daer la Secretaría General de la CGT “oficial” y Moyano de la “disidente”. Más allá de los argumentos técnicos y legales en torno a la realización del congreso general el 16/03/00, la fractura fue leída y presentada por Clarín (17/03/00) y La Nación (16/03/00) como resultado de las disidencias entre ambos referentes en relación a la reforma laboral y las sucesivas reuniones mantenidas entre Daer y representantes del Ministerio de Trabajo. Posteriormente, esta lectura es retomada por Moyano: “Se podría haber hecho una CGT con todos. Pero acá hay cuatro o cinco dirigentes que creen que pueden hacer lo que quieren. Un día decir una cosa y al día siguiente otra. Tomar una resolución y luego cambiarla.” (Moyano, Clarín 18/03/00)

¹³⁰ Castellani y Szcolnik (2005) también señalan esta novedad y sostienen que fue clave para “horada[r] las bases del consenso social construido en torno a la convertibilidad” (2005, pág. 11).

¹³¹ El interdiscurso del fragmento que estamos revisando también está constituido por aquellos discursos que afirmaban que, tras casi 10 años de paridad cambiaria, la economía argentina detentaba serios problemas de competitividad. Según esta perspectiva, dado el tipo de cambio, los “costos” (básicamente, los salarios) argentinos resultaban caros para las inversiones extranjeras. Se atribuía como consecuencia de ello la fuga de numerosas empresas al Brasil (que había devaluado su moneda a fines de 1999).

produjo una declaración conjunta que rezaba: “El Gobierno amenaza con crear una crisis de gobernabilidad como la que padecía el país en 1989” (Menem, La Nación 20/01/00). El ex presidente y titular del PJ defendió en esa oportunidad –y no por primera vez (La Nación 16/01/00)– la opción por la dolarización de la economía, poniendo también en debate la continuidad de la convertibilidad. Al día siguiente, José Luis Machinea (P12 - 21/01/00) declaró –en respuesta casi directa a las declaraciones del “gabinete de las luces”–:

(50) “Parece un chiste, ¿no? (...) Es un intento de defender lo indefendible. (...) Que la gente se quede absolutamente tranquila de que en este país no va a haber ninguna modificación del tipo de cambio (...) Es absolutamente imposible salir de la convertibilidad. (...) Lo que nosotros estamos haciendo, a diferencia del gobierno anterior, es tomar medidas para salir de la crisis. (...) El uno-a-uno está para quedarse, lo cual no quiere decir que no haya problemas de competitividad en la economía. Pero esos problemas no se mejoran bajando los salarios reales a todo el mundo o acelerando la inflación, sino con reformas estructurales, como por ejemplo la de la legislación laboral. [Esta es] es una reforma crucial para incrementar la productividad de la economía y aumentar el empleo”. (Machinea, P12 21/01/00)

La polémica se consolida en el marco de la representación descalificadora de la voz del *otro* por medio de la burla. El ministro de economía zanjaba así una distancia conflictiva respecto de Menem y legitimaba, en el mismo movimiento, su propia palabra (frente a la deslegitimación resultante de la ridiculización de la palabra del otro). Gracias a este mecanismo, se continuaba¹³² descartando –en tanto “imposible”– toda modificación del tipo de cambio (situándola por fuera de lo pensable), no sin dejar de reconocerle pertinencia a los “problemas de competitividad” (ver nota 131). Por un lado, esto se inscribió en –a la vez contribuyó a reforzar– un cierto umbral de decibilidad (Montero, 2012a, págs. 281-282), en el cual todo cuestionamiento al régimen cambiario, por mínimo que fuese y más allá del marco ideológico en que se inscribiese, era censurado y erigido en motivo de burla. Por el otro, se habilitaba la posibilidad de introducir el elemento –la competitividad– que operaría como nexo argumentativo entre el mantenimiento del tipo de cambio convertible, la “necesaria” reducción del déficit fiscal y la reforma laboral. Dado que la convertibilidad operaba como una suerte de variable constante (cualquier modificación era “imposible” porque “ni [se] analiza esa variable” (Flamarique, P/12 -17/01/00)), la clave de bóveda del crecimiento de la

¹³² Al respecto, Lorenc Valcarce (2002) estudió la operatoria del mecanismo de censura en torno a cualquier cuestionamiento posible del régimen convertible que funcionó durante la campaña presidencial de 1999.

competitividad se asoció a “[la creación de] condiciones de empleabilidad, generando empleo estable.” (Flamarique, P/12 -17/01/00). De este modo, tomó forma el *topos de la competitividad*, que constituyó uno de las fundamentaciones centrales de la reforma laboral, que fue compartido por las tópicas fiscalista y asistencialista¹³³ y que, además, dejó en evidencia que la principal preocupación común de ambas era el sostenimiento de la convertibilidad.

(T₆) [+ empleabilidad + competitividad]

El marco discursivo común implicaba que la competitividad económica era compatible con la paridad cambiaria, gracias a la creación de “marco de mayor empleabilidad” (Flamarique, Clarín 05/02/00). Resulta significativo, además, que la cuestión de la empleabilidad sólo adquiere aquí sentido por la temporalidad que, como ya establecimos, era característica de las dos tópicas ya analizadas.

(51) “No hay una norma que genera empleo por sí misma. Lo que genera es el marco de empleabilidad y fortalecimiento del empleo estable. Luchar contra el empleo en negro. Nosotros hablamos de un marco general. Moyano cuando ata todo a un problema de la convertibilidad lo simplifica. Los empleos crecen si crece la economía. Para hacer crecer la economía estamos reduciendo el déficit fiscal para conseguir una tasa de interés más baja.(...) El gobierno del doctor De la Rúa está haciendo lo necesario para poner equidad, para aumentar los beneficios de tener un presupuesto equilibrado y obtener una calificación internacional que posibilite el acceso a créditos más baratos y así generar inversiones.” (Flamarique, P/12 18/01/00)

(52) “Está claro que el proyecto por sí solo no generará empleo. Para ello tiene que haber una reactivación económica. (...)Asimismo, se procurará bajar el costo de los servicios y de las tasas de interés. Esto último se logrará, en parte, con una política fiscal adecuada que reduzca el riesgo país y, también, con una negociación seria con representantes del sistema financiero. El Gobierno deberá remediar este problema. Si no, lo hará el Congreso.” (Alessandro, La Nación 07/02/00)

1ro - reforma laboral/marco empleabilidad => 2do - recuperación de la economía => 3ro creación empleo estable

El pasaje entre los tres tiempos estaba asegurado por otros topoi argumentativos, que podemos esquematizar de la siguiente manera:

→ [+ condiciones positivas (marco) para empleabilidad + inversiones] [+ inversiones + crecimiento]

¹³³ “Con esta norma se mejorará la empleabilidad y la calidad del trabajo en la Argentina” (Alessandro, La Nación 26/01/00; “Se trata de medidas [las reformas laboral e impositiva] indispensables para orientar al país en la dirección del crecimiento estable con una tasa significativa de ahorro interno, de innovación progresista, del pleno empleo y de la ampliación de expectativas” (Alfonsín, La Nación 26/02/00).

→[- déficit fiscal - riesgo país] [- riesgo país + acceso al crédito internacional¹³⁴][+ acceso al crédito internacional + inversiones] [+ inversiones + crecimiento]¹³⁵

A simple vista, las dos cadenas argumentativas comparten sólo el último término ([+ inversiones + crecimiento]), es decir el objetivo, pero aparecieron presentadas como dos caras de la misma moneda: son “lo necesario”, “lo que hay que hacer”(a manos del “doctor De la Rúa”, “el Gobierno” y, de ser necesario, también “el Congreso”). Como revisaremos a continuación, este topos de la competitividad y las cadenas argumentativas a él vinculadas constituirán el núcleo de la disputa con una tercera articulación tópica, la mercadointernista.

2.2.4. *Los caminos alternativos de “la crisis”. La tópica mercadointernista*

En el periodo que aquí abordamos, es posible distinguir, en forma esquemática, cuatro principales núcleos que devinieron objeto de polémica y, a su vez, estaban íntimamente vinculados a las definiciones en torno a “la crisis”: 1) convertibilidad, 2) “impuestazo”, 3) reducción salarial (mayo 2000) y 4) reforma laboral. Todos ellos colaboraron a la configuración de agrupamientos dentro del campo discursivo de lo político (al menos, hasta octubre del año 2000). En este sentido, aun cuando no todas las voces tematizaron cada punto, podemos identificar múltiples puntos en común entre quienes se pronunciaron a favor de ellos y entre quienes fueron sus

¹³⁴ En el marco de este trabajo nos limitamos a recomponer los argumentos que operaron para la construcción del objeto de discurso “la crisis”. No ahondaremos en los debates en torno a la posibilidad de que la reforma laboral haya sido parte de los requerimientos directamente solicitados por el FMI para el acceso al crédito durante el año 2000. Esta polémica se hizo pública a partir de ciertas declaraciones del vice ministro de trabajo, Jorge Sappia, a principio de aquel año. De todas formas, la construcción argumentativa que surge de su discurso es la misma que la que trabajamos en estos párrafos. Entrevista diario Clarín 13/01/00:

“Clarín-¿Por qué la Alianza se propone llevar el período de prueba a 6 meses, sin derecho a la indemnización por despido?

Sappia -*Porque lo pide el FMI.*

Clarín - ¿Esa es una razón valedera?

Sappia-Es un motivo para mucha gente.

Clarín-¿Pero el argumento no es que se hace para generar más empleo?

Sappia -Impulsamos una rebaja en los aportes patronales de los nuevos empleados. Hay que darle al empleador un tiempo para que pueda calibrar al nuevo empleado. El período de 30 días es muy estrecho.”

¹³⁵ El siguiente intercambio registrado en otra entrevista de Página/12 (27/02/00) a Flamarique es ilustrativo al respecto:

“(P/12) –Machinea admitió hace unos días, luego de reunirse con los empresarios que favorecían la reforma laboral, que ninguno de ellos se había comprometido a generar empleo luego de la sanción de la ley.

(Flamarique) –“Ese es un compromiso como pedir que llueva los días miércoles. No existe un compromiso... La única ley mágica que genera puestos de trabajo es el crecimiento. El crecimiento depende de la inversión, de la calidad institucional de un país, de la calificación internacional, depende de muchas cosas.”

detractores¹³⁶. Operó, además, una suerte de efecto de acumulación; a medida que avanzaba la implementación de las medidas, se fueron sumando voces que cuestionaban el rumbo adoptado por un sector del gobierno (más asociado a la tónica fiscalista).

El primer punto de ruptura que abrió camino al surgimiento de esta tercera articulación tónica giró en torno a la declaración de emergencia que subyacía a la sanción de las leyes que llevaban el mismo nombre. Como observamos en los apartados 2.2.1 y 2.2.2., la situación de emergencia-excepción operaba como una de las condiciones de posibilidad para la definición de la *inevitabilidad* del camino decidido. Voces provenientes de las dos principales fuerzas que conformaban la cámara de Diputados (Alianza y PJ) refutaron esta lectura. Por la vía del cuestionamiento a la suspensión por 180 días –que constituía uno de los núcleos de la ley– se impugnaba la calificación “de emergencia” de la situación misma.

(53) “La Alianza está en un marketing muy especial, está sobredimensionando los conflictos, está aumentándolos en forma geométrica para tratar de justificar sus decisiones y acciones” (Roggero¹³⁷, P12 07/01/00)

(54) “Es un exceso. No pueden paralizarse los juicios contra el Estado por esta razón” (Nilda Garré, LN 15/01/00)

(55) “La solución no es suspender los pleitos, sino reacondicionar la Justicia para atenderlos” (Elisa Carrió, LN 15/01/00)

(56) “Desde el vamos, no reconoceremos siquiera la declaración de emergencia que plantea el Gobierno. Además, la suspensión de los juicios es una aberración constitucional y no entiendo cómo el ministro de Justicia (Ricardo Gil Lavedra) pudo avalarlo.” (Yoma¹³⁸, LN 19/01/00)

(57) “La emergencia se declara cuando no hay recursos, y éste no es el caso” (Lamberto, LN 23/02/00)¹³⁹

¹³⁶ La Convertibilidad no fue una elección temática de todos los discursos. Fueron pocos quienes expusieron públicamente su postura al respecto (por las razones ya expuestas en el apartado anterior). Sin embargo, es necesario resaltar que, dentro de las voces y piezas discursivas relevadas, el caso de Carlos Menem constituye un caso particular respecto a este punto, porque pregonó enfáticamente la pertinencia de la salida de la Convertibilidad (al igual que Moyano, pero por la vía dolarizadora) y a la vez apoyó la reforma laboral.

¹³⁷ Diputado por la provincia de Córdoba y jefe del bloque del Partido Justicialista en la Cámara Baja.

¹³⁸ Senador por el Partido Justicialista desde el año 1995 y con estrechos vínculos con su coterráneo, el ex presidente Carlos Menem (La Rioja).

¹³⁹ Referimos aquí piezas discursivas que tematizan la cuestión de la emergencia, como un primer punto de quiebre significativo (veremos más adelante quiénes lo continuaron). No todos sus enunciadores serán luego quienes retomen la tercera tónica aunque esto no invalida nuestro argumento. Por el contrario, apuntamos a reflejar la complejidad del entramado de voces en disputa, las cuales podrían ser reagrupadas de distintos modos en relación a cada uno de los núcleos polémicos.

Pero fue “el ajuste”, anunciado el 29 de mayo del 2000 y basado en un fuerte recorte presupuestario que se esperaba redujese los gastos del aparato del Estado¹⁴⁰, uno de los clivajes centrales para la emergencia de la tercera tónica¹⁴¹. Fue presentado por De la Rúa en la misma clave que la reforma impositiva: un esfuerzo “coyuntural y transitorio”, que debía tomarse por la “dificilísima situación existente por el grave déficit fiscal” (La Nación 30/05/00), en el marco de “una situación de excepción” causada por “la situación que hemos heredado, que entre otras cosas nos dejó un déficit de 10 mil millones de pesos” (P/12 01/06/00). Luego del intento de la reducción del déficit vía el aumento de impuestos se tomaba otro camino (el de la “disminución del gasto público” y el “ahorro”), dejando en evidencia que la senda definida originalmente como la única posible distaba de serlo.

(58) “Debido al enorme déficit fiscal heredado del gobierno anterior, tuve que disminuir drásticamente el gasto público. No había alternativa: la cuestión era cómo.(...) He tomado medidas drásticas de ahorro y duelen, lo sé.” (DLR, cadena nacional 09/06/00)¹⁴²

Y pese a que a simple vista los topoi y temas de la tónica fiscalista parecieron mantenerse casi sin variaciones (*topos de la eficiencia, inevitabilidad*), es posible detectar una modificación significativa¹⁴³. En el apartado 2.2.1 rastreamos el

¹⁴⁰ El “Programa de reformas económicas” incluyó: bajar el gasto con la reducción del 12% para los salarios de entre 1000 y 6500 pesos, y del 15% para los haberes superiores a 6500 pesos, así como una disminución del 50% para las jubilaciones de privilegio detentadas por menores de 50 años y del 33% para aquellos de entre 50 y 60 años. Asimismo, incorporó medidas que apuntaban a la desregulación de las obras sociales (planteando la posibilidad de elegir el prestador, las sindicales y las de medicina privada a partir del siguiente año) y un proyecto de reforma previsional (reducción de Prestación Básica Universal (PBU) e incentivos para que las mujeres accedieran a su jubilación a los 65 años).

¹⁴¹ Los principales enunciadores que hicieron propia esta tercera articulación tónica fueron Alicia Castro (Dip. Alianza-Frepaso, proveniente del sindicalismo), Hugo Moyano (Secr. Gral CGT disidente), Enrique Martínez (Dip. Alianza-Frepaso), Elisa Carrió (Dip. Alianza-UCR), Víctor De Gennaro (CTA), Alfredo Bravo (Alianza-Partido Socialista Democrático), entre otros que iremos reponiendo a lo largo de todo este apartado.

¹⁴² Este fragmento pertenece a la cadena nacional pronunciada por el presidente en la víspera del paro general del 09/06/2000 que constituyó el primer paro general del periodo que reunía a las tres principales centrales obreras (CGT “oficial” – Daer, CGT “disidente” – Moyano y CTA - De Gennaro; hubo otros previos que no contaron con este tipo de acción conjunta).

¹⁴³ Sostenemos que constituía una senda diferente a la inicial porque en diciembre/enero existió un debate que protagonizaron Machinea y Cavallo en el cual ambos compartían que el objetivo debía ser la reducción del déficit, pero sostenían caminos divergentes. Mientras el primero impuso la vía del aumento de impuestos (“Coincido en el diagnóstico de las dificultades que encuentra el Gobierno, pero discrepo en cuanto a la solución. (...) Desde Acción por la República queremos apoyar una reducción mayor del gasto (...) para que sea totalmente innecesario aumentar impuestos, ya que hacerlo agravaría la recesión y estimularía aún más la evasión.” (Cavallo, La Nación 13/12/99)) el segundo pregonaba la reducción del gasto. Machinea tomaba, ahora, el camino que seis meses atrás había rechazado.

surgimiento del *topos de la eficiencia* y encontramos que era soportado por una cadena argumentativa que podía resumirse de la siguiente manera:

(CA₂) [+ corrupción + ineficiencia] [+ ineficiencia + gasto] [+ gasto + déficit fiscal]

Aun cuando el presidente y el ministro de economía intentaron presentar el plan como la continuación de las medidas del diciembre y enero, el desplazamiento argumentativo que se produjo dejaba entrever que esa continuidad era difícil de sostener. El foco se trasladó desde el primer segmento de la cadena hacia el último (el gasto) y dejaba a “la corrupción” en un segundo plano.

Una de las consecuencias más notorias del anuncio del paquete de medidas del Programa de Reformas Económicas fue la publicación del documento crítico “Construyamos otro modelo”, firmado por once miembros del bloque de diputados aliancistas¹⁴⁴ y que reforzó el camino trazado por las críticas delineadas inicialmente en torno a la cuestión de “la emergencia”. Es preciso subrayar dos aspectos que se prestan a un primer análisis, ya desde el título mismo del texto. Por un lado, el mismo apuntaba a poner en evidencia que otro camino, otra forma de conjurar “la crisis”, era posible. Pero, al mismo tiempo, que esa senda implicaba la puesta en marcha de un “modelo” diferente, es decir, una propuesta que excedía lo estrictamente económico. Este cuestionamiento en clave de crítica al “modelo” –que será retomado por diversos enunciadores a lo largo de todo el periodo– implicaba lo que denominaremos como *perspectiva integral*, porque proponía no sólo políticas económicas diferentes (e.g. tributo de aportes patronales de las empresas privatizadas en los noventa), sino también el abandono de una cosmovisión neoliberal de la sociedad, la política y la economía¹⁴⁵.

¹⁴⁴ Este documento fue firmado los diputados aliancistas Alicia Castro, Enrique Martínez, Marcela Bordenave, Gustavo Cardesa, Ramón Torres Molina, Federico Sónnez y Humberto Volando (del FREPASO); Alfredo Bravo, Jorge Rivas y Héctor Polino (del Partido Socialista) y Elisa Carrió (de la UCR).

¹⁴⁵ La polémica en torno al “modelo” será clave desde fines del 2000 y muy especialmente durante la segunda mitad del 2001, precisamente cuando la convertibilidad también ocupe el centro de la escena. En esta misma línea, Slipak (2005) señala cómo a inicios del 2002, Duhalde –en su asunción como presidente luego de la renuncia de De la Rúa y la seguidilla de presidentes provisionales– construyó su propuesta en clave de “modelo”, en oposición al “rentístico”, “especulativo”, “economicista” y “de exclusión social” que, afirmaba, había funcionado hasta enero del ese momento, a manos de “financistas y banqueros”. Como veremos en las líneas siguientes, la construcción opositiva entre estos “modelos” adquirió aquí características muy similares.

(59) “[El dinero que se necesita podría] surgir fácilmente de recuperar los aportes patronales graciosamente regalados por el menemismo a las empresas privatizadas monopólicas y hacer cumplir sus obligaciones a los concesionarios de servicios” (...) [Si se] reducen salarios, lo cual profundizará la recesión, se obliga a despedir personal, lo cual aumentará el desempleo, se facilita la privatización y extranjerización de los servicios de salud, lo cual perjudicará a organizaciones solidarias. Todos los efectos previsibles contradicen los objetivos buscados y muestran que los ajustes sobre un modelo pierden todo sentido. [Se necesita un nuevo modelo] que cambie los protagonistas de la política poniendo las acciones del Gobierno al servicio de cada compatriota sin subordinarnos a la especulación financiera internacional.” (fragmento del documento “Construyamos otro modelo”, P/12 30/05/00)

(60) “La noción de ajuste como restricción presupuestaria implica una nueva forma de violencia económica contra la sociedad cuyo final es de una lógica inapelable: ajuste-recesión-ajuste-recesión, crisis de gobernabilidad.” (fragmento del documento “Construyamos otro modelo”, La Nación 30/05/00)

(61) “(...) de esta manera vamos muy mal. Es preciso discutir cuál es la dirección de la Alianza. Es verdad que la herencia que nos dejó el menemismo es brutal y está bien que asumamos la crisis, pero el tema es quién la paga. Hoy es el que está en relación de dependencia. Es terrible.” (Rivas, P12 30/05/00, declaraciones del mismo día de la publicación del documento)

La temporalidad esbozada en el documento cuestionaba la compartida por las dos primeras tópicas. Sin dejar de señalar la “brutal[idad]” (61) de la herencia recibida del menemismo y la pertinencia de que el gobierno asumiera “la crisis” (61), se zanjaba un notable distanciamiento discursivo: “de *esta* manera vamos muy mal” (61). Lo que se proponía era, entonces, *otra* manera; se articulaba un nuevo topos y se cuestionaba la temporalidad [esfuerzo/ajuste/reforma → crecimiento economía → desarrollo empleo].

(T₇) [+ ajuste + violencia económica contra la sociedad]

1ro ajuste => 2ro recesión => 3ro ajuste → 4to crisis de gobernabilidad y desempleo

La serie temporal que se adjudicaba al modelo del “ajuste” y las leyes de emergencia adquiriría una forma circular, llamando la atención sobre el hecho de que este camino ya había sido adoptado anteriormente con resultados similares. Pero al partir también del reconocimiento de “la herencia” y llegar, sin embargo, a una conclusión diferente (se podía evitar el “ajuste” si se recuperaban de los aportes patronales “graciosamente regalados” durante el gobierno de Carlos Menem a las empresas privatizadas), se impugnaba la inevitabilidad que constituía un punto neural de las tópicas fiscalista y asistencialista¹⁴⁶. La referencia irónica

¹⁴⁶ Respecto a las medidas de mayo del 2000, Rodolfo Terragno sostenía que se debía a “causas de fuerza mayor” que obligaron al Gobierno a tomar “una medida dura, que causa aflicción, pero que no

(“graciosamente regalados”) nos advierte, nuevamente, sobre la introducción de una polémica que, significativamente, no aparece en las piezas discursivas de las restantes articulaciones tópicas. No es retomada, ni siquiera para ser debatida, pese a haber sido formulada en un documento que comportó un alto impacto en la escena mediática de la época¹⁴⁷. Sin embargo, reapareció en sucesivas formulaciones de los enunciadorees que hicieron suya la *tópica mercadointernista*¹⁴⁸.

En el apartado 2.2.3. recompusimos los primeros intercambios que suscitó la ley de reforma laboral durante el mes de enero, luego del envío para su tratamiento al Congreso. A continuación, destacaremos algunos fragmentos que contribuyeron a su proceso de construcción como objeto de discurso en los meses subsiguientes.

(62) “Los sindicalistas no tenemos la responsabilidad del endeudamiento, de la venta de las empresas del Estado. ¿Somos responsables de esta crisis? Acá, para debilitar al trabajador, primero degradan a la dirigencia gremial. A mí no me van a asustar con nada.” (Moyano, P/12 17/01/00)

(63) “[Para terminar con la desocupación la CTA propone] cambiar el modelo. ¿Para qué volver a bajar los aportes patronales, volver a discutir la precariedad del empleo y no discutir la apertura indiscriminada de la economía, el tremendo negocio del capital financiero, el aumento de los servicios públicos privatizados? (...) Yo creo que es ajuste o democracia. O shock de confianza a los mercados o shock distributivo. Hay que elegir y acá se está eligiendo el shock de confianza a los mercados.” (De Gennaro, P/12 21/02/00)

(64) “[El proyecto] privilegia el capitalismo por encima de los trabajadores. (...) [Es un proyecto] pedido por el Fondo Monetario Internacional (FMI) que lo único que busca es la precarización del empleo” (Martínez, La Nación 25/02/00)

(65) “La receta de la reforma laboral para mejorar el nivel de empleo fracasó en el mundo. No debemos seguir un pensamiento neoliberal que ha penetrado en todos. (...) No quisiera ver al partido de Yrigoyen (por la UCR), al de Germán Abdala

pudo evitar” (La Nación, 08/06/00). “Chacho” Álvarez, por su parte, reforzaba la preocupación por “lo social” de la tónica asistencialista y sostenía: “Estamos en un momento en el que hay que hacer mucho equilibrio, cuidar el costado social y cuidar mucho el costado del empleo, pero a la vez es preciso que el país recupere la confianza de quienes están dispuestos a invertir para generar puestos de trabajo.” (Clarín, 05/07/00)

¹⁴⁷ La publicación de este documento fue destacada en varias notas periodísticas como el surgimiento de un sub bloque dentro de la Alianza. Algunos de sus protagonistas consideraron incluso pertinente emitir declaraciones para desmentir tal escisión (Página 12, 30/05/00).

¹⁴⁸ Moreau sostenía “Después de realizadas las privatizaciones, Carlos Menem y Domingo Cavallo incluyeron a las empresas públicas privatizadas entre los beneficiarios por la reducción de los aportes patronales, decisión que no estaba contemplada ni en los pliegos de condiciones, ni en los contratos de concesión. Esto significó que le regalaron a estas empresas una mayor rentabilidad. Para el Estado, esta medida representó una disminución de ingresos de aproximadamente 5 mil millones de dólares.” (P/12 23/05/00). Subrayamos aquí este caso porque constituyó uno de los principales realineamientos discursivos luego del ajuste de mayo (de la segunda tónica hacia la tercera). A diferencia del fragmento citado, en una entrevista realizada por el periódico Página/12 a comienzos del año, Moreau indicaba: “(P12) -¿Considera que el rumbo del gobierno es progresista? [refiriendo a la reforma impositiva de diciembre] (Moreau) -Era el único camino posible que tenía para transitar. No hay ninguna duda de que había que poner las cuentas en orden.” (P/12, 24/01/00).

(por el Frepaso) o al de Perón (por el PJ) votando por una ley que va en contra de los trabajadores.” (Castro, La Nación 25/02/00)

(66) “Creo que el Poder Ejecutivo, antes que contar con el alineamiento automático, debe hacer un debate sobre leyes que son centrales.(...) Además, la CGT que lidera Moyano anunció que no se opone a ningún gobierno democrático sino a los poderes económicos mundiales, a los partidos políticos como el PJ. (...) Algunos tienen que acostumbrarse a que respeten estas diferencias, no sólo como regla interna de la Alianza, porque además agrega un mayor grado de deliberación en la sociedad para que nos ayude a pensar que hay otros caminos al de plegarnos a la voluntad de los más poderosos.” (Castro, P/12 18/03/00)

(67) “La reforma laboral es mala para los trabajadores (...) El camino elegido invita a la desunión, a la confrontación y al conflicto. (...) Nuestro adversario no es Moyano, sino Domingo Cavallo y sus ideas neoconservadoras. Paradójicamente, el bloque de Cavallo fue el único que votó sin fisuras la reforma laboral.” (Carta al Frepaso, Martínez-Castro, P/12 31/03/00)

En estas piezas discursivas se reformularon las características de “esta crisis” (62), desplazando el foco causal desde el déficit fiscal hacia “el endeudamiento, (...) la venta de empresas del Estado” (62), “la apertura indiscriminada de la economía, el tremendo negocio del capital financiero” (64), cuyas consecuencias fueron “la precariedad” (64) y los bajos niveles de empleo (65). Y aunque se mantenía la preocupación por el desempleo, se desarticuló el topos del crecimiento ([+ déficit fiscal + desempleo]), impugnando el marco argumentativo otorgado por la tópica fiscalista. Opera aquí, entonces, una refutación/resemantización, es decir, un doble movimiento de “anulación del marco semántico de otro locutor”, a la vez que “se busca atribuir un nuevo sentido (generalmente contrastivo o diferencial)” (Montero, 2012a, pág. 241).

En primer lugar, se pretendió evidenciar el carácter de decisión del rumbo adoptado (63, 66), a la vez que se le atribuyó un origen específico: “las ideas neoconservadoras” (67) y “un pensamiento neoliberal” (65). Frente a estas ideas, se defendió la pertinencia de tomar en cuenta la existencia de “otros caminos” (66), otros “modelos” (63), polemizando directamente con aquella *inevitabilidad* del estado de cosas defendida desde las tópicas fiscalista y asistencialista. El recurso a la burla y la ironía reaparecen aquí como formas privilegiadas de trazar el conflicto.

(68) “Por ejemplo, uno habla de aumento de salarios y parece que fuese el anticristo. ¿Cómo se va a reactivar el mercado interno si no mejoran los sueldos? Como esa, hay un montón de cuestiones que deben ponerse sobre la mesa y hablarlas.” (Moyano, Clarín 18/03/00)

(69) “En las reuniones con Flamarique nosotros le dijimos que así se va a profundizar más la recesión. Cuando se habla de mejorar la calidad, la competitividad, no es serio. Qué competitividad vamos a mejorar cuando tenemos, por ejemplo, un cambio de dos por uno con Brasil. (...) [La reforma laboral] es una

devaluación indirecta. Pero no es una solución porque aun aplicándola seguiríamos sin estar en condiciones de competir. De toda la producción argentina se exporta muy poco y además hay poco consumo interno. Entonces la economía no se reactiva.” (Moyano, P/12 17/01/00)

Se desestimaba el topos de la competitividad ([+ empleabilidad + competitividad]) que fue la clave propuesta por la tónica fiscalista para el abordaje de la reforma, y se relocalizaba el núcleo problemático en torno a “el aumento de salarios” y el “consumo interno” (69), que iban permitir la “reactivación del mercado interno” (68).

(T₈) [+ salarios – desempleo]

(CA₈) [+ salarios + consumo interno] [+ consumo interno + reactivación del mercado interno]
[+ reactivación del mercado interno – desempleo]

Este *topos del consumo* constituyó el núcleo de tercera clave de lectura “esta crisis” (62), definida en términos de recesión de la actividad a nivel interno y no de falta de crecimiento (como las dos anteriores)¹⁴⁹. Al desarticular el “diagnóstico” que encontraba la causa de “la crisis” en el déficit fiscal (topos del crecimiento, de la eficiencia y de la competitividad) y que fundamentaba las medidas adoptadas en su inevitabilidad, esta **articulación tónica mercadointernista** refutó el marco argumentativo de las otras dos y propuso uno nuevo, resemantizando la construcción discursiva del objeto “la crisis”.

(70) “Apostamos a un shock de distribución del ingreso y a reactivar el mercado interno, las Pyme. En la Argentina sobra riqueza, lo que hay que hacer es redistribuirla. En la última década se demostró que es falso que el desempleo dependa del crecimiento. Hubo épocas de recesión y de crecimiento y en ambas aumentó la desocupación. El desempleo es funcional a este modelo económico perverso, donde se enriquecen muy pocos.” (De Gennaro, La Nación 06/07/00)

De esta manera, se desarticuló la temporalidad propuesta por las dos tónicas anteriores: “crecimiento” y “desempleo” podían ser contemporáneos y no uno

¹⁴⁹ Significativamente, podemos encontrar formulaciones de esta tercera tónica en declaraciones de organizaciones empresarias, como APYME y la UIA (que junto con la Cámara de la Construcción y las Confederaciones rurales, conformaba el denominado “Grupo Productivo”) que integraba junto a Confederaciones Rurales; mientras la primera rechazaba la reforma laboral, la segunda cuestionaba el plan de reformas económicas y apoyaba la propuesta de la devolución de los aportes patronales de las empresas privatizadas (en manos extranjeras). Más allá de esta diferencia en el foco, coincidieron en la clave de lectura de “la crisis” en términos de reactivación del mercado interno. “En estos momentos no es prioritario para las Pyme contar con un proyecto de reforma laboral” (Apyme, La Nación 04/02/00) “Con esos fondos [patronales] se establecería un fondo de promoción de empleo administrado por los sectores sociales, como manera de asegurar un nivel básico de existencia y dinamizar el consumo de los bienes de la canasta familiar. Fundamentalmente para ayudar los jefes de familia desempleados hasta que la economía empiece a reactivarse.” (Rial, jefe de la UIA, Clarín 02/07/00)

precondición del otro. La salida propuesta para conjurar “la crisis” adopta aquí la siguiente secuencia temporal:

1ro) consumo → 2do) reactivación del mercado interno → 3ro) creación de empleo.

En resumen, esta clave de lectura de “la crisis” se construyó antagónicamente¹⁵⁰ respecto de las otras dos, refutando su marco argumentativo y ofreciendo uno nuevo. Desde ese lugar, se intentó articular una posición alternativa explicitando, además, el estatuto conflictivo de lo político. La construcción de esta tópica no se redujo discursivamente a la proposición de una batería de políticas económicas (e.g. aumento del salarios, desarrollo del mercado interno) diferentes a las que se estaban llevando a cabo. El cuestionamiento a “las ideas neoconservadoras” (67) y al “pensamiento neoliberal que ha penetrado en todos” (65) parecía ampliar la disputa hacia un conflicto entre cosmovisiones políticas, sociales y, también, económicas, retomando la crítica al “modelo” (desde la perspectiva que anteriormente definimos como *integral*). Los adversarios no eran solamente, entonces, ciertos actores (63: “el capital financiero”, “los servicios públicos privatizados”; 64: “el FMI”; 75 “los poderes económicos mundiales”, “los más poderosos”; 67: “Domingo Cavallo”), sino también un abanico de ideas que “ha[bían] penetrado en todos” y, sobre todo, en quienes defendían la puesta en marcha de las leyes de emergencia, el “impuestazo”, el “ajuste” y la reforma laboral que garantizaban el sostenimiento de la posición privilegiada de aquellos actores.

Por último, y retomando lo que señalamos al finalizar el apartado 2.2.2., es preciso subrayar los puntos de contacto entre la construcción de los adversarios que reconstruimos en las piezas 62 a 67 y la de ciertas voces que hicieron suya la tópica asistencialista, especialmente en relación al caso de Raúl Alfonsín¹⁵¹. Todos ellos construyeron una alteridad en la que se incluía a los organismos internacionales de

¹⁵⁰ Como vimos en el apartado 2.2.2., este cuestionamiento a la reforma laboral fue la piedra basal de la construcción del adversario centrada en el sindicalismo que llevaron a cabo miembros del gobierno como De la Rúa, Machinea y Flamarique, en otros. Cuando sostenemos que la relación fue antagónica lo hacemos intentando poner en evidencia que unos y otros se definieron mutuamente como adversarios, a la vez que construyeron sus *topoi* en torno a “la crisis” en marcos argumentativos claramente diferenciados.

¹⁵¹ “Me preocupa el neoliberalismo, y no Cavallo, con él que no tengo nada personal. (...) El esfuerzo que tenemos que hacer es grande para poder poner el país nuevamente en carrera, por eso es gravísimo el problema del neoliberalismo, que busca relaciones carnales. Tenemos que (...) derrotar la ideología que destruye el país. Hoy muchas decisiones se toman fuera del país, nos tienen agarrados del cuello por problemas que están vinculados con la deuda externa y el balance de pagos, por eso necesitamos las cuentas claras.” (Alfonsín, La Nación 03/04/00)

crédito (FMI, principalmente) y a Cavallo, pero sobre todo, al “neoliberalismo” como conjunto de ideas (y aun como “ideología”). Fueron estos discursos los que explicitaron la disputa política en clave de conflicto ideológico. Sin embargo, hemos emparentado el “diagnóstico” de Alfonsín con el de la tónica asistencialista porque – más allá de las razones “estratégicas” que por su relación con el Presidente y su condición de titular de la UCR puedan argüirse–, significó “la crisis” (en un primer momento) de forma tal que el mayor peso explicativo recaía en la inexorabilidad del camino adoptado. Teniendo en cuenta estos matices, no resultará extraño que para mediados del año 2000 (luego del tercer paro general sindical) la postura de Alfonsín adopte un tono más cuestionador del rumbo adoptado por el gobierno, sosteniendo la necesidad de llevar a cabo un diálogo político-social de amplio alcance. Nos ocuparemos de este viraje en los inicios del próximo capítulo.

2.3. *Recapitulación*

A lo largo de este capítulo procuramos rastrear, desde una perspectiva dialógico-argumentativa, las articulaciones tónicas que ofrecieron diferentes “diagnósticos” en torno a “la crisis”, entre diciembre de 1999 y julio del 2000. Identificamos, en primer lugar, una articulación tónica *fiscalista*, según la cual, aquella encontraba sus causas en “el déficit fiscal”, originado en “la corrupción” y “la ineficiencia” del periodo previo (*topos del crecimiento y de la eficiencia*). En el marco de esa lectura, logró poner en marcha diferentes medidas (aumento de impuestos, declaración de emergencia económica, reducción de salarios y reforma laboral) que fueron discursivamente construidas como *inevitables* (como los únicos caminos posibles en el contexto del sostenimiento indiscutido del sistema de moneda convertible) y sus consecuencias (concebidas como positivas) como *inexorables*, a raíz de la *excepcionalidad* de la situación.

En segundo lugar, la articulación tónica *asistencialista* se constituyó retomando todos los puntos de este primer “diagnóstico” pero afirmando, además, la necesidad desarrollar ciertas medidas paliativas de las posibles consecuencias negativas de las medidas económicas puestas en marcha, a la vez que vislumbraba la necesidad de una reforma política (con eje el *topos el ahorro político*) que permitiese reconstruir cierta credibilidad política que se entendía desgastada. Se erigió así como una tónica

subsidiaria a la fiscalista que, al agregar estos componentes a su “diagnóstico”, operó reforzándola y dotándola de nuevos componentes.

Por último, la construcción de los objetos de discurso del “ajuste” de mayo y la reforma laboral zanjaron la formación de una tercera tópica, la *mercadointernista*, que proveyó un nuevo marco argumentativo para la lectura de “la crisis” al situar el núcleo del problema en la depresión del mercado interno, causada por la ausencia del consumo (y los salarios reducidos) como consecuencia de años de implementación de un “modelo neoliberal”. Su principal característica, junto al *topos del consumo*, fue la forma en que se (auto)definió, dado que construyó una imagen de sí centrada en su condición de “modelo alternativo”. Al desestimar la idea de *inevitabilidad* que las dos primeras tópicas sostenían, la *mercadointernista* introdujo cierta dimensión conflictiva en el debate en torno a “la crisis”.

En el próximo capítulo revisaremos los virajes discursivos, desplazamientos y surgimiento de nuevos *topoi* que se produjeron en estas articulaciones tópicas en el periodo transcurrido entre fines de julio del 2000 y marzo del 2001. Para ello, iniciaremos el recorrido observando la desarticulación del rol de la “oposición constructiva” y el primer llamamiento a un “diálogo político-social” (a partir de julio/agosto del 2001).

3. Capítulo 3 – Reformulaciones del topos del crecimiento y emergencia del topos del gasto. Desplazamientos y persistencias en las tópicos fiscalista y mercadointernista (fines de julio del 2000 - marzo 2001)

Introducción

En este capítulo se recomponen las reformulaciones discursivas que afectaron a las articulaciones tópicos fiscalista, asistencialista y mercadointernista, entre los meses de julio del 2000 y marzo del 2001. El foco del análisis se situará en las derivas discursivas que tuvieron los dos grandes hitos del periodo: el episodio de los sobornos en el Senado (en el marco de aprobación de la conflictiva reforma laboral, en mayo) y la posterior renuncia del vicepresidente Carlos Álvarez. Nos preguntamos si, en ese contexto, los modos de construcción del objeto “la crisis” en los discursos políticos introdujeron novedades en los *topoi* que detectamos en el periodo previo, en los “diagnósticos” sobre qué estaba en crisis y cómo debía enfrentarse esa situación.

En este sentido, y como observación preliminar, podemos señalar que el cimbronazo que aquellos episodios representaron se hizo sentir en el campo discursivo de lo político, donde proliferaron debates y cuestionamientos del rumbo económico, social y político que, desde diciembre de 1999, había estado guiado por la tópica fiscalista. Y si bien las decisiones de política pública siguieron encontrando en esa tópica sus argumentos centrales (reforzados por el surgimiento del *topos del gasto*), la coyuntura polémica que introdujeron aquellos cuestionamientos favoreció dos desplazamientos significativos: la reformulación del *topos del crecimiento* y el abandono de la temporalidad *inexorable*.

El presente capítulo se estructura a partir del análisis de cuatro coyunturas: 1) la convocatoria al primer “diálogo político-social” del periodo; 2) la instalación del episodio de los sobornos en el Senado y la posterior renuncia del vicepresidente Álvarez; 3) la presentación del “plan de crecimiento” de noviembre, junto con el “blindaje” de diciembre; y 4) el intento de implementación del “programa” de López Murphy durante su breve gestión como sucesor de Machinea.

3.1. El “diálogo político-social”. Realineamientos discursivos y el fin de la “oposición constructiva”

En este apartado reconstruiremos los movimientos que se produjeron en el campo discursivo de lo político en la coyuntura posterior al segundo paro general¹⁵² del periodo en junio del 2000. El análisis de las piezas discursivas recolectadas permite ver que, en dicha coyuntura, a) dentro de la misma coalición gobernante emergieron nuevas voces¹⁵³ cuestionadoras de la temporalidad *inevabilista*; que b) los enunciadores de la “oposición constructiva” comenzaron a acercarse a una posición menos conciliadora con el gobierno; y que c) quienes ya retomaban elementos de la tónica antagónica a la fiscalista (mercadointernista) reforzaron su posición, con foco en la crítica al “modelo”.

El paro general del 9 de junio del 2000 constituyó una instancia clave para la consolidación de una variedad de realineamientos en el campo discursivo de lo político. Fue el primer paro general del periodo que lograba hacer confluir a las tres principales corrientes sindicales del país (CGT “oficial”/Daer, CGT “disidente”/Moyano y CTA/ De Gennaro) en un reclamo unificado¹⁵⁴. Pero mientras De la Rúa continuó guiando su interpretación por la óptica fiscalista, otras figuras (incluso algunas también ligadas al gobierno) entendieron que el paro implicaba un cambio en la coyuntura.

¹⁵² El primer paro general del periodo se había realizado el 5 de mayo. Había contado con la participación de la CGT disidente (Movimiento de los Trabajadores Argentinos, liderado por el camionero Hugo Moyano) y de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA, liderada por el empleado estatal Víctor de Gennaro). El motivo del paro, según sus protagonistas, era el rechazo a la reforma laboral. Sin embargo, el paro del 9 de junio –como veremos más adelante– tuvo la particularidad de contar con el aval de las tres centrales obreras.

¹⁵³ Es preciso recordar que parte de los enunciadores que dieron forma a la formulación original de la tónica mercadointernista provenían inicialmente de la Alianza, como son los casos de los diputados Alicia Castro y Jorge Rivas. Sin embargo, que este desplazamiento proviniera del jefe del partido al que pertenece el propio presidente (siendo, además, la fuerza mayoritaria en la coalición) le otorgó una contundencia superior. Los discursos se producen siempre en superficies de emergencia atravesadas por otros discursos, por relaciones de fuerza, por instituciones y por distribuciones de roles preexistentes que, en mayor o menor medida, condicionan su producción, pero también su “recepción”. Por ello, De Ípola reconoce la relevancia de la teoría “discursivista”, pero no soslaya “que existen condiciones sociales no discursivas de producción y de reconocimiento de los discursos.” (De Ípola, 1983, pág. 24) La posición institucional de Alfonsín, junto con su liderazgo, no podían sino brindarle un plus de legitimidad a sus definiciones.

¹⁵⁴ Pese a que el paro contó con varias consignas, el disparador fue el decreto de desregulación de las obras sociales sindicales. Dicho proyecto permitía la libre elección entre obras sociales sindicales y prepagas a partir de enero de 2001, amenazando a las primeras con una pérdida significativa de fondos. Sin embargo, quedó fuertemente vinculado al “ajuste” de mayo: “(...) hay que tener en cuenta que en tan poco tiempo ningún gobierno hizo tantas cosas en contra del trabajador.” (Moyano, P/12 09/06/00) “El paro es un repudio a la política de ajuste permanente. La competitividad no puede estar basada en la rebaja de salarios.” (Daer, P/12 09/06/00)

Por cadena nacional, ese 9 de junio el presidente y su ministro Machinea reafirmaron las medidas decididas en mayo (reducción de salarios públicos, reforma laboral) y reforzaron el rol de la tónica fiscalista como núcleo argumentativo de sus políticas de gobierno. Éstas mantuvieron su estatuto de *inevitables* (junto con la *inexorabilidad* de sus consecuencias positivas)¹⁵⁵, a la vez que sostuvieron la calificación del adversario (“las cúpulas sindicales”) como “obstruccionista” y cuyo único objetivo era “defender intereses sectoriales” (DLR, La Nación 10/06/00).

Para otro sector del radicalismo, sin embargo, el paro inauguraba una nueva coyuntura que imponía la apertura de un “diálogo político-social”¹⁵⁶ que permitiera entablar nuevos canales de negociación con diferentes actores de la escena política y que diera nuevos aires de legitimidad al gobierno de la coalición. Storani y Alfonsín –sus principales propulsores– defendieron la propuesta con una argumentación que se asentaba en el mismo “diagnóstico” de la tónica asistencialista: “la crisis” era principalmente de tipo político y afectaba a la legitimidad de la dirigencia política, por lo que era necesario construir consensos en torno al futuro del país con otros actores más allá de los límites de la Alianza. El “diálogo” se plasmó en una decena de reuniones (desde fines de junio a fines de agosto del 2000) entre el presidente y/o referentes del gobierno con distintas figuras tanto del oficialismo como de la oposición partidaria y tuvo pocos resultados respecto a su objetivo de construcción de consensos que favorecieran al gobierno y le permitieran cosechar apoyos para sus medidas. Sin embargo, constituyó la superficie de emergencia de tres desplazamientos discursivos significativos: el de Alfonsín, respecto de la temporalidad *inevitabilista*, el de Ruckauf con su “plan alternativo” y el de Duhalde, con su crítica al “modelo”¹⁵⁷.

¹⁵⁵ “Debido al enorme déficit fiscal heredado del gobierno anterior, tuve que disminuir drásticamente el gasto público. No había alternativa: la cuestión era cómo. (...) Tuve que reducir los salarios más altos de los empleados del Estado nacional. Esto no significa que se le haya rebajado el salario a todo el pueblo, como algunos quieren hacerlo parecer. Se pidió este esfuerzo, que es transitorio, sólo a los empleados del Estado, de un Estado quebrado y al que hemos arrastrado históricamente como un lastre que nos ha impedido ponernos de pie y al que estamos empezando a transformar en un Estado fuerte y sano, que nos posibilite políticas activas, económicas y sociales.” (De la Rúa. La Nación 10/06/00)

¹⁵⁶ El “diálogo político-social” encontró diversos actores interesados en convertirse en interlocutores legítimos del gobierno (“Yo vengo sosteniendo desde hace mucho que hay que concertar algunas cosas mínimas e indispensables para asegurar la gobernabilidad. Me parece una justa actitud en este momento de crisis”, Eduardo Menem, La Nación 11/06/00).

¹⁵⁷ Creemos más apropiado aprehender estos cambios como desplazamientos y no como rupturas porque no supusieron quiebres absolutos (es decir, sin “contradicciones”, si es que es posible tal cosa).

Por un lado, el lugar privilegiado de Raúl Alfonsín como promotor del “diálogo político-social” (aun cuando no detentaba ningún cargo en el gobierno) confluyó con un cierto recrudecimiento –sobre todo a partir de mediados de julio del 2000– de sus críticas al rumbo económico vigente. Después de calificar con un “7” la gestión del presidente en un programa periodístico de televisión abierta, señaló que había “que resolver los problemas de urgencia que no pueden esperar” (Alfonsín, La Nación 14/07/00), es decir, “los problemas sociales”. La “preocupación social” (eje de la tónica asistencialista) aparecía ahora enlazada a una concepción de la temporalidad diferente¹⁵⁸: “los problemas sociales” no podían esperar, no podían ser relegados a la segunda etapa ni a un segundo momento posterior a la solución de “la crisis” fiscal. De este modo, Alfonsín se distanciaba de la formulación previa de la articulación tónica asistencialista, tensionándola, porque lo que podría leerse como un reforzamiento de la preocupación por “lo social” cambiaba, en efecto, su estatuto. Las consecuencias sociales de las medidas económicas adoptadas (“los problemas sociales”) ya no podían ser solamente abordadas desde una política paliativa y *a posteriori* de aquellas medidas que eran “urgentes” y “no podían esperar”. Por lo tanto, la temporalidad propuesta por la tónica fiscalista –y que la asistencialista había compartido y reforzado con el componente de la “sensibilidad social” (ver capítulo 2, apartado 2.2.2.)¹⁵⁹ – resultaba desarticulada en la voz del jefe del partido del presidente.

Los desplazamientos discursivos crean superficies de emergencia para el surgimiento de, por ejemplo, nuevos cuestionamientos que los rearticulen, de discursividades que polemiquen con ellos, etc. Por ejemplo, que Alfonsín cuestionase la temporalidad fiscalista no le impedía promover, al mismo tiempo, el “diálogo” para favorecer al gobierno. En lugar de analizarlo como una “contradicción”, preferimos señalar el desplazamiento y revisar los retomes o polémicas posteriores que habilitó. De este modo, es posible reconstruir los mecanismos dialógicos en los que se construyen ciertos argumentos.

¹⁵⁸ En el capítulo 2 señalamos que uno de los puntos que convertían a la tónica asistencialista en subsidiaria de la fiscalista era la construcción temporal compartida: las medidas tomadas en el presente son inevitables (a raíz del pasado de errores); hay que tomarlas porque son las únicas que nos llevarán inexorablemente a un futuro mejor; por lo tanto, primero hay que hacer “un esfuerzo” (“sanear las cuentas”, aumentar los impuestos, etc.), para recién luego poner en prácticas medidas reactivantes/generadoras de crecimiento y de mejores condiciones sociales (de lo cual se puede deducir que –más o menos implícitamente– se reconoce que el “esfuerzo” empeoraba la condiciones de vida de las mayorías, al menos en lo que se definía como un primer momento).

¹⁵⁹ Este realineamiento no se realizó sin tensiones hacia el interior de la Alianza. Algunas semanas después, el propio Alfonsín matizó sus declaraciones: “De ninguna manera creo que el Gobierno vaya en camino al neoliberalismo. Lo que ocurre es que el déficit que se había anunciado de 6000 millones de pesos resultó ser de 10.000 millones, y el compromiso contraído con el Fondo (Monetario Internacional) era de 4500 millones.” (La Nación, 14/08/00) La aclaración deja entrever que el cambio operado en el discurso del ex presidente respecto a la temporalidad de la inevitabilidad representaba

Paralelamente, en el terreno de la disputa por constituirse en el interlocutor privilegiado del gobierno y aprovechando la relativa debilidad del mismo luego del paro de junio, el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Carlos Ruckauf, logró situarse en el centro de la escena política gracias a la articulación lo que definía como “un plan económico alternativo”, que mantenía el objetivo de la tónica fiscalista (el “equilibrio fiscal”), pero desactivaba su temporalidad *inevitabilista*, al pregonar el camino diferente (“reactivante”) hacia aquel.

(71) “El programa económico que está instrumentado el gobierno es recesivo. Entonces lo que propongo es un plan de reactivación que tiene cinco puntos. No se trata de un plan cerrado. Todo lo contrario, estamos abiertos al debate. El objetivo sigue siendo el mantenimiento del equilibrio fiscal, pero apuntamos a crear un ambiente que favorezca la reactivación.” (Ruckauf, Clarín 25/07/00)

(T₉) [+ equilibrio fiscal + reactivación]

La novedad de esta formulación radicaba en la centralidad que se le otorgaba a “la reactivación”, la cual se articulaba con “el equilibrio fiscal”, pero desplazaba el eje respecto de las propuestas del gobierno¹⁶⁰. Ese movimiento constituía una nueva formulación de “la crisis” y su principal deriva fue el reposicionamiento del rol del PJ como oposición partidaria (a pesar de que Ruckauf no fue acompañado por los otros gobernadores de las provincias “grandes”, quienes mantuvieron, en una primera instancia, su rol de “oposición constructiva”¹⁶¹).

(72) “El peronismo es la oposición y no debe postergar su rol de demandante de soluciones. Entiendo los planteos de prudencia de los últimos años, pero debemos buscar una salida. Es impostergable” (Ruckauf, Clarín 07/08/00)

una fuente de conflicto dentro de la coalición, porque parecía asociar al gobierno con el “neoliberalismo” (que, para Alfonsín, era el principal adversario político; su construcción incluía actores específicos –como el FMI– pero también un conjunto de ideas más amplio y atravesaba diversos actores, discursos, prácticas e instituciones; en este sentido, es clave poner el foco en la amplitud que provee una construcción de este tipo, porque cualquier actor puede ser vinculado a ellas, más allá de su pertenencia partidaria o estatuto social).

¹⁶⁰ El desplazamiento, en cierta forma, es doble, porque además del cambio de foco, proponía que el plan fuera debatido (“no es un plan cerrado”), es decir, que no era presentado desde la lógica de la inevitabilidad. De todas formas, la sola propuesta de un plan diferente ya exponía en el campo discursivo de lo político la posibilidad de alternativas que pudieran definir los caminos de política pública divergentes.

¹⁶¹ Reutemann afirmaba, al mismo tiempo, que aunque “el Gobierno se equivocó en el diagnóstico, no se pueden hacer dos ajustes en 150 días”, “no es momento para cuestiones partidarias, hay que apoyar al presidente De la Rúa” (P/12 09/07/00). De la Sota, por su parte, sostenía: “El justicialismo tiene que ser una oposición moderna, seria, no trabar al Gobierno, pero los que tienen que administrar son ellos. Podemos hacer sugerencias, pero el plan del peronismo tiene que ser para 2003. Y como digo siempre, lo único que hay que hacer para merecer cargos públicos es trabajar, trabajar, y trabajar.” (La Nación 28/07/00)

Eduardo Duhalde, por su parte, sí se plegó a este desplazamiento y a las propuestas económicas que traía aparejadas (reducción del IVA, de la tasa de interés y del impuesto a los ingresos brutos en las provincias), a la vez que profundizó su distanciamiento con el jefe institucional del partido –Carlos Menem– (siendo él jefe partidario a nivel de la provincia de Buenos Aires). Retomando elementos de su campaña en 1999 y anticipando lo que sería el meollo de sus discursos como presidente dos años después, definió su posición con eje en la cuestión del “modelo” (Slipak, 2005), tópico que cobraría más fuerza –como tendremos oportunidad de ver– en el momento más álgido del episodio de los sobornos en el Senado y que aquí aun era definido en clave económica.

(73) “Debe darse un debate interno porque hay dos escenarios: el de Carlos Menem, que quiere profundizar el modelo económico, y otro sector muy amplio en el que sostenemos que este sistema está agotado y que debemos cambiarlo por uno de desarrollo. (...) Este gobierno ha tomado al modelo como si fuera Frankenstein: lo quiere hacer revivir, pero no puede porque está muerto. No se trata de pedir un cambio de hombre sino de modelo, de política económica.” (Duhalde, La Nación 03/08/00).

Estos virajes discursivos (de Alfonsín, Ruckauf y Duhalde) delinearon un escenario novedoso en el que aparecía, con mayor frecuencia y en la voz de actores de peso, la posibilidad de discutir alternativas al “camino único” que defendía un sector del gobierno. En ese contexto, el 11 de agosto se realizó en la provincia de Córdoba el primer encuentro nacional de legisladores justicialistas¹⁶², una de las instancias de coordinación de la oposición partidaria más sustantivas de esta segunda etapa. Allí, los legisladores nacionales y provinciales del PJ redactaron un documento centrado en el retome discursivo de parte de las perspectivas definidas por Ruckauf y Duhalde algunas semanas antes. Al respecto, se cuestionaba el rumbo decidido por los hombres del gobierno que “se [habían] concentra[do] en la resolución del déficit fiscal implementando medidas contraproducentes” (que ellos mismos, meses antes, habían acompañado “constructivamente”), se afirmaba que no

¹⁶² El encuentro, que reunió a 327 legisladores nacionales y provinciales del Partido Justicialista, produjo un documento final en que se afirmaba que “en estos ocho meses que lleva el nuevo gobierno no se ha planteado una estrategia integral que comprendiera la resolución de los problemas que aquejan a la gran mayoría del pueblo argentino” (Clarín, 13/08/00). Sostenía, además, que los hombres del gobierno “se concentraron en la resolución del déficit fiscal implementando medidas contraproducentes como el impuestazo, la declaración de emergencia económica, la reforma laboral que no generó más empleo y la rebaja salarial”. En conclusión, indicaba: “Es urgente que el gobierno nacional tome medidas para crear condiciones políticas para que la economía vuelva a crecer. La campaña electoral ha terminado. Con el marketing no alcanza. Quedó demostrado que las falacias no sirven y los discursos son insuficientes. Llegó la hora de gobernar.” (P/12, 13/08/00)

habían logrado detener la recesión porque “no era lo que necesitaba el país” y se proponía una serie de medidas “reactivantes” (e.g. reducir el IVA). El PJ inició así el desplazamiento discursivo que dejaba de lado la “oposición constructiva” y procuraba posicionarse como una alternativa, adversaria respecto de la del gobierno.

(74) “El partido acaba de perder una elección. Esto implica que debemos ejercer un rol opositor que tiene la responsabilidad de generar ideas novedosas, prudentemente audaces. (...) Nos pidieron la ley de presupuesto y se la votamos. Nos pidieron luego leyes como compromiso fiscal, reforma tributaria, reforma laboral y hasta medidas de ajuste. Todas se las votamos. Pero los resultados obtenidos hasta ahora no son buenos. ¿No será porque los pedidos no fueron los que necesitaba el país?” (De la Sota, P12 12/08/00)¹⁶³

La construcción de este lugar de enunciación (en la cual el PJ se erigió a sí mismo como una oposición partidaria con un plan alternativo de gobierno y un “diagnóstico” diferente del de la mayor parte del gobierno aliancista, con “ideas novedosas”, aunque todavía “prudentemente audaces”) no se proyectó como una posición homogénea desde allí en más¹⁶⁴, pero sí implicó un viraje que les permitió exigir ya no un mero “diálogo” (como el de julio, que pocos resultado había mostrado), sino una “concertación” política y social para superar “la crisis” (Clarín, 13/08/00). La desarticulación de la “oposición constructiva”, aunque lenta y paulatina, afectaría a la fortaleza del gobierno, dado que –como vimos en el capítulo 2– este sintagma había funcionado como fundamento del apoyo¹⁶⁵ que los

¹⁶³ El encuentro se realizó en Córdoba, provincia gobernada por José Manuel de la Sota. Las piezas discursivas que los periódicos transcribieron corresponden a alocuciones suyas y algunas muy breves del documento que surgió del encuentro (que en su gran mayoría aparece parafraseado por medio del discurso indirecto).

¹⁶⁴ Como señala Giménez (2007), la situación interna del PJ durante casi todo el año 2000 -signada por el rotundo fracaso en las presidenciales del año anterior- podía resumirse en la distinción de dos líneas, la de la burocracia partidaria (centrada en Menem, presidente del Consejo Nacional, y en Duhalde, presidente del Congreso Nacional) y la de los gobernadores. Asimismo, dentro de esta última se distinguían, con base en un criterio casi exclusivamente territorial o geopolítico, los gobernadores de las provincias “grandes” (Ruckauf, Reutemann y De la Sota) y los de las provincias “chicas”. En febrero del año 2000, los 9 gobernadores de Salta, Jujuy, Tierra del Fuego, Tucumán, Santiago del Estero, Misiones, Formosa, San Luis y Santa Cruz se agruparon en el denominado “Frente Federal Solidario”. Este fraccionamiento será clave en las disputas por el presupuesto del año 2000 (el cual incluía la coparticipación de impuestos de la Nación hacia las provincias).

¹⁶⁵ En el capítulo anterior analizamos la convocatoria del presidente (en su alocución de asunción) a la conformación de una “nueva política” y la consolidación del rol como “oposición constructiva”. Concluimos que ambos sintagmas eran complementarios, en tanto compartían una construcción del quehacer político asociado a prácticas y discursos pretendidamente despojados de sus pertenencias partidarias, con vistas al “bien común” (tendientes a reducir la dimensión conflictiva de lo político), a la vez que se asentaban en una concepción del gobierno como administración –el verdadero “trabajar”– y reducido a la aplicación de saberes técnicos a la gestión de lo público (soslayando la dimensión decisoria de los procesos de puesta en práctica de toda política pública).

gobernadores de las provincias “grandes” y los senadores asociados a ellos habían brindado a las mismas políticas públicas que ahora cuestionaban.

Finalmente, encontramos una serie de enunciadores que, aunque ya sostenían una postura de crítica al “modelo” (que asociamos a la tónica mercadointernista), articularon este cuestionamiento en una narrativa histórica novedosa. Los sindicalistas Hugo Moyano y Víctor De Gennaro, junto con el Partido Socialista Democrático (PSD) coincidieron al proponer una narrativa histórica específica, que inscribía el presente de “ajustes sucesivos” en una temporalidad de larga duración iniciada en 1976 con la última dictadura militar y en un marco de continuidad con su “modelo neoconservador” (Carta del PSD a De la Rúa, La Nación 12/08/00). Se entendía que la deuda externa “inmoral e ilegal”¹⁶⁶ (Moyano, La Nación 16/07/00) que condicionaba el presente y el futuro del país había encontrado su origen en la gestión del Martínez de Hoz¹⁶⁷ y “el modelo económico” allí iniciado (Moyano, P/12 27/09/00), lo que incluía también las dos presidencias de Menem (Rivas, P/12 30/08/00; PSD, La Nación 12/08/00). En resumen, estas alocuciones trazaban una frontera política doblemente determinada. Por un lado, en relación a un pasado de corto plazo, respecto del gobierno anterior (y, por lo tanto, compartida con los enunciadores de las tres tónicas), y, en segundo lugar, respecto de un tiempo pasado, de más largo alcance, en relación a la última dictadura militar (que sería un clivaje específico de la tónica mercadointernista, en articulación con la crítica al “modelo”). La frontera respecto del “modelo neoconservador” y “neoliberal”¹⁶⁸ era lo que permitía situar en la misma línea temporal a los tres momentos: el presente aliancista, el pasado (corto) de los noventa menemistas y el pasado (largo) de la dictadura iniciada en 1976¹⁶⁹. De este modo, se delineaba una clave de lectura de la historia que no formaba parte del debate político de la época (algo que sí sucedería luego de 2003, desde el gobierno de Néstor Kirchner) y que volvería a aparecer al final de este

¹⁶⁶ Significativamente, los legisladores justicialistas (en el ya referido documento) y Duhalde coincidieron respecto a la pertinencia de renegociar la deuda externa. Este aspecto, aun no era tematizado por los enunciadores del gobierno de la Alianza más cercanos al presidente.

¹⁶⁷ Ministro de Economía de la última dictadura militar, en ejercicio entre marzo de 1976 y marzo de 1981.

¹⁶⁸ “No queremos una continuación ni una atenuación de las propuestas neoliberales y conservadoras”. “El PSD no acepta que los resultados de este modelo conservador, que comenzó en 1976 y se impuso en la última década, deban ser sostenidos y continuados por el gobierno de la Alianza” (La Nación, 12/08/00).

¹⁶⁹ Resulta llamativo que esta construcción temporal carezca de referencias al periodo del gobierno de Raúl Alfonsín, que medió entre ambas instancias.

segundo periodo, luego del intento de aplicación del “programa” de López Murphy. Junto con ella, se introducía la controversia en torno a “la deuda” (especialmente respecto a su origen y destino) que, un año después, se convertiría en un eje clave de aquellos que retomaban la tónica mercadointernista para cuestionar las decisiones de política pública del gobierno de la Alianza.

La reconstrucción de los realineamientos discursivos desarrollada en este apartado permite comprender algunos aspectos de la situación en la que el gobierno llegó al episodio de las coimas en el Senado (agosto-octubre 2000): con una oposición partidaria más cuestionadora que la de principios de año, con un movimiento obrero relativamente unificado en oposición a las medidas de “ajuste” y de reforma laboral y, en relación a la propia fuerza, con once diputados que disputaban su definición de “la crisis” y con el principal referente de la fuerza política del presidente (UCR), Raúl Alfonsín, en una postura que despertaba suspicacias en el círculo más cercano a De la Rúa. En el espacio de estos realineamientos, a principios de agosto comenzó a insertarse en la agenda pública uno de los temas que marcaría a fuego el gobierno aliancista. A continuación, estudiaremos los modos en que se construyó el episodio de las “coimas” en el Senado en el campo discursivo de lo político.

3.2. El episodio de los sobornos en el Senado. El debate por el “modelo”

A mediados de agosto, la sección Política de los periódicos más relevantes de tirada nacional había sido casi totalmente colonizada por el (ya no tan sólo un) rumor¹⁷⁰ que afirmaba que varios senadores habían recibido sobornos para aprobar la reforma laboral, por lo que la cuestión del “diálogo político-social” quedó en segundo plano. Abordaremos este episodio analizándolo en dos etapas: una primera, signada por el debate en torno al modo de investigación de los hechos y el

¹⁷⁰ Los editoriales de La Nación (con la firma del periodista Joaquín Morales Solá) y Clarín del 6 de agosto de 2000 señalaron el conflicto en ciernes entre el vicepresidente Álvarez y el titular de la Secretaría de Inteligencia (SIDE), Fernando de Santibañes, por los rumores que vinculaban a esa Secretaría con la entrega de sobornos a senadores para que aprobasen la reforma laboral. Morales Solá ya había deslizado en junio que “habrían existido favores personales de envergadura a los senadores peronistas -para sorpresa de algunos-, después de que estos aprobaran la reforma laboral” (La Nación, 25/06/00). Pero los rumores cobraron fuerza cuando el senador Antonio Cafiero (PJ) presentó, luego de las editoriales de agosto, una cuestión de privilegio para ser tratada en la Comisión de Asuntos Constitucionales (luego de la falta de respuesta del jefe de la bancada, Augusto Alasino, frente a sus pedidos de reunión). La denuncia era coincidente, además, con la acusación del sindicalista Hugo Moyano, quien sostuvo que el ministro de trabajo Flamarique le había dicho que la ley iba a ser aprobada porque “para los senadores tenemos la Banelco” (Página/12, 23/08/00) (este episodio le daría el nombre de “Ley Banelco” tiempo después).

“diagnóstico” de “la crisis política”, y una segunda, consolidada desde mediados de septiembre, que enmarcó el episodio de cohecho y corrupción en la crítica al “modelo”.

En la primera etapa, es posible recomponer dos “diagnósticos” sobre los sucesos, surgidos en la disputa por los modos en que debía desenvolverse la investigación. Las dos grandes líneas de acción que vislumbraban implicaban a) el tratamiento dentro de la propia Cámara de Senadores (en la Comisión de Asuntos Constitucionales), o b) la judicialización del caso. La primera propuesta era defendida principalmente por el senador Antonio Cafiero (PJ), mientras que la segunda era promovida por la mayor parte de los actores políticos y encontró en la voz de Carlos Álvarez a su principal representante. Desde esta perspectiva, el objetivo debía ser evitar que la cuestión quedara “subsumida en la política partidaria”, porque “la sociedad no [iba] a creer en las investigaciones que se [hicieran] desde adentro” (Álvarez, Clarín 28/08/00). En este sentido, el campo discursivo de lo político se vio inundado por una lectura compartida: la situación debía ser resuelta desde afuera de “la política”, puesto que ella ya estaba desprestigiada. El “diagnóstico” que sostenía esta línea de acción retomaba los elementos principales del tópico de “la nueva política”, el cual rechazaba la lógica del quehacer político centrada en lo político-partidario, en tanto constituía una forma de representación de intereses particulares (contrarios al “bien común”) y potencialmente asociados a acciones corruptas¹⁷¹.

En una primera etapa, Storani, Terragno y el vicepresidente Álvarez –entre otros¹⁷²– volvieron a poner en escena uno de los elementos centrales del

¹⁷¹ En el capítulo anterior reconstruimos el tópico de “la nueva política” y sostuvimos que se fundaba en un “diagnóstico” que sostenía que “la gente”, “la sociedad”, desconfiaba de “los políticos” por una variedad de razones (que solían presentarse articuladas, aunque cada enunciador que lo retomaba hacía hincapié en diferentes aspectos): porque “los políticos” eran corruptos, detentaban una condición moral reprobable o defendían “intereses mezquinos” (particulares). Estas características se vinculaban a lo que se definiría como “vieja política” (aunque este sintagma era mucho menos recurrente que el propositivo, es decir, el de “la nueva política”). Detectamos, además, que “la nueva política” soportaba una concepción del quehacer político fundada en “el diálogo” y “la responsabilidad”, lo que implicaba que se dejaran de lado las “diferencias partidarias” para “trabajar” por “el bien común”. Esta construcción discursiva de “la política” operaba deslegitimando toda visión alternativa sobre el camino de política pública decidido, en este caso, por el gobierno de la Alianza y era compartida por las tópicas fiscalista y asistencialista.

¹⁷² Terragno (jefe de gabinete) afirmaba que la situación suponía “una oportunidad para una reforma drástica de la política” (La Nación, 03/09/00). Por su parte, el ministro de Justicia, Ricardo Gil Lavedra, señalaba que “la sociedad sale ganando porque es una crisis de impacto muy fuerte y de la cual se sale para mejor” (Clarín, 17/09/00).

“diagnóstico” de la articulación tópica asistencialista: el episodio del Senado era una manifestación de “la crisis política” del país. A diferencia de otras formulaciones, ésta tuvo la particularidad de haber sido asociada al tópico de “la crisis como oportunidad”: “hay un antes y un después de esta crisis” (Álvarez, La Nación 11/09/00). Así, el episodio era concebido era una situación crítica pero productiva y, como tal, no debía ser encarada como meramente negativa o nociva (como por ejemplo sí lo era la crisis en clave fiscal) sino como una posibilidad de cambio que, a partir de “la reforma política” (propuesta en sucesivas ocasiones y finalmente nunca implementada), permitiera reformular de todo el funcionamiento del sistema político basado en “la vieja política” y sus prácticas corruptas.

(75) “Entendemos que es posible una investigación justamente porque existe un gobierno que tiene un compromiso de luchar contra la corrupción y que la gente cree en ello. Por esa razón podemos aprovechar esta oportunidad para dar por finalizado un ciclo de un estilo de hacer política y producir una reforma política muy profunda. Si en vez de profundizar la decadencia se sale de la crisis hacia adelante, mejorando las condiciones políticas, creo que podríamos terminar haciendo un balance positivo.” (Storani, La Nación 03/09/00)

Pero para comprender la centralidad del episodio de los sobornos, debemos posar nuestra mirada en las definiciones provistas por el vicepresidente Álvarez, no sólo porque detentaba la presidencia de dicha cámara y era uno de los principales impulsores de la reforma política desde los inicios de la Alianza, sino, y sobre todo, porque su renuncia –el 6 de octubre de ese año– quedó íntimamente vinculada al mismo.

(76) “(...) la política pasa en la Argentina por una crisis de sentido, de vaciamiento de horizontes temáticos y de dificultad para acompañar el cambio de un mundo en permanente transformación. El desafío de la modernización integral e integrada del país requiere recuperar un proyecto democrático que transmita un modelo de país donde se asocien mejor calidad institucional, crecimiento, empleo y cohesión social. Quienes hemos sido elegidos para gobernar somos conscientes de la crisis de credibilidad de la política, en sus aspectos más profundos: vocación, eficacia, compromiso y transparencia. (...) Los caminos por recorrer son múltiples y todos debatibles. Pero creo que uno de ellos, a veces minimizado, es devolverle legitimidad a la política a través de una mayor austeridad y transparencia.” (Álvarez, editorial en La Nación 08/08/00)

(77) “Yo la veo como crisis política, más que como crisis institucional, porque los poderes pueden seguir funcionando. Una crisis institucional afectaría la economía, afectaría los mercados. Esta crisis no está tocando a los mercados, que es muy bueno, porque podría haber un discurso que diga dejemos todo como está porque los mercados se ponen nerviosos. Es muy bueno ver cómo se puede trabajar para mejorar las instituciones, para esclarecer estos hechos, y esto no afecta el rumbo de la economía. Sí es una crisis política grave.” (Álvarez, La Nación 02/09/00)

Álvarez impulsó con particular ímpetu la investigación sobre los sobornos porque los entendía como una manifestación de una “crisis política de

representación” (Clarín, 02/09/00), es decir, del “desprestigio estructural de la política y una desconfianza de la sociedad” (P/12, 23/08/00) que afectaba particularmente a los actores políticos. Sostenía, además, que no se estaba frente a una crisis de tipo institucional, en tanto no se habían producido consecuencias a nivel de “los mercados” (77); esta primera clave de lectura del episodio diferenciaba la crisis política de la institucional y de la económica, y entendía que mientras la institucional podía afectar la economía, la política parecía tener una autonomía mayor (dado que “la crisis” del Senado era –por el momento– política y no había afectado a “los mercados”, como hubiera sucedido si hubiese sido institucional). Desde esta perspectiva, la “solución” era investigar el caso y “oxigenar¹⁷³ el Senado” o, en otras palabras, un cambio a nivel de los elencos políticos (y no de la institución-Senado en general): “cuando planteo cambios políticos no estoy planteando que dejen de ser senadores, sino que den un paso al costado y permitan oxigenar el Senado. (...) Con estos actores políticos, yo no presido las sesiones del Senado.” (Álvarez, La Nación y Clarín 02/09/00)¹⁷⁴ En línea con lo que sostenían Terragno y Storani, Álvarez entendía que “la crisis” del Senado (en particular) constituía una oportunidad para encarar “la crisis política de representación” (en general), por medio de la implementación de la reforma política. De este modo, en esta primera etapa de la tematización del episodio del Senado, “la política” era concebida como una esfera autónoma (sobre todo respecto de la economía), y la corrupción como un fenómeno restringido a ella (y, por tanto, no estructural)¹⁷⁵.

¹⁷³ Nuevamente encontramos la metáfora médica como recurso de los discursos políticos para brindar una clave de lectura sobre la coyuntura o, como este caso, para explicar cómo salir de la situación dada. El Senado aparece así como un organismo biológico (un cuerpo) que necesita (más, nuevo, mejor) oxígeno para seguir funcionando.

¹⁷⁴ Las declaraciones de Álvarez no especificaban qué implicaba la “oxigenación” y el pedido de “dar un paso al costado” (si no era que los senadores dejaran de serlo). Si bien la situación era particularmente delicada para aquellos legisladores acusados de recibir los sobornos (Emilio Cantarero, Ramón “Palito” Ortega, Ángel Pardo, Eduardo Bauzá y Remo Costanzo) y para el presidente provisional de la cámara, José Genoud (UCR), es probable que Álvarez apuntara a que dieran “un paso al costado” también los miembros del poder ejecutivo sospechados de ser los originantes de los mismos, esto es, Alberto Flamarique (ministro de trabajo y miembro del FREPASO) y Fernando de Santibañes (titular de la Secretaría de Inteligencia del Estado – SIDE). Álvarez renunció precisamente un día después de que el presidente De la Rúa decidiese una serie de cambios en su gabinete que implicaron un espaldarazo a sendos miembros del ejecutivo (Flamarique fue designado Secretario General de la Presidencia –un puesto de extrema cercanía a la figura presidencial– y de Santibañes fue refrendado a cargo de la SIDE; puesto al que renunciaría el 20 de octubre siguiente).

¹⁷⁵ Desde diciembre de 1999, la “reforma política” no había logrado ser implementada, aun cuando había sido uno de los ejes centrales de la campaña de la Alianza. Dos habían sido hasta el momento las iniciativas vinculadas a ella: la Auditoría Ciudadana de la Calidad Institucional y el Plan de

Pero mientras Álvarez reclamaba “oxigenar” la política¹⁷⁶, el presidente negaba que el gobierno hubiera sobornado senadores¹⁷⁷ y rechazaba la posibilidad de desplazar a miembros sospechados¹⁷⁸. Hicieron múltiples declaraciones para negar la existencia de cortocircuitos entre ellos¹⁷⁹, pero no cesaban de surgir cuestionamientos cruzados que dificultaban vislumbrar una coyuntura de comunión¹⁸⁰. En este marco, y en consonancia con los desplazamientos que ya identificamos en otros enunciadores como Ruckauf o Alfonsín, el “diagnóstico” de “la crisis política” –de *los políticos* alejados de *la gente*¹⁸¹– comenzó a articularse con cuestionamientos a la política económica vigente en la voz de un espectro cada vez más extenso de enunciadores, resignificando sus alcances (ya no limitados a “la política” como esfera autónoma).

Modernización del Estado. Como indicamos en el capítulo precedente, ambas se sustentaban en la articulación entre el *topos de la eficiencia* [+ corrupción + déficit fiscal] y el *del ahorro político* [+ vieja política + gasto], y promovían medidas tendientes a “modernizar” y “reducir la ineficiencia” tanto del Estado como de las instituciones del sistema político (partidos). Algunas de estas medidas eran, por ejemplo, acortar las campañas electorales, reducir su financiamiento público y eliminar el anonimato para los particulares que aporten dinero a los partidos. Las iniciativas de “reforma política” naufragaron sucesivamente ante la primacía que se le otorgó a la solución de las cuestiones económicas, pero el enfoque que subyacía era compartido: las tópicas fiscalista y asistencialista concebían a la economía y la política como compartimentos estancos y, en el caso particular de “la lucha contra la corrupción”, esto impedía abordarla como un fenómeno de carácter estructural, “de corrupción estatal y particularismo en el vínculo con los actores sociales y económicos” (Lorenc Valcarce, 2002, pág. 42).

¹⁷⁶ La “oxigenación” era un reclamo retomaron por diversos dirigentes, como el ministro del Interior Storani: “Para mí la oxigenación comprende cambios en el Senado y en el Ejecutivo. Más claramente: aunque mañana no se compruebe el ilícito, igual habrá un antes y un después de este episodio.” (Storani, P/12 01/10/00) La construcción de la idea de la “oxigenación”, como otros significantes que hemos relevado, fue un fenómeno claramente dialógico.

¹⁷⁷ “He revisado los documentos que he requerido y no ha salido absolutamente nada del Gobierno” (De la Rúa, La Nación 05/09/00).

¹⁷⁸ “No hay renuncias porque no hay imputaciones, entonces siguen los ministros funcionando. Todos saben que deben ponerse a disposición de cuanto organismo los requiera. (...) [que] nadie hable de crisis institucional, que no la hay. Yo garantizo la vigencia de las instituciones. Hay que buscar donde haya responsabilidades y aplicar ahí todo el rigor que corresponda.” (De la Rúa, La Nación 05/09/00).

¹⁷⁹ “Con el vicepresidente de la República tenemos un entendimiento perfecto. A él le tocó hablar más porque ésta situación ocurrió en el Senado, pero tenemos coincidencias completas” (De la Rúa, P/12 15/09/00).

¹⁸⁰ Esta percepción fue retroalimentada por un amplio espectro de declaraciones de miembros del PJ que alentaban con vehemencia las internas en la coalición gobernante: “Bueno, a mí me parece que la situación pública que se ha creado a partir de los rumores, potenciados por el anónimo, generando así la duda sobre el comportamiento del Presidente y de sus hombres más cercanos, es suficiente, es más que suficiente para pensar adónde va dirigido el esfuerzo para desestabilizar. Esto es tan obvio que casi no hace falta explicar.” [aludiendo a Álvarez] (Alasino, La Nación 31/08/00) El diputado Roggero, en una línea similar, atribuyó la situación “al conflicto que vive la Alianza, una lucha interna de poder que se salió de madre y abarcó a todas las instituciones de la República.” (La Nación, 10/09/00)

¹⁸¹ “Tenemos que preguntarnos por qué la política no responde a los intereses de la gente” (Álvarez, La Nación 12/09/00).

(78) “La UCR considera indispensable poner en marcha políticas que permitan definir el país que queremos ser, que requieren no adherir sumisamente a las ideas económicas de los países centrales.” (Documento UCR, P/12, 09/09/00)

(79) “Esta batalla [contra la corrupción] es la continuidad de la que explicó mi ida del menemismo y del Partido Justicialista: no aceptamos la política colonizada por los grupos económicos, por lo que se llamó “desprolijidades” de las privatizaciones. En el ‘97 hicimos una alianza para plantear un modelo alternativo de país. Y en el ‘99 le planteamos a la gente una nueva política para diferenciarla de la vieja(...)” (Álvarez, P/12 24/09/00)

(80) “No está claro por qué la economía no está creciendo como debería crecer o no se sale de este nivel de lentitud de crecimiento y eso implica que hay que hacer cambios. (...) Hay que saber con más precisión cuál es la estrategia y el modelo de crecimiento económico de la Argentina, distinto al piloto automático que tuvo la Argentina en los últimos años de la economía de Roque Fernández y del presidente (Carlos) Menem.” (Álvarez, La Nación 28/09/00)

(81) “(...) yo solamente sintetizo un hartazgo de la sociedad argentina sobre la forma de hacer política, un cansancio moral de la sociedad argentina, que coincide también con una situación desde el punto de vista económico, social y laboral.” (Álvarez, La Nación 29/09/00)

(82) “(Storani) – El Gobierno tiene que buscar más energía en sus aliados naturales, en los sectores económico-sociales que fueron más castigados por el gobierno de Menem. Sin duda que esto está condicionado a que se ataquen límites que heredamos, como el déficit fiscal, y ese ataque incluye medidas que no son populares.

(P/12) – Planteado así, parece una cuestión de tiempos: primero el déficit, después las pymes...

(Storani) –No, y además el que hablaba de tiempos era Juan Carlos Onganía, un dictador: primero el económico, después el social y algún día el político.” (Storani, P/12 01/10/00)

La forma que adoptó la construcción de “la crisis” hacia fines de septiembre y principios de octubre (en el punto más álgido del episodio de los sobornos en la Cámara Alta) supuso la emergencia de claros puntos de resquebrajamiento entre algunas de las figuras centrales de la Alianza y el surgimiento de nuevos discursos políticos que problematizaron no solamente el rumbo económico, sino “el modelo” (sumándose a las voces que delineaban esta misma temática en la línea de la articulación tópica mercadointernista). Este desplazamiento resulta significativo porque “la nueva política” era ahora arrancada de las tópicas fiscalista y asistencialista y rearticulada con elementos novedosos en la voz de estos enunciadores. En primer lugar, no se puede soslayar que estas declaraciones representaron un cuestionamiento abierto de los resultados de la política económica vigente, por parte de miembros del mismo gabinete (78, 80, 82). Por otro lado, porque estos discursos desarticulaban explícitamente el meollo de las ya referidas tópicas; la *inevitabilidad* y la *inexorabilidad* del camino fiscalista eran puestas en

tela de juicio, porque se dejaba en claro que ya no alcanzaba con atacar “primero el déficit”, y ayudar “después [a] las pymes” (82)¹⁸² (o promover el consumo). Y en tercer lugar, porque retomaban el tópico de “la herencia recibida” y, al mismo tiempo, ponían en duda la legitimidad de ciertos enunciadores del gobierno para delinear la frontera con aquel pasado demonizado, de corrupción y de políticas económicas que no fomentaban la equidad¹⁸³. Respecto a lo económico, se sostenía que era necesario “poner en marcha políticas que permit[ieran] no adherir sumisamente a las ideas económicas de los países centrales” (78) y que significaran de definitivo abandono del “piloto automático” (Álvarez, La Nación 28/09/00) en la economía que, como había sucedido durante el gobierno de Menem¹⁸⁴, suponía una “política colonizada por los grupos económicos”(81). Asimismo, y como dicha frontera se asentaba muy fuertemente en la prédica anticorrupción¹⁸⁵, su eficacia discursiva se veía cuestionada en un momento en que las denuncias de cohecho alcanzaban a varios miembros del gabinete. Este abanico de cuestionamientos apuntaba a poner en evidencia los puntos de continuidad con ese pasado del que todos¹⁸⁶ querían diferenciarse. El “cansancio moral” de “la sociedad” frente a la “situación desde el punto de vista económico, social y laboral” (81) (a la cual estos discursos daban forma, performativamente) revelaba que el “modelo alternativo de país” (79) promovido por la Alianza creada en 1997, estaba lejos de hallarse en marcha. Ese “modelo alternativo” no debía ser sólo económicamente diferente al del

¹⁸² La comparación de esta temporalidad con la de los “tiempos” planteados como objetivos sucesivos (primero el tiempo económico, luego el social y el luego el político) por el gobierno militar de Onganía es por demás elocuente del rechazo que tan solo algunos meses atrás ninguno de estos actores había puesto en escena.

¹⁸³ La campaña de la Alianza se había centrado en el *slogan* “crecimiento con equidad”. El cuestionamiento al “modelo menemista” (Álvarez, La Nación 25/01/1999) había sido clave en la construcción identitaria de la Alianza. En una de sus primeras cumbres como fuerza política, afirmaban: “Sobran argentinos en el modelo de país menemista. No alcanza la alternancia democrática. Se necesitan alternancia y cambio. No alcanza con hacer lo mismo, pero más prolijo.” (Álvarez, La Nación 25/01/1999)

¹⁸⁴ En cierto modo, el modelo del “piloto automático” implicaba una crítica a la colonización de los ámbitos de toma de decisiones de política económica por parte de economistas “tecnócratas” que defendían su rol “técnico” (por contraposición a “político”) y pretendidamente objetivo. Resulta significativo, sin embargo, que Álvarez deslizara este cuestionamiento en vínculo con el último ministro de economía del periodo menemista (Roque Fernández, proveniente del *think tank* del Centro de Estudios Macroeconómicos de la Argentina-CEMA) y no con el anterior, Domingo Cavallo (parte de la Fundación Mediterránea), a quien meses después impulsaría como ministro del gobierno aliancista.

¹⁸⁵ El topos de la eficiencia, como señalamos en el capítulo 2, articulaba corrupción y déficit fiscal [+ corrupción + déficit fiscal] como centro de la frontera trazada con el pasado menemista.

¹⁸⁶ Como señalamos en el capítulo anterior, este tópico es –en cierto modo, más o menos explícitamente– transversal a las tres articulaciones tópicas.

gobierno de Menem, sino que debía implicar una configuración integralmente distinta en términos “económico[s], social[es] y laboral[es]”. Si dos años antes Álvarez había afirmado que “no alcanza con hacer lo mismo, pero más prolijo” (La Nación 25/01/1999), los cuestionamientos que tomaron fuerza en octubre de 2000 dejaban entrever que no sólo parecía estar haciéndose “lo mismo” que durante el “modelo menemista” (Álvarez, La Nación 25/01/1999), sino que, además, ni siquiera se hacía de modo “más prolijo”.

Esta construcción de “la crisis”, en clave de crítica al “modelo” retomaba del “diagnóstico” de la tópica mercadointernista lo que denominaremos de aquí en más como *perspectiva integral*¹⁸⁷. Desde esta perspectiva, el nuevo “modelo” debía conllevar no solamente medidas de política económica diferentes, sino todo un “proyecto de sociedad” (83) distinto, lo que incluía –muy especialmente– la puesta en práctica de una nueva “forma de hacer política”, en la que “la clase dirigente” fuera capaz de poner un límite a los “métodos irregulares”, corruptos, que pretenden llevar a cabo los grupos económicos. Por lo tanto, los abordajes provistos a partir de la *perspectiva integral* ponían el foco en la condición multidimensional de “la crisis” (para lo cual, en muchos casos, recurrieron al sintagma clave “el modelo”).

(83) “En el Senado se produce una crisis terminal de una forma de hacer política en la Argentina. (...) Lo que hay que plantear en la Argentina, y nosotros todavía no lo hemos hecho con claridad, es un proyecto de Nación, es un proyecto de sociedad. Y en ese proyecto de sociedad lo primero es cómo se hace política. Porque algunos le echan la culpa a los grupos económicos cuando la culpa es de la clase dirigente que no pone límites a los métodos irregulares a los que apelan los grupos cuando los dejan.” (Álvarez, P/12 24/09/00)

La crítica al “modelo” sumaba cada vez más enunciadores. El caso del jefe del Partido Justicialista bonaerense es contundente al respecto porque explicita el anudamiento de los diversos aspectos que, desde esta *perspectiva integral*, estaban en crisis.

(84) “El Gobierno tiene que cambiar el rumbo económico, y no digo cambiar el modelo porque ya lo dije en la campaña y me atacaron. (...) La apertura irresponsable de la economía y la falta de políticas proteccionistas para favorecer la

¹⁸⁷ Al respecto, son pocas las alocuciones de quienes vinculamos a la tópica mercadointernista que tematicen el episodio de las coimas. Las declaraciones más relevantes partieron del sindicalista Hugo Moyano, quien ya había advertido varios meses antes sobre la existencia de los mismos. En esa línea, colocó el foco en la “ilegitimidad” de la reforma laboral, por el origen espurio de los votos de los senadores que la habían aprobado en mayo. El cuestionamiento seguía apuntando al “modelo”: “estamos viviendo una crisis terminal, política, social y moral. Creo que la sociedad está corrompida y lo está para que nadie tenga la posibilidad de levantar la voz. Esto es parte del sistema y del modelo.” (Moyano, P/12 23/08/00).

industria nacional. Los verdaderos dueños del poder son los grupos económicos y por eso, para cambiar las reglas de juego, se necesita que ciertos temas sean una causa nacional. Ya lo hablé con el Presidente y está de acuerdo. Necesita que lo ayuden. La crisis es política, no social. Acá hay una crisis de conducción. (...) Siempre digo que de esta crisis se sale con el Presidente, pero a De la Rúa le faltan fuerza, decisión y coraje. Hay desesperanza. (...) Hay que tomar decisiones y no profundizar el modelo. (...) Ahora hace falta un ‘shock productivo’, reindustrializar el país y fomentar el desarrollo de las Pyme: crear parques industriales y fondos de garantía, por ejemplo. Hay que tomar decisiones. Estamos en problemas.” (Duhalde, La Nación 23/08/00).

Aquí se explicita polémicamente la distancia (entre los dos tipos de crítica, al rumbo económico y al “modelo”) por medio del recurso irónico (“y no digo cambiar el modelo porque ya lo dije en la campaña y me atacaron”) y se esgrime la pertinencia de llevar a cabo un cambio económico (un “shock productivo”), a la vez que político y de conducción (“hay que tomar decisiones”). Y si bien esta clave de lectura provista por Duhalde tiene puntos en común con la que encontramos en las alocuciones de Álvarez en los días previos a su renuncia, provee un “diagnóstico” y unas “soluciones” a “la crisis” (política, de conducción, pero no estrictamente vinculada a la corrupción o a la transparencia del quehacer político) que lo acercan más a las argumentaciones de la tónica mercadointernista, en un doble sentido. Es decir, proveía aquella misma concepción *integral* de la coyuntura, que vislumbraba cambios en lo económico, lo político y lo social, y, adicionalmente, compartía la preocupación por el desarrollo industrial, del mercado interno y de las PyMes: el problema no sólo no era puramente fiscal, sino que tampoco podía ser abordado en términos meramente económicos.

El efecto de estos cuestionamientos al rumbo económico, político y social se puede encontrar en los retomes dialógicos de ciertos enunciadores vinculados a las políticas vigentes que prosperaron a principios de octubre y apuntalaron la senda fiscalista. Por caso, el ministro de economía declaró: “Vamos a profundizar las políticas que viene llevando adelante el presidente Fernando de la Rúa” (Machinea, La Nación 01/10/00), en procura de refrendar el rumbo previamente adoptado. Por otro lado, el 5 de octubre el presidente anunció su decisión de realizar cambios en el gabinete con “el propósito [de] reforzar la marcha de la economía” (Clarín 06/10/00). Las modificaciones llevadas a cabo¹⁸⁸ tuvieron dos consecuencias. Por un lado, los

¹⁸⁸ Dichas modificaciones incluyeron la disolución del Ministerio de Infraestructura (que pasó a la órbita del de Economía, reforzando el área de influencia de Machinea), la desvinculación del radical Rodolfo Terragno como jefe de gabinete y el nombramiento de Chrystian Colombo en su lugar y los

dos principales sospechosos de cohecho miembros del poder ejecutivo (Flamarique y de Santibañes) mantuvieron o robustecieron sus posiciones, mientras que dos radicales (Gil Lavedra y Terragno, que –como vimos– deslizaba ciertos cuestionamientos al rumbo económico) fueron desplazados por referentes del círculo íntimo del presidente. Nuevamente y lejos de lo que Novaro denominó el “método delarruista (...) para no decidir” (2002, pág. 26), el presidente había tomado una decisión que apuntalaba el camino iniciado en diciembre del '99. A la polémica construida por diversos enunciadores (de la oposición partidaria, de su mismo gabinete y de su propia fuerza política) que planteaban diferencias respecto al camino de política pública vigente, la *respuesta* de De la Rúa fue definir una serie de cambios en su gabinete que dejaban en claro que no se pretendía realizar modificación alguna y que se rechazaban los reclamos del vicepresidente (que renunciaría menos de veinticuatro horas después del anuncio), del jefe de gabinete y de una parte del radicalismo respecto a la “oxigenación” política y la “situación económica, social y laboral” (esto último, también promovido por parte del justicialismo, referentes sindicales, etc.). Si los cuestionamientos que repasamos en los últimos párrafos constituyeron un intento de exposición en el campo discursivo de lo político de la existencia de una(s) alternativa(s)¹⁸⁹, la decisión de De la Rúa polemizaba con ellos y tenía como efecto el reforzamiento de la senda política pública vigente.

(85) “El objetivo es aplastar la corrupción para que desaparezca de nuestra patria. Ese fue y es mi compromiso. Garantizo las instituciones y estoy al frente del liderazgo moral de la Nación. A los corruptos hay que destruirlos y ejercer el poder con claridad en ese rubro. (...) En el día de ayer establecí las bases de un nuevo gobierno. Como Presidente organizo mi propio gobierno y lo he hecho buscando la máxima eficiencia, he reforzado el rumbo económico y el cambio social, he reorganizado la administración para ganar en eficacia y resultados concretos.” (De la Rúa, cadena nacional 06/10/00)

(86) “Renunció el vicepresidente, y esto es un hecho importante. Lo lamento, pero el Gobierno está a cargo del Presidente y el Presidente sigue ejerciéndolo. No hay crisis institucional ni de gobierno, sólo el alejamiento de alguien por quien siento

enroques de Alberto Flamarique por Patricia Bullrich en el ministerio de Trabajo y de Ricardo Gil Lavedra por Jorge de la Rúa en Justicia. De Santibañes, por su parte, mantuvo su posición al frente de la Secretaría de Inteligencia. La posición de Colombo, además, se vio reforzada por el traspaso a la órbita de la jefatura de gabinete de la Administración Federal de Ingresos Públicos, una de las instituciones protagónicas del “diagnóstico” de la tópica fiscalista, en tanto ente máximo de recaudación.

¹⁸⁹ Esto no implica que las alternativas no hubiesen ya sido expuestas anteriormente. De nuestro análisis en el capítulo previo se desprende que los enunciadores de la tópica mercadointernista iban en una línea similar.

aprecio, respeto y amistad. Para quienes dicen que fue el peor día del Gobierno, les digo que no es así. En una dimensión personal, sí, pero lo más difícil lo vivimos juntos con Chacho (...)” (De la Rúa, La Nación 08/10/00)

El apuntalamiento del ministerio de Machinea, el desplazamiento de los dos radicales de una línea interna del partido diferente a la de De la Rúa¹⁹⁰ y el mantenimiento de Flamarique y de Santibañes fueron definidos como la reafirmación “[d]el rumbo”, es decir, del “diagnóstico” y el camino argumentado desde la tónica fiscalista. Y pese a que se reconocía que la renuncia del vicepresidente era “un hecho importante” (85), se la construyó como un mero “alejamiento” personal (que se definía a partir de los sentimientos –aprecio, respeto y amistad– que despertaba (85)¹⁹¹) sin grandes consecuencias políticas o institucionales (“no hay crisis institucional ni de gobierno”, De la Rúa, 08/10/00).

Por último, en este apartado expondremos un breve análisis de la carta de renuncia de Álvarez. Si, de algún modo, su dimisión era la consolidación de su lucha por construir una “nueva política”, es preciso indagar cómo se definen allí el estatuto de la política, en general, y de la “nueva política”, en particular.

(87) “No quiero que esto se confunda con un acto político, quiero transmitirles los fundamentos de mi decisión. Presento mi renuncia indeclinable a la vicepresidencia para poder decir con libertad lo que siento y lo que pienso y, al mismo tiempo, para no perjudicar al Presidente y alterar la vida institucional.(...) Quiero con este gesto, con mi renuncia, alejar las interpretaciones internistas o de lucha por el poder. Soy leal al Presidente y esto tiene que ir de la mano con la lealtad a mis convicciones, a la de mi fuerza política y a los compromisos con la ciudadanía que nos votó.” (carta de renuncia de Carlos Álvarez, 06/10/00)

(88) “Atravesamos dos crisis los argentinos: la crisis política-social-moral y la crisis económica. Para combatir la primera, se manifestó que los senadores que protagonizaron las decisiones de los últimos años del Senado debían renunciar. Lejos de ello, han intentado la política del avestruz, se han atornillado a las bancas y a los cargos.” (carta de renuncia de Carlos Álvarez, 06/10/00)

(89) “(...) importante es que cumplamos con lo que le dijimos a la gente, que mejoremos su vida, su nivel de ingresos, su dignidad, su participación. Siempre he creído que para lograr estas condiciones teníamos que tener otra política.” (carta de renuncia de Carlos Álvarez, 06/10/00)

¹⁹⁰ Terragno afirmaba luego del anuncio: “el Presidente conoce muy bien mis ideas en lo político y en lo económico para esta segunda etapa del Gobierno. Yo creo que el crecimiento acelerado, tres o cuatro veces mayor que el de ahora, es posible. También creo que no hay que asumir una actitud fatalista frente a la deuda y el déficit.” (La Nación, 06/10/00).

¹⁹¹ Mientras se recurría a la primera persona para señalar los sentimientos de “aprecio, respeto y amistad” respecto a Álvarez, la tercera persona que producía un efecto de distanciamiento y que ya hemos identificado en diferentes alocuciones del presidente desde su asunción, aparecía asociada al enunciado que apunta a reafirmar su rol de autoridad (“el Presidente sigue ejerciéndolo” [el gobierno]). Este tipo de “enunciado impersonal”, afirma Ducrot, hace aparecer lo enunciado como “fuera de[la] responsabilidad” (1988a, pág. 19) de quien lo enuncia.

Desde esta óptica, si la renuncia no era “un acto político” (87) era porque no respondía a “internas” o “luchas de poder” (87). Así, “político” era definido –nuevamente– como un calificativo negativo, vinculado a la lucha por el poder en pos de ciertos intereses particulares (por oposición al interés general, el bien común). Se definía entonces una doble valencia de lo político; como un calificativo asociado, por un lado, a “la vieja política” (que “responde con dinero negro, compra y venta de leyes, más pragmatismo y más protagonismo para quienes operan en la política como si fuera un gran negocio para pocos” (Álvarez, 06/10/00)) y, por otro, a una “nueva política” (transparente, moralmente correcta, no corrupta). “La crisis política” remitía, por tanto, a la “vieja” y no a la “nueva política”. Y aunque esta construcción permitía pensar que no se promovía un rechazo de la política *in toto*, resulta significativo que el espacio desde donde se debía combatir la “mala” política fuera situado lejos de la vicepresidencia: “voy a seguir peleando por los mismos ideales que peleé en mi vida, (...) lo voy a hacer desde el llano.” (06/10/00) “El llano” se situaba lejos del ejercicio del rol político para el cual Álvarez había sido elegido democráticamente por el voto popular, y era allí, más cerca de la reserva de moralidad de “la gente” (ahora, “los ciudadanos” (90)), que del poder (espurio), a donde volvería para enfrentar a “la vieja política”. Estas concepciones se consolidaron, días después, cuando Álvarez promovió la puesta en marcha de una “corriente de participación ciudadana” (Clarín, 24/10/00). Mientras seguía instando a los miembros del Frepaso a mantener sus lugares en el gobierno de la Alianza, sostenía:

(90) “Mi primera propuesta es poner en marcha una red social de ciudadanos basada en los jóvenes –actores esenciales para volver a cargar de ideales la política– y en la gente. Ensayar una manera distinta de concebir y hacer política. Esto nos demanda acentuar la búsqueda del bien común, reenlazar nuevas solidaridades y producir colectivamente una renovación cultural a fondo en las prácticas que impacte y acelere la modificación que debe sufrir la dinámica actual de los partidos.” (Álvarez, Clarín 24/10/00)

Como era de esperar, la propuesta cosechó una variedad de rechazos, más o menos solapados, en gran parte del arco político y, sobre todo, de miembros de su propia fuerza y de la misma Alianza¹⁹². La retórica moralista y el discurso ciudadanista exacerbaban las tensiones que aquella doble valencia de lo político no

¹⁹² Mientras la segunda gran referente del Frepaso, Graciela Fernández Mejjide afirmó que “no están dadas las condiciones para crear fuerzas paralelas”, Raúl Alfonsín desconfiaba: “parece que quiere jugar de líbero.” (Clarín, 24/10/00).

podía sino traer aparejadas para alguien que era –efectivamente– *un político haciendo política*. Aquellas tensiones dejaban entrever las limitaciones que la estrategia de acción “desde el llano” conllevaba, porque lo alejaban de la escena política en la que sus aliados y su propia fuerza aun pretendían tener alguna influencia: “el movimiento aspira a que los partidos se revisen a sí mismos y el Frepaso sería el primero que tendría que dar cuenta de ese fenómeno.” (Álvarez, P/12 26/10/00) Es posible que estas declaraciones no implicaran rechazos más rotundos por parte de las figuras cercanas a él dentro del Frepaso (y más aun los que detentaban cargos electivos, como el jefe de gobierno de la ciudad de Buenos Aires, Aníbal Ibarra) porque entendían que Álvarez aun gozaba una fuerte imagen positiva en “la gente”. Esta lectura se basaba en la multiplicidad de encuestas que circularon en los días posteriores a su renuncia. Las encuestadoras CEOP (Clarín, 08/10/00), Equis (P/12, 13/10/00) y Hugo Haime (P/12, 15/10/00) indicaron que la imagen positiva de “Chacho” había crecido pero que, al mismo tiempo, la mayoría de los encuestados rechazaba la renuncia en sí. Si había habido un ganador luego del episodio de los sobornos en el Senado y de su renuncia era el propio Álvarez, a nivel estrictamente personal. El ahora ex vicepresidente había logrado el triunfo de ese mismo interés particular que él vinculaba a la “vieja política”, en detrimento de cualquier construcción colectiva de la política.

3.3. *El “plan de crecimiento” y “el blindaje”. La segunda etapa de la tónica fiscalista (octubre –diciembre 2000)*

En este apartado analizaremos los cambios impulsados por el gobierno de la Alianza luego de la renuncia del vicepresidente. Los dos elementos clave de este periodo fueron lo que se conoció como el “plan de crecimiento” o “shock de confianza” (un conjunto de políticas económicas direccionadas a incentivar la inversión privada) y el “blindaje” (préstamo extraordinario de varios miles de millones de dólares cuyo objetivo era hacerse de dinero para enfrentar los vencimientos de deuda que se registrarían a principios del 2001). Y aunque ambas políticas fueron definidas como la continuidad del rumbo preexistente, incluyeron desplazamientos significativos en relación a la formulación inicial del *topos del crecimiento* y respecto al componente de *inexorabilidad* de la temporalidad fiscalista. Abordaremos el análisis de cada una en dos apartados diferenciados a los efectos de sistematizar la exposición.

3.3.1. “La segunda etapa”: “el plan de crecimiento” y el fin de “la crisis política”

Antes de avanzar sobre análisis del plan de noviembre, es preciso recapitular algunas de las derivas que tuvieron el episodio de los sobornos y la renuncia de Álvarez, para definir el campo discursivo en que aquel emergió. Porque mientras la causa judicial –originalmente en manos del juez Carlos Liporaci– seguía su curso¹⁹³, el sistema político procuraba procesar el cimbronazo de la renuncia del vicepresidente. En la línea de nuestra pregunta-guía (¿cómo se construyó “la crisis” entre los años 1999 y 2001 en el campo discursivo de lo político?), podemos señalar al menos dos efectos de relevancia.

Por un lado, sostenemos que el modo en que fue significada la renuncia de Álvarez, en una parte nada desdeñable de los discursos políticos circulantes, reforzaba discursivamente aquella cesura entre “la gente” y “los políticos” que señalamos en el capítulo previo. Esta lectura se desprendía, por un lado, de las definiciones que brindaron varios representantes de la oposición político-institucional al gobierno, como es el caso de algunos gobernadores del PJ. Ruckauf afirmaba que era una “crisis de la Alianza” que sólo constituía “una pelea entre políticos” (La Nación, 10/10/00); Reutemann sostenía que “la Alianza tiene una grieta y el país no resiste este tipo de cosas” (La Nación, 08/10/00); y, en forma conjunta, declaraban que “la crisis partidaria desatada, (...) ha sido irresponsablemente trasladada a las instituciones de la República” (documento de gobernadores del PJ¹⁹⁴, La Nación, 08/10/00). Las principales figuras del Justicialismo dejaron atrás el rol de “oposición constructiva” (la misma que había permitido que avalaran la reforma laboral que originó los sobornos, recibidos – además– por sus propios compañeros de partido), para reforzar una lectura que

¹⁹³ En el año 2003, Mario Pontaquarto (senador y Secretario Parlamentario en octubre del 2000) se presentó ante la justicia como “arrepentido” y ofreció detalles sobre los mecanismos en base a los que se había efectivizado el pago de los sobornos. Finalmente, en diciembre de 2015 se confirmó la sentencia del año 2013 que había dictado la absolución de todos los acusados (entre los que se encontraba ya el mismo ex presidente Fernando De la Rúa).

¹⁹⁴ La mitad de los gobernadores del PJ (Carlos Ruckauf (Buenos Aires), José Manuel de la Sota (Córdoba), Carlos Reutemann (Santa Fe), Rubén Marín (La Pampa), Angel Maza (La Rioja), Juan Carlos Romero (Salta) y Carlos Manfredotti (Tierra del Fuego)) decidió emitir un documento conjunto. Las pujas internas (por ejemplo, el enfrentamiento del gobernador santacruceño Néstor Kirchner con el pampeano y menemista Rubén Marín) impidieron la adscripción del conjunto de gobernadores peronistas.

visualizaba a “los políticos” (de la Alianza en particular, pero como corporación también en general) lejos “[d]el drama que vive la gente” (Ruckauf, La Nación 10/10/00), porque “no es precisamente con esta crisis como la Argentina puede ir adelante” (De la Sota, 07/10/00). En la misma línea iban los intentos del propio Álvarez de definir su renuncia como acto “no (...) político” y de De la Rúa al lamentar su alejamiento en tono estrictamente personal. La clave de lectura que permiten erigir estos discursos es la que anteriormente hemos denominado anti-política¹⁹⁵; allí, “la política” y “los políticos” son definidos por su propensión a las rencillas personales, a la lucha por el poder como un efecto primordialmente individual y a la defensa de los intereses particulares en contra del bien común. La consolidación de este abordaje se verá, además, reforzada por la promoción de la “red de ciudadanos” llevada a cabo por Álvarez; una propuesta cuyo principal efecto ponía en evidencia que “la política”, los partidos y “los políticos” no constituían el espacio ni los actores *legítimos* para cambiar el *statu quo*, sino que el combate debía ser “desde el llano”, junto a “la gente” y “los ciudadanos” (definidos, como ya tuvimos oportunidad de ver, como los refugios de moralidad, donde no existían ni las luchas por el poder y ni disputas entre intereses particulares). “La sociedad” era definida, por tanto, como el lugar de *lo común* (del bien común), mientras que “la política”, como el de la particularidad (y “las mezquindades”).

Paralelamente, y como segundo aspecto significativo del periodo, la *perspectiva integral* sumó nuevos enunciadores. Este abordaje, que –como ya indicamos– se centraba en la crítica al “modelo”, fue retomado por varios de los enunciadores que asociamos a la tópica asistencialista e incluso por el mismo Carlos “Chacho” Álvarez (ya desde algunos unos días antes de su renuncia, pero con más fuerza luego)¹⁹⁶. Esto implicaba un cierto acercamiento a la clave de lectura de la tópica mercadointernista¹⁹⁷, no sólo porque cuestionaba la *inevitabilidad* e

¹⁹⁵ La construcción de esta cesura entre “los políticos” y “la gente” se articuló (en varias instancias, como hemos tenido oportunidad de analizar) a la *inevitabilidad* e *inexorabilidad* contribuyendo a quitar legitimidad a “la política” como conjunto de prácticas, actores (“los políticos”) e instituciones en los que se define lo común de la comunidad.

¹⁹⁶ La posición de enunciación de Álvarez (como todas las posiciones de enunciación) dista de ser unidimensional. Allí se anudan definiciones en clave antipolítica y lecturas desde la perspectiva integral. Lejos de interpretar esto como una postura contradictoria, apuntamos a aprehender este fenómeno en su complejidad, señalando las variaciones a lo largo del tiempo y en relación a cada objeto de discurso.

¹⁹⁷ Sin embargo, la construcción del adversario entre el abanico de enunciadores que retomaban cada tópica seguía sin ser compartida. Como ya señalamos anteriormente, la construcción del adversario

inexorabilidad de las políticas adoptadas, sino también porque el cuestionamiento alcanzaba a varias dimensiones (políticas, económicas, sociales, etc.). Ahora, “la crisis” ya no era “política” en el sentido previamente definido (*i.e.* basada en luchas “mezquinas” y corruptas por el poder, que debían conjurarse con una reforma política modernizante y eficiente). Los episodios de octubre eran la manifestación tanto de “una profunda crisis moral” como de “una difícil situación económica” (Álvarez, P/12 08/10/00). Si “no [era] por casualidad que [había] una crisis de ideas” (Fernández Meijide, P/12 20/10/00), era porque el rumbo económico decidido “hasta ahora no resultó” (*idem*) y porque “ahí est[aba] la verdadera crisis. [La economía] no se trata de un telón de fondo sino de una atmósfera que impregna toda la realidad.” (Stubrin¹⁹⁸, P/12 19/10/00) “Crisis moral”, “de ideas” y también de la economía, pero no entendida como un mero “telón de fondo”, eran definiciones de que revelaban un cambio en el campo discursivo de lo político, en el que cada vez eran más los enunciadores que construían el objeto “la crisis” desde una perspectiva que integraba economía, política y sociedad como un todo complejo.

Mientras estos cuestionamientos dejaban en evidencia que las múltiples dimensiones de “la crisis” estaban en debate, las intervenciones de Raúl Alfonsín en torno a la convertibilidad contribuyeron a reforzar ese efecto. Días después de la renuncia de Álvarez, en un campo discursivo atravesado por las enunciaciones que rastreamos en los párrafos anteriores, el ex presidente afirmó que el régimen convertible era “una trampa mortal, porque entrar es fácil pero después no se sabe cómo salir” (Clarín, 13/10/00)¹⁹⁹ y que la Argentina estaba “viviendo la inercia de una política neoliberal que dura más tiempo que el deseado” (La Nación,

político de Alfonsín tenía fuertes puntos de contacto con la de la tónica mercadointernista porque ponía en el centro del conflicto a “los grandes grupos económicos”, los organismos internacionales y multilaterales de crédito (principalmente el FMI) y el neoliberalismo (concebido como un conjunto de ideas hasta como una ideología). Sin embargo, ninguna de estas formulaciones está presente en las alocuciones de “Chacho” Álvarez quien parecía situar en la “vieja política” (y, por tanto, a “los políticos” a ella vinculados) a su adversario principal. Terragno, por su parte, retomará este tipo de adversario a fines del 2001 cuando su enfrentamiento con el gobierno aliancista alcance su punto máximo.

¹⁹⁸ Diputado aliancista de extracción radical.

¹⁹⁹ Aclaró, procurando matizar su afirmación, “No estoy pidiendo que la saquen, que quede claro. Es muy difícil dejar la convertibilidad, porque (si hubiera devaluación) aumentarían mucho seguramente los pagos del Estado” (Clarín, 13/10/00).

13/10/00)²⁰⁰. Sin embargo, encontró devoluciones negativas en casi todo el arco político: ese aspecto del “modelo” seguía sin poder ser debatido públicamente.

En conclusión, creemos que el retome discursivo de la *perspectiva integral* que se extendió en una variedad de enunciadores del campo discursivo de lo político²⁰¹ resultó en la instalación de una polémica (más o menos solapada, según en caso) respecto a la tópica fiscalista y su clave de lectura de “la crisis” y el “diagnóstico” *inevitable* e *inexorable* (junto con la temporalidad que priorizaba el abordaje económico del déficit fiscal y que, recién luego se ocuparía de, por ejemplo, el crecimiento).

(91) “(propongo reconstruir la Alianza) sobre lo que le prometimos a la gente en el 24 de octubre: que en lo económico hacíamos hincapié en el crecimiento de la producción y el empleo y no solamente en la cuestión fiscal; que planteamos un mejoramiento de la calidad institucional y tolerancia cero con la corrupción. (...) la Alianza venía a romper ese hábito, a plantear una reforma profunda, base de un modelo económico distinto. Yo no creo que haya una cuestión ética por un lado y por otro, paralelo, vaya el tema económico. El modelo económico está absolutamente consustanciado; si hay concentración, sobornos, si hay compra y venta de leyes, plata negra, eso es el modelo económico. En ese marco la política pierde capacidad de regulación, de arbitraje, de fuerza para defender el interés general.” (Álvarez, P/12 15/10/00)

(92) “No vamos a seguir apoyando ciegamente las cosas con las que no acordamos. A Machinea le faltó iniciativa, creatividad, audacia y presencia política para imponer las condiciones necesarias para salir de la recesión. (...). Pero muchos pensaron que el equilibrio de las cuentas era un fin y sólo es una herramienta. (...) Hay que recuperar la soberanía sobre la política económica. Y ésta sí es una diferencia de fondo. (...) Hacen falta políticas activas. También habría que trabajar para generar competencia en los mercados.” (Bocco, economista del FREPASO, P/12 15/10/00)

En este sentido, si bien no creemos posible afirmar que el sector más defensor de la tópica fiscalista dentro del gobierno haya cambiado radicalmente el rumbo ni que haya retomado punto por punto este planteo de la crítica al “modelo”, sí es preciso señalar que el establecimiento de esta polémica favoreció ciertos retomes dialógicos que modificaron la escena política y económica. Como ya indicamos, en el marco del episodio del Senado y la renuncia de Álvarez, se instaló una serie de discursos que proveyeron una clave de lectura *integral* que daba sustento a la crítica

²⁰⁰ Alfonsín colocaba así en la misma línea “neoliberal” a los gobiernos de Menem y De la Rúa, cuestionando (no tan solapadamente) la frontera política sobre la que se fundaba el gobierno de este último y la Alianza toda.

²⁰¹ De la exposición ofrecida a lo largo de los apartados se desprende que este retome afectó a enunciadores que anteriormente se asociaban a la tópica asistencialista, pero también a otros más difíciles de clasificar, como Eduardo Duhalde (quien, como ya indicamos, pregonaba la crítica al “modelo” desde su campaña presidencial en 1999).

al “modelo”, a los cuestionamientos directos al camino de política pública que la tónica fiscalista había logrado imponer, a su eje fiscalista y a su temporalidad *inevabilista*. Estos cuestionamientos construyeron un escenario que resultó favorable para que se produjeran dos transformaciones. Por un lado, el 23 de octubre de realizaron cambios en el gabinete, gracias a los que se introdujeron tres referentes del Frepaso (es decir, de la fuerza que había hecho propios varios de los cuestionamientos). Por el otro, se produjo un viraje discursivo que marcó el último trimestre del año: el presidente y su equipo económico decidieron que era momento de iniciar una “nueva etapa”, vinculada al segundo momento de lo que hemos definido como temporalidad fiscalista: *ahora*, era el tiempo de buscar “las inversiones que necesitamos para crecer” (Machinea, La Nación 26/10/00), *ahora* era el tiempo del crecimiento. A continuación, abordaremos ambos aspectos para reconstruir el escenario en el que se produjo el anuncio del plan de noviembre del 2000.

A diferencia de la intransigencia que un sector del gobierno había mostrado a principios de octubre, los cambios en el gabinete de fines de ese mes fueron entendidos por varios dirigentes políticos como el fin de “la crisis política” (Página/12, 24/10/00)²⁰² porque incluían la incorporación de tres referentes del Frepaso: Nilda Garré como viceministra del Interior, Enrique Martínez como secretario de Pequeña y Mediana Empresa (cargo que asumiría recién el 8 de noviembre) y Marcos Makón como secretario de Modernización del Estado²⁰³. Parecía ser la consolidación de lo que varios integrantes de la Alianza (por ejemplo, Aníbal Ibarra, jefe de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires; los diputados radicales Jesús Rodríguez y Leopoldo Moreau y el ex jefe de gabinete Rodolfo Terragno)

²⁰² Por ejemplo, Alessandro afirmaba: “Se ha dado un paso importantísimo para superar la crisis. La Alianza salió fortalecida a partir de estas designaciones.” (P/12, 24/10/00). El propio De la Rúa afirmaba: “Si hubo un problema político, el problema político se ha superado”, y articulaba los nombramientos con los cambios económicos que señalamos como segundo elemento: “He dado instrucciones al ministro de Economía, que tiene todo mi respaldo, para que presente esta mañana al pueblo de la Nación un programa de medidas para el crecimiento.” (P/12, 24/10/00)

²⁰³ Makón pertenecía al Frepaso pero había sido parte de la gestión de Cavallo durante el gobierno de Menem. Las modificaciones del gabinete incluyeron, además, la inserción de Carlos Becerra a cargo de la SIDE (por lo que, finalmente, Fernando de Santibáñes dejaba su lugar) y de dos radicales con vínculos con el ex presidente Alfonsín, Horacio Jaunarena en la Secretaría General de la Presidencia (luego de que Alberto Flamarique renunciara a ese cargo apenas días después de su nombramiento) y Enrique Olivera al frente del Banco de la Nación Argentina.

pregonaron durante todo octubre: “los problemas del Gobierno se resuelven con más Alianza y mejor funcionamiento de la Alianza” (Rodríguez, P/12 17/10/00²⁰⁴).

En línea con nuestro argumento, las incorporaciones de Garré y Martínez pueden ser comprendidas como un acercamiento a la clave de lectura de la tópica mercadointernista:

(92) “Todos los que hemos palpado la necesidad de consolidar la Alianza después de la crisis, como un instrumento válido y fundamental que la gente nos pidió para hacer transformaciones, no sólo para hacer lo que se pueda.(...) la política debe servir para transformar y no para conformarse con lo posible.” (Garré, P/12 22/10/00)

(93) “Pareciera que además de incentivar la inversión, habría que incentivar el consumo. Allí el debate franco que hay que dar es si el camino más rápido para incentivar el consumo no es recuperar la caída de salarios que se produjo hace seis meses en el sector público. Otra forma es avanzar en el plan de obras públicas y revisar la política de viviendas populares. (...) [Chacho] Confundi[ó] gobernabilidad con adherir a medidas que no compartía. Eso reforzó la posibilidad de que el Presidente se aísle en un círculo conservador que terminó provocando la crisis del mes pasado.” (Martínez, P/12 25/10/00)

Ellos no sólo cuestionaban la temporalidad de la *inevitabilidad* y la *inexorabilidad* (92), sino que además proveían un “diagnóstico” y unas soluciones para “la crisis”²⁰⁵ que cambiaban el foco, desde el aspecto fiscal hacia el incentivo del consumo, el aumento de los salarios y el crecimiento del mercado interno (93). Este desplazamiento signaría la antesala del anuncio del “plan de crecimiento” a principios de noviembre. El foco se trasladó a lo que se definía como una segunda etapa de las políticas llevadas a cabo desde el inicio de la gestión aliancista: luego de “ordenar las cuentas” fiscales, había que proceder a incentivar las inversiones y, con ellas, el crecimiento.

(94) “Después de 10 meses de trabajo, tenemos los pilares básicos que nos permitirán implementar nuevas políticas que son fundamentales para crecer. Hemos logrado poner en caja el descontrol fiscal. Y el Congreso ha convertido en ley dos herramientas fundamentales: la ley antievasión y la Ley de Emergencia Económica. (...) Ahora comenzamos a reducir los impuestos para incentivar la producción.” (Machinea, Clarín 24/10/00)

²⁰⁴ Jesús Rodríguez, ex ministro de Economía de Raúl Alfonsín al final de su gestión.

²⁰⁵ “La crisis” (92) y “la crisis del mes pasado” (93) remitían al episodio de los sobornos y la renuncia del vicepresidente, pero como corolario de una situación de más larga data. Ambas enunciaciones parecen ir en la misma línea: “la crisis” de octubre había sido resultado de que hasta ese momento “la política” y “los políticos” (e.g. Chacho (93)) se habían conformado con “lo posible” y no había logrado “hacer transformaciones” (como aumentar los salarios para lograr la reactivación). Desde esta perspectiva, que definimos como *integral*, política y economía no eran esferas autónomas (como vimos líneas atrás, esta óptica difería de la del propio ‘Chacho’ Álvarez, quien había definido inicialmente a “la crisis” del Senado como “política” y no “institucional”, precisamente porque no había afectado a “los mercados”).

(95) “No vamos a deteriorar la solidez de nuestras cuentas fiscales y aumentar la deuda para comprar la fantasía de una reactivación presente con mayor inestabilidad y menor crecimiento futuro. (...) No hay crecimiento sin inversión.” (Machinea, Clarín 24/10/00)

(96) “Pero como todo se mide por los resultados económicos, y yo siento que este es un punto central, debo decir que la expectativa de una mayor inversión y un crecimiento más rápido se ha demorado. (...) Una economía necesita condiciones de competitividad y generación de confianza, expectativas favorables.” (De la Rúa, P/12 05/11/00)

Se reconocía que la expectativa por el crecimiento se había dejado para una segunda etapa, pero se afirmaba que éste era el momento de crear las condiciones encarar esa tarea. En consonancia con los cuestionamientos a la política económica que encontrábamos en Álvarez²⁰⁶, Alfonsín, Fernández Meijide, Terragno o Stubrin, el gobierno proponía fomentar “el crecimiento” de la economía, por medio de una rebaja en los impuestos. Pero dicho “crecimiento” se lograría promoviendo primero²⁰⁷ la inversión²⁰⁸, y no el cada vez más depreciado consumo. Se inició un periodo que estuvo signado por el objetivo de “recuperar la confianza y mejorar la rentabilidad inversora” (Machinea, La Nación 26/10/00), para lograr –finalmente– el tan deseado crecimiento.

Entre fines de octubre y principios de noviembre, el empeoramiento de las condiciones económicas y sociales de los sectores más postergados se manifestó en las calles y rutas de casi todo el país. Los *piquetes* –aquella forma de protesta que encontraría su apogeo a fines del 2001 (pero que había iniciado su historia durante el menemismo a mediados de los noventa, cuando el desempleo empezaba a golpear con fuerza a las provincias del sur y del norte del país) y que consistía, principalmente, en el corte de rutas y accesos primordiales para la circulación–

²⁰⁶ “Si el país no crece como debe, es la crisis de la ortodoxia. Hay otra visión que pone énfasis en que bajen los impuestos, una relación distinta con los sectores productivos, y en que sólo una estrategia de crecimiento va a lograr resolver la crisis fiscal estructural.” (Álvarez, Clarín 08/10/00)

²⁰⁷ La aclaración apunta a subrayar el eje principal de la política decidida. No soslayamos, por supuesto, que el argumento esgrimido sostenía que el aumento de las inversiones favorecería el crecimiento y, con ello, aumentaría el consumo y empleo. Sin embargo, escaseaban las medidas que apuntaran directamente a este último punto (además que de que se había reducido salarios estatales y se habían aumentado impuestos que afectaban muy directamente a la clase media).

²⁰⁸ El foco de las medidas continuaban siendo los empresarios. Clarín mismo afirmaba: “todos los beneficios y ventajas fiscales están dirigidos al mundo de los negocios.” (24/10/00). El paquete fue presentado ante unos 600 empresarios, banqueros y economistas e incluía, entre otras medidas, la reducción de un 7% del impuesto a los intereses de los créditos que toman las empresas; la extensión a 10 años el plazo para tomar el pago del impuesto a la renta presunta a cuenta de ganancias; la desgravación de la tenencia de acciones de empresas radicadas en la Argentina respecto del impuesto a los bienes personales; la reducción del mínimo vigente de los aportes patronales de las empresas nuevas de servicios informáticos y tecnología; entre otras medidas.

protagonizaban las páginas y los titulares de la sección “Política” de los principales periódicos de alcance nacional. En Salta (Tartagal), Neuquén (Plottier) y la provincia de Buenos Aires (La Matanza, Florencio Varela, Almirante Brown y Lanús) miles de desocupados reclamaban ser recibidos por las autoridades para solicitar, al menos como primera medida paliativa, la entrega planes laborales, subsidios o bolsones de comida²⁰⁹. Este ciclo de protestas de los meses de octubre y noviembre significó un punto de inflexión en el vínculo entre el gobierno y los *piqueteros*, que lograron emerger del proceso como un nuevo interlocutor social (Svampa, M.; Pereyra, S., 2003)²¹⁰.

En este contexto y continuando con las modificaciones impositivas de octubre, el 10 de noviembre se anunció, por cadena nacional, el “plan de crecimiento”.

(97) “Así que estamos en este camino, creando las bases de la confianza. Lo que más me duele es la situación social. Pero recibí el país con alto desempleo, altos niveles de pobreza, y nuestra lucha es para obtener recursos que sirvan en las urgencias sociales. Eso sí tiene que quedar claro: nuestro objetivo no es sólo combatir el déficit.” (De la Rúa, P/12 05/11/00)

(98) “Soy consciente de que la política sigue en deuda con la sociedad porque no ha dado solución al desempleo ni ha conseguido reducir la pobreza. Que quede claro, esto es lo que más me preocupa.” (De la Rúa, 10/11/00)

(99) “La posibilidad de que aumente el déficit presupuestario del año que viene nos obliga a reformar la ley de solvencia fiscal. Tenemos que profundizar sus objetivos, poniendo mayor énfasis en la disciplina en el gasto público.” (De la Rúa, 10/11/00)

(100) “Queremos concentrarnos en los que más lo necesitan. Por eso no podemos darnos el lujo de derrochar en los que menos necesitan. Los recursos del sistema jubilatorio pertenecen a los jubilados, no al Anses. Por eso vamos a intervenirlo para mejorar su eficiencia y para que cumpla mejor su función. (...) La reforma del Estado se profundizará para garantizar la eficiencia y la equidad.” (cadena nacional De la Rúa, 10/11/00)

(101) “Ya llegará el momento en el que, superada esta crisis coyuntural, podremos volver a enfatizar nuestras legítimas diferencias y a sostener nuestras posiciones particulares. Pero ahora es el momento de defender, todos juntos, el interés nacional y asegurar así las condiciones de crecimiento para nuestro país.” (De la Rúa, 10/11/00)

²⁰⁹ En el caso de La Matanza, por ejemplo, La Nación informaba que el corte era llevado a cabo por unos 2000 desempleados y desempleados, vinculados a las organizaciones Corriente Clasista Combativa (CCC) y Federación de Tierra Vivienda y Hábitat de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) y que demandaban el otorgamiento de diez mil planes Trabajar, cinco millones de pesos en Aportes del Tesoro Nacional (ATN) y un millón de kilos de comida. Como señalan Svampa y Pereyra (2003) los programas de emergencia ocupacional que se conocieron con el nombre de “Planes Trabajar” consistían en “la entrega de subsidios monetarios a cambio de trabajo en proyectos de interés público o social” (2003, pág. 88)

²¹⁰ Uno de los puntos más álgidos del ciclo de protestas de noviembre del 2000 fue el asesinato de Aníbal Verón, el 10 de noviembre, en el marco de la represión policial al piquete que se desarrollaba en la ciudad salteña de Tartagal. El gobernador Juan Carlos Romero fue contundente al respecto: “Los cortes de ruta deben reprimirse como cualquier otro delito” (Clarín, 11/11/00).

Este “plan” estaba conformado por un conjunto de medidas²¹¹ que fueron exhibidas en clave continuidad-consolidación del “rumbo trazado” hasta la fecha, como un “impulso contundente al plan económico, el que votó la gente, [el que] que puse en marcha el 10 de diciembre” (De la Rúa, 10/11/00). El “diagnóstico” que sustentaba el plan tenía dos aristas. Por un lado, se reconocía que, hasta ese momento, no se había logrado garantizar el objetivo inicial de mantener a raya “el déficit” (99) pero que, aun así, el camino seguido era el correcto: “las condiciones necesarias para crecer sostenidamente están dadas”, pero se estaba ante “una crisis coyuntural”, una “turbulencia circunstancial” (“turbulencias financieras”²¹²), la cual este paquete de medidas conjugaría. De este primer aspecto, se derivaba un segundo: el objetivo ya no era “sólo” combatir “el déficit fiscal” (97), sino lograr “el crecimiento” (101).

A pesar de que mantenía el “diagnóstico” de diciembre de 1999, basado en la articulación del *topos del crecimiento* [– déficit fiscal – desempleo] y el *topos de la eficiencia* [– corrupción – déficit fiscal] (dado que “el problema”, lo que “preocupaba” (97) al presidente, seguía siendo el desempleo), el plan de noviembre del 2000 traía aparejados dos aspectos novedosos. Por un lado, en el capítulo precedente analizamos el discurso de asunción de De la Rúa (que había propuesto la formulación inicial de ambos *topoi*) y observamos cómo los posteriores retomes de los enunciadores que se apropiaron de esta clave fiscalista habían hecho mayor

²¹¹ A la reducción de impuestos a los intereses y las ganancias ya anunciados, el plan de crecimiento agregaba la abolición del sistema previsional de reparto (dejando todo en manos de las AFJP), la desregulación de las obras sociales, la privatización del sistema de recaudación de impuestos, a la vez que se proponía un Compromiso Federal por el Crecimiento y la Disciplina Fiscal que impediría que los gobiernos provinciales aumentaran su gasto primario (por cinco años). La reforma previsional fue la medida que más debate y rechazos cosechó. Sobre este punto debemos aclarar que implicaba un claro reforzamiento del rol de las AFJP (Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones) y, por tanto, la conformación de un sistema previsional basado puramente en la capitalización individual (lo que dejaba en manos privadas los aportes jubilatorios, a diferencia del sistema conocido como “de reparto” o de seguro solidario, que garantizaba los aportes obligatorios de todos los trabajadores registrados para la conformación de un fondo común estatal para el sostenimiento de los trabajadores retirados). El sistema de AFJP había nacido en 1993 en el marco de las privatizaciones y lo que conoció como “reformas estructurales” durante los gobiernos de Carlos Menem, que habían dejado como saldo un sistema mixto (que esta reforma terminaría por destruir).

²¹² “Las turbulencias financieras” se vinculaban al incumplimiento de las metas fiscales del trimestre que hacían peligrar el desembolso del monto del préstamo *stand by* del Fondo Monetario. El hincapié en la naturaleza “coyuntural” del problema parecía ir en paralelo a lo coyuntural del “esfuerzo” requerido para solucionarlo: “El rumbo está trazado. (...) La recompensa está ahí, al alcance de nuestra mano.” (De la Rúa, 10/11/00)

énfasis en el *topos de la eficiencia*. En este plan identificamos el movimiento inverso, es decir, la focalización de las políticas públicas en el *topos del crecimiento*.

Por otro lado, es posible registrar un segundo tipo de desplazamiento, pero al interior de las cadenas argumentativas *de la eficiencia y del crecimiento*. Si hasta ese momento “la expectativa de una mayor inversión y un crecimiento más rápido se ha[bía] demorado” (De la Rúa, P/12 05/10/00), “el plan de crecimiento” (De la Rúa, 10/11/00) de noviembre fue concebido como una suerte de segunda etapa en el “rumbo [previamente] trazado”²¹³. Los *topoi* fiscalistas se mantuvieron, pero el foco argumentativo se desplazó hacia los segundos segmentos de ambas cadenas argumentativas, a las cuales se adicionaron nuevos elementos. A la cadena que soportaba el *topos del crecimiento*²¹⁴ se incorporó el componente de “la inversión”; no modificó el marco argumentativo fiscalista, sino que enriqueció sus argumentos (porque complejizaba el esquema, explicando el modo por el cual el crecimiento de la economía derivaría en la reducción de desempleo). El *topos* tenía una nueva forma y su cadena, se complejizaba.

(T₁)[+ crecimiento – desempleo]

[– déficit fiscal + crecimiento de la economía] [+ crecimiento de la economía + inversión]
[+ inversión – desempleo]

Asimismo, en el caso de la cadena argumentativa del *topos de la eficiencia*²¹⁵ se puede identificar el mismo desplazamiento: el causa del déficit fiscal parecía ser (ahora) más “el gasto”, que “la corrupción”. En un contexto en el que se apuntaba a dar por cerrado el episodio de las “coimas” en el Senado (y la posterior dimisión del vicepresidente), no resultaba extraño que las referencias a “la corrupción” (primer segmento del *topos de la eficiencia*) fueran casi inexistentes en la cadena nacional de anuncio del plan. En esa línea, si bien se reconocía que “la política [seguía] en deuda con la sociedad” (98), ello no era porque debiera deshacerse de la corrupción, sino “porque no [había] dado solución al desempleo ni [había] conseguido reducir la pobreza.” (De la Rúa, 10/11/00) De este modo y junto con la preocupación por “el crecimiento”, se promovía un “mayor énfasis en la disciplina en el gasto público”

²¹³ Esto se reforzaría con el anuncio del “blindaje” que intentó ser presentado como la apertura de “una nueva etapa”.

²¹⁴ La formulación original del *topos del crecimiento* adoptaba la siguiente forma:
[– déficit fiscal + crecimiento de la economía] [+ crecimiento de la economía – desempleo]

²¹⁵ La formulación original del *topos de la eficiencia* adoptaba la siguiente forma:
(CA₂) [– corrupción – ineficiencia] [– ineficiencia – gasto] [– gasto – déficit fiscal]

(De la Rúa, 10/11/00), propuesta que se reforzó con este plan y alcanzaría su paroxismo con las gestiones de López Murphy y Cavallo, al año siguiente.

En resumen, el “diagnóstico” de la articulación tópica fiscalista se mantenía porque el objetivo no dejaba de estar íntimamente vinculado a la obtención de ciertas metas fiscales²¹⁶, sólo que ahora se apuntaba a alcanzarlas por medio “del crecimiento”. La “disciplina fiscal” ya no se lograría –como se sostenía en diciembre del año anterior, afirmando además que era “el único camino” posible para alcanzarla– aumentando ciertos impuestos, sino mediante la “focalización del gasto” y “de los recursos del Estado en aquellos que más lo necesiten” (De la Rúa, 10/11/00). Este argumento puede formularse gráficamente del siguiente modo:

$$(T_{10})[- \text{gasto público} + \text{equidad}]$$

Este nuevo *topos*, el *del gasto* (T_{10}), pasará lentamente a constituir el eje de los discursos políticos sobre “la crisis” durante gran parte de la gestión restante de la Alianza²¹⁷. “El gasto” se convirtió (como en los años noventa) en uno de los significantes clave. Entre quienes fomentaban su “disciplinamiento”, su “focalización”²¹⁸, “el gasto” aparecía siempre modalizado por el artículo concreto “el” que, como marca de generalización (Sitri, 1996), revelaba su centralidad como

²¹⁶ A medida que se fue divulgando información sobre el “blindaje” se hizo más evidente que esas metas fiscales eran parte de los requerimientos que el FMI y los organismos multilaterales de crédito exigían para la concreción del préstamo. Como señala Nemiña (2014), la situación financiera de la Argentina a fines del 2000 era inestable y las condicionalidades del acuerdo *stand-by* 2000-2001 no se estaban cumpliendo (por lo que sería difícil el pago de los vencimientos de intereses de principios del 2001). En ese contexto, el otorgamiento del préstamo extraordinario de casi veinte mil millones de dólares (“blindaje”) quedaba sujeto a “la sanción del pacto fiscal entre la Nación y las provincias y la implementación de la reforma de la seguridad social” (Nemiña, 2014, pág. 225).

²¹⁷ En este marco, el 14 de noviembre La Nación publicó una variedad de notas y editoriales que promocionaban las políticas de “reducción del gasto”; una de ellas estaba firmada por Daniel Artana, economista de FIEL, hombre cercano a Ricardo López Murphy (formaría parte de su gabinete en marzo del 2001).

²¹⁸ En el apartado final analizaremos el “programa” de López Murphy y encontraremos que esta formulación constituyó un antecedente clave. Por un lado, por la centralidad que se le otorgaba al *topos del gasto* y a la idea del “gasto público” como la consagración de la existencia de privilegios a favor de algunos ciudadanos y en detrimento de otros. Pero también porque ya aquí se dejó entrever uno de los aspectos que más controversia despertó en el “programa” del ministro de FIEL: “Yo siempre he respetado y siempre respetaré la autonomía de las universidades nacionales. Pero creo que es imperativo que en el seno mismo de ellas se haga un esfuerzo por asignar mejor los recursos que tienen y los que reciban en el futuro. El compromiso debe ser de todos.” (De la Rúa, 01/11/00) Este fragmento deja entrever que el recorte presupuestario a las universidades públicas en marzo del 2001 no fue un intento aislado sino que ya formaba parte de una batería de medidas que el gobierno consideraba como posibles y válidas.

objeto de los discursos. Y la recurrencia del sintagma “el gasto” producía, además, un efecto de evidencia que no dejaba lugar a dudas: “el gasto” era el gasto público²¹⁹.

La argumentación sostenida por el *topos del gasto* suponía que aquel debía ser reducido sólo en algunos sectores, lo que garantizaba que fuera a favor de los “que más lo necesitan”²²⁰; como el recorte no debía a ser generalizado, se respetaría “ese valor irrenunciable que es para nosotros la equidad.” (De la Rúa 10/11/00) Ambas cuestiones (la del “gasto” y la de “la equidad”) eran significantes presentes desde el inicio de la gestión aliancista y este nuevo *topos* argumentativo vehiculizó su articulación.

Respecto a la construcción de la temporalidad, el plan de noviembre continuaba la línea de sus antecesores.

(103) “Cuando hace más de una década alguien desafió a la democracia pusimos a un lado las diferencias partidarias y nos mostramos juntos. Cuando años atrás la hiperinflación parecía querer devorarnos, sin mezquindades ni intereses sectoriales sentamos las bases de la estabilidad y la transformación económica.” (De la Rúa, 10/11/00)

Las medidas decididas se justificaban –una vez más– por la *excepcionalidad* de la coyuntura, que permitía incluso su comparación con la gravedad del brote hiperinflacionario de 1989²²¹. El “plan de crecimiento” se fundaba en la ya repetida fórmula de la “convocatoria urgente” (porque “la Argentina está mal” a raíz de que “no estamos creciendo como necesitamos”), dirigida a “los representantes de todos los argentinos[,] a los gobernadores, a los legisladores”. De este modo, el llamamiento a lo que denominamos “oposición constructiva” (uno de los componentes centrales de la tópica fiscalista) conservaba su núcleo: “Hoy nos toca trabajar juntos”. Y, en consonancia con ello, se mantenía la construcción del

²¹⁹ La construcción de este efecto de evidencia ancla en la evocación de una memoria discursiva que retomaba el sintagma de las discursividades circulantes entre fines de los ochenta y los noventa, en el marco de las reformas estructurales del Estado y las privatizaciones de empresas públicas. En este sentido, Courtine define la memoria discursiva como aquello que “concierna a la existencia histórica del enunciado” (Courtine, 1981, pág. 53) y que constituye su interdiscurso, por cual, cada enunciado “reenvía” (1981, pág. 53) a ciertas formulaciones anteriores del mismo u otras a las cuales, en algún momento, apareció articulado, creando un cierto “efecto de memoria” (1981, pág. 52). El “diagnóstico” que sustentó las reformas y privatizaciones era, en sus puntos centrales, muy similar al de la tópica fiscalista, sobre todo respecto a lo que aquí denominamos como *topos de la eficiencia y topos del gasto*.

²²⁰ “Queremos concentrarnos en los que más lo necesitan.” (De la Rúa 10/11/00)

²²¹ No resulta del todo evidente a qué hace referencia el primer segmento del fragmento, pero podemos pensar que probablemente aluda a los alzamientos carapintada de fines de los ochenta. De todos modos, la construcción de esta línea temporal tiene como efecto construir una imagen de la situación vigente en que la democracia y la cohesión social parecían verse amenazadas.

adversario político de “la nueva política”, porque ese “trabajo” conjunto implicaba dejar atrás “mezquindades” e “intereses sectoriales”. Pero a diferencia de planes anteriores, esta construcción de la *excepcionalidad* (que iba muy especialmente anudada a la firma del nuevo pacto fiscal con las provincias²²²) alcanzó un tono de ultimátum que tensionó las negociaciones con los gobernadores. Y aunque el ministro de economía afirmaba que “necesitamos que firmen este compromiso porque de lo contrario no nos prestan ni cien millones” (Machinea, Clarín 13/11/00) y el jefe de gabinete argüía que “si no acordamos, puede estallar el país” (Colombo, Clarín 13/11/00), el “plan de crecimiento” no lograba construir consensos. Por un lado, los gobernadores de las provincias “grandes” continuaron su alejamiento del rol de “oposición constructiva”²²³ y profundizaron su posición discursiva vinculada a provisión de alternativas al camino decidido por el gobierno.

(104) “Necesitamos que nos cumplan lo que nos prometen, y que se entienda que la situación de la Argentina no es una situación económica: es social, política y económica. (...) El modelo hace rato que terminó. Acá lo que está en discusión es la construcción de un nuevo modelo. Discutamos eso.” (Ruckauf, P/12 12/11/00)

(105) “Sin embargo, las autoridades nacionales descalifican nuestras propuestas destinadas a lograr una distribución más equitativa de los escasos recursos disponibles, a evitar que el peso del ajuste recaiga sobre las provincias y sectores sociales más afectados por la recesión. (...) Además de plantear demandas legítimas, también sugerimos soluciones alternativas, viables y fundadas en criterios de justicia social, que son para nosotros la clave de la gobernabilidad.” (De la Sota, La Nación 13/11/00)

(106) “Yo vengo con ideas, les hago propuestas y nunca recibo más que silencio. El Gobierno no se deja ayudar. (...) [Soy un] opositor moderno: alguien que no obstruye, pero que al mismo tiempo hace conocer sus opiniones, sus ideas y sus críticas.” (De la Sota, La Nación 14/11/00)

Mientras Ruckauf reforzaba su crítica en clave *integral*, al “modelo” (104), De la Sota resignificaba el rol opositor del PJ y, aunque seguía afirmando que “no obstru[ía]”, recalca que haría “conocer sus opiniones, sus ideas” (106) porque había que evitar que “el ajuste” (es decir, el “plan de crecimiento”) recayera sobre las provincias y los sectores más afectados. Si bien compartían una parte del

²²² El Pacto fiscal era parte de las condicionalidades que exigía el Fondo Monetario Internacional para el acceso al préstamo del “blindaje”. Como se había anunciado en el marco del “plan de crecimiento”, implicaba el congelamiento del gasto público en las provincias (y a nivel nacional) por cinco años. Las negociaciones finalizaron el 20 de noviembre, con la firma de todos los gobernadores (excepto el de Santa Cruz, Néstor Kirchner) y la inclusión de una cláusula que habilitaba la modificación del tope de gasto “ante una situación grave” que afectase los servicios de salud, educación o seguridad.

²²³ En este sentido, quedó en evidencia que no alcanzaba con la convocatoria del presidente a la “oposición constructiva”. Si ésta no era retomada dialógicamente por otros enunciadores, difícilmente podría concretarse.

“diagnóstico” de la tónica fiscalista (porque era necesario salir de la situación de recesión), no derivaban de ello la “solución” del *topos del gasto*. El punto más álgido de este conflicto llegaría con el debate por el presupuesto del 2001 y el Pacto Fiscal.

Por otro lado, en el marco de estos desplazamientos discursivos, ¿qué rol jugaron los enunciadores asociados previamente a la tónica mercadointernista? En el mismo mes de noviembre volvió a conocerse una segunda versión del documento “Construyamos otro modelo”, firmado ahora por nueve diputados frepasistas²²⁴. El escrito refrendaba varias de las afirmaciones ya realizadas en mayo y hacía hincapié en que las medidas anunciadas constituían un “nuevo ajuste”. En este sentido, se mantuvieron los tres elementos centrales de la articulación tónica mercadointernista: a) el “diagnóstico” en clave *integral* (el “ajuste” de noviembre era la continuidad de “un modelo instaurado desde 1991”); b) la refutación de la *inevitabilidad* de la tónica fiscalista (se la reinterpretaba con una forma circular “ajuste-recesión-ajuste-represión/ crisis de gobernabilidad” y se sostenía que “otro modelo”²²⁵, era posible); c) eje en el topos según el cual [– gasto + violencia económica contra la sociedad]. El “plan de crecimiento”, que también fue definido por diversos enunciadores políticos como “shock de confianza”, era rechazado, además, por suponer una concepción del Estado como mero proveedor de condiciones para la inversión de los privados. En este sentido, se refutaba explícitamente este supuesto, reafirmando la construcción del adversario de la tónica mercadointernista: “la seguridad jurídica no es sólo para *los mercados*, sino para todos los habitantes de la nación” (documento “Construyamos otro modelo”, noviembre 2000).

El 23 de noviembre se llevó a cabo el tercer paro general del periodo y encontró, como frente a la reforma laboral, a las tres centrales de trabajadores abroqueladas frente al “ajuste”. Los tres referentes principales de las centrales retomaron elementos de la tónica mercadointernista para oponerse al “plan de crecimiento”.

²²⁴ En mayo del mismo año, muchos de los diputados frepasistas que firmaron este documento habían hecho lo propio frente a la reforma laboral. En este caso, quienes adscribieron al documento fueron Alicia Castro, Ramón Torres Molina, Federico Sónñez, Marcela Bordenave, Jorge Giles, Eduardo Macaluse, María América González, Gustavo Cardesa y Elsa Quiroz.

²²⁵ Ese modelo se debía basar en que “todos tenemos derecho a un trabajo estable, a recibir educación y salud, tener una jubilación digna, y poder dar a nuestros hijos un futuro promisorio.” (documento “Construyamos otro modelo”, noviembre 2000, panfleto original disponible en papel en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas CeDInCI)

(107) “Paramos contra el Presupuesto nacional que santifica una redistribución del ingreso regresiva. (...) Atados a los grupos económicos y garantizando la rentabilidad de los grupos financieros, no hay futuro para la mayoría del pueblo argentino. Repudiaremos en el 2001 el golpe y el genocidio del ‘76, que es el origen de esta situación que vivimos (...)” (De Gennaro, P/12 23/11/00)

(108) “El paro es para terminar con la recesión, la falta de trabajo, la injusta concentración del ingreso y la desindustrialización. (...) Hay que fortalecer el mercado interno combatiendo el trabajo en negro, la evasión fiscal y mejorando los salarios en la medida en que haya crecimiento.” (Daer, P/12 23/11/00)

(109) “[Paramos] porque el conjunto de los argentinos no resiste más las agresiones de la profundización del modelo tal cual lo reconoce el FMI cuando felicita al Gobierno por las medidas tomadas. (...) Alternativas a este modelo sobran, pero hace falta voluntad política. Hasta ahora, el Gobierno ha decidido subordinarse a lo que la Iglesia Católica denominó la ‘tiranía de los mercados’ o a la omnipresencia del FMI. (...) A corto plazo, la reactivación económica partiría de un shock de demanda. Este shock se lograría con el aumento de la jubilación mínima, del salario mínimo vital y móvil, (...) y de medidas de protección de la industria nacional.” (Moyano, P/12 23/11/00)

Frente al “shock de confianza” (que se focalizaba en la inversión empresaria), se proponía la “alternativa” del “shock de demanda” (109), centrada en la promoción del consumo y con el objeto de lograr el “crecimiento”, pero modificando la “injusta concentración del ingreso” (108). No se negaba la necesidad de fomentar “el crecimiento”, sino que se evidenciaba que el mismo podía no garantizar el “futuro para la mayoría del pueblo argentino” si continuaba la “redistribución del ingreso regresiva” (107). Al afirmar que el crecimiento no garantizaba la reducción del desempleo, se refutaba el *topos del crecimiento* (T₁).

(T₁) [+ crecimiento – desempleo]
≠ [+ crecimiento + desempleo]

La posición del enunciador no se identificaba con la segunda formulación, sino que advertía que el pasaje directo entre (+ crecimiento) y (– desempleo) era, al menos, espurio. La cadena argumentativa propuesta en clave mercadointernista no recurría a la mediación de “la inversión”, sino de la “redistribución del ingreso” progresiva.

[+ crecimiento de la economía + distribución progresiva del ingreso] [+distribución progresiva del ingreso – desempleo]

Finalmente, los adversarios políticos delineados continuaban articulando “gobierno”, “grupos económicos”, “grupos financieros” y “FMI”. Como ya señalamos, esto permitía a quienes hacían propia la tópica mercadointernista, construir un relato histórico que trazaba una frontera gracias a la cual se articulaban

el presente aliancista, el pasado menemista (de corto plazo) y el de la dictadura iniciada en 1976 (de más largo plazo).

3.3.2. “El blindaje” y el fin del discurso de la inexorabilidad.

Para finalizar el análisis del periodo, revisaremos las construcciones del “blindaje” como objeto de los discursos políticos. El préstamo extraordinario de aproximadamente 20 mil millones de dólares que se bautizó con ese nombre fue anunciado a mediados de diciembre (luego de tensas negociaciones por la firma del pacto fiscal con las provincias y por el presupuesto del año 2001) y presentado como una “nueva etapa” que consolidaba la senda abierta por el “plan de crecimiento” de noviembre. Como señalamos algunas líneas atrás, “el blindaje” y el pacto con las provincias al cual éste estaba sujeto fueron enmarcados en la temporalidad de la *inevitabilidad* que caracterizó a la tópica fiscalista desde su primera formulación (“si no acordamos, puede estallar el país”, afirmaba Colombo en línea el ministro de economía). No obstante, no ocurriría lo mismo con el segundo componente del tiempo fiscalista, porque el anuncio del “blindaje” no incluyó el aspecto de *inexorabilidad*.

(110) “El blindaje que anunciaré el lunes no resuelve todo. Ahora depende de nosotros, porque el riesgo no estará más afuera, estará en nosotros la responsabilidad.” (De la Rúa, P/12 17/12/00)

(111) “Es un éxito para mí como Presidente y para todo el pueblo, que se beneficiará porque a partir de esta extraordinaria operación económica podremos crecer espectacularmente y comenzar a generar los empleos que necesitamos.” (De la Rúa, cadena nacional 22/12/00)²²⁶

(112) “Queridos argentinos: los esfuerzos de este año dieron sus frutos, he anunciado un blindaje internacional que nos saca del riesgo y crea una plataforma extraordinaria para el crecimiento. Llega después de un año difícil, difícil para ustedes que están soportando una crisis prolongada que lleva casi 4 años castigándonos. Y difícil para mí también, porque algunos especulaban con que dilapidaría mi capital político para hacer lo que debía hacer para salvar al Estado.” (De la Rúa, cadena nacional 22/12/00)

El préstamo del FMI no fue concebido como una garantía “automática” del crecimiento (112) y el empleo (111), sino simplemente como “una plataforma” para lograr esos objetivos. Frente a los modos de construcción del “impuestazo”, el plan de mayo y la reforma laboral, el del “blindaje” representaba la consagración de un

²²⁶ Mensaje completo disponible en https://www.youtube.com/watch?v=DE_SkQKh11Y.

cambio discursivo notorio²²⁷. En este sentido, más allá de las consideraciones sobre la estabilidad financiera y la coyuntura internacional²²⁸, creemos que este trastocamiento de uno de los ejes temporales de la articulación tópica fiscalista (el de la *inexorabilidad*) está íntimamente relacionado a la coyuntura abierta por los episodios de octubre, es decir, la renuncia del vicepresidente Álvarez luego de los sobornos en el Senado. Como expusimos en los apartados previos, esta coyuntura había instalado un debate sobre las políticas económicas que, hasta ese momento, no se había producido al interior de la alianza gobernante y que ahora se solapaba (en varios aspectos) con las polémicas que ya desde principios de año delineaban los enunciadores que asociamos a la tópica mercadointernista. En este sentido, el punto clave era la explicitación de la existencia de líneas de acción alternativas, frente a la temporalidad propuesta por la tópica fiscalista, basada en la *inevitabilidad* (en el eje pasado-presente) y la *inexorabilidad* (en el eje presente-futuro). Por lo tanto, si bien los discursos fiscalistas definieron “el plan de crecimiento” y “el blindaje” como continuidad de las medidas ya tomadas y en el marco de una dicotomía que tenía la forma “es esto o el caos” (es decir, que eran políticas *inevitables* que se basaban en sostener la inexistencia de alternativas legítimas²²⁹), no mantuvieron el componente de *inexorabilidad* hacia el futuro, el cual ya no podía ser asegurado: “[El blindaje] no es un milagro que por sí sólo hará crecer la economía”(Machinea, P/12 19/12/00).

²²⁷ Además de que no se recurría a la forma temporal de la *inexorabilidad*, en este discurso (emitido por cadena nacional días antes de la Nochebuena) se reiteraba el uso de la primera persona del singular (fragmentos 110, 111) en la voz del enunciador, a diferencia de otras alocuciones previas donde detectamos la recurrencia de los enunciados impersonales y su efecto de desresponsabilización. Cabe destacar, por tanto, que el recurso a la primera persona del singular es concomitante a la introducción de una temporalización que considera la contingencia y, con ella, refrenda el rol de la responsabilidad de quienes ocupan el rol de la toma de decisiones de política pública: “Ahora depende de nosotros, porque el riesgo no estará más afuera, estará en nosotros la responsabilidad.” (De la Rúa, 17/12/00)

Asimismo, resulta llamativo cómo –nuevamente– se traza la cesura entre el *yo*, preocupado por no dilapidar su capital político, y el *ustedes*, que soportaban la crisis. Aun cuando el enunciado asociado al primer aspecto pareciera estar dirigido a otros políticos (y, por lo tanto, a los pares) que dudaban de su capacidad política, la distancia entre “los políticos” y “la gente” se explicita de una forma que dificulta la identificación con el destinatario *ustedes*.

²²⁸ Como señala Nemiña, a fines del año 2000 “la economía fue afectada por una fuerte inestabilidad financiera que disparó índice de riesgo país (...) [a la vez que] se produjo una caída en los depósitos privados y de las reservas internacionales, lo que puso en evidencia la incertidumbre de los agentes privados sobre la capacidad del gobierno de sostener la convertibilidad y el servicio de la deuda.” (Nemiña, 2014, pág. 224)

²²⁹ En tal sentido, la firma del pacto fiscal, cuyas condiciones eran fuertemente restrictivas para la autonomía política y financiera de las provincias, era la consagración del discurso *inevitabilista*. “Uno nunca está conforme cuando es necesario ajustar de esta manera, pero es una contribución que le hacemos al país frente al hecho de que el Gobierno tiene una difícil situación.” (De la Sota, La Nación 21/11/00).

Hasta el momento, los enunciadores que retomaban los aspectos argumentales centrales de la tónica fiscalista se habían esforzado en convencer a “la gente” de que “los esfuerzos” se justificaban porque era “el único camino” posible y porque darían *indefectiblemente* como resultado la reducción del déficit, el crecimiento y el aumento del empleo. Sin embargo, ese futuro era continuamente postergado, de modo que la credibilidad de los discursos que lo definían como inexorable iría mermando; adicionalmente, el surgimiento de una multiplicidad de enunciadores que cuestionaban cada vez más y con más vehemencia, la existencia de “un solo camino posible” sólo contribuyó a profundizar ese efecto. Como veremos en el próximo apartado, “el crecimiento” *posible* tampoco se concretó en el primer trimestre del año 2001, lo que precipitó la salida Machinea. A pesar de ello, el cambio de ministro no trajo aparejado un cambio de rumbo, porque el *topos del gasto* fue reforzado y llevado a su paroxismo con el plan de López Murphy en marzo de ese año.

3.4. El fracaso del “shock de confianza”. Consolidación del *topos del gasto* (enero – marzo 2001)

La presentación del “plan de crecimiento” y el “blindaje” como la apertura de una “nueva etapa” con contornos no tan definidos, junto con una cierta apertura a la contingencia que el abandono de la *inexorabilidad* había habilitado, fueron retomadas por una variedad de enunciadores políticos que polemizaron con el camino hacia “el crecimiento” propuesto a partir de la tónica fiscalista.

(113) “El blindaje es para anticiparse a la crisis, (...) da un respiro. Eso no quiere decir que automáticamente ésa sea una condición de empleo y crecimiento, de otra forma de distribuir la riqueza en el país. (...) El blindaje permite cerrar una etapa que más allá de lo que se diga estuvo marcada por el ajuste casi ortodoxo. Ahora empieza otra. (...) [que] debe estar identificada con el crecimiento productivo y el empleo.” (Álvarez, P/12 17/12/00)

(114) “Este sector de la banca no favoreció las medidas que reclamábamos para ayudar al sector productivo, mejorar el poder adquisitivo de la gente, permitir la recuperación de las pymes. Si hoy se alcanzaran coincidencias en estos planos sería muy positivo, pero debería quedar en claro que se trata de propuestas para superar este modelo neoliberal ya agotado, para pasar a un modelo de desarrollo productivo.” (Osvaldo Rial (UIA), P/12 20/12/00)

(115) “Mientras, no queremos que se pierda el ánimo porque con este blindaje que le otorgaron al país, el Gobierno tiene la oportunidad histórica de asegurar el pago a los acreedores internacionales. Entonces reclamamos un seguro de desempleo para todos los jefes de familia en esa condición, para el desarrollo de políticas activas del Estado fortaleciendo el mercado interno y defendiendo a la industria.” (Daer, La Nación 21/12/00)

(116) “Pero acá lo que el pueblo está reclamando son otros blindajes: el político para que las medidas tengan consenso, pero además un blindaje social que permita

reactivar el país y cambiar la distribución del ingreso.” (Kirchner, Clarín 24/12/00)²³⁰

(117) “Yo voy a insistir, ya lo hemos hablado con (José Manuel) de la Sota y con (Rubén) Marín, en la necesidad de que este blindaje económico venga acompañado de un blindaje social.” (Ruckauf, Clarín 24/12/00)

No se discutía la pertinencia del “blindaje” (por lo que su *inevitabilidad* parecía no ser puesta en duda por los enunciadores) sino la necesidad de complementarlo con lo que se denominó “blindaje social” (114, 115, 116, 117)²³¹. Se demandaba, además, que la “nueva etapa” apuntara no a cualquier tipo de crecimiento, sino a uno abocado a la producción (113, 114), las políticas activas (114) y el aumento del poder adquisitivo de la gente (114), como mecanismos para lograr el aumento del empleo. En este sentido, encontramos que estas propuestas implicaban el retome *topos del consumo* (de la tópica mercadointernista) por nuevos enunciadores.

(T₈) [+ salarios – desempleo]

(CA₈) [+ salarios + consumo interno] [+ consumo interno + reactivación del mercado interno]
[+ reactivación del mercado interno – desempleo]

El *topos del consumo* refutaba polémicamente el del *crecimiento* al ofrecer un nuevo marco argumentativo para la reducción del “desempleo”. Este *topos* trasladaba el foco de las políticas públicas desde la inversión (y, por ende, los empresarios) hacia el consumo²³², por lo que se apuntaba a reducir el desempleo por una vía

²³⁰ A mediados de diciembre, Néstor Kirchner (apoyado por diversos referentes del peronismo como Alberto Fernández, Miguel Bonasso, Héctor Timerman, Mario Das Neves, Hugo Moyano y Juan Manuel Palacios) lanzó “La corriente”. El objetivo de esta línea interna dentro del mismo PJ era similar al de la articulación tópica mercadointernista, porque apuntaba a poner sobre el tapete la posibilidad de la creación de un “modelo alternativo” (a partir de la “construcción política colectiva, nacional, plural y popular”). Sin ignorar las evidentes aspiraciones electorales de la creación de esta corriente dentro del peronismo (lo cual, por supuesto, no le resta relevancia), es interesante la distinción al interior del colectivo “los políticos”, entre aquellos “que defraudaron a la gente” –a los cuales se llamaba a no volver a votar– y los que –como quien se situaba en la posición de enunciador y sus prodestinatarios presentes en la escena de enunciación– afirmaban el rol de “la política como idea y como acción” (La Nación, 16/12/00).

²³¹ La demanda del “blindaje social” encuentra puntos de contacto con la mirada de la “preocupación social” que habíamos encontrado en la formulación inicial de la tópica asistencialista. Sin embargo, y como ya señalamos, la construcción de las articulaciones tópicas pone en juego una variedad de *topos*, temporalidades y retóricas, por lo que consideramos que su articulación con el *topos del consumo* la coloca en la línea argumental de la tópica mercadointernista. Esto no significa que toda vez que encontremos el recurso al “blindaje social” en una alocución podamos concluir linealmente que se retoma esa tópica. Por caso, Storani afirmaba que los cambios en el gabinete de marzo (que incluían el de López Murphy) “indica[ban] que ha[bía] también un relanzamiento político y social. (...) se puede decir que hay un blindaje social y político, además del económico”, a la vez que sostenía que no había duda de que “el esfuerzo será para bajar el déficit” (La Nación, 10/03/01).

²³² Machinea fue contundente al respecto. Ante la pregunta de un periodista de Página/12 sobre si se tomarían medidas para incentivar el consumo, sostuvo: “Ninguna especial. Todas las medidas están sobre la mesa. No hay medidas macroeconómicas muy importantes. Habrá trabajo con diferentes sectores para acelerar inversiones.” (P/12 09/01/00).

diferente, es decir, la de la consolidación del mercado interno y el aumento de los salarios.

Sin embargo, para principios de marzo, y luego de que el déficit de los dos primeros meses siguiera su ruta ascendente hasta acercarse peligrosamente a la meta fijada por el FMI para el primer trimestre del año, el gobierno de la Alianza decidió la salida del ministro Machinea. La gestión de su sucesor, Ricardo López Murphy, se prolongó por sólo quince días (entre el 4 y el 19 de marzo) pero significó un nuevo impulso al *topos del gasto* (de la mano de un paquete de medidas que pretendía reducir en 1860 millones de dólares “el gasto” del Estado) y la posterior salida casi total del Frepaso del gobierno (y, en cierta forma, de la misma Alianza).

En un primer momento, algunos de los aspectos de los cambios en el gabinete de marzo²³³ parecían indicar el reforzamiento del rol del Frepaso en el gabinete y lo que esa misma fuerza definió en una declaración pública como el “relanzamiento del gobierno” centrado en un “plan estratégico de crecimiento con equidad” (declaración Frepaso, P/12 05/03/01). En esa línea, durante las dos semanas que estuvo López Murphy al frente de Economía, el campo discursivo de lo político (Verón, 1987) se configuró en torno a dos polémicas centrales. Por un lado, se profundizaron el debate y los cuestionamientos al rumbo económico y al “piloto automático” (Martínez, P/12 06/03/01) que ya se venían multiplicando desde octubre del año anterior (como intentamos reflejar en apartados precedentes). Esos “diagnósticos” que proliferaban en la voz de numerosos enunciadores políticos retomaban de la tópica mercadointernista el *topos del consumo* y la crítica a la temporalidad fiscalista (sobre todo en relación a la secuencia temporal: “primero el esfuerzo para lograr controlar el déficit fiscal, luego las políticas activas/la reactivación”).

(118) “Dijimos que la misma importancia que se le daba a la solvencia fiscal debería ponerse en las cuestiones de la microeconomía, de la competitividad y al apoyo de sectores productivos que pueden liderar un proceso de crecimiento sustentable. (...) Lo urgente y lo importante deben ir de la mano en esta nueva etapa.”²³⁴ (declaración Frepaso, P/12 05/03/01)

²³³ Estos cambios incluyeron la reducción del rango de dos secretarías clave en el desarrollo económico –como las de Industria y Agricultura– al de subsecretaría, el nombramiento de Manuel Solanet (economista del think tank liberal FIEL/Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas, al cual pertenecía también López Murphy) como Secretario de Reforma del Estado, el traspaso de Marcos Makón al frente de Desarrollo Social y el nombramiento de Ricardo Mitre como Secretario General de la Presidencia. Estos dos últimos eran cercanos a “Chacho” Álvarez.

²³⁴ El documento rezaba, a continuación: “Ya se ha demostrado que si el compromiso con la solvencia fiscal no va acompañado con un fuerte estímulo a los sectores productivos y con nuevas políticas

(119) “Sí a bajar el costo de la política, a eliminar ministerios, a perseguir a los grandes evasores, a bajar las tasas de interés y a reducir los impuestos nacionales. No a una nuevo recorte salarial, a la baja de las jubilaciones, a más ajustes en las provincias, a la privatización del Banco Nación y a la venta del Banco Provincia.” (Ruckauf, Clarín 05/03/01)

(120) “Solicitamos que el nuevo ministro y su equipo tomen medidas que reactiven el mercado interno a través del consumo popular, logrando el crecimiento del empleo.” (documento gobernadores del PJ²³⁵, La Nación 07/03/01)

(121) “Los problemas de la Argentina no los resuelve un cambio de ministro sino un cambio de política. No existe para nada la posibilidad de un nuevo ajuste, más bien hay que producir un blindaje social. Yo creo que a López Murphy se lo va a medir por si va a impulsar al consumo interno, por si va a lanzar medidas arancelarias, para proteger a los trabajadores y empresarios.” (Daer, P/12 07/03/01)

(122) “Lo primero que hay que hacer es recomponer el mercado interno, porque sin consumo no hay reactivación, y sin reactivación no hay empleo. El país necesita producir y para producir hay que consumir.” (Moyano, P/12 07/03/01)

Las presiones que estos discursos ejercieron sobre el gobierno, el presidente y el nuevo ministro de economía se complementaron con el protagonismo que adquirió durante esas semanas el creador de la convertibilidad, Domingo Cavallo. El suyo formaba parte de la danza de nombres para suceder a Machinea y aunque finalmente no fue quien logró el puesto, colonizó las páginas de los tres periódicos de tirada nacional que aquí analizamos. Repasaremos brevemente algunas de sus expresiones públicas en esos medios (entrevistas, notas editoriales) porque resultan significativas para responder nuestra pregunta de análisis, en tanto delinearon una posición de enunciación que articulaba elementos de las tópicos que analizamos de una forma novedosa. Esto dificulta su clasificación, pero aporta elementos para comprender en qué marco se produjo la renuncia de López Murphy, la posterior asunción de Cavallo, su plan inicial “heterodoxo”, las corridas cambiarias de fines de marzo y el subsiguiente viraje de la política económica. Sus intervenciones públicas a lo largo de este periodo se caracterizaron por dos aspectos principales. Por un lado, demostró que su mote de “padre de la convertibilidad” lo habilitaba a jugar un rol de consejero que decididamente hizo propio:

(123) “Yo he sugerido que se trabaje con un espíritu de unidad nacional frente a la crisis y para lograr que la Argentina vuelva a crecer. Pero no creo que haya que armar un gabinete con distintos colores políticos. Lo mejor que puede hacer el Presidente es armar un gabinete que no sea visto como partidista sino como eficaz.”

activas que acompañen a quienes puedan liderar una estrategia de crecimiento, el esfuerzo que viene haciendo desde hace años el conjunto de la población se perdería.”

235 El documento fue resultado de la reunión de los siguientes gobernadores: Ruckauf, Maza, De la Sota (Córdoba), Kirchner (Santa Cruz), Miranda (Tucumán), Marín (La Pampa), Fellner (Jujuy), Insfrán (Formosa) y Manfredotti (Tierra del Fuego)

Es decir, identificando a la persona y a los equipos mejor preparados para cumplir cada responsabilidad, con independencia de las simpatías políticas que puedan tener. Ese ‘gabinete eficaz’ podría concitar tanto el apoyo de la Alianza como del PJ (...)” (Cavallo, Clarín 11/03/01)

Esa posición, montada sobre una frontera lábil, entre el adentro y el afuera del propio gobierno y que incluía “sugerencias” tanto sobre economía, como sobre política (por ejemplo, sobre posibles conformaciones del gabinete), le permitía poner públicamente en debate la convertibilidad (sin ser censurado o deslegitimado por los restantes enunciadores del campo discursivo de lo político, como veremos, al menos *a priori*). En marzo del 2001, cuando López Murphy apenas había tomado posesión de su cargo, Cavallo afirmó que era posible “ampliar” la convertibilidad (Clarín, 11/03/01; P/12 12/03/01), incluyendo otras monedas (como el yen o el euro) a la determinación del tipo de cambio. Aceptaba la rigidez del sistema cambiario (que subyacía a lo que en el capítulo anterior denominamos como *topos de la competitividad*), descartaba la devaluación y la dolarización (debate que marcaría la escena política unos meses después) y afirmaba que una “canasta de monedas” suponía “ampliar ese concepto de moneda de respaldo e incorporar también a otras monedas”, sin abandonar la convertibilidad y, sobre todo, la estabilidad que ella traía aparejada.

Aunque insistió en que su objetivo era sostener la paridad cambiaria vigente, cualquier expresión que pusiera mínimamente en debate su estricta continuidad, resultaba para varios actores una afrenta²³⁶ y, desde nuestra óptica de análisis, lo colocaba en cierta interdiscursividad compartida con la tópica mercadointernista, porque dejaba en evidencia que otro camino de política era posible. Por otro lado, articulaba “ineficacia” y “partidismo” ([+ partidismo + ineficacia]) de una forma muy similar a la propuesta por las tópicas fiscalista y asistencialista. La figura de Cavallo y la posición de enunciación que construyó durante este lapso le valdrían la confianza (o al menos, el beneficio de la duda) de un amplísimo espectro de actores de la escena política.

En ese contexto, López Murphy no corrió la misma suerte. El 16 de marzo anunció su plan (“mi programa”) para reducir drásticamente “el gasto”.

²³⁶ Sin lugar a dudas, y como veremos en el próximo capítulo, las corridas cambiarias de fines de marzo, cuando Cavallo ya era ministro, fueron una reacción a su política “heterodoxa” que vislumbraba en un futuro la posibilidad de la instauración de la “canasta de monedas”.

(124) “Pero resolver el problema del déficit fiscal no se agota en el manejo sensato del gasto sino también en la eficaz administración de la recaudación de impuestos. En nuestro país (...) la evasión alcanza niveles inmorales.” (López Murphy, 16/03/01)

(125) “(...) Sin inversión no hay crecimiento, sin crecimiento no hay empleo y sin empleo se profundiza la exclusión social.” (López Murphy, 16/03/01)

(126) “El Estado nacional encarará una reducción del gasto público de 890 millones de pesos. El grueso de esta reducción corresponde a la eliminación de gastos que la sociedad ha encontrado irritantes, por representar la persistencia de privilegios intolerables.” (López Murphy, 16/03/01)

(127) “Sólo hay un proyecto de país con solvencia fiscal, con seguridad jurídica, con reglas claras y previsibles, con una plena integración al mundo y garantizando la cohesión social. El programa que he presentado es el mecanismo para alcanzarlo y es el que el Poder Ejecutivo llevará al Parlamento.” (López Murphy, 16/03/01)

(128) “Este año, para acompañar el esfuerzo fiscal, las transferencias a universidades [tendrán] un recorte de 360 millones respecto de lo presupuestado. (...) será necesario mejorar la asignación del gasto, así como buscar alternativas de financiamiento que permitan al mismo tiempo una mejora de la equidad distributiva. (...) Esta es la oportunidad para que los responsables de la gestión de las universidades puedan proponer un sistema universitario basado en la igualdad de oportunidades.” (López Murphy, 16/03/01)

La decisión de llevar a cabo este plan significaba que, a pesar del debate y la exposición de alternativas (más o menos radicales) al camino “fiscalista”, el “diagnóstico” del gobierno se mantendría en la senda que había trazado, aunque no sin vaivenes, desde diciembre de 1999. El objetivo volvía a ser reducir el déficit fiscal y los *topoi de la eficiencia* (T_1) y *del gasto* (T_{10}) serían el núcleo de este “programa” para encarar los “momentos difíciles tanto en lo económico como en lo social” que vivía el país²³⁷.

(T_1) [– gasto – déficit fiscal]

(T_{10}) [– gasto + equidad]

Reforzando la clave de lectura del “plan de crecimiento” de noviembre, el nuevo “programa” del gobierno de la Alianza encontraba en el *topos del gasto* su núcleo argumental. Como “salir de la convertibilidad sería un error de proporciones impensables en la Argentina” (lo que dejaba entrever una clara polémica en clave dialógica con las propuestas de Cavallo²³⁸), se debían “recuperar [las] verdaderas

²³⁷ Al respecto, es notable la ausencia de referencias al sintagma “la crisis”. Asimismo, el foco en el carácter de “programa” parecía apuntar a presentar las medidas no solamente como un plan para resolver una situación coyuntural grave, sino como un conjunto de medidas con proyección de mediano y largo plazo, es decir, como un “proyecto de vida en común [que] tenga viabilidad práctica” (López Murphy, 16/03/01) que permitieran construir una percepción de previsibilidad a futuro.

²³⁸ En este sentido, el esfuerzo de ex ministro de economía por construir un esquema en el que “canasta de monedas = convertibilidad” había fracasado. El retome, desde la polémica, rechazando su punto de vista (por ser una “solución irresponsable”), por parte del nuevo ministro, en el marco de un

fuentes de crecimiento” y “sólo ha[bía] un proyecto de país” para hacer eso de modo sustentable (a partir de un “programa”): reducir “el gasto público improductivo”, aquellos “gastos que la sociedad ha encontrado irritantes” porque “representa[n] la persistencia de privilegios intolerables”. El marco argumentativo del *topos del gasto*, entonces, situaba en la existencia de un “gasto público excesivo” el origen de la iniquidad, contraria a la igualdad de oportunidades. Pero, a diferencia de la formulación original de la tónica fiscalista (y, en cierto modo, también de la asistencialista) donde el fundamento de esa iniquidad se vinculaba discursivamente a la corrupción (la ausencia de transparencia, la falta de una moral recta en el quehacer político), el “programa” de López Murphy apuntó a “los privilegios” que suponía la “mala distribución” del “gasto” y cuyo ejemplo paroxístico era el sistema universitario²³⁹.

En el campo discursivo de lo político, el “programa” de López Murphy y De la Rúa fue rechazado en base a una lectura que lo interpretaban como la continuidad de una política de “ajuste” que ya había fracasado y por su carencia de “políticas activas” y “reactivantes” (Clarín, 18/02/01). Sin embargo, los cuestionamientos más elocuentes provinieron de las voces que, retomando la temporalidad, la perspectiva integral y la construcción de los adversarios de la tónica mercadointernista, inscribieron el “programa” en una línea de continuidad que se extendía hasta el gobierno anterior y, más allá aun, hacia “el modelo” de la dictadura militar de 1976.

anuncio avalado por el presidente, revelaba que aquella idea no había pregnado y que la propuesta de la “canasta” era percibida como una ruptura del pacto que subyacía al modelo convertible (“un peso = un dólar”).

²³⁹ En cierto modo excede nuestro campo análisis, pero debemos señalar que el recorte al presupuesto universitario (en ese mismo contexto ya referido, en que las alternativas de política económica estaban en debate en la escena pública) fue interpretado, no como la consagración de la igualdad de oportunidades que el “programa” decía defender, sino como un ataque a la clase media urbana que depositaba en esa institución (desde hacía no menos de un siglo) sus ilusiones de ascenso social. Este rotundo rechazo se plasmó en declaraciones de diversos sindicatos docentes (CTERA, La Nación 17/03/01) y de las propias autoridades universitarias (el radical Shuberoff, rector de la Universidad de Buenos Aires, sostuvo: “esto y dar la orden de cierre de todas las universidades públicas es lo mismo. Mucho peor que lo que quiso hacer Menem”, P/12 17/03/01), así como en movilizaciones masivas (como el paro general del 20 de marzo) que congregaron a sindicalistas, desocupados que formaban parte del movimiento piquetero, estudiantes secundarios y universitarios de los principales centros urbanos y docentes, entre otra multiplicidad de actores de todos los estratos sociales. Además, ningún análisis de este “programa” puede soslayar que la tradición radical tenía estrechos vínculos con la Reforma Universitaria de 1918 y con la ampliación de las posibilidades de ingreso a la universidad que ella había representado para las clases medias urbanas. El mismo 17 de marzo del 2001, un sector del radicalismo (junto con diversos actores del sistema universitario) se reunió en el marco del “Foro de la Alianza por la Educación Superior”, donde los diputados Rodríguez y Moreau propusieron, como plan alternativo de financiamiento, la creación de un impuesto a los grandes contribuyentes. La medida no prosperó, al igual que tampoco lo hizo el “programa” de recortes.

(129) “Si no salimos de este modelo económico, cuyo corazón es el plan de convertibilidad, no tenemos destino. Vamos a confrontar con este modelo. Y si el Gobierno se pone del lado del poder y enfrente nuestro, nosotros seguiremos adelante.” (Moyano, Clarín 18/03/01)

(130) “Los mismos que dieron el golpe de Estado del 76 son los que ahora dan este golpe de mercado.” (Carlos ‘el perro’ Santillán²⁴⁰, Clarín 18/03/01)

(131) “[Son medidas como] las que aplican los gobiernos militares” (Solá, P/12 17/01/01)

(132) “Nosotros venimos diciendo que el plan de López Murphy es un golpe de Estado de los mercados; ahora parece que el Presidente quiere encontrar una vía para legitimar ese golpe.(...) De la Rúa y el partido de Gobierno están cercados por el partido neoliberal, por fundamentalistas que recorrieron sin legitimidad alguna las últimas administraciones, de Martínez de Hoz para adelante, y que nos pusieron en esta situación de atraso, de exclusión y de pobreza. (...) Lo que está ocurriendo sólo es posible en la ceguera de un Gobierno que no encuentra alternativas porque no busca otros caminos.” (Maffei²⁴¹, P/12 19/03/01)

(133) “El encargado de ‘modernizar el Estado’ que fue ministro de la dictadura genocida que planificó la miseria de millones de argentinos expulsará a 90.000 trabajadores del Estado al desempleo y la exclusión social. (...) El sometimiento a la lógica perversa de ajuste-recesión-ajuste nos condujo a un estrepitoso fracaso político y económico.” (Castro, P/12 19/03/01)

(134) “Es interesante cómo se delega la capacidad de decidir, o sea de presidir, con la suma de sólo el 8 por ciento de los votos. Estuvo en la dictadura militar, con Menem y ahora con De la Rúa. En los tres casos llegó porque representa a los grupos económicos, que son los que lo financian y para los cuales objetivamente ha significado hacer negocios: estatizar la deuda o privatizar.” (De Gennaro, P/12 19/03/01)

(135) “Lo que hizo el Presidente es ni más ni menos que profundizar el modelo que desde 1996 hace agua.(...) Tal vez en lugar de implementar este plan se podrían haber reinstalado los aportes patronales de la empresas de bienes no transables. Hay medidas para tomar sin generar este malestar a la gente. Pero se prefiere cortar por lo más delgado. Además hay que tener en cuenta que el ministro López Murphy durante su discurso ni siquiera nombró a las pequeñas y medianas empresas, que son las que generan empleo. Esto demuestra cuál es la opción del Gobierno.” (Duhalde, P/12 18/03/01).

Las posiciones de enunciación que se fundaron en su rechazo al plan del gobierno centraron su argumentación en la postulación de *alternativas* y no solamente en las críticas a las medidas económicas propuestas. Esto se plasmó tanto en propuestas concretas (como la de financiamiento por medio del retorno de “los aportes patronales de las grandes empresas” (Castro, P/12 19/03/01) y las de financiamiento universitario de un sector del radicalismo (nota 239), como en otras más generales (como el “plan social, político y económico” para “salir de la crisis, logrando la reactivación” de Ruckauf en su carta al presidente, Clarín 18/03/01). En

²⁴⁰ Dirigente de la organización piquetera Corriente Clasista Combativa.

²⁴¹ Marta Maffei, dirigente del sindicato docente CTERA- Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina.

esta construcción de su rol como “alternativas” fue clave la definición de una línea de tiempo, de un relato que articulaba un pasado (de corto plazo, relacionado al menemismo, y de mediano plazo, vinculado a la dictadura del '76) y un presente (el del “programa” de López Murphy que reafirmaba el rumbo iniciado a fines de 1999), para deslegitimar a este último por su condición de excluyente respecto de las mayorías pero, sobre todo, por su dudosa calidad democrática. Es decir, que estas discursividades construyeron su lugar de enunciación retomando tres aspectos de la articulación tópica mercadointernista:

1) construcción temporal: a) presentación de una “alternativa”, frente a la *inevitabilidad* e *inexorabilidad* del presente y el futuro (como eje de la deslegitimación de toda temporalidad alternativa); b) definición de una línea de tiempo: dictadura-menemismo-gobierno de la Alianza.

2) perspectiva integral: crítica al “modelo” (no sólo económico, sino como un conjunto de ideas, valores con eje en la exclusión de las mayorías, pero también de toda alteridad, en general –en vínculo con el punto 1–)

3) construcción del adversario: en consonancia con los dos puntos anteriores, el *otro* no sólo se asociaba al gobierno (presidente, ministro de economía, etc.) sino a “los grandes grupos económicos”, los “organismos internacionales”, el FMI, a quienes se atribuye el “verdadero” control y poder de decisión sobre la política económica.

3.5. *Recapitulación*

El análisis de los discursos políticos circulantes entre octubre del 2000 y marzo del 2001 nos permite pensar que los modos en que fueron significados el episodio de los sobornos en el Senado y la renuncia del vicepresidente Álvarez permitieron un viraje en la política pública del gobierno asentada –hasta ese momento y casi en exclusividad– sobre los argumentos de la tópica fiscalista. En ese nuevo contexto, proliferaron discursividades que proveían claves de lectura más integrales, en términos de la crítica al “modelo” (económico, político y social), y que configuraron la superficie de emergencia para el surgimiento del “plan de crecimiento” (con foco en éste más que en el déficit fiscal) y el “blindaje”. Este último trajo, como principal aspecto novedoso, el abandono de la *inexorabilidad* que había caracterizado a la temporalidad construida por la tópica fiscalista. En este sentido, creemos que la

renuncia del vicepresidente y la forma en que fue construida por los discursos políticos del periodo señalaron el carácter contingente del(de los) tiempo(s) político(s), porque ya no parecía poder asegurarse que el próximo plan puesto en marcha por el gobierno garantizase *inexorablemente* la “salida” de “la crisis” (como sí se había sostenido en todos los planes o medidas tomadas anteriormente).

Es posible señalar dos elementos adicionales que se desprenden del análisis realizado. Por un lado, observamos que los tres componentes centrales de la articulación tópica mercadointernista (temporalidad basada en la no *inevitabilidad* de la política pública, perspectiva integral/crítica al “modelo” y adversario “neoliberal”) fueron, a lo largo de todo este periodo, una fuente de argumentos disponibles para el retome de una variedad de enunciadores que apuntaron a posicionarse en un lugar antagónico respecto del gobierno (sobre todo durante la breve gestión de Ricardo López Murphy como ministro de economía, que consolidó el *topos del gasto* como eje argumentativo de la política pública). Y, por otro lado, que estos desplazamientos no fueron en detrimento de la proliferación de discursos que, al mismo tiempo, retomaron el tópico de “la nueva política” y la cesura entre “los políticos” y “la gente” que éste trazaba (y que, hasta aquí, habíamos vinculado más claramente a las tópicas fiscalista y asistencialista).

En el próximo capítulo continuaremos el análisis desde el abordaje cronológico que planteamos hasta aquí. Estudiaremos los modos de construcción de “la crisis” y de una serie de objetos de discurso asociados a ese sintagma desde el inicio de la gestión de Cavallo al frente del Ministerio de Economía (desde fines de marzo hasta el fin del gobierno de la Alianza en diciembre). Observaremos los desplazamientos discursivos que implicó la etapa inaugural de dicha gestión, de la mano de los intentos de “reactivación”, y la siguiente consolidación del *topos del gasto* y, muy especialmente, la temporalidad de la *inevitabilidad* en el marco de la “Ley de déficit cero”, el plan de noviembre y “el corralito” de diciembre de 2001.

4. Capítulo 4 – De “la reactivación” al “déficit cero”. La consolidación de la inevitabilidad (marzo – diciembre 2001)

Introducción

En el capítulo anterior sostuvimos que el “programa” de López Murphy y De la Rúa había permitido la consolidación del *topos del gasto* ([– gasto + equidad]) y que quienes se opusieron a él recurrieron –en mayor o menor medida– al retome de elementos de la tópica mercadointernista, especialmente al *topos del consumo* ([+ consumo – desempleo]). El amplio rechazo de aquel “programa” de políticas públicas derivó en el retorno de Domingo Cavallo al frente de la cartera de Economía, cuya gestión se extendió hasta horas antes de la renuncia de De la Rúa, el 20 de diciembre.

Este capítulo dispone de tres secciones en las que se analizarán los modos de construcción de “la crisis” en relación en tres coyunturas. En la primera sección se abordan los inicios de la gestión de Cavallo y la sucesión de intentos de reactivación económica entre marzo y junio. La segunda sección está dedicada al estudio de la implementación, a partir de julio, de la Ley de “déficit cero”; se presenta, además, un breve análisis de las elecciones de medio término de octubre de 2001. La sección final gira en torno a la presentación del plan de noviembre, la fallida convocatoria a la “unidad nacional”, la confiscación de los depósitos bancarios y, finalmente, la renuncia de Cavallo y De la Rúa.

4.1. “Reactivación”, “impuestazo”, “reactivación”. La primera etapa de la gestión Cavallo (fines de marzo – junio 2001)

4.1.1 El “plan heterodoxo”²⁴² de Cavallo, entre “la reactivación” y la “profundización de la convertibilidad” (fines de marzo – fines de abril 2001)

²⁴² El periódico La Nación sostenía que “los economistas ortodoxos” consideraban que este primer plan de Cavallo era “heterodoxo” porque “no se centra[ba] en el verdadero problema argentino: el déficit fiscal. No es la competitividad, como cree Cavallo, el drama que tenemos: es el déficit.” (Alemann [ex ministro de economía de Arturo Frondizi y del presidente de facto Leopoldo Galtieri, durante la última dictadura militar], La Nación 22/03/01). Esta calificación era compartida por otros enunciadores del campo discursivo de lo político, como el mismo Carlos Álvarez: “Es más heterodoxo que López Murphy” (P/12 23/03/01). Mantendremos en entrecorillado (sobre todo para la calificación de “heterodoxo”) a fin de señalar la categoría como nativa. Como señala Heredia (2011), la clasificación entre economistas “ortodoxos” y “heterodoxos” era una categorización operativa, a la cual y como señalan los fragmentos citados, los propios actores recurrían. Tomaremos del trabajo de Heredia una definición que nos servirá de guía:“(…) la pertenencia a cada polo tendía a definirse en función de las administraciones a las cuales cada grupo había asesorado y de los centros investigación o *think tanks* más asociados a cada de estos equipos de gobierno.” (Heredia, 2011, pág. 252) A grandes rasgos, a partir de ese criterio, los ortodoxos se identificaban con los economistas que vinculados a la última dictadura militar y el gobierno de Menem, así como a Fundación de

La asunción de Domingo Cavallo (ministro de economía de Carlos Menem y “padre” de la convertibilidad), a fines de marzo, no fue una sorpresa porque su inserción al gabinete de la Alianza era una posibilidad barajada desde, al menos, fines del año anterior. Su ingreso representó una suerte de intento de “shock político” (editorial *La Nación*, 20/03/01), porque parecía contar con un apoyo del que su antecesor no había disfrutado y que incluía a gran parte de PJ y del Frepaso (sobre todo de “Chacho” Álvarez), así como a un sector de la UCR (aunque no a Alfonsín y su círculo más cercano) y varios dirigentes de sectores empresarios²⁴³. En ese contexto, inició su gestión con la promesa de poner en práctica no un paquete de medidas sino “una ley concreta y de gran impacto, como fue la convertibilidad” (Cavallo, *La Nación* 21/03/01). El recurso a la memoria discursiva (Courtine, 1981) que articulaba “estabilidad” al significante “convertibilidad”²⁴⁴ fue la clave de bóveda de su llegada al gobierno de la Alianza. Como señalamos en el capítulo precedente, este recurso no era precisamente una novedad²⁴⁵, pero ahora emergía en la voz de quien parecía ser el enunciador más autorizado para hablar de la convertibilidad, es decir, el ministro que hacía casi una década había iniciado su aplicación.

El primer periodo de la gestión cavallista se inició con la “ley de competitividad”, basada en un “diagnóstico” –según el cual– el país se hallaba en una “recesión que se ha[bía] transformado en depresión” y de la cual se debía salir

Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL), la Fundación Mediterránea y el Centro de Estudios Macroeconómicos Argentinos (CEMA), mientras que los heterodoxos, se vinculaban más a la gestión radical de los ochenta y espacios de formación e investigación como el Centro de Estudios de la Sociedad y el Estado (CEDES) y el Centro de Desarrollo Económico (IDES).

²⁴³ “Urge que el Congreso otorgue el apoyo necesario a las medidas de reactivación propuestas por el ministro y que dicho consenso sea acompañado también por las fuerzas políticas.” (documento Asociación de Bancos de la Argentina, *La Nación* 23/03/01). “Por fin se terminó con las políticas de ajuste y recesión.” (Osvaldo Rial, dirigente de la UIA, *La Nación* 23/03/01). No todos se movían por los mismos objetivos, pero también brindaron su apoyo dirigentes de la Sociedad Rural Argentina, la Cámara de Exportadores de la Argentina y la Federación Económica bonaerense y de diversos sectores industriales (*La Nación* y *Clarín*, 23/03/01)

²⁴⁴ Parte de la productividad política, social y económica del plan de convertibilidad había radicado en su eficiencia para articular el significante “estabilidad” como propio, como su gran resultado frente al “caos” de la hiperinflación (anudada, por el contrario, al gobierno anterior) (Aboy Carlés, 2001; Fair, 2008a; 2008b)

²⁴⁵ De la Rúa ya había intentado construir legitimidad en torno a su plan de noviembre de 2000 a partir de su vinculación con la memoria discursiva del significante “convertibilidad” (por oposición a la inestabilidad de la hiperinflación). Por ello, llamaba a apoyar dicho plan dejando “a un lado las diferencias partidarias”: “Cuando años atrás la hiperinflación parecía querer devorarnos, sin mezquindades ni intereses sectoriales sentamos las bases de la estabilidad y la transformación económica.” (De la Rúa, 01/11/00).

con “acción”, con “rápidas y contundentes respuestas para una realidad que no admite dilaciones” (Cavallo, La Nación 22/03/01). Cavallo intentó desarticular el rechazo que habían despertado las propuestas de López Murphy y que ahora pesaba también sobre el gobierno en general presentándose como una figura fuerte y activa (por contraposición al “autismo” que se le atribuía al presidente y a su gobierno²⁴⁶), para lo cual, su ingreso a Economía debía erigirse sobre una ruptura tan fundacional como la que había logrado construir de la mano del plan de convertibilidad en 1991. Por ello, se propuso un nuevo shock, que no era ya el “de confianza” (como el del plan de noviembre del 2000) ni el “de consumo” (que le oponían a aquel, los enunciadores de la tónica mercadointernista), sino el “de crecimiento”: “Quiero batir el récord que se impuso con la convertibilidad, que se aprobó en una semana. Esto dará un rápido shock de crecimiento.” (Cavallo, La Nación 22/03/01)

Una vez más, la política económica que proponía el gobierno de la Alianza se fundaba en “la necesidad y las urgencias del momento” (De la Rúa, La Nación 25/03/01); la *excepcionalidad* de las circunstancias demandaban ahora, más que un plan igualmente excepcional, un conjunto de “poderes especiales”²⁴⁷ para que el nuevo ministro pudiera poner en juego la vigorosa “acción” que se requería.

(136) “(...) va a ser mucho más fácil invertir en nuevos procedimientos informáticos y en todas las actividades. Esa modernización va a permitir grandes aumentos de productividad. Por otro lado, cuando los trabajadores vean que en las empresas comienza la inversión le van a perder el miedo al gasto y al consumo, y por lo tanto también se va a recuperar la demanda interna.” (Cavallo, La Nación 25/03/01)

(137) “Lo que tiene que hacer la Argentina es recuperar la competitividad. No reemplazar la convertibilidad. Se trata de, con el mismo sistema, trabajar para que la sobrevaluación del peso deje de afectar las exportaciones. Para terminar con las expectativas sobre una devaluación, quiero que quede claro que trabajaremos para

²⁴⁶ Por ejemplo, tanto para Felipe Solá como para el sindicalista Julio Piumato, el paro de junio del 2000 (en respuesta a la reforma laboral) había sido resultado “de la soberbia y el autismo del Gobierno” (Solá, La Nación, 10/06/00), por lo que se le solicitaba al gobierno que “termine de una vez con su autismo, ante una Argentina que está inmersa en una grave crisis social” (Piumato, P/12, 11/06/00). Diversos enunciadores recurrieron a este calificativo para explicar lo que entendían como una ausencia de respuesta o una llegada tardía de la misma por parte del presidente frente a situaciones de conflicto social o reclamos de diversa índole, ocluyendo de ese modo el componente de decisión que, finalmente, está por detrás de toda acción de gobierno (como, por ejemplo, llevar a cabo una reforma laboral más allá de los rechazos que cosechase).

²⁴⁷ Los “poderes especiales” tenían como función eludir los mecanismos legislativos por los que debe atravesarse en caso de querer realizar modificaciones al sistema impositivo. En su prédica de la necesidad de “acción”, Cavallo sostenía que la “ley de competitividad” era solamente un ley marco, por lo que las medidas concretas se irían conociendo paulatinamente, una vez aprobada la misma. Afirmaba, además, que la aplicación de esas medidas requería una velocidad que podría verse afectada si cada una estaba atada al previo tratamiento en el Congreso. (P/12, 22/03/01).

reducir costos de la economía sin alterar el tipo de cambio.” (Cavallo, La Nación 27/03/01)

(138) “No hago pronósticos [sobre cuándo comenzará a crecer la economía]. El estado de ánimo comenzó a cambiar. Cuando la gente lo advierta comenzará a consumir y producirá un círculo virtuoso de reactivación de la economía. La gente volverá a creer. Y los inversores encontrarán un clima propicio. Ya se nota un cambio en ellos.” (Cavallo, La Nación 27/03/01)

En este marco, la construcción del objeto “la crisis” revistió algunas novedades respecto a la relativa continuidad que registramos hasta acá (en la que la mayoría de las políticas públicas decididas por el gobierno de la Alianza retomaban elementos de la tónica fiscalista para argumentar sobre los “diagnósticos” en que se fundaban y las “soluciones” que proponían). La propuesta inicial de Cavallo no se definió en términos puramente fiscalistas, sino que situó su objetivo en la recuperación la competitividad (137). Esta (a diferencia de la competitividad que se quería lograr por el aumento de la “empleabilidad”, gracias a la reforma laboral) implicaba una “reducción de costos” (137) que se efectivizaría por la vía impositiva.

Debemos llamar la atención sobre dos aspectos novedosos. Por un lado, se volvía a insistir en el problema “[d]el estado de ánimo” (138), es decir, la falta de “confianza” que impedía el desarrollo de las inversiones y del consumo. La modificación de este “estado” se realizaría por medio de dos mecanismos: la ya mencionada vía impositiva (reducción de impuestos), pero, sobre todo, gracias a la presencia del propio Cavallo. No eran precisamente la *inevitabilidad* o la *inexorabilidad* (que encontramos en casi todas las formulaciones previas que retomaban esta construcción de la temporalidad de la tónica fiscalista) las que sostenían el plan propuesto, sino la “autoridad”²⁴⁸ con la que se investía a Cavallo a nivel personal, más allá de su rol institucional como ministro²⁴⁹. Dicha “autoridad” derivaba de –al menos– dos elementos, porque a su condición de “padre del 1 a 1” (Clarín, 03/03/01) que había logrado –aunque a un costo altísimo– sacar al país de la “inestabilidad” hiperinflacionaria, se le sumaba su (no tan nuevo²⁵⁰) perfil “político”.

²⁴⁸ Esta construcción argumental podría vincularse con al tipo de argumento *ad verecundiam*, es decir, que “consiste en apelar a lo dicho por una figura de autoridad para sustentar una tesis, cuando importa más el reconocimiento de esta figura que los argumentos aportados.” (Gutiérrez Morales, 2012)

²⁴⁹ Los periódicos relevados sostuvieron en varias notas durante todo el primer trimestre del año que Cavallo podría incorporarse al gabinete de la Alianza. En muchas versiones, se afirmaba la posibilidad de que fuera como jefe de gabinete y no como ministro de economía. (La Nación y Clarín, 19/03/01; P/12, 20/03/01)

²⁵⁰ El foco en el “rol político” de Cavallo era relativamente novedoso como argumento sobre el que se asentaba la confianza que despertaba. Sin embargo, es preciso recordar que Cavallo tenía una carrera

Se equiparaba “política” a “acción” y, ambas eran –además– construidas en contraposición al perfil “inactivo” del presidente y su gobierno²⁵¹.

En segundo lugar, la propuesta de Cavallo y el gobierno proponía colocar el foco de la política económica en “la reactivación”. No se había dejado completamente de lado la preocupación por el déficit fiscal, pero ya no era el principal “problema” a solucionar. En cierto modo, se retomaban parte de las demandas circulantes en el campo discursivo de lo político cuya incidencia había crecido desde octubre del 2000 y se había visto reforzada con los rechazos al “programa” de López Murphy. Como analizamos en el capítulo anterior, los cuestionamientos en clave de crítica al “modelo” se habían expandido en articulación con retomes del *topos del consumo* [+ consumo – desempleo] en una variedad de enunciadores²⁵². Y, en continuidad con nuestra propuesta analítica en torno a un abordaje dialógico-argumentativo (ver Cap. 1), creemos que es clave para comprender la construcción discursiva de la “ley de competitividad” como objeto de los discursos, dirigir nuestra mirada a dichos modos de retome y reformulación.

(139) “Porque un país que logra aumentar la productividad aumenta el nivel de ingresos de su población. Y cuando la gente gana más, demanda más bienes y mayor cantidad de servicios de mayor calidad. Se crean así mayores oportunidades de empleo y, sobre todo, empleos mejor remunerados.” (Cavallo, La Nación 01/04/01)

La propuesta del plan se fundaba en lo que se denominó “círculo virtuoso de la reactivación” (ver fragmento 138) y si bien su foco era la “productividad” (objeto asociado al de “competitividad”), a diferencia de todos los planes y programas presentados desde diciembre de 1999, ponía en escena –aunque no tanto en el núcleo de las medidas que incluía– la cuestión de “la demanda” y “el consumo”. Esta fue la

política previa que no permitía etiquetarlo como un simple economista de perfil técnico. Por un lado, antes de ser ministro de Economía de la gestión menemista, había sido ministro de Relaciones Exteriores y Culto. Por el otro, porque en 1997 había creado el partido Acción por la República con el que se presentó, junto a Armando Caro Figueroa, como candidato a presidente en las elecciones de 1999 (compitiendo con el propio De la Rúa que lo sumaba ahora a su equipo).

²⁵¹ Al respecto, el gobernador de Santa Fe sostenía que Argentina ya no estaba al borde del abismo con el ingreso de Cavallo al gobierno porque “Cavallo tiene ideas y, además, ahora tiene más perfil político” (Reutemann, La Nación 25/03/01). Incluso quienes no le otorgaban un apoyo incondicional, como el vicegobernador bonaerense, sostenían: “Y ojo que yo no soy el promotor de Cavallo: la parte mía que acepta a Cavallo es la parte mía que está asustada.(...) Pero siempre fue el enlace entre lo político y lo económico. (...) Cavallo está asociado al crecimiento no al ajuste. El Cavallo ajustador es la imagen que irradia un grupo de radicales, entre ellos Alfonsín, que piensa que Cavallo es la derecha y López Murphy es un buen muchacho porque es radical. Cavallo es independiente de FIEL y puede conducir al establishment y no ser conducido por el establishment.” (Solá, P/12, 19/03/01)

²⁵² Ver las piezas discursivas 118 a 123, analizadas en el capítulo 3.

lectura que realizaron varios enunciadores que, en mayor o menor medida, respaldaron las medidas (y que no habían hecho lo mismo en relación a López Murphy).

(140) “Hasta ahora prevalecía la idea de que alcanzado el equilibrio fiscal se reduciría el riesgo país y, con ello, la tasa de interés; de ese modo vendrían inversiones, se retomaría la senda del crecimiento y mejorarían el empleo y los indicadores sociales. (...) Ahora se plantea que para equilibrar las cuentas resulta necesario reactivar y crecer. Para ello hay que crear expectativas favorables, bajar costos (por ahora se anunciaron los impositivos), proteger la producción local mediante el aumento selectivo de los aranceles, incentivar inversiones mediante el abaratamiento de los bienes de capital y estímulos tributarios, y reformar el Estado para prestar buenos servicios y aumentar la recaudación. Reaparecen expresiones como producción, competitividad, empleo, industria, comercio exterior; un nuevo vocabulario consistente con el cambio de enfoque que se postula.”²⁵³ (Remes Lenicov, La Nación 01/04/01)

(141) “Hemos resuelto dejar en suspenso el paro porque creemos que todo el poder se ha puesto en marcha para tratar de cambiar el estado de ánimo de la gente alentando a lo mejor una mejora con el nuevo ministro de Economía.” (Moyano, Clarín 30/03/01)²⁵⁴

(142) “Las medidas (de Cavallo) están en línea con la Carta de los Argentinos. Lo importante es aportar a la salida de la Argentina, a esta recreación de las expectativas y poner énfasis en cuestiones programáticas que nos acerquen a los postulados originales de la Alianza.” (Álvarez, La Nación y Clarín 30/03/01)

(143) “Las medidas que se anunciaron hasta aquí van por el camino correcto y coinciden con las que nosotros, desde Buenos Aires, venimos reclamando desde hace tiempo. Cavallo sabe que tiene nuestro apoyo para medidas de crecimiento, porque no actuamos con egoísmo sino a favor de la gente. Por eso lo vamos a apoyar en la medida en que esas decisiones signifiquen crecimiento y no mayores ajustes.” (Duhalde, La Nación 01/04/01)

El apoyo que brindaron estos enunciadores se sustentaba por al menos dos elementos. Por un lado, se reconocía en el plan el foco en el aspecto “reactivador”, por el “vocabulario” (140) y el tenor de las medidas (143) que remitían a una preocupación la “producción”, la “industria” (140, 143) y “el crecimiento” (142) que revelaba un cambio de enfoque. Pero también se señalaba –en línea con lo que indicamos algunos párrafos atrás– el estatuto personal del propio Cavallo y sus

²⁵³ Esta percepción sobre las novedades que se advertían en las primeras medidas de Cavallo era compartida con enunciadores tanto del PJ como de la misma Alianza. Terragno, por ejemplo, afirmaba que “después de muchos años y varios fracasos económicos, ahora hay un campo más fértil para el debate. Ideas que horrorizaron cuando las propuse en aquellos debates, (...) son aceptadas por los mismos que, entonces, se rasgaban las vestiduras.” (Clarín 11/04/01) Por su parte, Álvarez sostenía que el de Cavallo era “un enfoque distinto. Lo importante es hacer un acompañamiento a estas políticas, que marcan un horizonte distinto.” (La Nación, 31/04/01)

²⁵⁴ La CGT disidente, conducida por Moyano, tenía programado un paro para los días 5 y 6 de abril. Esta pieza discursiva corresponde al anuncio de la cancelación del mismo que se produjo en el marco de la anulación del proyecto de desregulación de obras sociales que tanto rechazo encontraba en los sindicatos.

posibles consecuencias a nivel de “las expectativas” en “la gente”; el sostén brindado sobre este aspecto era, de algún modo, condicionado²⁵⁵ a que esas expectativas dieran frutos.

Un tercer aspecto saliente (y el que mayores repercusiones tuvo) del primer segmento de la gestión de Cavallo fue la propuesta de la “canasta de monedas”. Ésta suponía la inclusión de otras monedas (como el euro o el yen) en la conformación del tipo de cambio; fue presentada como una “profundización de la convertibilidad” y, por ello, como una (nueva) garantía de la tan deseada “estabilidad”. De este modo, se procuró articular los significantes “canasta de monedas” y “estabilidad”, por propiedad transitiva de su asociación con “convertibilidad”.

[+ convertibilidad + canasta de monedas]

[+ convertibilidad + estabilidad]

=> [+ canasta de monedas + estabilidad]

(144) “El problema son las ideas que predominan en el país entre los economistas profesionales, pese a que la convertibilidad lleva ya 10 años en vigencia, y que ven la convertibilidad como una dolarización. Nos quieren imponer el dólar como moneda y eso es un gravísimo error. Los argentinos tienen que poder usar el peso si quieren, el dólar o el euro. (...) Me piden que no hable de esto porque genera confusión. ¿Cómo va a confundir la verdad?”²⁵⁶ (Cavallo, La Nación 07/04/01)

(145) “No, de ninguna manera (va a perjudicar a los que tienen deudas en dólares). Sólo va a traer más convertibilidad y estabilidad en la Argentina porque vamos a tener una moneda más estable que el dólar y que el euro.” (Cavallo, La Nación 12/04/01)

(146) “Yo le digo a la gente que el peso cada vez va a ser más valioso, cada vez va a tener menos problemas porque la idea es que cada vez tengamos más convertibilidad, más estabilidad y que estemos mejor relacionados con el mundo.” (Cavallo, La Nación 14/04/01)

(147) “Hay miopes en el exterior que no ven que la Argentina no buscará plata cara. Pero les estamos aproximando los anteojos para que puedan ver y apuesten por el país, lo que creo que pasará en los próximos días.” (Cavallo, Clarín 17/04/01)

(148) “No sé nunca quiénes son esta gente de los mercados. Pero si no entendieron lo que es la convertibilidad obviamente no pueden entender que esto es un reforzamiento y una ampliación de la convertibilidad. La Convertibilidad es libre elección de la moneda, que es la mejor forma que tiene un pueblo de proteger sus

²⁵⁵ En una parte de los enunciadores, el apoyo fue condicionado, sobre en todo mientras se cumplieran las medidas con foco en “la reactivación”. Quienes sostuvieron esta línea discursiva fueron, por ejemplo, Duhalde (fragmento 143), Moyano (“Cavallo va a crecer si las medidas que instrumenta traen mejoras y soluciones a la sociedad (...) Si su plan no es acertado crecerá el descontento social.”, La Nación 31/03/01) y varios actores de la propia Alianza (“Nuestro apoyo no debe interpretarse como un acompañamiento sumiso y acrítico. (...) Creemos que la empresa será más exitosa si está enmarcada en un esquema de crecimiento de toda nuestra economía.”, documento “Para una estrategia común de crecimiento”, plenario de gobernadores de la Alianza, La Nación 05/04/01)

²⁵⁶ Como en otras alocuciones del periodo, el par mentira-verdad (lo que hemos denominado *registro epistémico*) constituía una pieza clave de la argumentación.

ahorros y tener abierta todas las opciones (...). Y en ese sentido, el que la moneda argentina esté respaldada en dólares y euros y que su valor esté fijado al promedio de los dos, y que además se pueda utilizar dólares y euros, da más posibilidad de elección a los argentinos, así que les da más convertibilidad, más estabilidad, más protección a todos sus intereses.” (Cavallo, P/12 20/04/01)

(149) “No habrá devaluación, por más que Menem quiera detener el crecimiento con miedos, porque las medidas vinculadas con la incorporación del euro no tienen que ver con una devaluación, sino que tienden a fortalecer la convertibilidad.” (Colombo, La Nación 21/04/01)

A partir de este argumento, además, se definió el lugar de los adversarios. La polémica con ellos se puede identificar por el recurso tanto a la descalificación (los “miopes” del exterior, los “opinadores” (Cavallo, P/12 20/04/01)) como a la ironía (“No sé nunca quiénes son esta gente de los mercados”, “los economistas profesionales”²⁵⁷ (Cavallo, P/12 20/04/01)). El lugar de la alteridad era el de aquellos que no comprendían el “verdadero” (144) funcionamiento de la convertibilidad (144, 148) y que, por tanto, no veían en la incorporación del euro, su fortalecimiento²⁵⁸. El enfrentamiento con estos sectores jugó un rol clave porque, sin lugar a dudas, la *respuesta* de “los mercados” que *hablaron* –en su propio lenguaje, “el riesgo país” (Aronskind, 2007)– a fines de abril condicionó la puesta en marcha del plan, tanto por su intención “reactivadora” como por su intento de “profundizar” la convertibilidad.

Sin embargo, pese a los puntos de contacto con la tópica mercadointernista (construcción del adversario vinculado a los sectores financieros²⁵⁹, “diagnóstico”

²⁵⁷ Incluimos este sintagma como parte de un recurso irónico porque el mismo Cavallo también era un economista. La adjetivación (“profesionales”) parece tener una doble valencia, porque Cavallo era economista profesional, aunque parecía querer diferenciarse de esos “economistas profesionales” que “no comprendían” cómo funcionaba la convertibilidad (a diferencia de él que, al haberla “creado”, era palabra autorizada para definir sus alcances).

²⁵⁸ Al igual que un mes antes, las repercusiones negativas de “la canasta de monedas” entre representantes de los organismos internacionales de financiamiento, banqueros y actores del sector financiero (los “economistas profesionales”, “los mercados”) no se hicieron esperar. “Yo creo que no es el momento de hablar de la canasta de monedas... E interpretando al ministro Cavallo me queda muy en claro que no es su interés plantear este tema para ahora. Hoy hay que hablar sólo de Convertibilidad con 1 peso igual a 1 dólar.” (Loser, director del Departamento del hemisferio occidental del FMI, P/12 06/04/01) De hecho, entre los principales opositores a “la canasta” se encontraba el propio director del Banco Central, Pedro Pou: “Hemos aprendido que la estabilidad es un elemento fundamental de la política económica. Solo hay que perseverar con el camino elegido, a pesar de los costos que tiene este proceso.” (Jornada por los diez años de la convertibilidad, organizada por el BCRA, La Nación 06/04/00)

²⁵⁹ En el capítulo 2 estudiamos la construcción del adversario de esta tópica y concluimos que se componía de dos dimensiones. Una primera, más difusa y extensa, que asociaba la alteridad a un conjunto de ideas o una cosmovisión (el “neoliberalismo, las “ideas neoconservadoras”), y una segunda que la situaba en un conjunto de actores, depositarios de esas ideas. Entre estos últimos, se encontraban “los sectores financieros”, muy cercanos a lo que aquí Cavallo denomina “los mercados” y “los opinadores”. Creemos que este elemento no es menor porque aunque el ministro mantenía

preocupado por el mercado interno/el consumo, medidas no presentadas como *inevitables*), este primer paquete de medidas de Cavallo no apuntó directamente al desarrollo del consumo, sino más bien por la vía indirecta de la mejora de “la productividad” y “la competitividad”. El eje de este plan fue, entonces el *topos de la reactivación*:

(T₁₁) [+ competitividad + reactivación]

Este *topos* no se articuló con una temporalidad de la *inevitabilidad* y tampoco redujo su “diagnóstico” al déficit fiscal y “el gasto” (público). Y, en ese mismo sentido, quienes se opusieron lo hicieron más en relación a la figura personal de Cavallo que a las medidas y los argumentos del plan en sí mismo. La “autoridad” del ministro, que para quienes le brindaron su apoyo (aunque no incondicional) era la fuente del posible retorno de “la confianza” de los inversores y de los consumidores y, con ello, de la anhelada “reactivación”, era, para los detractores, la raíz de su rechazo. Cavallo representaba la vuelta de aquel pasado demonizado, incluso por los propios miembros de la Alianza (al menos en sus instancias fundacionales).

(151) “Rechaza[mos] la integración al gabinete nacional de personeros del menemismo y de la dictadura, lo que no sólo desvirtúa la esencia de la Alianza sino que profundiza el alejamiento del Gobierno del compromiso electoral de 1999.” (documento surgido del plenario del Frepaso, P/12 01/04/01)

(152) “Antes de esta ley [de los superpoderes], la Alianza había dejado de existir. Ahora hay otra alianza: Cavallo, De la Rúa y sectores del menemismo. La nueva alianza que trenzaron (Fernando) De Santibañes y (Enrique) Nosiglia para servir a los sectores de la economía y las finanzas que vaciaron el país. De la Rúa y Alvarez no volverán a gobernar, apenas administrarán. (...) La falta de análisis y ejecución de propuestas novedosas, llevaron a la aceptación del pensamiento único, del pensamiento cero. A la concentración financiera se le sumó la concentración de las ideas y ahora la concentración del poder. Le entregaron la suma del poder público a Cavallo: el de ejecutar, el de legislar y, por lo visto, el Judicial ya que Cavallo ha absuelto a los senadores sospechados de corrupción.” (Castro, P/12 02/04/01)

Se iniciaba, así, el camino del cuestionamiento a “la nueva Alianza” que iría sumando enunciadores en los meses subsiguientes. Esta consigna apuntaba

estrechos vínculos con esos sectores (beneficiados por las políticas llevadas a cabo por él en su anterior gestión), durante esta primera etapa, los había colocado decididamente en un lugar de adversarios, lo que –finalmente– le costaría el fracaso de su plan inicial. Esta construcción del *otro* no fue simplemente una “mentira” (una mentira discursiva, contrapuesta a “la realidad” de sus vínculos con los sectores financieros) y quienes mejor lo entendieron fueron esos mismos sectores. Además de sus múltiples declaraciones en rechazo del plan (ver nota N°12), la disparada del Índice de Riesgo País por encima de los 1000 puntos luego del 20 de abril fue interpretada como una señal de que “los mercados” *habían hablado* (Aronskind, 2007): la convertibilidad no debía ser modificada (del mismo modo que tampoco serían aceptados los impuestos a las transacciones financieras que formaban parte del plan).

directamente al núcleo fundacional de la Alianza, a la construcción de su identidad a partir del trazado de una frontera con el pasado rechazado: el menemismo (“el gobierno saliente” corrupto y estandarte de “la vieja política”), e incluso la dictadura. El surgimiento del cuestionamiento a “la nueva Alianza” (es decir, aquella erigida entre “Cavallito, De la Rúa y sectores del menemismo” (152)) tuvo como primera consecuencia la profundización de la fragmentación de la coalición: en los primeros días de abril, el grupo de diputados frepasistas que desde hacía casi un año cuestionaba continuamente a un sector del gobierno (los continuadores del “modelo”) finalmente conformó un bloque autónomo respecto de la Alianza, aunque sin abandonar su propia fuerza²⁶⁰. La crítica a “la nueva Alianza” se transformaría, luego, en el clivaje “Alianza vs gobierno” y sería un elemento más de la desintegración de la legitimidad del elenco gobernante, en general, y del presidente, en particular.

4.1.2. “La reactivación” fallida, el nuevo “impuestazo” y el “megacanje” (fines de abril – fines de mayo 2001)

En este apartado analizaremos tres coyunturas y los principales objetos de discurso que allí fueron centro del debate. En primer lugar, el protagonismo del “riesgo país” en el fracaso del “plan heterodoxo” que marcó la etapa inicial de la gestión cavallista del 2001. Luego, el retorno del fiscalismo y el *topos del gasto* a fines de abril, de la mano del nuevo “impuestazo”. Y, finalmente, el “megacanje” de bonos de deuda, en el marco de la extensión de la protesta social en todo el país.

A fines de abril y en un contexto atravesado por los rumores –despertados por un periódico extranjero– de reestructuración de la deuda (P/12, 18/04/01) y por las declaraciones del ex presidente Menem que aconsejaba “a los argentinos que si tienen un peso en el bolsillo, lo conviertan en dólar lo más rápido posible” (La

²⁶⁰ Marcela Bordenave, Jorge Giles, Gustavo Cardesa, María América González, José Luis Lanza, Eduardo Macaluse, Elsa Quiroz, Federico Sóniez, Alfredo Villalba y Ramón Torres Molina fueron los diputados en cuestión. Su postura crítica al “modelo”, la *inevitabilidad* del camino decidido y el enfoque fiscalista eran eje de sus críticas desde la puesta en marcha de las primeras medidas del gobierno de la Alianza. Muchos de ellos fueron, además, los firmantes del documento “Construyamos otro modelo” que analizamos en el capítulo 2 y que delineó los ejes centrales de la articulación tópica mercadointernista. Esta bancada adoptó el nombre de “Frente para el cambio” y se alió con el otro desprendimiento de la Alianza, el ARI (Acción por una República de Iguales), liderado por Elisa Carrió y conformado por los socialistas Alfredo Bravo, Oscar González, Héctor Polino y Jorge Rivas y el peronista entrerriano Juan Domingo Zacarías. Sin embargo, ambas agrupaciones presentaron listas diferentes en las elecciones de octubre de 2001 (en la Ciudad de Buenos Aires, el distrito en el que tenían mayor peso).

Nación, 21/04/01), Cavallo anunció un primer recorte “del gasto” por 700 millones de dólares. Sin embargo, la medida no logró calmar a “los mercados” que *hablaron* (Aronskind, 2007) por medio de un ascenso sin precedentes del Índice de Riesgo País. A partir de este momento, el “riesgo país” comenzaría a ser presentado por los analistas/operadores financieros y los medios de comunicación (que funcionaron como una caja de resonancia de aquellos) como un índice que “estaba midiendo *algo así como* la situación económica del país, de la cual dependía el bienestar de todos.”²⁶¹ (2007, pág. 85) [itálicas en el original] El 23 de abril fue definido como “el lunes negro” porque ese día el “riesgo país” superó los mil puntos, los indicadores bursátiles alcanzaron una situación crítica y las acusaciones que sostenían que se estaba produciendo un “golpe de mercado” se esparcieron con rapidez y no cesaron hasta que el presidente del Banco Central fue removido²⁶².

Esta escalada de “los mercados” dio comienzo al fin del “plan heterodoxo” de Cavallo y revelaba que la estabilidad (financiera, económica, social, política) no se derivaría automáticamente de la presencia y el rol “activo” del nuevo ministro. La decisión política de poner en debate un plan económico, social y político, cuyo fundamento no era un “diagnóstico” exclusivamente fiscalista y que concebía la posibilidad de un esquema mínimamente diferente al de la convertibilidad como se la conocía hasta ese momento, no había logrado aceptación. El plan fue rechazado tanto por aquellos que veían en él el abandono del fiscalismo (los “economistas ortodoxos” y “los mercados”), como por quienes lo interpretaron como la continuidad de ese mismo fiscalismo (por la ausencia de medidas que incentivaran el consumo y la demanda interna y que, rechazaban la presencia de Cavallo en el gabinete). En conclusión, el cambio en “las expectativas” que se esperaba se derivase del ingreso

²⁶¹ Como afirma Aronskind, el “riesgo país” dista mucho de ser un índice que *diga* algo sobre el transcurso de la vida cotidiana de la mayoría de los habitantes de un país (como sí podría serlo, por ejemplo, el índice de desempleo o la inflación). Es un índice “elaborado por empresas privadas especializadas en negocios financieros (...) [que] “se calcula a partir de la diferencia entre la tasa de interés que pagan los títulos públicos de Estados Unidos y la tasa de interés que pagan otros título públicos con similar periodo de vencimiento de algún ‘mercado emergente’.” (Aronskind, 2007, págs. 81-82) Un ejemplo que grafica este intento de construir consenso en torno a índices financieros y medidas de política financiera fue la presentación del “megacanje”. Al respecto, Cavallo afirmó: “con esto mejoran las condiciones de financiamiento para las familias argentinas, esto es lo principal” (Clarín, 04/06/2001).

²⁶² Las acusaciones de “complot” contra el peso (como la de Armando Caro Figueroa, vices jefe de gabinete) involucraban al ex presidente Menem y el presidente del Banco Central, Pedro Pou. Luego del “lunes negro”, el gobierno le pidió a éste último su renuncia. En su lugar, y por recomendación del ministro de economía, asumió Roque Maccarone, quien había sido presidente del Banco Nación durante su gestión durante el gobierno de Menem.

del ex ministro menemista al gobierno no se produjo y entre fines de abril y principios de mayo, la recaudación y el déficit fiscal volvieron a ser el centro del campo discursivo de lo político. En este contexto, se presentó un nuevo paquete de medidas que apuntaban a reducir “el gasto” en –aproximadamente– 1800 millones de pesos.

(153) “La eliminación del déficit fiscal es el objetivo, la deuda no es el problema de la Argentina. El problema es la falta de crecimiento, por eso todas las medidas que hemos anunciado apuntan al crecimiento.”(Cavallo, Clarín 28/04/01)

(154) “Acá no ha habido ningún impuestazo. Se eliminaron privilegios. Este es un golpe a la clase alta, no a la clase media.” (Cavallo, P/12 03/05/01)

(155) “La eliminación de exenciones no busca recaudación, es un ‘igualazo’, no un ‘impuestazo’.” (Farré²⁶³, P/12 07/05/01)

“La eliminación del déficit fiscal” volvió a ser el objetivo y la mejora en la recaudación por la vía del aumento de algunos impuestos y la “generalización” de otros, el camino para lograrlo. Se reiteraba, además, la senda argumentativa que había atravesado el “programa” de López Murphy; la reducción de “*el gasto*” era la vía para lograr “la equidad”, “eliminando privilegios” (154)²⁶⁴. Así, se reeditó la articulación entre el *topos del gasto* ([– gasto público + equidad]) y el *del crecimiento* (en su formulación vigente desde fines del año anterior [– gasto – déficit fiscal]) y la tópica fiscalista volvió a estar en el centro de las decisiones de política pública del gobierno de la Alianza.

Los meses de mayo y junio estuvieron marcados por varios sucesos. Abordaremos, en primera instancia, los discursos circulantes en una primera

²⁶³ José María Farré, Secretario de Ingresos Públicos.

²⁶⁴ Como explicaba el diputado Alessandro (Alianza-Frepaso), el plan “no es un impuestazo. La medida básica tomada por el Gobierno es generalizar el IVA a una actividad que todavía no lo tenía: el sector de los medios de comunicación. Cuando uno analiza por qué a los medios de comunicación no se les cobraba el IVA y a otros sectores sí, la verdad es que no encuentro mucha justificación.” (La Nación, 01/05/01)

Esta intervención (al igual que la del fragmento 155) eran una respuesta (dialógica, porque retomaba una argumentación disponible en el interdiscurso vigente) a quienes se opusieron a este plan porque veían allí un nuevo “impuestazo” que afectaba las mayorías y a su cada vez más restringida capacidad de consumo. Éstos proponían, echando mano de los argumentos de la tópica mercadointernista, la reinstauración de los aportes patronales de las grandes empresas. “Una alternativa posible podría ser la siguiente : (...)Restituir los aportes patronales sobre los grandes contribuyentes del comercio, los servicios y las finanzas.” (Lozano, P/12 15/05/01). “Si estas empresas de servicios [privatizadas] –que son las más rentables– volviesen a pagar sus cargas originales del 33 por ciento, sólo en el ámbito metropolitano el Estado podría recaudar alrededor de 611 millones de pesos más por año (el primer impuestazo y rebaja de sueldos de Machinea buscaba reunir unos 300 millones de pesos).” (Hilda ‘Chiche’ Duhalde, P/12 23/05/01). “La propuesta de la UIA es otorgar un subsidio a los jefes de familia desocupados, el que podría ser financiado con la restitución de aportes patronales a las empresas de servicios públicos privatizados.” (documento ‘Bases para refundar la nación’ Unión Industrial Argentina, P/12 30/05/01).

coyuntura signada por la salida “Chacho” Álvarez del Frepaso, el comienzo de la carrera electoral con vistas a los comicios de octubre, el recrudecimiento de la protesta social a lo largo de todo el país y el anuncio del “megacanje” de bonos de la deuda. En segundo lugar, en la próxima sección emprenderemos el análisis de una coyuntura, marcada por el último y breve intento de llevar a cabo un plan de “reactivación” y de “convertibilidad ampliada”.

La ruptura del último vínculo partidario orgánico de Álvarez y el posicionamiento de Terragno y Alfonsín como posibles candidatos a senador (por la ciudad y por la provincia de Buenos Aires, respectivamente) se fundaron discursivamente en la construcción de una postura antagónica respecto del “gobierno” (aunque no así respecto a la Alianza como fuerza, que aun parecía ser objeto de disputa para sus cada vez más dispersos miembros).

(156) “Este gobierno fue votado para romper con la cultura de diez años de menemismo y, sin embargo, está más cerca de la idea de ‘cambio impunidad por gobernabilidad’. En general es todo lo contrario a lo que la gente votó. (...) El Frepasso debería tener una mirada de la cuestión fiscal o del gasto y un planteo más importante de por qué está en crisis la política, esta doble crisis: el mercado que la considera ruido y distorsión o puro costo y la sociedad que la considera sinónimo de delitos y privilegios. La fuerza no puede ser un oficialismo acrítico porque hay muchos intereses atados y al Gobierno no le interesa esta cuestión (Álvarez, P/12 13/05/01)

(157) “Aún queda la idea original [de la Alianza]. La Alianza ya se justificó históricamente por haber roto la hegemonía menemista, pero no construyó una alternativa, un proceso de transformación, de cambios. Yo no digo que la Alianza murió sino que tiene que encarar una etapa nueva, que pasa por la construcción de una alternativa, con actores y protagonistas distintos.” (Storani, P/12 13/05/01)

(158) “Los economistas de la Alianza no tenían un proyecto alternativo al menemismo y la dirigencia era tributaria de esos economistas. (...) No es cierto [que no hubiera alternativa] El Gobierno tenía una legitimidad y una fuerza con la que podía imponer otras políticas.” (Terragno, P/12 13/05/01)

(159) “Lo que tenemos que tener en cuenta los políticos progresistas, de manera fundamental, es que no hay que tomar lo probable como ineludible.” (Alfonsín, La Nación 29/05/01)

Para operar aquella distinción respecto del “gobierno”, estos enunciadores mantuvieron el “diagnóstico” de la tónica asistencialista sobre “la crisis política”, pero dejaron atrás su articulación con el *topos paliativo*²⁶⁵. Para ellos, ya no alcanzaba con tener “sensibilidad” ante “los problemas sociales” que podían causar

²⁶⁵ En los capítulos precedentes resumimos gráficamente el *topos paliativo o de la paliación social* como [+ esfuerzo/medidas antipáticas + sensibilidad social], y señalamos que era complementario a la justificación de las medidas en clave de *inevitabilidad* (dado que, si eran ineludibles, sólo restaba encarar “la cuestión social” a partir de medidas que paliaran las consecuencias negativas de aquellas).

las medidas fundadas en el “diagnóstico” fiscalista; ahora era preciso pensar todo “un proyecto alternativo al menemismo” (que no incluyera a Cavallo, cuya presencia en el gabinete era interpretada como la consagración de la continuidad del “proyecto”/ “modelo” fiscalista).

Mientras tanto, la situación a mediados de mayo, y luego de más de diez días de corte ininterrumpido de la ruta nacional N° 3 (La Matanza) por parte de 3000 desocupados, despertó la preocupación de un sector de la dirigencia política por un posible “estallido social”. Los *piquetes*²⁶⁶ y movilizaciones de desocupados y trabajadores se multiplicaban también en la zona sur de la provincia de Buenos Aires, en Jujuy, Río Negro y Formosa (La Nación, 17/05/01), pero el debate más resonante sobre este punto, se produjo por las protestas en la provincia de Buenos Aires. Su gobernador las articulaba a los reclamos por los fondos adeudados por la Nación (“La crisis en las calles es porque el gobierno de De la Rúa firmó acuerdos que no cumple”, (Ruckauf, P/12 17/05/01)), se preguntaba: “si lo que vemos todos los días por televisión, cortes de ruta por todo el territorio nacional, marchas hacia el Ministerio de Trabajo, no es un estallido, díganme de qué se trata un estallido”, y concluía: “claramente lo que tiene que hacer De la Rúa no es irse sino gobernar”²⁶⁷ (Ruckauf, La Nación, 17/05/01²⁶⁸). El presidente se hizo cargo de la pregunta y, esa misma tarde, respondió: “nada de eso va a ocurrir. Él [por Ruckauf] no debe caer en esto de decir que la responsabilidad es de otro” (De la Rúa, Clarín 17/05/01²⁶⁹). Los

²⁶⁶ El *piquete* constituye una forma de protesta social que surgió a mediados de los noventa en localidades tanto del norte (Tartagal y Mosconi en Salta) como del sur (Cutral-Có y Plaza Huincul, en Neuquén) del país, pero que –durante el periodo que aquí analizamos– se difundió ampliamente. En sus orígenes, fue puesta en práctica –principalmente– por trabajadores desempleados (en el caso de aquellas ciudades, ex empleados de la empresa petrolera estatal YPF víctima de los procesos de “reforma del estado” de los noventa) y consiste, centralmente, en el corte de una ruta, aunque su difusión lo extendió a calles y avenidas urbanas. Para un estudio detallado de este modo de acción colectiva y su desarrollo durante este periodo, consultar (Svampa, M.; Pereyra, S., 2003).

²⁶⁷ El intendente de La Matanza (uno de los distritos con mayor población y mayores conflictos de la provincia de Buenos Aires, donde se realizaba un piquete que, a esa altura, llevaba casi dos semanas) declaraba en el mismo sentido : “El Presidente no toma ninguna decisión política para detener esta crisis y enfrenta a los pobres contra los más pobres.” (Balestrini, La Nación 17/05/01)

²⁶⁸ “De la Rúa se niega a observar la realidad y prefiere mirar para otro lado. Y se enoja porque yo digo la verdad.” (Ruckauf, Clarín 18/05/01)

²⁶⁹ “Lo que debe hacer Ruckauf es atender con sus recursos las necesidades sociales de su provincia. El sigue con el estilo de transferir responsabilidades que pasan en su distrito a la Nación. Pero la provincia no se puede desentender, porque estos hechos ocurren en territorio bonaerense.” (De la Rúa, Clarín 18/05/01) Además, apuntaba a establecer una diferencia entre las provincias y sus respectivos gobernadores, procurando instalar un eje de conflicto al interior del PJ: “Diría que esta provincia [la de Buenos Aires] es la única que siempre dice que los problemas corresponden a la Nación, mientras

piquetes de mayo se instalaron en el campo discursivo de lo político a partir de acusaciones cruzadas entre gobernadores y miembros del ejecutivo nacional, que colocaban en el origen de la protesta a la inacción, a la falta de toma de decisiones y a la desresponsabilización de uno u otro actor, pero que eludían la clave del debate que planteaban las organizaciones piqueteras: “Todas estas idas y vueltas del Gobierno son una provocación; quieren quebrar cualquier resistencia contra el modelo.” (D’Elía, P/12 19/05/01)²⁷⁰. Esta construcción cimentaba esa imagen de una cierta distancia entre “la gente” y “los políticos”, aunque afectó más a la figura del presidente²⁷¹ que a la del gobernador.

Mientras tanto, para otra fracción de la dirigencia, la verdadera amenaza que acechaba era el *default*, por lo que, para evitar caer en la cesación de pagos, se anunció –luego de varias semanas de tratativas– el “megacanje” para postergar el pago de parte del capital e intereses de la deuda externa²⁷². A diferencia de otras medidas decididas, este canje no se presentó específicamente como *inevitable* (y, igual que el “blindaje”, tampoco con un resultado *inexorable*). Era definido como “el camino principal” (Sturzenegger, asesor de Cavallo, La Nación 28/05/01) para bajar el “riesgo país” y “como “sólo una parte” de un “ambicioso programa” de “reformas estructurales” (Cavallo, La Nación 28/05/01). En su presentación, se retomó, una vez más, el elemento clave de la convertibilidad, porque el ministro afirmaba que, con este programa, “la estabilidad [iba] a durar por décadas” (Cavallo, P/12 25/05/01). Y pese a que la *inevitabilidad* y la *inexorabilidad* parecían haber sido desechadas –al

que Carlos Reutemann se preocupa de los problemas de su provincia y el gobernador de Córdoba, José Manuel De la Sota, también se ocupa de los suyos.” (De la Rúa, P12 18/05/01)

²⁷⁰ Las críticas al “modelo” se articulaban con demandas que podían ser absorbidas más rápidamente por el gobierno. Los reclamos en aquella clave continuaron, pero el piquete de La Matanza finalizó al fines de mayo cuando dos de los líderes piqueteros (D’Elía y Alderete) se reunieron con miembros del Ejecutivo y convinieron la entrega de “7500 planes Trabajar, (...) 1900 órdenes de pago correspondientes a subsidios atrasados desde febrero último (...), el envío de medicamentos y elementos de trabajo por un valor de dos millones de pesos.” (La Nación, 24/05/01) Como señalaron D’Elía y Alderete, la concreción de una mesa de diálogo significó que el gobierno “escuchó” sus demandas, pero sobre todo el reconocimiento de los actores *piqueteros* y su derecho a “peticionar ante las autoridades” (D’Elía, La Nación 24/05/01).

²⁷¹ Sus intentos de distanciarse del conflicto sólo alimentaban esa imagen; para procurar reafirmar su autoridad, De la Rúa enfrentaba a aquellos que la ponían en duda: “El que comanda la nave, el que gobierna, el que ejerce el mando soy yo. El Presidente soy yo, así que míos son los deberes y mías las responsabilidades.” (De la Rúa, La Nación 19/05/01)

²⁷² El “megacanje” consistió en un canje voluntario de bonos por el cual “a cambio de reducir en 12.000 millones de dólares los pagos de interés y capital entre 20001 y 2005, [se aumentaron] los pagos en los siguientes veinticinco años por 66.000 millones de dólares y [se] admitió una tasa del 15% anual.” (Nemiña, 2014, pág. 232)

menos momentáneamente, porque volverían con la aplicación de la política del “déficit cero”–, se reeditaba la temporalidad en dos etapas, porque con el canje “se resolvió lo urgente y ahora vamos por lo más importante, el crecimiento de la economía” (Cavallo, Clarín 04/06/01). El “megacanje” era “una medida más” (Cavallo, Clarín 06/06/01) no sólo porque formaba parte de un plan más amplio, sino porque su anuncio no tenía la potencia del “blindaje”. Como si fueran las capas de una cebolla, en mayo del 2001 se superpusieron una multiplicidad de factores que delinearon un panorama más complejo que en diciembre del año previo: la reactivación esperada luego del canje anterior no había llegado, el rechazo generalizado al “programa” de López Murphy era aun un antecedente fallido muy reciente, el ingreso de Cavallo parecía haber traído más conflictos que soluciones y no había logrado garantizar el beneplácito de “los mercados”, el gobierno era cada vez más débil (su fuerza política estaba altamente fragmentada, mientras que la oposición partidaria seguía –aunque no homogéneamente²⁷³– la senda de la construcción de un discurso cuestionador del camino fiscalista) y, finalmente, la protesta social seguía propagándose, acercándose peligrosamente al “estallido social”. En esta coyuntura, se lanzó el tercer “diálogo político”²⁷⁴, un nuevo “plan de reactivación” y la reedición de la “canasta de monedas”. Dedicaremos el próximo apartado a su análisis.

4.1.3. El “plan de reactivación” de junio y la “convertibilidad ampliada” (junio 2001)

Si “lo urgente” era el canje, “lo importante” era el crecimiento. Y, como “los mercados” *decían* –en su lenguaje, el “riesgo país”– que el canje había sido “exitoso”²⁷⁵ (Dawson²⁷⁶, La Nación 09/06/01), sólo restaba poner manos a la obra

²⁷³ Dentro del propio Partido Justicialista las líneas de conflicto eran múltiples. Al eje provincias grandes/ provincias chicas, se había sumado el conflicto interno derivado de la implementación de la prisión preventiva para el ex presidente Menem por el caso de venta de armas a Croacia y Ecuador durante su presidencia.

²⁷⁴ Desde el inicio de la gestión aliancista, ya se habían realizado dos convocatorias de este tipo; la primera luego de la reforma laboral (desde junio del 2000) y la segunda, a fines de marzo del 2001. Como sus antecesores, el “diálogo político” de junio tuvo poca repercusión. Incluyó una reunión de la CGT oficial y un almuerzo en la Quinta presidencial de Olivos con Eduardo Duhalde. Precisamente, éste último fue quien mayor rédito obtuvo del “diálogo”, porque representó un reforzamiento de su rol como interlocutor legítimo del gobierno y como dirigente con propuestas “alternativas” (clave en su elección como senador nacional en octubre) y cierto consenso, sobre todo entre “los políticos” (central para su nombramiento como presidente provisional en enero del 2002).

²⁷⁵ A principios de mes, el diputado Mario Cafiero, con apoyo de una parte importante del bloque del PJ, presentó en la Cámara Baja un documento que cuestionaba algunos aspectos legales y financieros

con la segunda etapa. La primera mitad de junio del 2001 transcurrió entre los intentos de consolidación de un nuevo “diálogo político” y la ejecución del “plan de reactivación” que, como el anterior, retomaba algunos elementos de los cuestionamientos basados en la tónica mercadointernista, al punto de que el propio Duhalde afirmaba que “muchas de las medidas que se están tomando hoy con cuenta gotas eran las que proponíamos nosotros” (La Nación, 16/06/01).

El plan de junio del 2001 tuvo como objetivo “impulsar el consumo interno y la exportación”, para “superar la difícil situación en que recibí el 10 de diciembre” (De la Rúa, 15/06/01). Retomaba el tópico de “la situación heredada” pero para explicar ya no el alto déficit fiscal, sino la falta de crecimiento y de consumo interno. Incluía modificaciones en el impuesto a las ganancias para los sectores de mayores ingresos, la posibilidad de “un aumento general a los aportes patronales” (Cavallo, Clarín 15/06/01) de las empresas privatizadas (sobre todo de servicios públicos) y la instauración de la “convertibilidad ampliada” (por la inclusión paulatina del euro en la determinación del tipo de cambio). De este modo, el gobierno de De la Rúa decidió asociar el “crecimiento con equidad” (consigna central en su campaña) a medidas que tuvieran en cuenta el componente de la demanda en el desarrollo del mercado interno, casi un año después de que los diputados del Frepaso (y –por aquel entonces aun– miembros del bloque de la Alianza) hubieran planteado la medida “alternativa” de incentivar el consumo²⁷⁷ y el recurso a los aportes patronales para evitar el aumento de impuestos a los sectores medios y bajos²⁷⁸.

del “megacanje”, asociados -principalmente- a las comisiones de casi 140 millones de dólares que habían obtenido los bancos por su rol de intermediadores. En el año 2006, De la Rúa, Cavallo y varios miembros de su gabinete fueron procesados por la causa judicial que se abrió para investigar estos hechos. Luego de un segundo procesamiento, todos resultaron sobreesidos en junio 2014.

²⁷⁶ Thomas Dawson, director del departamento de relaciones exteriores del FMI.

²⁷⁷ De todos modos, el *topos del consumo* [+ salarios – desempleo] era el fundamento argumentativo de medidas de incentivo directo de consumo, como por ejemplo, la propuesta de un subsidio universal para todos los niños y niñas (promovido por Lozano) o, al menos, la no reducción de los salarios (sobre este punto, es necesario recordar que la tónica mercadointernista se consolidó en el contexto de la reforma laboral y la disminución salarial que habían sufrido los empleados públicos). En el caso de este plan, la medida que se presentó como la “incentivación del consumo” (y parte de los actores lo “leyeron” de la misma manera) fue “la deducción especial y las deducciones por las cargas de familia (esposa, hijos y otros familiares a cargo) [que volvían] a los niveles que tenían hasta el 31 de diciembre de 1999, es decir a la situación anterior al ‘impuestazo’ que aplicó el Gobierno a los pocos días de asumir. Esta decisión generaría una mejora real que oscila entre 1% y 5% para los salarios de bolsillo de los trabajadores en relación de dependencia que ganan entre 1.500 y 4.000 pesos.” (Clarín, 16/06/01)

²⁷⁸ Documento “Construyamos otro modelo” (30/05/00). En el apartado 2.2.4 se provee un análisis detallado del mismo como eje de la articulación tónica mercadointernista.

(160) “El Gobierno está al frente de la lucha para impulsar la producción y el crecimiento. Fue el objetivo central del Gobierno desde el inicio. (...) Este plan, queridos compatriotas, es una respuesta a la legítima demanda de quienes no tienen trabajo y sufren la extrema pobreza, pero es una invitación a todos para trabajar por el crecimiento con equidad, consigna fundamental de mi gobierno para felicidad de todos los argentinos.” (De la Rúa, La Nación 16/06/01)

(161) “Se equivocan de cabo a rabo [quienes ven aquí una devaluación encubierta] porque sólo se pueden devaluar las monedas, y aquí no hay ningún cambio monetario. Cualquier argentino podrá comprobarlo el lunes: con un peso podrá seguir comprando un dólar, o viceversa. Nosotros habíamos sufrido la exagerada apreciación del dólar y con la nueva convertibilidad lograremos protegerla de esta inestabilidad sin que haya devaluación alguna, ni ahora ni en el futuro.” (Cavallo, La Nación 17/06/01)

(162) “(La Nación) -Varias de estas medidas eran reclamadas desde distintos sectores: el manejo alternativo del tipo de cambio, la vuelta atrás con el aumento impositivo. ¿Qué cambió para que el Gobierno se decidiera a tomarlas ahora?

(De la Rúa) -No entiendo que alguien haya planteado alternativas claras...

(LN) -La Unión Industrial Argentina, por ejemplo.

(DLR) -Ha habido el deseo de encontrar el camino de crecimiento, pero no programas que pudieran implementarse y, al mismo tiempo, preservar el equilibrio fiscal imprescindible para la salud económica. Aquí se toman medidas que, sin afectar la solvencia fiscal, permiten la reactivación de algunos sectores. Se fueron poniendo en marcha programas de competitividad por sectores. Dijimos claramente: no se puede hacer todo a la vez porque no lo resiste la solvencia fiscal.” (17/06/01)

Pero el hecho de que las medidas en sí mismas hubieran despertado consenso en amplios sectores –precisamente por apuntar al incentivo del consumo²⁷⁹– no alcanzó para determinar el éxito del plan de junio porque, para muchos de ellos, aunque aquellas iban “en la dirección correcta y en conjunto son positivas”, “llega[ba]n 18 meses tarde” (Ruckauf, La Nación 17/06/01). La cuestión de la temporalidad, de los tiempos definidos políticamente para la toma de cada decisión y, con ello, de la forma en que es construido discursivamente el tiempo –como hemos intentado exponer a lo largo de este trabajo²⁸⁰– fueron claves para la

²⁷⁹ Sobre este punto, las críticas apuntaron a la devolución de ganancias que impactaba solamente en aquellos sectores de ingresos superiores a los \$1500. El economista del Frepaso, Enrique Martínez afirmaba: “no hubo medidas para la recuperación del ingreso de los sectores populares” (P/12 17/06/01). Algunos titulares, incluso, dejaban en claro que la medida apuntaba únicamente a los sectores de ingresos medios (y no así a los bajos): “La nueva convertibilidad: medidas para mejorar los ingresos de la clase media. El Gobierno lanzó un plan que busca estimular el crecimiento económico” (titular central de Clarín, 17/06/01) Para otros, las medidas eran el ingreso “balbuceante” del gobierno “en la más plena heterodoxia, obligado por sus ambiciones políticas que le demandan la necesidad de reactivar la economía. Para desgracia de todos nosotros, este balbuceo pone de manifiesto la ambigüedad, la debilidad y la timidez de la propuesta (...)” (comunicado del Polo Social del Padre Farinello, La Nación 16/06/01).

²⁸⁰ El abordaje a partir de la noción de articulaciones tópicas apunta, en ese sentido, al análisis de los discursos por medio de la identificación de los principales argumentos y cadenas argumentativas (para lo cual recurrimos a la teoría de los topoï de Ducrot) y también de la temporalidades (series temporalidad, líneas de tiempo en la que se inscribe la propia identidad y la de la alteridad, etc.) que

construcción del consenso en torno a cada medida. Hasta ese momento, las políticas llevadas a cabo habían dejado “el consumo” para una segunda etapa porque “controlar el déficit fiscal” era definido como el objetivo clave y las medidas tendientes a lograrlo, como *inevitables* (y adoptadas en situaciones de *excepcionalidad*). “La reactivación”, “el consumo”, el “desarrollo del mercado interno” vendrían *después*, como consecuencia *inexorable* de las medidas *inevitables*. Sin embargo, los múltiples “planes”, “programas”, “shocks” y “paquetes de medidas” implementados desde diciembre de 1999 no habían logrado controlar el déficit (a pesar de que cada una había sido presentada como *inevitable, el único camino posible*), y, por supuesto, tampoco se había llegado a las “segundas etapas” (reactivación del mercado interno, mejora del consumo masivo) que se esperaba devinieran *inexorablemente* luego. Pero, además, también se había hecho patente que cada medida/plan/programa no era “el único camino posible” por lo que el argumento de la *inevitabilidad* fue perdiendo –paulatinamente– legitimidad. No sólo porque en la coyuntura de cada anuncio habían emergido polémicas discursivas con propuestas diferentes que se construían a sí mismas como “alternativas”²⁸¹, sino también porque la sucesión de medidas no siempre equivalentes entre sí, dejaba entrever (a pesar de los esfuerzos –sobre todo en la voz de De la Rúa– por presentarlas como continuidad de un único y coherente plan de gobierno) que efectivamente era posible abordar “la crisis” de diferentes modos²⁸² y que la decisión por uno u otro era claramente política.

con aquellos se articulan. Por caso, hemos hecho particular hincapié en la forma de construcción del tiempo de la tópica fiscalista, asociada a la inevitabilidad y la inexorabilidad del camino adoptado. Debemos aclarar, sin embargo, que las observaciones específicas (que permiten concluir, por ejemplo, que los topoi del crecimiento y la eficiencia aparecieron, en general, asociados a la temporalidad de la inevitabilidad, mientras que el consumo se presentó en articulación con temporalidades que revelaban la existencia de “caminos alternativos”) corresponden a este caso específico de estudio. Dejamos abierto el interrogante para futuros estudios: ¿pueden constituirse discursos que articulen, por ejemplo, el *topos del consumo* con la temporalidad de la inevitabilidad?

²⁸¹ Nuestro análisis apunta a mostrar cómo los mecanismos de retome, reformulación y establecimiento de polémicas en torno diferentes objetos de discurso los construyen dialógicamente, es decir, *en y por* la interacción de múltiples discursos. En los objetos que hemos estudiado hasta aquí, el sector del gobierno que promovía la medida en cuestión establecía también polémicas con aquellos enunciadores que promovían una vía alternativa, por lo que colaboraban a definirla como tal (ver el caso de la “reforma laboral”, apartado 2.2.3.).

²⁸² El abordaje de la cuestión impositiva es elocuente al respecto: en diciembre del 99 se habían aumentado los impuestos (mientras Cavallo decía que ese camino era incorrecto y que “el gasto” debía bajarse sin aumentar impuestos, por medio de recortes); en mayo del 2000, se apuntó a reducir el gasto público, ahora sí, por medio de la reducción presupuestaria que seis meses atrás se consideraba imposible. Luego de pregonar la necesidad de lograr “el crecimiento” por medio de “la reactivación” en noviembre del 2000, en marzo del año siguiente se retornó al enfoque más crudo de

Por otro lado, del “diálogo político” promovido por De la Rúa a principios de junio sólo quedó un cierto robustecimiento de la figura personal de Duhalde como interlocutor legítimo, a la vez que como representante de un “diagnóstico” alternativo que retomaba (con mayor claridad que el “plan reactivador” del gobierno) el *topos del consumo*²⁸³. Unos días después de que el gobierno decidiera continuar reforzando su postura fuertemente represiva de la protesta social (y que, en este caso, tuvo como resultado el asesinato de dos piqueteros en General Mosconi –Salta– a manos de Gendarmería Nacional), Eduardo Duhalde dio impulso a la propuesta de conformación de un “Movimiento Productivo Nacional”. En consonancia con declaraciones de miembros de la Unión Industrial Argentina, el futuro candidato a senador retomó polémicamente la afirmación que algunos días atrás había pronunciado Cavallo para introducir el “plan de reactivación”: “lo urgente” no era el canje, sino “un megaplán social, consistente en subsidios para las jefes y jefes de familia desocupados. Esto es lo urgente” (Duhalde, P/12 25/06/01).

(163) “Es decir, una concertación patriótica que ponga en el centro del poder de decisión a la comunidad productiva capaces de formular un nuevo proyecto nacional fundado en el trabajo, la producción y la distribución justa de la riqueza. Esa será la salida definitiva de la crisis.” (Duhalde, P/12 25/06/01).

(164) “La Argentina tiene que volver a crecer, pero no queremos cualquier crecimiento, sino que sea con una equitativa distribución del ingreso, alto valor agregado en la producción, menor vulnerabilidad externa y mayor empleo.” (De Mendiguren, La Nación 21/06/01)

(165) “El pensamiento productivo está disperso y hay que ubicarlo en el centro de la escena, a la vez que hay que desplazar al poder financiero.” (documento creación Movimiento Productivo Argentino²⁸⁴, Clarín 22/06/01)

la reducción de “el gasto” (“improductivo” y que implicaba la permanencia de “privilegios”). Le siguieron nuevos intentos “reactivadores” y otras medidas exclusivamente direccionadas al déficit fiscal. La senda culminaría en diciembre del 2001 con la confiscación de los depósitos de los ahorristas (el “corralito”).

²⁸³ La imagen pública de Duhalde se había visto fuertemente erosionada luego de su fracaso en las elecciones presidenciales de 1999. Su intento de diferenciarse de Carlos Menem había naufragado frente a la popularidad de De la Rúa, quien aparecía ante el electorado como una opción novedosa. Duhalde, por el contrario, fue menos eficaz en lograr aquel objetivo y podemos señalar al menos dos razones, es decir, dos aspectos que lo vinculaban al presidente riojano: por un lado, sus estrechos vínculos mientras había sido gobernador bonaerense y, por el otro, un elemento compartido de sus discursos que, como advierte Mauro, “subordinaron la tematización de la corrupción a la enunciación de los logros económicos del gobierno [Menem] o de promesas en materias económica y social [Duhalde]” (Mauro, 2012a, pág. 80). Menos de dos años después, el ingreso de Cavallo (ex ministro de Menem) al gabinete de la Alianza, el empeoramiento de los indicadores económicos y sociales y el fortalecimiento del debate en clave de crítica al “modelo” y cada vez más vinculado al *topos del consumo* (con foco en la producción y el mercado interno, ejes de su campaña en 1999), contribuyeron a modificar aquella ecuación.

²⁸⁴ En la misma nota se informa que “entre los fundadores figuran los diputados César Albrisi (como Alchouron, de Acción por la República), Alfredo Allende (UCR) y Héctor Cavallero (Partido del

En los capítulos precedentes ya habíamos señalado ciertos retomes de elementos de la tónica mercadointernista en la voz de Duhalde (e.g. crítica en clave del “modelo”). En este periodo, cobró aun más fuerza gracias al retome del *topos del consumo* (con eje en la distribución del ingreso/la riqueza más “justa” o “equitativa” como clave para el desarrollo del mercado interno)²⁸⁵, el reforzamiento de crítica integral (donde “proyecto” es asimilable a “modelo”) y la construcción del adversario que delineaba un *otro* asociado al “poder financiero”²⁸⁶ (por oposición a los que desean “un nuevo proyecto nacional fundado en el trabajo, la producción y la distribución justa de la riqueza” (163)) y que no se reducía a ciertas instituciones y/o actores, sino que implicaba un conjunto de ideas, una cosmovisión “ultraliberal” (Duhalde, La Nación 30/06/01). Pero estos retomes se produjeron, además, en un nuevo contexto, signado por al menos dos elementos: a) los magros resultados macroeconómicos de las medidas de fundadas en lo que hemos denominado tónica fiscalista y un fuertísimo deterioro de las condiciones de vida de la mayoría de la población²⁸⁷; y b) el inicio de la carrera electoral hacia octubre del 2001, en la que el ex gobernador sería primer candidato a senador por la provincia de Buenos Aires (lo que implicó que su exposición pública aumentara drásticamente).

Progreso Social de Santa Fe). Por la Capital, asistieron el secretario de Desarrollo Económico, Eduardo Hecker, y los legisladores justicialistas Alberto Fernández y Julio Vitobello. También firmaron el documento Osvaldo Rial (vicepresidente de la Unión Industrial), Eduardo Buzzi (titular de la Federación Agraria), Dardo Chiesa (CARBAP), Gregorio Chodos (Cámara de la Construcción), Alberto Vázquez (SANCOR), Nilda Brovida (Telmec) y Mario Frigerio (Cámara de Informática.” (Clarín, 22/06/01).

²⁸⁵ Estas formulaciones asociadas a la “justicia social” (una de las tres banderas justicialistas) y la redistribución” permiten inscribir los discursos duhaldistas de este periodo en la tradición peronista. Entendemos por tradición una de las tres dimensiones de la constitución de las identidades políticas (junto con las de la alteridad y la representación) y, como tal, es aquella que coloca el foco en el sistema temporal en el que se inscribe una identidad al delimitar “[una] interpretación del pasado y [una] construcción del futuro deseado [que] se conjugan para dotar de sentido a la acción presente” (Aboy Carlés, 2001, pág. 68).

²⁸⁶ Como señalamos en el apartado 2.2.4, “el capital financiero” era parte de la alteridad que esta tónica delineaba y, lo que es más, se lo asociaba explícitamente a la figura de Cavallo.

²⁸⁷ La tasa de desocupación en mayo del 2001 alcanzó el 16,4% (por lo que implicaba un aumento del 1% respecto del mismo mes del año anterior); algunos meses después, en octubre, llegaría al 18,3% (segundo nivel más alto del periodo 1999-2003; en mayo del 2002 trepó al 21,5% de la PEA) (1). Respecto a la incidencia de la pobreza, tomando como universo el conjunto de los aglomerados urbanos del país, en mayo del 2001 alcanzaba al 26,2% de los hogares y a casi el 36% de las personas. En octubre de ese año, los hogares bajo la línea de pobreza constituían el 28% y superaba el 38%, en caso de las personas. (2)

(1) Fuente: EPH/INDEC, disponible en

<https://www.indec.gob.ar/ftp/cuadros/menusuperior/archivo/shempleo1.xls>.

(2) Fuente: EPH/INDEC, disponible en https://www.indec.gob.ar/nuevaweb/cuadros/74/pob_tmay01.pdf

Como intentaremos exponer en el punto siguiente, esta construcción de “la crisis” asentada sobre el eje “producción vs. finanzas” fue clave para la articulación de la oposición al plan de “déficit cero” que intentaron llevar a cabo Cavallo y un sector del gobierno a partir de julio.

4.2. “Gastar sólo lo que tenemos”: el triunfo la tónica fiscalista en el contexto del “déficit cero” (julio – noviembre 2001)

Esta sección se presenta segmentada en dos apartados, en los que se estudiará la construcción de “la crisis” en el marco del “déficit cero” y en el contexto de los comicios legislativos de octubre. Con el anuncio de la “Ley de déficit cero”, la tónica fiscalista volvió a ser el centro de los argumentos sobre los que se asentaron las políticas públicas del gobierno de Fernando De la Rúa; y, junto con el retorno de los *topoi* de la eficiencia y de los costos, las enunciaciones políticas giraron también alrededor del *topos* del ahorro político y del “diagnóstico” de la “crisis política” (que contribuyeron a dar sentido al proceso de deslegitimación de “los políticos” –frente a “la gente– y a la emergencia de lo que se conoció como el “voto bronca”). Por último, y en relación a la coyuntura de los comicios de octubre del 2001, proveemos un análisis de un conjunto de discursos políticos de los principales candidatos y las disputas que establecieron entre ellos en el marco de la campaña electoral, en la cual, y en consonancia con lo que expusimos hasta aquí, fue central la polémica por “el modelo”.

4.2.1. El “déficit cero” y el resurgimiento el *topos* del ahorro político

La “ley de déficit cero” fue presentada por De la Rúa y Cavallo el 11 de julio del 2001, algunos días después de un nuevo llamado del gobierno a “la unidad nacional”. Esta convocatoria se realizó en un campo discursivo en que proliferaban los “diagnósticos” que situaban en la ausencia de liderazgo político, parte de las causas de “la crisis”²⁸⁸.

²⁸⁸ A fines de junio confluyeron, además, dos sucesos. Por un lado, se difundieron rumores de renuncia del ministro Cavallo. Por el otro, durante varios días de la última semana del mes, los discursos políticos y mediáticos se ocuparon de tematizar el rol del programa “Videomatch” (conducido por el popular Marcelo Tinelli, en la franja horaria del *prime time* de la televisión abierta argentina) en la construcción de la imagen del presidente De la Rúa. Aquel, contaba con una *sketch* – “El Gran Cuñado”, una parodia del *reality show* “Gran Hermano”–, cuyos personajes eran actores que personificaban a referentes de la escena política del momento. La imitación de De la Rúa (distráido, lento, rozando lo tonto) enojó al presidente y su círculo más cercano. Al respecto, su hijo Antonio afirmó: “Creo que los medios están un poco sobrepasados.(...) creo que se le está faltando

(166) “Creo que le corresponde al Presidente liderar ese cambio. Si acá tiene que haber alguien que conduzca un ordenamiento en ese sentido tiene que ser él. Hay que darse cuenta de que en la solución del problema político está encerrada gran parte de la recuperación.” (Escasany²⁸⁹, La Nación 24/06/01)

(167) “La crisis avanza a cien kilómetros por hora, el Gobierno avanza muy lento.” (Duhalde, La Nación 30/06/01)

Este tipo de discursos tematizaban “la crisis” resaltando el componente “político”. Sin embargo, entendían que “el problema político” (166) tenía distintas aristas. Por un lado, encontramos los que lo vinculaban a la ausencia de liderazgo del presidente y a la lentitud de su gobierno. A este último se le solapaba un segundo “diagnóstico” que también se centraba en una cierta preocupación por el tiempo y “la eficiencia”. Este tipo de análisis (ampliamente difundido en discursos políticos y mediáticos²⁹⁰) tenía centro en un *topos* según el cual [– tiempo + eficiencia], que aquí se aplicaba a la consideración del tiempo político (más lento y por ello menos eficiente).

(168) “La sociedad está demandando al Gobierno mayor eficacia en todas las áreas, y alcanzar los objetivos que están prometiendo. (...) Hay una clara percepción de que no es el gobierno todo lo eficaz que desearíamos, a veces porque en los niveles políticos se demoran en tomar medidas.” (Caro Figueroa, vice jefe gabinete, La Nación 04/07/01)

El tercer y recurrente elemento que se anudaba a aquella “ineficiencia” de “la política” (y también de “los políticos”) era el exceso del gasto público.

[– gasto + eficiencia]

mucho el respeto a la investidura presidencial, más que al Presidente. Esto es malo para los próximos primeros mandatarios, es malo para la Argentina.” (La Nación, 28/06/01). El vocero del presidente indicó: “No, no digo que lo perjudica. Digo que es bueno que nos detengamos a pensar dos minutos hasta dónde podemos tirar de esa cuerquita.” (Ostuni, La Nación, 28/06/01). El propio Fernando De la Rúa, por su parte y quince años después del episodio, sostuvo, contundente: “Tinelli tuvo que ver en mi caída.” (diario Perfil, 25/07/2016)

²⁸⁹ Presidente representativo de la Asociación de Bancos de la Argentina y titular del Banco Galicia.

²⁹⁰ Excediendo los límites de nuestro corpus analítico debemos introducir una breve referencia a los editoriales de los principales periódicos de tirada nacional en los modos de construcción de estos “diagnósticos”. Como señala Freytes Frey (2006) en su análisis de la comunicación política (es decir, con la esfera mediática como objeto de estudio y no solamente como fuente para la construcción del *corpus* analítico) en el contexto de esta misma coyuntura que aquí estudiamos (la “Ley de Déficit cero” y las elecciones de octubre del 2001), “la prensa gráfica (...) opera como una instancia específica de elaboración, explicitación y fijación de los esquemas de interpretación que organizan la tematización de la actualidad, no sólo en producción de noticias, sino bajo la forma de editoriales y columnas de análisis y opinión” (2006, pág. 53).

El caso de los editoriales del diario La Nación es particularmente elocuente al respecto. “Pero hoy resulta imposible explicar la recesión sólo por cuestiones económicas. El contexto político es lo suficientemente complejo como para frenar cualquier intento de crecimiento.” (Roberto Cachanosky, 06/07/01) “No existe acaso, también, un déficit político? (...) La reconstrucción del poder requiere también de una reparación de la autoridad política y social.” (Joaquín Morales Solá, 08/07/01).

(169) “La desconfianza se quiebra mejorando la gestión pública, pidiendo menos plata y ajustando el gasto público.” (Colombo, La Nación 09/07/01)²⁹¹

A estos dos *topoi*, subyace un común, según el cual, “menos es más”, ya sea tiempo o gasto (por ejemplo, [– tiempo + eficiencia] y [– gasto + eficiencia], respectivamente). A continuación, analizaremos el funcionamiento de este *topos* en la construcción de “la crisis” que subyació al “déficit cero”.

La convocatoria a la “unidad nacional” que se lanzó en el contexto de los festejos del Día de la Independencia del 9 de julio tuvo poco impacto²⁹², por lo que el anuncio de la “Ley de déficit cero” se produjo en un marco en el que el gobierno contaba con poco consenso, después de los intentos sucesivos y fallidos de salir del proceso recesivo y con los bancos prestando dinero (que ya era imprescindible para el sostenimiento de las erogaciones cotidianas de todos los niveles de gobierno) a tasas altísimas²⁹³. El “déficit cero” se fundó en un “diagnóstico”, según el cual, la falta de crédito no era definida como algo negativo “porque eso obligará a que el sector público nacional y provincial tengan que gastar sólo lo que recaudan” (Cavallo, La Nación 11/07/01); el siempre deseado “ahorro” era así presentado como una imposición de los hechos, en el marco de una “crisis [que era] la más difícil de nuestra historia reciente”²⁹⁴ (Cavallo, P/12 11/07/01). El anuncio se realizó en dos etapas; una primera, en una conferencia de prensa que funcionó como presentación del plan, y una segunda, por cadena nacional, en la que se definieron en detalle los puntos centrales del mismo.

(170) “Soy el primero en asumirlo: no podemos seguir pagando las tasas de interés que nos exigen Vamos a gastar sólo lo que tenemos, lo que recaudamos. Vamos a combatir la evasión y ustedes tienen que ayudarme para recaudar más” y tener más

²⁹¹ En línea con lo señalado en la nota anterior, el editorial del periodista Mariano Grondona afirmaba: “De un lado, existe el desafío objetivo del inmenso gasto público. Del otro, brilla la ausencia de una clase política capaz de enfrentarlo. ¿Puede extrañar entonces el pesimismo de los observadores internacionales? Ven el mal pero, sobre todo, se alarman ante la impotencia de la clase política para asumirlo.” (La Nación, 08/07/01)

²⁹² “Siempre vamos a estar a favor de la unidad nacional, pero queremos saber el contenido.” (Ruckauf, La Nación 10/07/01) “Es para una foto, es una convocatoria muy liviana.” (Solá, La Nación 10/07/01)

²⁹³ Mientras el “riesgo país” seguía su carrera ascendente, la licitación de letras del tesoro del 10 de julio se llevó a cabo por altísimas tasas de entre el 14 y el 16%, lo que fue interpretado por todos los actores como resultado de la falta de confianza de “los mercados” respecto a la capacidad de pago del país. El dinero era cada vez más caro por lo que la capacidad de tomar deuda se veía fuertemente restringida.

²⁹⁴ Una vez más, un ministro de economía del gobierno aliancista recurría a la condición excepcional de la coyuntura económica para justificar la adopción de políticas públicas.

²⁹⁵ “La gente puede ayudarnos a recaudar pagando lo más posible con tarjeta de crédito o de débito.” (Cavallo, La Nación 11/07/01)

recursos para atender las obligaciones del Estado nacional. Se trata de eliminar el déficit y no depender de préstamos caros.” (Conferencia de prensa De la Rúa, La Nación 11/07/01)

(171) “Hay un sólo camino para resolver nuestros problemas: gastar sólo lo que tenemos. Cualquiera que diga que existe otra alternativa, miente. (...) La reducción del gasto es ineludible, pero será según nuestros propios criterios y protegiendo a los que más necesitan.” (Conferencia de prensa De la Rúa, La Nación 11/07/01)

(172) “Tengan la absoluta seguridad que la Argentina tiene esta única solución para retomar la senda del desarrollo económico y social. La alternativa sería el sufrimiento de todos.” (Conferencia de prensa De la Rúa, La Nación 11/07/01)

(173) “Hemos terminado una jornada de mucho trabajo, delineando los aspectos fundamentales del plan de déficit cero. Este plan de ahorro es la única salida, la salida segura, que fortalece nuestra economía y asegura nuestro futuro. La única salida. Por esa razón, el plan que anuncié durante la semana, los detalles que enunciaremos hoy, no es negociable, son medidas absolutamente necesarias para superar la situación difícil que tenemos.” (Cadena Nacional, De la Rúa 15/07/01)

(174) “Por eso no planteo un ajuste, no voy a despedir ni a un solo trabajador ni voy a devaluar nunca, porque eso sí sería ajustar a la gente y sacarle la plata del bolsillo todos los días. El ajuste es lo que vamos a evitar con este ahorro.” (Cadena Nacional, De la Rúa 15/07/01)

El “plan de déficit cero” ataba las erogaciones públicas a los ingresos, a la vez que reducía en un 13% los salarios de los empleados estatales y las jubilaciones que superaran los \$300. Los objetivos definidos para este plan apuntaban a marcar una continuidad con las medidas adoptadas previamente: “eliminar el déficit” para “reactivar la economía, impulsar el crecimiento y crear trabajo” (De la Rúa, La Nación 11/07/01), es decir, “ahorro, crecimiento y lucha contra la evasión” para “distribuir lo que tenemos con equidad” (cadena nacional, De la Rúa 15/07/01). En este sentido, se retomaron dos aspectos recurrentes de la articulación tópica fiscalista: el *topos del gasto* ([– gasto + equidad]) y la *inevitabilidad* del camino decidido. Ambas alocuciones del presidente (y sus sucesivos retomes) hicieron particular hincapié sobre este último aspecto. En un contexto económico-financiero en el que los bancos habían aumentado fuertemente las tasas y la base monetaria se contraía rápidamente, la decisión del gobierno de sostener la convertibilidad como una variable indiscutible era complementaria a la construcción del “plan de déficit cero” como *inevitable* (fragmentos 171, 172 y 173).

En primer lugar, esta construcción del “diagnóstico” basado en la *inevitabilidad* permitía delinear un contradestinatario (Verón, 1987) doble: a) los que “nos exigen” las tasas de interés que “no podemos seguir pagando”, y b) los que “mienten” al afirmar “que existe otra alternativa”. Ambos aspectos eran compatibilizados por medio de la exclusión de las posibilidades que podían colegirse

del primer segmento (declaración de la cesación de pagos, reestructuración consensuada o compulsiva de “la deuda”) y por la consecuente adopción *inevitable* del “déficit cero”. El primer aspecto repetía la definición del adversario asociado al “poder financiero” (en este caso, aquellos actores e instituciones que prestaban el dinero y decidían las tasas de interés²⁹⁶), que ya registramos en la sección anterior y que, en mayor o menor medida, había caracterizado los discursos de un sector del gobierno desde la asunción de Cavallo como ministro de economía. El segundo, por otro lado, retomaba (como observamos en diversos discursos, como el de asunción de De la Rúa) el clivaje mentira-verdad para descalificar a un segundo tipo de adversario que, por proponer políticas públicas alternativas, faltaba a “la verdad”²⁹⁷, dado que el camino definido era “la única salida” (173). Al igual que observamos en la construcción discursiva de los objetos “impuestazo” o “reforma laboral”, esta definición del “plan de déficit cero” asociaba la *excepcionalidad* de la situación crítica (“la más difícil de nuestra historia reciente” (Cavallo, P/12 11/07/01)) a la *inevitabilidad* de la política pública que se encararía para conjurarla. En todos estos casos, identificamos discursos políticos que contribuyen a deslegitimar el rol de “la política” como aquel conjunto de prácticas, actores (“los políticos”) e instituciones en los que se define lo común de la comunidad. Y esto porque aquella construcción, que no concibe la posibilidad de caminos y temporalidades alternativas²⁹⁸, relega a “la política” y a “los políticos” a un lugar secundario –derivado–, en el que nada pueden hacer más que dejar que lo *inevitable* se produzca. Creemos que esta forma de concebir las políticas públicas como *ineludibles* (fragmento 171) no sólo obturó ciertos debates públicos durante gran parte el periodo (por ejemplo, sobre la convertibilidad), sino que también contribuyó a cimentar la falta de legitimidad de

²⁹⁶ Como también señalamos anteriormente, esta construcción del adversario coincidía –en parte– con la que la tónica mercadointernista formulaba hacia más de un año y medio. Mientras aquí el adversario era sólo “el poder financiero”, la tónica referida anudaba a ese conjunto de actores e instituciones, la alteridad de una cierta cosmovisión o conjunto de ideas (*i.e.* “neoliberalismo”)

²⁹⁷ “La ley de déficit cero es la ley de la verdad.” (De la Rúa, discurso en la Asociación Rural, La Nación 05/08/01)

²⁹⁸ Si el presente es inevitable, “ineludible” (fragmento 171), es todo lo que puede ser y, por ende, toda temporalidad alternativa no es pensable. Este tipo de discursos políticos no sólo ocuyen la contingencia que habita el origen de toda decisión política, sino que –además– impiden el debate de otras opciones/temporalidades alternativas. En este sentido, parece necesario pensar (en línea con Derrida (1998)) qué rol juega la construcción del tiempo en el pensamiento político y si es posible delinear una forma de concebir lo político capaz de pensar su propia contingencia (por lo que esta propuesta no se limita al campo teórico del pensamiento *sobre* lo político, sino al modo en “los políticos” dotan de sentido su propia práctica, entre ellos y respecto al resto de los actores).

“los políticos” y la cesura, la distancia, entre ellos y “la gente”²⁹⁹. En este sentido es que creemos posible pensar que “la palabra política” (Rinesi, E. y Vommaro, G., 2007) contribuyó a construir su propia deslegitimación.

No debemos olvidar, sin embargo, y como señalamos en el capítulo 2, que aunque este tipo de discursos políticos comporten un abordaje “anti-política” (en el sentido en que lo definimos en el párrafo anterior), ello no los hace “anti-políticos” (o no-políticos), porque siempre delinear un adversario (en este caso, por ejemplo, descalificado por mentiroso) y un *nosotros* (conformado por los que comprendían que el plan era *inevitable* y adscribían al “esfuerzo patriótico” (De la Rúa, 15/07/01) que conllevaba). Estas alocuciones presidenciales que aquí analizamos tienen la particularidad –a diferencia que otras que estudiamos anteriormente– de reconocer, al mismo que se afirmaba que el déficit cero era *inevitable*, la existencia de otras alternativas. La *inevitabilidad* revelaba su condición de constructo³⁰⁰; “el déficit cero” (y con él, el mantenimiento de la convertibilidad), ¿era “la *única* salida” (y, por ello, “no negociable”) o, por el contrario, “la salida *segura*” (fragmento 173)? Aunque las alternativas se asociaban al “sufrimiento de todos” (fragmento 172) o fueran consideradas no “seguras”³⁰¹, la profundización de esa línea discursiva podría haber sido campo fructífero para el debate (dado que ambas condiciones pueden ser discutidas, mientras que lo *inevitable*, no). Por el contrario, los sucesivos retomes hicieron hincapié en la *inevitabilidad*, y el debate sobre la convertibilidad siguió posponiéndose, en un contexto signado por el incremento de las protestas sociales (que relevamos en la sección anterior), por la fragmentación de la coalición gobernante³⁰² y por los problemas de las provincias para pagar los salarios de sus empleados³⁰³.

²⁹⁹ En este mismo sentido, Rinesi y Vommaro (2007) sostienen que la del 2001 fue una “crisis de representatividad”, es decir, no “una crisis del principio de representación (*es decir*, de la separación) como principio organizar de la vida política, *sino, exactamente al revés, su pleno triunfo*” (2007, pág. 424). La “pérdida de *legitimidad* de ese lazo de representación” (2007, pág. 425) ponía en jaque “la impresión, la sensación, la seguridad de que esos representantes nuestros tienen *algo que ver* con nosotros, de que son *representativos* de nuestros propios valores, de nuestras propias posiciones y expectativas (...)” (2007, pág. 425) [itálicas en el original]

³⁰⁰ Lo que, por supuesto, no equivale a decir que era falsa o mentirosa, sino simplemente resultado de una decisión políticamente construida.

³⁰¹ Es probable que estas alternativas fueran la dolarización y la devaluación.

³⁰² El desgranamiento de la Alianza parecía no detenerse. A fines de junio, los diputados Jorge Giles, Elsa Quiroz, Eduardo Macaluse y Marcela Bordenave formalizaron su traspaso al partido de Elisa Carrió, el ARI. En una entrevista conjunta al diario P/12 dejaron en evidencia que lo que los distanciaba del Frepaso y de la Alianza era el “diagnóstico” sobre la naturaleza de “la crisis”: “el

A la *inevitabilidad* y el *topos del gasto* se sumó, en tercer lugar, el *topos del ahorro político*, que ya habíamos identificado en la articulación tópica asistencialista (subsidiaria de la fiscalista).

[– política – gasto]

(175) “Le pido a la política que se ajuste. Cada sector político tiene que hacer su aporte concreto. Debemos todos los políticos trabajar en nuevos proyectos que bajen aún más el gasto de la política. Por mi parte, he encomendado a mi jefe de Gabinete, Chrystian Colombo, y al ministro de Economía, que me presenten durante la semana nuevos proyectos de ahorro político. (...) Se acabaron los salarios altos en el Estado nacional.” (De la Rúa, cadena nacional 15/07/01)

(176) “Se está hablando del gasto político y de la necesidad de que esto lo asuman las provincias y del gasto administrativo. (...) Se está analizando todo aquel gasto que se considere improductivo que no tiene un sentido concreto y que no ayuda al desarrollo económico general del país” (Bullrich, La Nación 10/07/01)

(177) “El éxito se va a conseguir con la lucha frontal contra el costo excesivo de la política, contra el costo que significa la corrupción, contra todo lo que sea ineficiencia, burocracia excesiva, ñoquis o lo que podríamos resumir en una muy buena reforma del Estado simultánea con la lucha contra la evasión y el contrabando.” (Cavallo, La Nación 22/07/01)

Mientras se reforzaba el *topos del ahorro político* a partir de la calificación del “gasto político” como “improductivo”, el eje vieja/nueva política perdía su capacidad explicativa. La generalización, (“le pido a la política que se ajuste”, “el gasto de la política”, “el costo excesivo de la política”) parecía hacer coextensivo el cuestionamiento a *toda* “la política” y a “todos los políticos” (175), contribuyendo a cimentar aun más la distancia que se instalaba discursivamente entre “los políticos” (que gastaban improductivamente) y “la gente” (que se veía afectada porque ese gasto influía negativamente en el “desarrollo económico general” (fragmento 176)). Junto con el objetivo del “crecimiento con equidad”, el del “ajuste de la política”, apuntaba a poner al “déficit cero” en una línea de continuidad con los principios de la Alianza y la campaña presidencial de De la Rúa de 1999: “Conmigo, el ajuste lo hace la política y no el pueblo”³⁰⁴. De este modo y *desde los propios discursos políticos*, “la política” y “los políticos” eran responsabilizados de ciertos aspectos de la situación crítica.

discurso [de la Alianza] se limitó a plantear la corrupción como un efecto no querido del modelo cuando es inherente al modelo. La crisis tiene que ver con la forma en que uno se para frente al modelo y al conflicto social que el modelo produce.” (P/12 24/06/01)

³⁰³ La provincia de Buenos Aires, por ejemplo, decidió a principios de julio abonar parte de los salarios público (aquellos que superaran los \$700) en bonos (Clarín, 08/07/01). Las cuasi-monedas se tornarían rápidamente en un recurso al que muchas provincias decidieron recurrir ante la falta de liquidez para enfrentar sus erogaciones cotidianas. Retomaremos este punto más adelante.

³⁰⁴ Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=WW38rkYjLcM>.

La aprobación de la “Ley de déficit cero” primero en la Cámara de Diputados y luego en la de Senadores se efectivizó con mínimas modificaciones respecto al original. La reducción del 13% a las jubilaciones que superaran los \$300 fue la medida que más rechazos despertó, sobre todo entre los principales referentes de la propia Alianza³⁰⁵. Estos enunciadores procuraron discutir aquella continuidad que, desde un sector del gobierno encabezado por el presidente, se intentó construir entre el “déficit cero” y los principios de la Carta de los Argentinos que había dado origen a la coalición. A partir de la construcción del clivaje “Alianza” vs “gobierno”³⁰⁶, un grupo de legisladores aliancistas³⁰⁷ formuló la propuesta “Equilibrio fiscal cero con reactivación” (Clarín, 15/07/01) que incluyó una variedad de medidas cuyo principal objetivo era lograr “que el esfuerzo no caiga sobre los que menos tienen, sino sobre los que más tienen” (Alfonsín, La Nación 17/07/01). Sin embargo, para presentarse como “alternativo” al del “déficit cero” tal y como fue formulado por De la Rúa y Cavallo, estos enunciadores recurrieron al *topos paliativo (o de la paliación social)*.

(T₃) [+ esfuerzo/medidas antipáticas + sensibilidad social]

(178) “Es necesario aportar una red social que contenga a los que más están sufriendo.” (Ibarra, La Nación 15/07/01)

(179) “Coincidimos con el objetivo, que es alcanzar el déficit cero. Pero creemos que debe existir otro camino y estamos a la búsqueda de consensos.” (Alessandro, La Nación 18/07/01)

Como analizamos en el capítulo 2, este *topos* formaba parte de la tónica asistencialista y, al igual en su formulación original, funcionaba como un argumento que no cuestionaba el marco argumentativo de la tónica fiscalista (en este caso, respecto al “déficit cero”): se compartía el objetivo (179) y se proponían ciertas medidas que funcionaban como paliativos para la contención de “los que más están sufriendo” (178), más que como parte de un plan alternativo que evitara ese “sufrimiento”. En este sentido, la aprobación en ambas cámaras de la ley se efectivizó respetando casi todos los aspectos originales. La modificación más

³⁰⁵ “Un recorte a los jubilados es una medida más injusta que otra que se pueda tomar.”(J.P. Cafiero/Ministro de Desarrollo Social, Clarín 17/07/01). “La Alianza no va a convalidar reducciones en los haberes jubilatorios.” (Rodríguez, P/12 18/07/01) “Quienes cobran 300 o 400 pesos no son responsables del aumento del gasto. Eso deslegitima toda propuesta.” (Ibarra, La Nación 15/07/01).

³⁰⁶ “El Gobierno necesita sustento político para salir de la crisis y no va a encontrarlo si mantiene la poda a las jubilaciones.”(Ibarra, La Nación 17/07/01).

³⁰⁷ Según el periódico La Nación, las reuniones que dieron como resultado este documento contaron con la presencia de Machinea, Alfonsín, Mario Brodersohn, Raúl Borrás, Leopoldo Moreau, Eduardo Santín, Horacio Pernasetti y Raúl Alconada Sempé, por la UCR, y Darío Alessandro, Alejandro Peyrou y Rodolfo Rodil, por el Frepaso. (La Nación, 15/07/01).

significativa fue la vinculada a la reducción de las jubilaciones, que pasó a tener como piso los \$500 (extensible hasta los \$1000, en caso de la mejora de la recaudación lo permitiera, en pos del mantenimiento del objetivo original de la ley: “gastar lo que tenemos”).

Los discursos políticos que se posicionaron más exitosamente en un lugar antagónico respecto a la ley fueron –principalmente– aquellos que proveyeron un nuevo marco argumentativo, al desplazar el foco del debate desde “el déficit”, hacia la naturaleza de “la deuda” que pesaba sobre las cuentas públicas.

(180) “Si hay unidad del sindicalismo es porque vemos que estos manotazos de ahogado que está dando el gobierno ante el fracaso de este modelo económico demuestran que son capaces de hacer cualquier cosa. Son tan capaces de hacer cualquier cosa que para cubrir el déficit le sacan plata a los jubilados. Están desesperados y dispuestos a todo para pagar la deuda externa a costo de la deuda social.” (Moyano³⁰⁸, P/12 18/07/01)

(181) “A los jubilados no hay que darles una dádiva, como parece creer la ministra. Nosotros todos los meses ponemos plata de nuestro salario, es un aporte social que el Estado está usando para financiar a los grupos económicos. Una ministra tan confundida demuestra que sólo defiende los intereses de (Eduardo) Escasany.”(Micheli, P/12 19/07/01)

(182) “Yo hago un paralelo entre los responsables y beneficiarios de la época de Videla y los de esta época, los grandes grupos económicos a quienes denunciamos frente al juez Garzón. Y sí, hay un endeudamiento externo que se profundiza y un sometimiento de la voluntad política a esa presión de los mercados. Apriete es el que hace Escasany (...)”³⁰⁹ (De Gennaro, P/12 01/08/01)

El retome de la crítica en clave de “modelo” (180) y de la construcción de un adversario vinculado a “los grandes grupos económicos” (181, 182) de la tónica mercadointernista fueron los elementos centrales del antagonismo planteado frente al “déficit cero” y el sector del gobierno que lo llevó a cabo (pero también respecto de aquellos que compartiendo el objetivo de bajar “el déficit”, proponían medidas paliativas, es decir, “una red social de contención”). La forma de delimitar esa alteridad nuevamente incluyó la construcción de un relato histórico que colocaba en la misma línea al gobierno de la Alianza con “Videla” (182) y la última dictadura militar. Pero, al respecto, el elemento que permitía esa conjunción ya no era solamente el modelo, sino también “la deuda externa” (180, 182). Paulatinamente,

³⁰⁸ El 19 de julio casi todo el arco sindical (las dos CGT y la CTA) llevaron a cabo un nuevo paro general.

³⁰⁹ Los fragmentos 181 y 182 refieren Eduardo Escasany, presidente de la Asociación de Bancos de la Argentina. La acusación por “aprietes” al dirigente y a “los mercados” se vincula a las declaraciones que senadores como Gioja emitieron, explicando su voto a favor de la “Ley de Déficit cero” por el temor de la concreción de un “lunes negro” en la Bolsa argentina: “Las tapas de los diarios también lo decían. Circulaban informes que pronosticaban que se venía el lunes negro.” (Gioja, P/12 31/07/01)

“la deuda” se fue convirtiendo en el eje de las disputas en el campo discursivo político y los “diagnósticos” allí circulantes en torno a las causas de “la crisis”.

(183) “Argentina no puede pagar todo lo que debe y no tiene más crédito. Eso es, técnicamente, la cesación de pagos. Frente a esto el gobierno dijo: “Lo único que no podemos dejar de pagar son los intereses de la deuda”. Entonces decidí que era mejor no pagarle a los jubilados, a los empleados públicos, a los proveedores más allá de lo que permite la recaudación. (...) Pero lo notable es que los que elaboraron propuestas alternativas también aceptan que lo único que no se puede dejar de pagar son los intereses de la deuda.” (Terragno, P/12 22/07/01)

(184) “Lo que tiene que hacer el sistema político es poner el límite y ser capaz de generar un programa alternativo ahora que está evidenciado que el modelo está muerto. Creo que hay un mal diagnóstico por parte del gobierno y de otros sectores de la vida nacional. Muchos sostenían que si no votábamos la ley desembocábamos en una crisis. Yo digo que ya estamos en la crisis. Y que ésta no se vincula con el problema fiscal sino con la recesión y la monumental deuda externa.” (Moreau, P/12 31/07/01)

(185) “Tal vez sería conveniente repensar el pago de la deuda externa. Es un tema para no descartar.” (Reutemann, La Nación 02/08/01)

Este “diagnóstico” sugería que a la presentación del “déficit cero” como *inevitable* subyacía la decisión de no “dejar de pagar (...) los intereses de la deuda” (183), por lo que se estaba privilegiando “la deuda” por sobre los salarios de los empleados públicos y las jubilaciones. El problema, entonces, no era “el déficit” en sí, sino la recesión causada por la deuda externa (184) y la “solución” adecuada era la renegociación de la misma (Moreau, P/12 31/07/01) en el marco de una “moratoria consensuada” (para evitar una “moratoria forzosa”, (Terragno, P/12 22/07/01)), o una “reprogramación con nuevos plazos y tasas” (documento PJ, 11/08/01³¹⁰).

A fines de agosto, el Fondo Monetario proveyó un nuevo “salvataje” por 8000 millones de dólares, que fue definido por el presidente –en cadena nacional– como una muestra de “la confianza” de “los mercados” en nuestro país. Los

³¹⁰ Este documento constituyó una declaración conjunta de los gobernadores y legisladores del Partido Justicialista, así como de los representantes de la CGT oficial. Significó, además, una respuesta al llamado a un “Gobierno de Unión Nacional” lanzado por el ex presidente Raúl Alfonsín durante la primera semana de agosto, por medio de una nota editorial en el diario Clarín. Esta convocatoria tuvo dos aristas. Por un lado, llamaba a respaldar al presidente. Pero, por el otro, volvía a colocar en el lugar del adversario al “neoliberalismo” que, como conjunto de ideas cuya principal característica era “la percepción de que los problemas que sufrimos los argentinos son consecuencia de la actividad política y los políticos”, también alcanzaba al varios miembros del gobierno (sobre el cual quería conformarse la “unión nacional”): “Durante *todos estos años* el neoliberalismo sostuvo un discurso donde demonizaba al Estado y a la política. *Así nos fue y así nos va.*” (Alfonsín, Clarín, 01/08/01) [las itálicas son nuestras] Frente a la persistencia de diferencias al interior de la Alianza, la respuesta del PJ fue un rechazo solapado de la propuesta de “unidad nacional”: no se descartaba de plano, pero se dejaba en claro que “nosotros somos la oposición y ellos el oficialismo” (Marín, P/12 03/08/01) y que, en caso de llevarse a cabo, primero había que “acordar un programa” (De la Sota, P/12 03/08/01) y “darle contenido” (Ruckauf, P/12 03/08/01).

cuestionamientos por la primacía que se otorgaba al pago de la deuda y sus intereses fueron desestimados y se decidió continuar por el camino del “déficit cero” y el “achica[miento] del gasto de la política” (cadena nacional De la Rúa, La Nación 22/08/01). Las semanas siguientes el foco de los discursos políticos se trasladó hacia la campaña con vistas a las elecciones legislativas del mes de octubre. En el próximo apartado, analizaremos los modos de construcción de “la crisis” que circularon en dicha coyuntura.

4.2.2. Más allá del “voto bronca”. Reforzamiento de la disputa por “el modelo”

En este apartado abordamos las claves de lectura de “la crisis” que proveyeron los discursos políticos en la coyuntura de las elecciones legislativas de octubre de 2001. Estos comicios tuvieron dos características sobresalientes. Por un lado, fueron las primeras elecciones directas para la designación de senadores³¹¹, es decir, como representantes en la cámara que había protagonizado el episodio de la entrega de sobornos para la aprobación de la ley de reforma laboral y que, algunos meses luego, sería clave en la designación de los presidentes interinos y provisionales tras la renuncia de De la Rúa. Pero, por otro lado, estas elecciones constituyeron la manifestación de lo que se denominó “voto bronca”. El acto electoral del 14 de octubre del 2001 estuvo signado por la baja asistencia de votantes en relación a los habilitados en el padrón y por el drástico aumento de los votos nulos y blancos³¹². Diversos fueron los analistas que colmaron las páginas de los periódicos señalando que el “voto bronca” era el resultado del “descontento” de “la gente” respecto de “los políticos” (La Nación, 11/10/01; Clarín, 15/10/01; P/12, 15/10/01) en general por lo que, sin lugar a dudas, cualquier análisis sobre estos comicios debe tener en cuenta que casi uno de cada tres votantes se inclinó por alguna de aquellas dos opciones. Sin embargo, Juan Carlos Torre (2003) observa –a partir de un análisis comparativo entre

³¹¹ Hasta ese momento, los senadores eran elegidos por las legislaturas provinciales de cada uno de sus distritos.

³¹² Es preciso aclarar qué implica esta tipología. El voto en blanco es un voto válido e incluye: sobre oficial vacío, o sobre cuyo contenido es un papel sin inscripciones o una boleta a la cual se falta la sección de algunas de las categorías a elegir (como en este caso, se elegían dos: senadores y diputados). Por el contrario, el voto nulo es considerado no válido e implica que dentro del sobre oficial se introdujeron más de una boleta de distinto partido para la misma categoría, una boleta no oficializada, una boleta con inscripciones, rota (que no permite la correcta lectura del partido y la categoría) o cualquier otro papel u objeto. En este sentido, la denominación de “voto negativo” que utiliza Torre (2003) resulta la más adecuada si consideramos que los votos que implican una elección por un candidato serían “votos positivos”.

las elecciones de 1999 y las de 2001– que “el repudio ciudadano que éstas pusieron de manifiesto no hizo impacto en todos los partidos por igual” (Torre, 2003, pág. 654)³¹³, porque las formaciones partidarias vinculadas a la Alianza perdieron muchos más votos que el Partido Justicialista (PJ), lo que le permitió “sobrevivir todavía como fuerza política predominante” (2003, pág. 654). Si analizamos los votos positivos, además, encontramos que el PJ triunfó en 15 de las 24 jurisdicciones y en 3 de las 4 de mayor peso electoral (Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires). La pregunta por los votos positivos nos lleva directamente a un segundo tipo de interrogantes (más asociados a nuestra clave de análisis que a los datos cuantitativos): ¿qué claves de lectura de “la crisis” ofrecieron los candidatos que obtuvieron la mayor cantidad de votos³¹⁴? A este respecto, y a modo de observaciones preliminares, podemos señalar que a) los discursos políticos de los principales candidatos (especialmente para la ciudad y la provincia de Buenos Aires³¹⁵) tematizaron mucho menos “la crisis política” que “el modelo económico”, y que b) quienes más votos obtuvieron fueron aquellos que cuestionaron “el modelo” vigente (asociándolo al gobierno, a De la Rúa y a Cavallo) y que recurrieron, en mayor o menor medida, a una retórica vinculada a la tópica mercadointernista.

³¹³ Sobre este punto, Sebastián Mauro afirma que “el quiebre del bipartidismo, por el derrumbe de uno de sus componentes (...) no se ajusta a la realidad de los distritos subnacionales, donde, en muchos casos, la UCR logró retener una importante cuota de poder institucional, profundizando la tendencia a la desnacionalización o federalización del sistema partidario.” (Mauro, 2012b, pág. 146) El análisis del caso de la ciudad de Buenos Aires le permite, además, matizar las afirmaciones de Torre. Mientras éste último –a partir de su análisis nivel nacional– concluye que “la crisis de representación partidaria no se resolvió en el colapso del sistema de partidos en su conjunto” (Torre, 2003, pág. 661), Mauro, en su estudio del nivel subnacional, afirma que en la ciudad de Buenos Aires, “la movilización social generalizada de 2001 *generó el colapso del sistema partidario en su conjunto.*” (Mauro, 2012b, págs. 146-147) [itálicas en el original]

³¹⁴ No podemos pensar estrictamente en “quienes ganaron” porque, por ejemplo, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires los votos nulos y blancos superaron al candidato que más votos obtuvo (Rodolfo Terragno). Es por ello que creemos más apropiado plantear el análisis poniendo el foco en quienes lograron la mayor cantidad de votos, reconociendo que el “voto bronce” fue protagonista en estas elecciones.

³¹⁵ Los resultados electorales que analizó Torre para abordar a las conclusiones de su contundente artículo correspondieron al total del país. Pero las fuentes que hemos seleccionado para nuestro trabajo sufren un notorio sesgo respecto a este punto. Si bien son periódicos son de tirada nacional (y el nuestro, un país de estructura federal), es difícil encontrar más que algunas alocuciones de candidatos de provincias que no sean la de Buenos Aires y la CABA. Hemos tomado la decisión metodológica de no incluir nuevas fuentes con el objeto de mantener la misma línea que hemos respetado a lo largo de todo el trabajo. Dejamos como tarea para futuras indagaciones la incorporación de periódicos provinciales u otras fuentes que permitan complementar las aquí trabajadas, considerando –sobre todo– la posibilidad de realizar análisis en clave comparativa a lo largo de todo el país.

La campaña electoral³¹⁶, especialmente en la provincia y la ciudad de Buenos Aires, fue una competencia para diferenciarse del gobierno, en general, y de De la Rúa y Cavallo, en particular. Hasta aquí hemos analizado cómo en diferentes coyunturas y respecto a la tematización de distintos objetos de discurso, la construcción del lugar de oposición a las políticas llevadas a cabo por un sector del gobierno (basadas mayormente en las argumentaciones de la tónica fiscalista) se realizó gracias al retome de la articulación tónica mercadointernista. La elección de octubre no fue la excepción, pero para los candidatos de la propia fuerza gobernante (por su pertenencia originaria al radicalismo o al Frepaso) se añadió el clivaje “Alianza vs gobierno”³¹⁷ que –como señalamos en el apartado precedente– ya estaba vigente en el campo discursivo de lo político. La toma de posición al respecto, fue uno de los principales puntos de divergencia entre los dos candidatos a senador nacional por los distritos de mayor relevancia numérica (provincia y ciudad de Buenos Aires) y, creemos, un factor clave en el resultado que obtenido por cada uno de ellos (junto con la histórica prevalencia del PJ en aquella provincia que, sin embargo, la Alianza había logrado quebrantar dos años antes³¹⁸). Por un lado, Rodolfo Terragno, que cultivó una postura más cuestionadora respecto del “gobierno”, en general, y de Cavallo y De la Rúa, en particular, y que hizo propio “el proyecto de la Alianza de 1999”, se erigió como el candidato a senador porteño con la mayor cantidad de votos³¹⁹. Por el otro, Raúl Alfonsín hizo del “gobierno” su colectivo de pertenencia

³¹⁶ La campaña “se lanzó” una vez concretado el “salvataje” de fines de agosto, por lo que se concentró en septiembre y las dos primeras semanas de octubre.

³¹⁷ Esta clave de lectura era promovida por miembros tanto de radicalismo como del Frepaso. Entre los radicales, primaban figuras que habían sido parte del gabinete (Storani, Terragno) y, entre los frepasistas, aquellos que, al no pertenecer al partido del presidente, podían explotar un mayor grado de autonomía (el caso más paradigmático aquí es el del de Aníbal Ibarra, jefe de gobierno –además– de uno de los distritos más ricos del país y generalmente poco proclive al voto peronista).

³¹⁸ En las elecciones presidenciales de 1999, en la provincia de Buenos Aires, la Alianza había obtenido casi el 45% de los votos, mientras que la Concertación Justicialista (PJ) había logrado el 42,81%. La diferencia fue aun mayor para la categoría de gobernador (41,36% para la Alianza, 37,44% del PJ). Ruckauf (PJ) se hizo con el cargo porque la U.Ce.Dé y Acción por la República (de Domingo Cavallo) le brindaron su apoyo (con el 5,07 y 5,83% de los votos, respectivamente). Fuente: Dirección de Estadística y Cartografía Electoral, Dirección Nacional Electoral, Ministerio del Interior (datos provistos en formato electrónico).

³¹⁹ El mayor porcentaje fue para los votos negativos (nulos y blancos), cercano al 28%, mientras que el candidato con más votos fue Terragno (con algo más del 21% de los votos positivos). Dada la sólida diferencia entre ambos porcentajes, es difícil afirmar con contundencia que “ganó Terragno” (adicionalmente, la distancia entre él y el ARI de Elisa Carrió –segunda fuerza con más votos– fue menor (menos del 5%) que los casi 7% que lo separaron de la suma de votos blancos y nulos). Sin embargo, no se debe soslayar que el candidato de la Alianza fue el candidato con más votos; nuestro análisis de los discursos apunta a echar algo de luz sobre ese fenómeno.

(“el gobierno no va a hacer una mala elección”, La Nación 10/10/01)) y fue ampliamente superado por Eduardo Duhalde (PJ) en la provincia de Buenos Aires.

(186) “De hecho yo no estoy más en el gobierno porque creo que aún en épocas de Machinea estábamos atrapados por la política de ajuste permanente que profundizó la recesión, aumentó el desempleo, engrosó el déficit fiscal, hizo trepar la deuda y disparó el riesgo país.” (Terragno, La Nación 03/09/01)

(187) “Yo no obedecía las órdenes que obedece Cavallo y entonces no hacía los desastres que hace él. Las órdenes del poder financiero nos han traído esto.” (Terragno, La Nación 22/09/01)

(188) “Hay que cambiar la política económica que ha producido, como yo anticipé, desempleo crónico y deuda impagable. Sin duda tiene que irse el modelo económico y, por lo tanto, su mentor y principal instrumento. (...) El debate tiene que ser con Cavallo (y no con Beliz ni con ningún otro candidato), porque hay dos proyectos: el de él y el mío. Cavallo es el responsable máximo de la desocupación y la crisis. (...) Hay dos proyectos, uno el de De la Rúa y otro, el mío, que adoptó la Alianza en 1999 pero no lo adoptó el gobierno.” (Terragno, La Nación 03/10/01)

En estos fragmentos se delinea un adversario triplemente estructurado por “Cavallo”, “De la Rúa” y “el poder financiero”, pero a partir la distinción entre dos “modelos”/“proyectos”. Aquellos tres representaban “la política de ajuste permanente” (la de “los recortes de salarios, jubilaciones y pagos a proveedores del Estado”, todas medidas que “contribuy[eron] a la reducción del consumo privado y, por lo tanto, hizo descender el nivel de actividad” (La Nación, 06/10/01)), mientras que el polo opuesto se configuraba en torno al “proyecto de la Alianza de 1999” y, en ese momento en particular, a la “reestructuración de la deuda” que permitiera evitar “las 3D: default , devaluación y dolarización.” (La Nación, 06/10/01) En este sentido, resulta significativo que en este contexto electoral, desde este discurso, los *otros* no eran los restantes candidatos (principalmente Gustavo Béliz por el Frente por un Nuevo País –vinculado al PJ– y Alfredo Bravo³²⁰ de Alternativa por una República de Iguales/ARI³²¹) sino “el gobierno” y su “modelo”. El hecho de que el ex jefe de gabinete hubiera logrado erigirse como el candidato con más votos positivos en su distrito parece revelar un mayor grado efectividad para diferenciarse del “gobierno” que la que tuvo Alfonsín. Durante la campaña, el ex presidente

Fuente: Dirección de Estadística y Cartografía Electoral, Dirección Nacional Electoral, Ministerio del Interior (datos provistos en formato electrónico).

³²⁰ Para este candidato, el objetivo también era marcar su distancia con el gobierno y, para ello, asociaba a su adversario su paso por la jefatura de gabinete: “[Terragno] no se fue del gGobierno por tener una posición contraria: le pidieron la renuncia. Avaló todas las políticas económicas del gobierno” (Bravo, P/12 09/09/01).

³²¹ El ARI se había lanzado en marzo del 2001 y era resultado de la coalición entre el Partido Socialista Democrático (de Alfredo Bravo y Jorge Rivas) y la diputada radical, Elisa Carrió; gran parte de sus referentes habían formado parte de la Alianza.

sostuvo que su objetivo era lograr un gobierno de “unión nacional” como el que había logrado enjuiciar a las Juntas Militares en 1983, pero proponía (dos elementos que no estaban en la agenda pública del gobierno) la “reprogramación de la deuda” y evitar un “ajuste que promueva recortes a empleados estatales y jubilados”. En resumen, las propuestas no parecían ser diferentes a las del candidato porteño (de su misma fuerza, además), por lo que podemos colegir que el clivaje “Alianza vs gobierno” cumplió un rol determinante.

(189) “Para recuperar la capacidad de decisión nacional hace falta la reprogramación de la deuda.” (Alfonsín, La Nación 30/09/01)

(190) “De la Rúa quiere conversar el cambio del plan (económico). Estamos viviendo la inercia (de un modelo) (...) No me voy a poner a defender a Cavallo pero tampoco lo voy a atacar, porque sigo discutiendo ideas, medidas, y vamos a ver las medidas que se toman.” (Alfonsín, La Nación 09/10/01)

(T₁₂) [+ reprogramación deuda + poder decisión nacional]³²²)

El foco en el *topos de la soberanía externa* (T₁₂) permitía identificar un adversario que articulaba “los organismos internacionales de crédito”, como instituciones, y “la concepción neoliberal”, como conjunto de ideas. A diferencia del *de la soberanía fiscal*³²³, este *topos* no se articulaba con la construcción de la *inevitabilidad* ni con el objetivo de “las cuentas claras”. Pero mientras su propuesta respecto de “la deuda” y “el ajuste” parecían distanciarlo del rumbo que había asumido el gobierno desde, al menos, julio del 2001, su construcción del *nosotros* (“el gobierno no va a hacer una mala elección”, La Nación 10/10/01) reducía el cariz confrontativo de su plataforma electoral. El candidato bonaerense por el Partido Justicialista, con un discurso que construía un adversario similar (las instituciones del “sector financiero de poder” (La Nación, 23/09/01) y las ideas de “la marejada ultraliberal” (P/12, 23/09/01)), pero en articulación con elementos de la tópica mercadointernista, logró obtener casi el 37% de los votos (unos 22 puntos más de el radical).

(191) “Lo que digo es que este gobierno convirtió la recesión en una depresión y esto se va a convertir en caos y anarquía. Caos y anarquía.(...) Es un barco sin

³²² Como señalamos en el apartado previo, durante la segunda mitad del año 2001, “la deuda” se convirtió en un tema que lograron imponer a la agenda oficial quienes cuestionaban el rumbo económico y, sobre todo, “el déficit cero”. La formulación original del *topos de la soberanía fiscal* adoptaba la siguiente forma: [+ cuentas claras + poder decisión nacional].

³²³ En el capítulo 2 analizamos cómo el discurso de Alfonsín retomaba los principales aspectos de la tópica asistencialista y los articulaba con el *topos de la soberanía fiscal* [+ cuentas claras + poder decisión nacional].

timón la Argentina. Le falta autoridad a De la Rúa. (...) No se sale de la crisis sin liderazgo.” (Duhalde, P/12 16/09/01)

(192) “Estoy obsesionado por recuperar al justicialismo que es la única herramienta apta (...) para la liberación del pueblo argentino. Este no es sólo un país injusto, es un país dominado, sin soberanía, que ni siquiera puede restaurar los aportes patronales a las empresas de servicios públicos.” (Duhalde, P/12 16/09/01)

(193) “No creo en integraciones y mucho menos si el Gobierno insiste en este modelo que nos lleva al desastre. (...) La protección del sector productivo nacional es uno de los temas centrales.” (Duhalde, La Nación 25/09/01)

(194) “(...) si no cambian de modelo da lo mismo Cavallo que cualquier otro; aunque venga Mandrake todo va a seguir igual. (...) Es indispensable cambiar el sistema de ideas que rigió en la Argentina en los últimos años y priorizar el interés nacional. (...) [El 14 de octubre] va a haber un voto muy fuerte en contra del Gobierno.” (Duhalde, La Nación 02/10/01)

Aquí, la crítica al “modelo” (también desde una *perspectiva integral*, que anudaba políticas públicas, actores/instituciones y sistemas de ideas) tenía una retórica de defensa de lo nacional similar a la que identificamos en Alfonsín, pero que era proferida en distinción frente al “gobierno” (194) y en articulación con la propuesta mercadointernista (192, 193).

En resumen, sin soslayar la novedad que supuso el voto negativo (y más aun con vistas a lo que sucedería dos meses después), pero dirigiendo nuestra mirada a los discursos que soportaron los candidatos que resultaron electos en estos dos distritos (provincia y ciudad de Buenos Aires), creemos posible complementar el análisis de J.C. Torre con algunas observaciones. Y, en este sentido, salvando las distancias respecto a la metodología de análisis y el tipo de enfoque³²⁴, compartimos su conclusión respecto a que el PJ no se vio impactado de la misma manera que el radicalismo por el fenómeno del denominado “voto bronca”. Pero además, creemos que la consideración del caso de las elecciones para senador³²⁵ en la ciudad de Buenos Aires (donde, aunque los blancos y nulos se llevaron más del 28% de los votos, el candidato de la Alianza fue el que más votos obtuvo), en tándem con el del

³²⁴ El suyo es un análisis intertemporal, de mediano plazo, que considera el desenvolvimiento de las culturas políticas argentinas desde el retorno a la democracia, mientras que el nuestro, un análisis de los discursos políticos circulantes en el campo discursivo de lo político durante el gobierno de la Alianza (1999-2001).

³²⁵ Estas observaciones son aplicables también al caso de los diputados. En la Ciudad de Buenos Aires triunfó la lista de la Alianza que encabezaban María América González, Aldo Neri, Nilda Garré, mientras que en la provincia, del PJ encabezada por el economista Remes Lenicov. A lo largo de este trabajo hemos rastreado diversas alocuciones de estos enunciadores que nos han permitido asociarlos a la tópica mercadointernista. Sin embargo, ponemos el foco en la carrera para senador porque quienes triunfaron, tuvieron un rol histórico clave al ser quienes dos meses después definieron la sucesión presidencial

distrito bonaerense³²⁶, parece señalar que el triunfo de estas elecciones fue para aquellos que lograron posicionarse más claramente como adversarios de aquel sector del gobierno que había decidido la puesta en marcha del “déficit cero” en línea con la tónica fiscalista, es decir, para quienes hicieron suyo un discurso que pregonaba una *alternativa* en la clave con la crítica al “modelo” de la tónica mercadointernista. La consideración del antagonismo entre las articulaciones tónicas fiscalista y mercadointernista y sus claves de lectura de “la crisis” divergentes es, entonces, central para comprender los resultados de las elecciones de octubre de 2001.

Una gran porción de los discursos políticos circulantes en los días posteriores al 14 de octubre definieron el voto negativo como “una campanada de alarma” (Terragno), un fenómeno frente al que “debemos estar sensibles y atentos” (Solá) y al que “todos los políticos debemos prestar atención” (Castro) (Clarín, 21/10/01). Era un llamado de atención al que se le otorgaría mayor relevancia cuando las movilizaciones del 19 y 20 de diciembre marcaran la renuncia del presidente De la Rúa. Pero mientras, pese a ciertas diferencias³²⁷, pareció definirse un relativo consenso respecto a que los resultados electorales habían constituido la impugnación de las políticas decididas por De la Rúa hasta ese momento³²⁸, el gobierno continuó y reforzó la senda trazada por la tónica fiscalista. El plan de noviembre de 2001 y el “corralito” de diciembre introdujeron algunos aspectos que parecían ir en la línea

³²⁶ Duhalde, ya indicamos, obtuvo un 22% más de votos que Alfonsín y más de diez puntos porcentuales respecto de la suma de votos blancos y nulos.

³²⁷ Durante el tramo final del año 2001 el campo discursivo de lo político estuvo atravesado por dos grandes debates: devaluación o dolarización (como alternativas a la convertibilidad) y canje o reestructuración (como soluciones a la crisis de la deuda). Respecto a la segunda, Moreau, por ejemplo, afirmaba “Una cosa es la reestructuración de la deuda y otra cosa distinta es un canje de bonos, porque una reestructuración implica discutir una quita de capital, un período de gracia, el pago... (...), mientras que un canje de bonos de deuda, virtualmente es sólo discutir una disminución de intereses.” (Moreau, La Nación 31/10/01) Esta postura era compartida también por gran parte del Partido Justicialista y el Grupo Productivo (La Nación, 19/09/01). Según informaban Clarín (21/09/01) y Página/12 (22/09/01) el ministro Cavallo parecía inclinarse por la realización de un nuevo canje. La primera polémica será desarrollada en el apartado final.

³²⁸ “Si [De la Rúa] no interpreta el mensaje muy claro de la sociedad, estará cometiendo el grave error de taparse los oídos y no escuchar la voz del pueblo. (...) La gente no aguanta más ningún ajuste.” (Moyano, La Nación 16/10/01)

“Hay que buscar el crecimiento y eso no se consigue bajando sueldos, recortando jubilaciones y sin remitir los fondos de la coparticipación a las provincias. (...) Y ahora ya no quedan dudas de que la gente pide otra receta.” (Ibarra, La Nación 17/10/01) “La elección del domingo no modifica la crisis, en todo caso la acentúa.” (Carrió, P/12 17/10/01) “Si hay una conclusión contundente y definitiva del resultado electoral es que la política económica que el Presidente insiste en ratificar quedó sepultada bajo una montaña de votos, porque incluso el voto bronca fue en repudio a esa política económica.” (Moreau, La Nación 18/10/01)

mercadointernista³²⁹, mantuvieron muy fuertemente la centralidad de los *topoi de los costos y paliativo*, y se enmarcaron en la construcción de la *inevitabilidad* de la tópica fiscalista.

4.3. ¿Un corolario “inevitable”? “El plan de la Argentina”, “el corralito” y la renuncia de De la Rúa.

En esta sección final abordaremos el estudio de los discursos políticos circulantes durante la última etapa del gobierno de la Alianza. Allí encontraremos la última formulación del antagonismo entre las tópicas fiscalista y mercadointernista porque mientras los enunciadores que recurrieron a aquella mantuvieron a rajatabla la temporalidad de la *inevitabilidad*, éstos reforzaron los cuestionamientos al “modelo” en su perspectiva integral. Dicha *inevitabilidad* del camino de política pública fue una decisión que el presidente y su equipo sostuvieron con gran vehemencia durante toda su gestión, lo que derivó en diversos modos de descalificación de su gestión (como la de “gobierno autista”³³⁰). Sin embargo, y como intentamos argumentar a lo largo de todo este trabajo, la disponibilidad de propuestas alternativas, continuamente expuestas de modo público por diversos enunciadores políticos, revela que el “método delarruista (...) para no decidir” (Novaro, 2002, pág. 26) fue –en rigor– un conjunto variado de decisiones que mantuvo la senda de la tópica fiscalista y desechó, sistemáticamente, otras opciones. Iniciaremos esta sección con el análisis del plan de noviembre de 2001 para continuar con una consideración final sobre “el corralito” y los sucesos de diciembre.

4.3.1. “El plan de la Argentina”. La última versión de la inevitabilidad

Como varios de los objetos de discurso que estudiamos hasta aquí, “el modelo” también fue construido en forma dialógica por los discursos políticos.

³²⁹ El plan de noviembre fue el primero que definió “la crisis” de un modo más integral: “Tenemos que resolver conjuntamente la crisis social, la crisis fiscal, la crisis financiera y la crisis de la recesión, dotando al Estado de la fuerza y la estructura que necesita para ello.” (cadena nacional De la Rúa, 01/11/01). Otras medidas fueron presentadas en esa misma clave reactivadora: devolución del 5% del impuesto al valor agregado para las compras con tarjetas de débito, rebaja por un año del 11 al 5 por ciento el aporte obligatorio de los trabajadores del sistema de capitalización previsional (“de esta manera los sueldos de bolsillo aumentarán un 6 por ciento”, De la Rúa, 01/11/01), y puesta en circulación de 1300 millones de LECOPS (como modo de aumentar la base monetaria y la cantidad de “efectivo” disponible para el consumo). No todos estos elementos fueron interpretados del mismo modo, pero es preciso resaltar que la devolución del 5% del IVA por pago con débito fue bienvenida por casi todos los sectores.

³³⁰ “De la Rúa no percibe lo que le pasa a la gente, la angustia, el sufrimiento, y con las últimas medidas que anunció y con su ministro de Economía dañó el sentimiento.” (Daer, La Nación 11/12/01)

(195) “Los resultados de las elecciones indican que la mayoría del pueblo está en contra de este modelo económico.” (Duhalde, La Nación 17/10/01)

(196) “Hay crisis porque hay un modelo económico fallido, que ha regido durante el gobierno de Menem y de De la Rúa. Para mí, el corazón del modelo está en esa idea según la cual si uno controla artificialmente las variables macroeconómicas, todo lo demás viene por añadidura. No podemos seguir repitiendo ese error.” (Terragno, La Nación 16/10/01)

(197) “No sé qué significa cambiar el modelo. Yo tengo que resolver temas concretos.” (De la Rúa, P/12 20/10/01)³³¹

El cuestionamiento al “modelo” (desde una perspectiva integral y como eje de continuidad con el gobierno anterior), que había protagonizado las campañas de las elecciones de octubre, fue retomado polémicamente por el propio presidente. A la crítica al “modelo”, que implicaba un cuestionamiento integral, el retome del presidente oponía una suerte de enfoque “pragmático”: lo que había que hacer no era cambiar el modelo, sino “resolver temas concretos”.

[– cambiar el modelo + resolver temas concretos]

En la misma línea fue la presentación del “plan de la Argentina”, el 1° de noviembre. En el contexto de las polémicas entre devaluación y dolarización y canje o reestructuración de la deuda (ver nota 327), De la Rúa anunció un nuevo paquete de medidas. La enumeración de los problemas a encarar revelaba un viraje discursivo: *primero*, “las medidas sociales” para redefinir “el rol del Estado como protector de los más débiles”³³²; y en *segundo lugar*, “las medidas fiscales” que implicaban el sostenimiento del “déficit cero”³³³, “baja[r] el gasto superfluo del Estado y aumentando los ingresos al combatir la evasión y el contrabando”, la promoción de la bancarización y el uso de las tarjetas de débito, la “implementación eficiente de la libre elección del afiliado y el apoyo a la reestructuración de las Obras

³³¹ Luego del escrutinio, el presidente había señalado: “Hay una mayoría numérica del justicialismo y los felicito.” (P/12, 15/10/01) “Se deben cambiar muchas cosas. Pero hay algo que no ha cambiado y son los motivos por los que me han elegido presidente.” (La Nación, 15/10/01)

³³² El Sistema Integrado de Protección a la Familia (Decreto N° 1382/2001) preveía “subsídios para niños y jóvenes escolarizados de hogares de bajos ingresos y ancianos sin cobertura. Cuando esté en plena vigencia, el plan elaborado por el Ministerio de Seguridad Social demandará 3169 millones de pesos por año, de los cuales 860 millones anoche no estaban asegurados.” (P/12 02/11/01) Las disputas internas entre el Ministerio de Seguridad Social (a cargo de Patricia Bullrich, que renunciaría menos de quince días después del anuncio) y el de Desarrollo Social (dirigido por Daniel Sartor), primero, y la renuncia de De la Rúa un mes y medio después, dificultaron su aplicación.

³³³ Algunos días antes del anuncio, De la Rúa afirmó: “No tengan miedo porque no hay ajustes, lo que hacemos es administrar los recursos que disponemos. Acá no se ajusta ni se recorta nada sino que se distribuye lo que se tiene.” (Clarín, 26/10/01) De este modo, las continuidades eran manifiestas, porque se retomaban las mismas palabras que en julio habían sido soporte de la presentación de la “Ley de déficit cero”: “vamos a gastar lo que tenemos”.

Sociales en crisis”, entre otras³³⁴. El “diagnóstico” que sostenía este plan ya no era puramente fiscal y definía, en forma conjunta, cuatro tipos de crisis:

(198) “Tenemos que resolver conjuntamente la crisis social, la crisis fiscal, la crisis financiera y la crisis de la recesión, dotando al Estado de la fuerza y la estructura que necesita para ello.” (cadena nacional De la Rúa, 01/11/01)

La primera observación es la primacía otorgada a “la crisis social” y “las medidas sociales”, que ocupaban el primer puesto en el orden propuesto. Sin embargo, esto no fue óbice para el sostenimiento de dos *topoi* claves en la argumentación fiscalista y su subsidiaria, la asistencialista:

(199) “Hoy bajar el gasto del Estado es hacer política social, porque significa liberar recursos para repartir entre los que más lo necesitan.” (De la Rúa, 01/11/01)

(200) “El plan contempla una serie de medidas fiscales y de reformas estructurales que les estoy proponiendo que las asumamos todos los dirigentes con sensibilidad social. El consenso apura los tiempos, garantiza resultados y evita innecesarios perjuicios a la gente.” (De la Rúa, 01/11/01)

Mientras el primer fragmento expone el recurso al *topos del gasto* [– gasto + equidad], el segundo retoma el *de la paliación social*³³⁵. Pero lo que más nos interesa recalcar, es el retome del eje de la construcción temporal de la articulación tópica fiscalista: la *inevitabilidad*.

(201) “Por eso cuando alguien le diga que no acepta el déficit cero, está pidiendo un cambio que se traduce en pedir plata prestada para equilibrar cuentas. Como esto no es posible, porque no nos prestan, le está mintiendo. Al que le proponga apartarse del déficit cero pregúntele también dónde consigue la plata y verá que es un engaño.” (De la Rúa, 01/11/01)

(202) “La Argentina no tiene otra elección. En esto no puede cambiar el camino emprendido. La única política fiscal posible es la de repartir equitativamente lo que producimos y recaudado por nosotros mismos.” (De la Rúa, 01/11/01)

(203) “Confío, pues, en el patriotismo de todos. Sé que vendrán las críticas, la bronca y el descontento, todos sienten en su corazón que ésta es la verdad, que ésta es la oportunidad de poner en blanco la verdad.” (De la Rúa, 01/11/01)

Al igual que en su alocución de asunción y en la presentación de los sucesivos planes y programas (“impuestazo”, reforma laboral, “plan de reactivación” de noviembre del 2000, “blindaje”, “déficit cero”), en noviembre de 2001 se delineó un panorama crítico, basado en la *excepcionalidad* de la situación (“Es la República

³³⁴ Los siguientes puntos eran: tercero, “el frente financiero”, que apuntaba a una “reestructuración consensuada” de la deuda y la defensa “a rajatabla” del “1 a 1”; cuarto, “la reactivación económica” a la que el Estado aportaría “ayuda[ndo] a las empresas endeudadas” y “aumenta[ndo] la capacidad de compra de la gente” al rebajar los aportes obligatorios de los trabajadores del sistema de capitalización previsional e instrumentar la devolución del 5% del IVA a las compras con débito, etc.

³³⁵ En el capítulo 2 habíamos recompuesto la forma tópica de este *topos* de la siguiente manera: [+ esfuerzo/medidas antipáticas + sensibilidad social].

Argentina la que está en juego.”) y en la *inevitabilidad* del camino a seguir (“La Argentina no tiene otra elección.”). Estos dos eran los componentes discursivos de un “diagnóstico” desde el cual los *otros* (por proponer senderos de política pública alternativos) podían ser identificados con el lugar de la mentira y el engaño (201). Esta construcción de la alteridad adoptaba –como estudiamos en la sección 2.1– un *registro epistémico* cuyo principal efecto era la descalificación del *otro* a partir del clivaje mentira-verdad. *Excepcionalidad, inevitabilidad* (en la clave del *registro epistémico*) constituyeron durante todo el periodo analizado aspectos de un abordaje político, anti-política³³⁶. Eran el fundamento de la construcción de un *otro* político que era doblemente expulsado del espacio comunitario: con él no era posible el debate porque hablaba con la mentira y, además, porque todo lo que pudiera proponer ya era considerado imposible de antemano, dado que el camino decidido desde el *nosotros*, “era el único posible”. Este último aspecto es el que nos parece crucial destacar. Este tipo de abordaje tiene la doble especificidad de 1) mantener su *politicidad* (dado que delinea efectivamente un *otro*, por lo tanto, es político), a la vez que 2) construye una temporalidad que, al estar basada en la *inevitabilidad* del camino decidido, atenta contra la capacidad de “la política” de erigirse como el conjunto de actores, instituciones y prácticas *legítimo* para la definición de lo común de la comunidad (y, en este sentido, decimos que es anti-política). Si hay un único camino *inevitable*, una única temporalidad posible, ni *nosotros* ni *ellos* parecen poder hacer nada por el devenir de la comunidad, más que entregarse al desarrollo teleológico ineludible de lo que ya está dado.

Por último, sostenemos que se introdujo un elemento novedoso³³⁷ que signaría las alocuciones en torno a “la crisis” por un largo periodo. Las apelaciones a “la

³³⁶La preocupación por las posturas que deslegitimaban “la política” atravesaba también algunos discursos políticos del periodo. Por caso, tres de los candidatos a senador, sostenían: “Los que hablan del gasto político son funcionales de la antipolítica.”(Alfonsín, La Nación 02/09/01) “Argentina hoy no está gobernada por políticos, sino por usureros. Los usureros, son los que extorsionan, los que coaccionan, los que chupan la sangre a los jubilados, los que destruyen pequeñas y medianas empresas, los que destruyen empleos.” (Terragno, La Nación 08/10/01) “Cuando el poder económico sostiene al político, como pasa ahora, no es para repartir mejor la riqueza sino para quedársela.”(Duhalde, La Nación 02/10/01) Nuestro análisis nos permite observar cómo el abordaje anti-política era construido también (o sobre todo) por los propios enunciadores políticos (no sólo por “usureros” o por “el poder económico”), que hacían política (actuaban políticamente, tomando decisiones políticas, construyendo un *nosotros*, frente a un *ellos*) precisamente a partir de ese tipo de abordaje.

³³⁷ Novedoso en las alocuciones del presidente De la Rúa, pero no en el campo discursivo de lo político del periodo analizado. Por caso, los *topoi* de la soberanía (fiscal o externa) que hemos

patria” y al “patriotismo” (como sentimiento asociado a ella), a “la República argentina” (o, simplemente, “la Argentina”) fueron claves en este discurso y en la construcción del tono fundacional que procuraba transmitir.

(204) “Seamos patriotas para defender nuestro presente y nuestro futuro. No hay una sola persona que esté en condiciones de proponer una alternativa, porque no la hay. La única, es oponerse y criticar, oponerse y criticar. Eso no ayuda a nadie.” (De la Rúa, 01/11/01)

(205) “Serenidad, fuerza, coraje, unidad y, sobre todo, patriotismo. Son las consignas que les pido a cada argentino frente a este momento. Ha llegado la hora de que enfrentemos problemas que veníamos postergando de hace 50 años. Si lo hacemos unidos, está garantizado el éxito. Si nos dividimos, sólo veo el horizonte del fracaso para todos.” (De la Rúa, 01/11/01)

(206) “Dejemos de lado las agresiones entre nosotros mismos, seamos solidarios y responsables con el destino de la patria.” (De la Rúa, 01/11/01)

En este discurso, la apelación a estos metacolectivos singulares (Verón, 1987)³³⁸, junto a *excepcionalidad* y la *inevitabilidad*, delinearon una forma particular de la construcción de “la crisis” vinculado a la tópica fiscalista. Y aunque los modos de recepción del plan fueron disímiles³³⁹, si algo fue notorio, fue que su presentación como *inevitable*, dada la *excepcionalidad* de la situación y en nombre de “la patria” y “la República Argentina” no había logrado construir un consenso. No era la primera vez que se recurría a este modo de construcción de “la crisis” y, en todos casos, sus resultados habían sido magros (cuando no abiertamente negativos). Los sucesivos y fallidos intentos habían horadado la legitimidad de De la Rúa como enunciador político (además de haber contribuido a erosionar el rol de los enunciadores políticos

identificado (y asociado a las enunciaciones de Raúl Alfonsín) detentaban también este tono nacionalista.

³³⁸ Como señala Verón, los metacolectivos singulares son de extrema importancia en el discurso político. La definición que provee el autor sostiene que, a diferencia de los colectivos como el de identificación (*nosotros*) o el paradesinatario (ubicado discursivamente en el lugar de la recepción), estos metacolectivos “no admiten cuantificación y difícilmente la fragmentación” (Verón, 1987, pág. 18). Sin embargo, reconoce que “ciertas fragmentaciones son posibles” (Verón, 1987, pág. 19), como por ejemplo, “el país está dividido”. Precisamente este último es nuestro caso de estudio, porque aquí la apelación a “la patria” funciona como respuesta al peligro que se advierte; si “la República Argentina la que está en juego”, es –precisamente– “la patria”, “la república” lo que peligra y por lo que la apelación a la singularidad cobra sentido y potencia. Cabe preguntarse, por tanto, si no es la posibilidad de estas fragmentaciones (posibilidad discursivamente construida, por supuesto) lo que explica –en varios casos– el recurso a este tipo de metacolectivos. La respuesta a esta pregunta excede las posibilidades de este trabajo, pero dejamos el interrogante abierto para futuras indagaciones.

³³⁹ La UIA respaldó el intento de reflotar la demanda (La Nación, 03/11/01), el titular del bloque del PJ en Diputados consideró que era “más de lo mismo” y rechazó la estatización de las deudas privadas sin la consideración del origen de cada una (La Nación, 02/11/01) y los dos nuevos senadores, Alfonsín y Duhalde avalaron el plan de reestructuración de la deuda. Sobre este último punto, Terragno y Moreau coincidieron que era una medida que ellos ya habían propuesto pero que, tomada en este contexto, “llegaba tarde” (La Nación, 03/11/01).

en general –“los políticos”– con el abordaje anti-política al que ya hicimos referencia). Para afrontar aquel fracaso en la construcción de un consenso contundente, el 20 de noviembre y en el marco de la VII Conferencia Industrial de la UIA (de la cual participaron los principales referentes del arco político, empresarial y sindical), De la Rúa lanzó un (ya no tan) nuevo llamado a la “unidad nacional”. Sin embargo, este llamado repuso –insistentemente– la presentación de principios de noviembre, porque se afirmó que el “déficit cero” era “una imposición de la realidad, que no significa[ba] consumo cero o crecimiento cero, sino hambre cero e injusticia cero.” (La Nación, 22/11/01) Nuevamente, la convocatoria a la “unidad” se realizaba obturando todo tipo de debate porque, como sostuvo el jefe de gabinete Chrystian Colombo, “no ha[bía] lugares para intereses sectoriales sino generales” (La Nación, 23/11/01).

En las últimas dos semanas de noviembre se vislumbró un panorama en extremo delicado que durante el mes siguiente, sólo tendería a empeorar; mientras los piquetes seguían proliferando en diversas localidades del Gran Buenos Aires y de las provincias, el riesgo país superaba los 3000 puntos y la fuga de depósitos revelaba la evaporación de la confianza de los ahorristas en el sistema bancario. El corolario fue la toma de la decisión que selló el final del gobierno de la Alianza: el “corralito”. En el apartado final, analizaremos su construcción discursiva y el desarrollo de las últimas semanas del gobierno de Fernando De la Rúa.

4.3.2. Epílogo. Diciembre de 2001.

En este último apartado analizaremos brevemente la construcción del “corralito” en los discursos políticos. Esta medida fue el último intento del gobierno por sostener el régimen de tipo de cambio convertible, cuya discusión pública había sido promovida –hasta el momento– por muy pocos enunciadores políticos³⁴⁰ y que ahora se encaraba en un contexto de extrema debilidad del gobierno³⁴¹, en particular,

³⁴⁰ A lo largo de este trabajo hemos registrado alocuciones que, como las del sindicalista Hugo Moyano (en enero del año 2000) y las del ex presidente Menem (a lo largo de todo el periodo), tematizaban “la convertibilidad”. Hemos destacado, también, cómo el debate en torno a dicho objeto fue sistemáticamente obturado por diversos enunciadores políticos y muy especialmente por el gobierno. Como señala Lorenc Valcarce (2002), esta dificultad de pensar y debatir pública y colectivamente “la convertibilidad” (y con ello, de concebir una salida relativamente ordenada y con menores consecuencias nocivas para gran parte de la sociedad) se trasladaba desde los fines del gobierno de Menem y la campaña presidencial de 1999.

³⁴¹ La falta de respaldo político al gobierno se plasmó en dos episodios clave: las arduas negociaciones por la aprobación del régimen de coparticipación federal con las provincias en el marco de un nuevo

y de “la política”, en general, así como de creciente movilización de diversos sectores de la sociedad. El “corralito” fue presentado como “una medida transitoria” (por noventa días, mientras se negociaba el canje de deuda (Colombo, La Nación 01/12/01)) y se impuso por el decreto N° 1570/2001 que prohibió los retiros por cajero mayores a \$250 (o USD 250) e instaba a que el resto de las operaciones se realizaran con tarjeta de débito³⁴². Tras su anuncio el 2 de diciembre, Cavallo y De la Rúa dedicaron todos sus esfuerzos a lograr convencer al país de que las medidas tenían como objetivo “proteger los ahorros de los argentinos” (Cavallo, La Nación 02/12/01) y evitar la devaluación del peso, frente a los ataques de “la especulación” (De la Rúa, P/12, 03/12/01) y “los fondos buitres”, “los enemigos de la Argentina” (Cavallo, La Nación 02/12/01). Sin embargo la construcción de este adversario externo (que iba en línea con las apelaciones a “la patria” del plan de noviembre), tampoco logró construir un consenso potente ni detener la fuga de dólares del sistema. Resultaba evidente para todos los actores que la convertibilidad estaba encontrando su fin, por lo que la opción por la dolarización y la devaluación pasó a ocupar el centro de los debates. Y si bien el presidente y su ministro afirmaban que “se mante[nía] la convertibilidad y la paridad del peso 1 a 1 con el dólar” (De la Rúa, P/12, 03/12/01), parecían acercarse más a las posturas dolarizadoras que a las devaluacionistas.

(207) “La convertibilidad tiene total respaldo. Pero además, estas medidas demuestran cabalmente que el Gobierno ni sueña en abandonar el uno a uno. Obviamente que esto implica una suerte de dolarización financiera.” (Cavallo, P/12 02/12/01)

(208) “Ya hemos dicho que hablar de una devaluación sería de consecuencias muy graves y negativas. en cuanto a la dolarización, rige la convertibilidad, de modo que quien tiene un peso puede cambiarlo por un dólar.” (De la Rúa, La Nación 06/12/01).

Pregonaban abiertamente su preferencia por la dolarización el ex presidente Menem (La Nación, 08/12/01), diversos miembros del gobierno (por ejemplo, el jefe

pacto fiscal (P/12, 30/11/01) y el nombramiento del peronista Ramón Puerta como presidente provisional del Senado (dada la ausencia de vicepresidente, este puesto resultaba clave en caso de acefalía).

³⁴² Es necesario destacar que a la restricción de la disponibilidad de efectivo se sumaba la reducida bancarización de los argentinos. En los días subsiguientes al anuncio, los periódicos dieron cuenta de la multiplicación de consultas en los bancos y la masiva apertura de cuentas (La Nación, Clarín y P/12, 04/12/01).

de gabinete Colombo) y *think tanks* como el CEMA³⁴³ (La Nación, 09/12/01). Frente a ellos, se pronunciaron en contra el Grupo Productivo³⁴⁴ y la CGT liderada por Rodolfo Daer, en un documento que afirmaba que aquella era “una medida de naturaleza colonial, que más allá de su indignidad, agravaría la crisis” (Clarín, 09/12/01). Sin embargo, como señalan Castellani y Szkolnik (2005) en su detallado análisis sobre las posturas dolarizadoras y devaluacionistas, éstas últimas evitaron sistemáticamente referirse a la noción de “devaluación” y se dedicaron a cuestionar la postura dolarizadora que, sostenían, “más allá de las obvias razones de autonomía y dignidad nacional, significaría privarnos para siempre de instrumentos esenciales de política económica. Abandonaríamos definitivamente la posibilidad de tener política monetaria.” (documento Grupo Productivo, Clarín 09/12/01).

Junto con el debate por los modos de determinación del tipo de cambio, las dificultades en torno a la debilitada convertibilidad se manifestaron en diversos aspectos de la vida cotidiana de las argentinas y los argentinos. Uno de los principales era la falta de dinero circulante que las provincias habían intentado resolver con la emisión de bonos (como los Patacones y los Lecops) y otros actores procuraban enfrentar por medio del recurso del trueque³⁴⁵. Los “cacerolazos” y

³⁴³ Centro de Estudios Macroeconómicos Argentinos, al que pertenecían el ex ministro de economía menemista Roque Fernández y el anterior presidente de Banco Central, Pedro Pou. En línea con lo que afirman Castellani y Szkolnik, la propuesta dolarizadora “sólo en raras ocasiones contó con el apoyo explícito de sus potenciales beneficiarios” (2005, pág. 5) y una de esas ocasiones fue a principios de diciembre de 2001. Al respecto, el periódico P/12 señalaba: “El Consejo Empresario Argentino, el núcleo central de bancos extranjeros, laboratorios y cerealeras multinacionales y las más poderosas empresas beneficiarias de las privatizaciones, vienen planteando ante la más altas instancias gubernamentales, en las últimas horas, la necesidad de ir hacia una dolarización para salir del actual marasmo.” (06/12/01)

³⁴⁴ El Grupo Productivo congregaba a la Unión Industrial Argentina (UIA), la Cámara Argentina de la Construcción (CAC) y Confederaciones Rurales Argentinas (CRA).

³⁴⁵ Los periódicos informaban sobre la proliferación de “Clubes del trueque” en todo el país, sobre todo desde el último trimestre del año 2001. En algunos casos, eran promovidos por las propias instancias de gobierno locales, como era el caso de la localidad de Calchaquí, en Santa Fe: “Tenemos unas 300 familias incorporadas al Club del Trueque y, ante una propuesta de abonar con certificados las deudas municipales, consideramos lógico atender el pedido, porque la Municipalidad no puede ser una isla dentro de la sociedad y debe participar en toda iniciativa que signifique reactivar el mercado.” (intendente de Calchaquí Angel Miguel Milessi, La Nación, 25/11/01) Para fines del año, la Red Global del Trueque Solidario, que existía desde 1996 (Leoni, F. y Luzzi, M., 2006) estaba conformada por casi 800 clubes repartidos en todo el país, había visto multiplicada la demanda de ingresos desde el anuncio del “corralito” (“El salto fue significativo en los primeros 8 meses de la gestión cavallista: se pasó de 10 mil a 20 mil solicitudes de admisión. Pero desde el congelamiento parcial de los depósitos, hace una semana, los pedidos treparon a un ritmo de 40 mil mensuales, cifra récord en los 7 años de existencia de la red.” (Clarín, 09/12/01)).

“apagones”³⁴⁶ del 12, el paro general de ambas CGT el 13 y los “saqueos” a supermercados a partir del 15 diciembre, evidenciaron la masividad de la protesta social³⁴⁷ y la dificultad de los principales actores del gobierno para procesarla; mientras el secretario general de la CGT afirmaba que “no hay libre disponibilidad de los salarios” (Daer, La Nación 11/12/01), el presidente observaba que “este es un paro cuyos motivos no están claros. Al parecer se vinculan con las medidas bancarias” e insistía: “fueron [medidas] imprescindibles y que no responden a una política permanente sino a una emergencia para evitar un perjuicio al país” (De la Rúa, La Nación 13/12/01).

El “diálogo político” de diciembre incluyó un reunión con gobernadores peronistas (La Nación, 12/12/01), que se realizó el Consejo Federal de Inversiones, otra con el ex presidente Menem en la Casa Rosada y, finalmente, el 19 de diciembre por la mañana, en la sede porteña de Cáritas, una última reunión que contó con la presencia de legisladores, sindicalistas y empresarios. La solicitud de salida del ministro Cavallo y el rechazo de la propuesta por parte de De la Rúa (La Nación Online, 19/12/01) revelaban que, como hasta ese momento, la decisión de sostener su plan económico, político y social seguiría incólume. La tónica fiscalista y la asistencialista fueron el centro de una de las últimas medidas del gobierno de la Alianza, el “Programa de Emergencia Alimentaria”, que apuntaba a paliar las demandas de alimentos que habían originado los saqueos (que, paralelamente, eran definidos en forma sistemática como “activismo político” (Baylac, La Nación Online 19/12/01)).

³⁴⁶ Estos dos modos de acción colectiva de protesta social tenían, en otras, la particularidad de mostrar una cierta cercanía entre la aparición en el espacio público de la calle y el “privado”, del hogar: la herramienta de protesta, la cacerola, trazaba un puente entre ambas instancias que casi ningún análisis del periodo soslayó. Su antecedente directo había sido el apagón y cacerolazo de 12 de septiembre de 1996 convocado por el ahora ex vicepresidente ‘Chacho’ Álvarez (junto con el radicalismo y organizaciones sociales) en rechazo de una suba de impuestos. El cacerolazo de 1996 implicó la instalación de “dos escenas exteriores entre sí: la de *la gente* (en la calle, en sus casas y en sus balcones), y la del gobierno (encerrado en la Casa Rosada)” (Mauro, 2012a, pág. 79), que –como analizamos a lo largo de este trabajo– fue profundizada performativamente por diversos discursos políticos durante los años siguientes. Sin soslayar las evidentes diferencias (porque en 1996 la convocatoria fue realizada por el dirigente ‘Chacho’ Álvarez), creemos que la “espontaneidad” de los cacerolazos de 2001 debe ser interpretada en aquel marco discursivo, es decir, el de la cesura entre “la gente” y “los políticos”.

³⁴⁷ Para una recomposición detallada de los sucesos, enfocada en los modos de la protesta social, desde el 16 de diciembre de 2001 hasta el 30 de enero de 2002, consultar “La trama de la crisis” (Pérez, G. y Pereyra, S. (coords.), 2002).

Durante toda la jornada del 19 de diciembre continuaron los saqueos, los comercios cerraron sus puertas y las protestas fueron reprimidas en varias localidades³⁴⁸. Aduciendo “un cuadro de conmoción interior”, el presidente Fernando De la Rúa anunció, por cadena nacional, la instauración del estado de sitio por treinta días³⁴⁹. Retomando su discurso de asunción –de hacía ya dos lejanos años– el presidente intentó una vez más construir una frontera con un pasado, origen del presente de “desorden y caos”: “las causas de esta situación vienen de lejos”³⁵⁰. El llamado a “la unidad nacional” era en este discurso la contracara de la identificación de un enemigo interno conformado por “grupos enemigos del orden de la República Argentina [que] aprovechan para intentar sembrar discordia y violencia”. La respuesta a la declaración del estado de sitio fue la multiplicación de los “cacerolazos”, “bocinazos” y la concentración de ciudadanos en diversas esquinas de los barrios de toda la ciudad y del Gran Buenos Aires, al grito de “¡que se vayan todos!” La madrugada transcurrió con la continuidad de más protestas, violentas represiones (sobre todo en la Plaza de Mayo) y la posterior renuncia del ministro de economía Domingo Cavallo. En este contexto, la respuesta del justicialismo a la convocatoria a la “unidad nacional” fue negativa: “el PJ va a seguir ejerciendo su rol de oposición y no va a participar de ningún cogobierno” (Roggero, La Nación Online 20/12/01)³⁵¹. Horas después, y mientras las protestas sociales y movilizaciones continuaban –al igual que lo hacía la represión por las fuerzas de seguridad (que

³⁴⁸ Como señalan los investigadores que llevaron a cabo el estudio compilado por Pérez y Pereyra (Pérez, G. y Pereyra, S. (coords.), 2002), a pesar de que varios miembros del gobierno “atribuyeron cierta pasividad policial en el conurbano bonaerense a una maniobra de sectores del PJ, (...) la policía de esa provincia reprimió en el propio conurbano” (2002, pág. 21) y en La Plata, donde se registraron veinte heridos en un reclamo de docentes, estatales y judiciales (La Nación Online 19/12/01). “También hubo represión policial en las provincias de Santa Fe (ciudades de Santa Fe y Rosario), Río Negro (ciudad de Cipoletti), Mendoza, Corrientes y Entre Ríos. El saldo fue de siete muertos y casi 140 heridos (76 de ellos, policías). En todos los casos, las muertes se produjeron por enfrentamientos entre los manifestantes y la policía, y por disparos de los propietarios de comercios saqueados. Hubo 551 detenciones (350 en el GBA).” (2002, pág. 21)

³⁴⁹ El discurso de la noche del 19 de diciembre, que se plasmó en el decreto 1678/2001 está disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=h67HpxqQ7Hg>.

³⁵⁰ Es preciso señalar, sin embargo, que el alcance de ese pasado no era del todo claro, porque se basaba en una invitación a la “autocrítica” a “todos los que hemos gobernado o ejercido posiciones de poder *durante décadas*”. En este sentido, resultaba evidente que ese pasado trascendía a los dos gobiernos menemistas (que, en conjunto, sumaban un total de diez años).

³⁵¹ El jefe del bloque del PJ en Diputados afirmaba: “Mientras todos esperábamos un reconocimiento de errores y un cambio de rumbo, lo único que hizo el Presidente fue echarle la culpa al resto de la sociedad” (Roggero, La Nación Online 20/12/01)

después de 48 horas era responsable de 25 asesinatos)—, De la Rúa decidió renunciar a su cargo:

(209) “Mi mensaje de hoy para asegurar la gobernabilidad y constituir un gobierno de unidad fue rechazado por líderes parlamentarios. Confío que mi decisión contribuirá a la paz social y a la continuidad institucional de la República.” (Carta de renuncia De la Rúa, 20/12/01).

4.4. *Recapitulación*

En este capítulo se propuso un análisis de la construcción discursiva de “la crisis” durante los últimos nueve meses del gobierno de Fernando De la Rúa. En consonancia con las observaciones colegendas en el capítulo precedente, encontramos que la dinámica entre las tres articulaciones tópicas —a grandes rasgos— se mantuvo. En este sentido, la clave de lectura de “la crisis” que guió la línea de las políticas públicas durante este último segmento del gobierno de De la Rúa penduló entre la inclusión de algunos elementos de la tópica mercadointernista (*i.e.* la preocupación por “el consumo” en los dos intentos reactivadores del inicio de la gestión de Cavallo en Economía) y el reforzamiento de la línea fiscalista. Sin embargo, la implementación de la “Ley de déficit cero”, con la consolidación del *topos del gasto* y la construcción de una temporalidad atravesada por la *excepcionalidad* de la situación y la *inevitabilidad* del camino decidido, significó la definitiva instauración de la articulación tópica fiscalista como eje argumentativo de las políticas públicas. Por otro lado, quienes se opusieron sucesivamente a las medidas adoptadas por De la Rúa y su “superministro” recurrieron a los elementos centrales de la tópica mercadointernista (como sucedió en la campaña electoral de septiembre/octubre con la crítica —a partir de la perspectiva *integral*—, al “modelo”, o el cuestionamiento del estatuto de “la deuda” y de la continuidad de la convertibilidad). Finalmente, durante esos últimos seis meses se afianzó la polarización entre estas tópicas (fiscalista y mercadointernista), lo que mantuvo a la asistencialista en su lugar subsidiario (dado que *topoi* como el *paliativo* —o de la *paliación social*— complementaron al *de los costos*, como observamos en el análisis de la presentación del plan de noviembre de 2001 realizada por el propio De la Rúa).

Conclusiones generales

El análisis de los discursos políticos circulantes entre fines de 1999 y diciembre de 2001 nos ha permitido identificar tres “diagnósticos” vinculados a la construcción del objeto de discurso “la crisis”. En ellos, se articularon diversos *topoi* argumentativos y formas de construcción de la temporalidad, que dieron forma a lo que definimos como articulaciones tópicas. Las tres (articulaciones) tópicas identificadas establecieron diferentes dinámicas a lo largo del periodo analizado; constituyeron conjuntos de argumentos de los que se apropiaron los enunciadores políticos y que, en el marco de las disputas que establecieron en cada coyuntura, los fueron transformando y resignificando. No obstante lo cual, creemos que es posible señalar cierto patrón de continuidad. Mientras, las tópicas **fiscalista** y **asistencialista** funcionaron en forma complementaria (la segunda subsidiaria de la primera) y fueron el eje de la gran mayoría de las políticas públicas decididas por el gobierno de Fernando De la Rúa y sus ministros, la tópica **mercadointernista** se erigió como antagonica a ellas.

Hemos distinguido dos aspectos principales para la observación de las relaciones entre las tópicas: los *topoi* y las cadenas argumentativas y los modos de construcción de la temporalidad. A modo de recapitulación, expondremos sintéticamente los principales *topoi* que hemos rastreado a lo largo del trabajo, respetando el orden cronológico de exposición ya propuesto. Dedicaremos los párrafos posteriores a la cuestión de la temporalidad, porque entendemos que allí radica gran parte del meollo de nuestras preocupaciones: ¿cómo se construyó discursivamente “la crisis”? ¿qué rol se le asignó allí a “la política” y a “los políticos”?

Durante el periodo transcurrido entre diciembre de 1999 y mayo del 2000 se consolidaron los lineamientos básicos de las tres tópicas; las polémicas en torno al inicial aumento de impuestos, la posterior reducción de salarios públicos y la instauración de la reforma laboral fueron claves para ello. La tópica **fiscalista** se organizó en torno a dos cadenas argumentativas centradas *topoi del crecimiento* (T₁) y *de la eficiencia* (T₂), respectivamente.

(T₁) [+ déficit fiscal + desempleo]

(CA₁) [+ déficit fiscal - crecimiento de la economía] [- crecimiento de la economía + desempleo]

(T₂) [+ corrupción + déficit fiscal]

(CA₂) [+ corrupción + ineficiencia] [+ ineficiencia + gasto] [+ gasto + déficit fiscal]

La articulación de estos conjuntos de argumentos funcionó como el centro del diagnóstico que situaba en el déficit fiscal el origen de “la crisis” y, en su reducción, la forma de conjurarla. Mientras, la tópica **asistencialista** fue delineada por un abanico de enunciadores vinculados al gobierno (*i.e.* Alfonsín, Storani, Terragno, Álvarez) que compartían la perspectiva fiscalista, pero defendían la necesidad de que sus políticas fueran acompañadas por otras con cierta “sensibilidad social” (T₃).

(T₃) [+ medidas antipáticas/esfuerzo + sensibilidad social]

Así, el *topos paliativo* (T₃) cumplía una función subsidiaria respecto de los *del crecimiento y de la eficiencia*, porque reforzaba su legitimidad al no cuestionar su diagnóstico y al proveer una “solución” para las consecuencias negativas que “el esfuerzo” (*e.g.* aumento de impuestos) implicaba. El *topos del ahorro político* (T₅)³⁵², por su parte, permitía focalizar en “la vieja política” (corrupta, poco transparente, preocupada sólo por sus intereses “mezquinos”) otro aspecto de la “necesaria” reducción del “gasto”.

(T₅) [+ (vieja) política + gasto]

Por el contrario, la tópica **mercadointernista**³⁵³ proponía un nuevo marco argumentativo, al sostener que para reducir el desempleo, el foco no debía situarse en el déficit fiscal, sino en el consumo. Esto se plasmó en una cadena tópica sustentada en al menos dos *topoi* (T₇ y T₈).

(T₇) [+ ajuste + violencia económica contra la sociedad]

³⁵² Alfonsín articuló, junto con estos dos *topoi*, el *de la soberanía fiscal* (T₄) [+ cuentas claras + poder de decisión nacional]. La preocupación por la soberanía nacional se delineaba, desde esta perspectiva, con una doble dimensión política a la vez que económica. Este *topos* se reformuló a partir de mediados del 2001, cuando “la deuda” se constituyó como el centro de las polémicas entre los discursos políticos circulantes.

³⁵³ Como indicamos en el capítulo 2, las polémicas por la reforma laboral conformaron la coyuntura en el que se consolidaron las tres tópicos. En dicho contexto, la fiscalista articuló un nuevo *topos*, el *de la competitividad* (T₆) [+ empleabilidad + competitividad]. Este *topos* fue clave para quienes defendieron la ley, en tanto era el que explicaba los “beneficios” que su aprobación traería (mejorar la empleabilidad y, con ello, la competitividad que se había visto afectada, desde esta óptica, por la devaluación del real del año anterior y por las condiciones de empleo poco “flexibles” –salarios altos, falta de “flexibilidad” para contratar y despedir empleados– que atentaban contra la concreción de mayores inversiones).

(T₈) [+ salarios – desempleo]

(CA₈) [+ salarios + consumo interno] [+ consumo interno + reactivación del mercado interno]
[+ reactivación del mercado interno – desempleo]

Definir el aumento de impuestos, la reducción de salarios de empleados públicos y la reforma laboral en clave de “ajuste” era un modo de polemizar con quienes presentaban esas medidas como un “esfuerzo” *que había que hacer*; el recurso a la renominación, en este sentido, era clave para delinear la polémica. El *topos del consumo* (T₈), por su parte, proponía una “solución” diferente al problema del desempleo. Los enunciadores que se opusieron a las medidas de política de pública del gobierno sostenían, en esa línea, que no era suficiente implementar medidas paliativas, pues para modificar el rumbo pautado por el gobierno anterior (de cual todos pretendían diferenciarse, dejando atrás el pasado que esa frontera política compartida había instaurado) era preciso construir “otro modelo”, *integralmente* diferente, a partir de una cosmovisión económica, política y social divergente.

En octubre, el episodio de los sobornos en el Senado y la renuncia del vicepresidente constituyeron la superficie de emergencia de una serie de desplazamientos discursivos significativos. Por un lado, un amplio abanico de enunciadores que –hasta ese momento– se autodefinían como “oposición constructiva” (*e.g.* Ruckauf) o que habían hecho propios los argumentos de la tópica subsidiaria al rumbo fiscalista del gobierno (*e.g.* Álvarez, Terragno), se posicionaron dentro de posturas más críticas (por medio del retome de las críticas en clave del “modelo” y de demandas de políticas menos vinculadas al déficit, y más al factor de la demanda). En este contexto, el gobierno decidió impulsar un nuevo plan económico que fue definido como la continuación del rumbo trazado al inicio de su gestión y, más específicamente, como el comienzo de una segunda etapa, abocada al “crecimiento” y “no (...) sólo [a] combatir el déficit fiscal” (De la Rúa, 10/11/01). Este desplazamiento hacia “el crecimiento” estuvo, además, acompañado con el surgimiento del *topos del gasto*:

(T₁₀) [– gasto público + equidad]

La oposición se estructuró alrededor de los argumentos de la tópica mercadointernista, rechazó la condición *excepcional* sobre la que el gobierno fundó el plan y lo renomino, nuevamente, como un “ajuste” que, si era una continuidad, lo

era porque el gobierno seguía manteniendo el “modelo instaurado desde 1991” (documento “Construyamos otro modelo”, noviembre 2000). Este conjunto de discursos opositores se amplió aun más en marzo del 2001. El anuncio del “programa” de López Murphy (que sucedió a Machinea) reforzó la centralidad del *topos del gasto*, a la vez que la *del consumo* (que intentó refutar el marco argumentativo estructurado por aquel).

La etapa final de nuestro análisis abordó el periodo de la gestión de Cavallo al frente del Ministerio de Economía. Éste estuvo atravesado por sustantivos vaivenes discursivos y variaciones en el curso de política pública para encarar “la crisis”. La primera etapa (“heterodoxa”) se centró, primero, en “la reactivación”³⁵⁴, luego implicó modificaciones impositivas (definidas como un nuevo “impuestazo” por la oposición), el “megacanje” y, finalmente, un segundo y final intento “reactivador”. Luego de todos estos intentos fallidos, Cavallo y De la Rúa pusieron en marcha la “Ley de déficit cero”. Esta ley guió el accionar del gobierno aliancista desde julio hasta su fin, el 20 de diciembre de 2001, a partir de la articulación del *topos del gasto*, el *del ahorro político* y uno de los aspectos más relevantes de la tónica fiscalista (vigente desde su primera formulación): la construcción de la temporalidad *inevitabilista*, basada en la *excepcionalidad* de la situación. A pesar de que la campaña electoral para los comicios legislativos de octubre de 2001 devino en una competencia por diferenciarse del gobierno, en general, y de De la Rúa, en particular (incluso para referentes del radicalismo como Terragno que apuntaron a disputar la representación legítima de los valores de la Alianza), las políticas públicas siguieron presentándose a partir de su *inevitabilidad*, dificultando el establecimiento de consensos en torno a una posible “salida” que contara con mayor respaldo. Frente a este tipo de argumentaciones, el rechazo al “déficit cero” se estructuró a partir de la ya referida crítica al “modelo”, a la que se adicionó el *topos de la soberanía externa* (T₁₂) [+ reprogramación deuda + poder decisión nacional], favoreciendo que la cuestión de “la deuda” (su origen, los destinos del dinero prestado y las posibilidades

³⁵⁴ La construcción de este elemento retomaba, en cierto modo, tanto la preocupación que estructuró el *topos* definido por Ruckauf varios meses antes (T₉) [+ equilibrio fiscal + reactivación], como el *de la competitividad* (formulado el año anterior y más relacionado a la cuestión del empleo y la reforma laboral (T₆) [+ empleabilidad + competitividad]). Sin embargo, resulta significativo que el foco no estaba puesto en el déficit fiscal (y tampoco en el equilibrio fiscal). Al igual que el plan de noviembre, el interregno “heterodoxo” de la primera sección de la gestión cavallista procuró desplazar del eje de las políticas públicas la cuestión fiscal; el *topos* clave del periodo fue el *de la reactivación* [+ competitividad + reactivación].

de reducir los montos de capital e intereses) ocupara el centro de los debates políticos. Sin embargo, el gobierno aliancista sostuvo la intención de pago y el “déficit cero”, lo que para principios de diciembre se tradujo en la confiscación de los ahorros que se conoció como “el corralito”.

Como ya indicamos, a lo largo de periodo analizado la tónica fiscalista constituyó el centro de las argumentaciones de los lineamientos de política pública del gobierno de la Alianza. Pero a pesar de esa continuidad que señalamos a nivel analítico, no podemos soslayar que los planes, leyes y programas tuvieron ciertas diferencias. Al respecto la cuestión del “gasto” (público) es elocuente, porque aunque siempre se lo definió como un problema a resolver, a lo largo de esos dos años se decidió “atacarlo” a partir de una variedad de medidas diferentes (aumento de impuestos en diciembre de 1999, reducción de salarios estatales en enero del 2000, reducción en “el gasto” en junio del 2000, “reactivación” en noviembre y nueva reducción general en marzo de 2001³⁵⁵). Sin embargo, ello no fue óbice para que *todas y cada una de las medidas fueran presentadas como inevitables, a raíz de la excepcionalidad de la situación en la que se implementaban*. Encontramos allí no solamente un modo de entender y afrontar “la crisis”, sino –y sobre todo– una forma de concebir la política misma.

Al inicio de este trabajo afirmamos, junto a Rinesi y Vommaro, que “*la palabra* de los representantes del pueblo o de los que aspiran a convertirse en tal cosa (...) constituye un elemento de vital importancia en la construcción de [la] confianza” (2007, pág. 426) [en itálica en el original] y de la legitimidad de dichos representantes en relación a los representados. Luego del análisis de los discursos políticos aquí propuesto, creemos que es posible vincular la pérdida de legitimidad que sufrió la palabra política (que impidió que la *representación* fuera vivida por los representados como *representativa* de sus valores, posiciones y expectativas (2007, pág. 425)) con al menos tres elementos. Por un lado, el desajuste entre la presentación de las medidas como *inevitables* (dado lo *excepcional* de la situación) y

³⁵⁵ La disyuntiva “aumento de impuestos o recorte del gasto” fue expuesta por el propio Cavallo al inicio de la gestión de De la Rúa. Mientras aquel se inclinaba por el recorte, De la Rúa y Machinea optaron por el aumento de impuestos y . En efecto, son diferentes medidas (con diferentes consecuencias) para enfrentar el mismo “problema”. Cavallo afirmaba: “Coincido en el diagnóstico de las dificultades que encuentra el Gobierno, pero discrepo en cuanto a la solución. (...) Desde Acción por la República queremos apoyar una reducción mayor del gasto (...) para que sea totalmente innecesario aumentar impuestos, ya que hacerlo agravaría la recesión y estimularía aún más la evasión.” (La Nación 13/12/99)

las notables variaciones entre ellas (en el enfoque y las características de cada una): el aumento de impuestos de diciembre 1999 era tan *inevitable* como “la disminución (...) del gasto público” (De la Rúa, cadena nacional 09/06/00), aun cuando esta última opción había sido desechada el año anterior por inadecuada (nota 355). Durante el 2001, la sucesión de tres ministros de Economía con trayectorias y pertenencias e institucionales diferentes³⁵⁶, con una seguidilla de “diagnósticos” también divergentes, a partir de los que se delinearón distintas “soluciones” igualmente *inevitables*, no pudo más que profundizar aquel desajuste.

Sin embargo, hay otros dos aspectos, complementarios entre sí, que colaboraron para deslegitimar el rol de la *palabra política* y “su capacidad para articular discursivamente ideas, sentimientos y propuestas, diagnósticos, programas y justificaciones de esos programas, argumentos, compromisos y promesas” (Rinesi, E. y Vommaro, G., 2007, pág. 426). Por un lado, señalamos la cesura entre “los políticos” y “la gente”. Esa distancia fue trazada y reforzada discursivamente en diferentes ocasiones y por un amplio abanico de enunciadores políticos (que la articularon, además, con argumentos de diferentes tópicos). Uno de los ejemplos más contundentes es –nuevamente– el de la tematización del “gasto”, sobre todo a partir de la consolidación del *topos del ahorro político* en el marco del “déficit cero” ([– política – gasto]) desde julio 2001. Retomando uno de los *slogans* centrales de su campaña³⁵⁷, De la Rúa afirmaba: “Le pido a la política que se ajuste. (...) Debemos todos los políticos trabajar en nuevos proyectos que bajen aún más el gasto de la política.” (cadena nacional, 15/07/01) y, en ese sentido, la distinción entre la “vieja” (corrupta, ineficiente, mentirosa) y la “nueva” política (transparente, moralmente correcta, que habla con la Verdad)³⁵⁸ fue perdiendo su especificidad inicial, porque la cuestionada era toda “la política” en general y no sólo una parte de ella.

³⁵⁶ José Luis Machinea provenía de la “heterodoxa” Fundación Argentina para el Desarrollo en Equidad (FADE); Ricardo López Murphy de la “ortodoxa” Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL) y Domingo Felipe Cavallo de la Fundación Mediterránea que había provisto los actores principales de protagonizaron la escena política y económica entre 1991 y 1996, bajo el gobierno de Carlos Menem.

³⁵⁷ “Conmigo, el ajuste lo hace la política y no el pueblo” (*spot* publicitario Alianza, De la Rúa). Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=WW38rkYjLcM>.

³⁵⁸ La distinción entre “la vieja” y “la nueva política” fue clave tanto en la campaña presidencial de la Alianza como en los inicios de su gestión. Este punto es desarrollado especialmente en el capítulo 1.

Por otro lado, *excepcionalidad*, *inevitabilidad* y (durante una parte de la gestión³⁵⁹) *inexorabilidad* conformaron un dispositivo discursivo de construcción de la temporalidad que se asentó, a la vez que dio forma performativamente, sobre un modo de concebir “la política” desde una **perspectiva anti-política**. En primer lugar, debemos aclarar –como lo hicimos en varias ocasiones a lo largo de todo el texto– que esta condición anti-política no implica que el discurso que la sustenta pierda su *politicidad*, y esto es así porque este no deja de delinear un adversario. Ese *otro* es expulsado del espacio/tiempo comunitario principalmente³⁶⁰ porque su voz, sus propuestas y su cosmovisión son consideradas impertinentes (no pertinentes) de antemano, *a priori*: si la situación es *excepcional* y ello explica la adopción de una medida *inevitable*, que garantiza *inexorablemente* el futuro promisorio, no hay debate posible sobre el devenir de política pública. Esta construcción del tiempo se delineó desde las **articulaciones tópicas fiscalista y asistencialista**, subsidiaria de aquella, y fue rechazada por la **tópica mercadointernista** en cada una de las coyunturas (el ejemplo más significativo es el de los documentos “Construyamos otro modelo”, en sus versiones de mayo –capítulo 2, apartado 2.2.4.– y noviembre del 2000³⁶¹ –capítulo 3, apartado 3.3.1.–).

Pero este dispositivo *inevitabilista* no sólo deslegitimaba las voces de los *otros* (adversarios) sino, y sobre todo, a “la política” (y “los políticos”) en general. Éste constituye el meollo de nuestro argumento, porque creemos que aquel modo de

³⁵⁹ La *inexorabilidad* fue parte de la construcción de la temporalidad que acompañó a las medidas decididas durante el primer año del gobierno de la Alianza. Como señalamos en el capítulo 3, ese elemento no formó parte de la construcción del “blindaje”. Este canje de bonos fue presentado como “una plataforma” que “no [resolvía] todo” (De la Rúa, P/12 17/12/00) porque no garantizaba el objetivo del “crecimiento” que se buscaba (la diferencia es notoria con, por ejemplo, la presentación de la reforma laboral: La nueva ley que enviaré al Congreso *será* la herramienta para terminar con el déficit, es la ley de emergencia contra el déficit. Así *volverán* las inversiones, así *bajarán* las tasas de interés, así *volverá* el crédito y, *en muy poco tiempo, estaremos disfrutando la reactivación económica y, como consecuencia directa, volverá* el empleo.” (De la Rúa, La Nación y P/12 24/12/99)

³⁶⁰ *Principalmente* porque, como pudimos estudiar a lo largo de cada capítulo, esta construcción temporal se articuló no sólo con diferentes *topoi*, sino también con distintos dispositivos de enunciación y variados registros. Respecto al dispositivo, resaltamos en varios casos el recurso a los enunciados impersonales que desdibujaban la figura del *yo* que se hace responsable de la enunciación (capítulo 1, apartado 2.1.) y el recursos a la modalidad deóntica; como veremos más adelante *inevitabilidad* y *desresponsabilización* son complementarias. Señalamos también la apelación a lo que denominamos *registro moral* y *registro epistémico*; mientras el primero permite construir al *otro* a partir del par bueno vs malo, el segundo señala su carencia del conocimiento eficiente, verdadero y objetivo (que le permitirían desarrollar políticas apropiadas para una situación dada; si el camino adoptado es el único posible, lo que el *otro* proponga no puede sino ser errado). En ambos casos, el *otro* es descalificado.

³⁶¹ En esa misma línea y rechazando el plan de noviembre, el dirigente de la CGT disidente, afirmaba: “Alternativas a este modelo sobran, pero hace falta voluntad política.” (Moyano, P/12 23/11/00)

construir el tiempo atenta contra la capacidad de “la política” de erigirse como el terreno *legítimo* en que actores, instituciones y prácticas definen lo común de la comunidad (y, en este sentido, decimos que es anti-política). Si hay un único camino *inevitable*, una única temporalidad posible, ni *nosotros* ni *ellos* parecen poder hacer nada por el devenir de la comunidad, más que entregarse al desarrollo teleológico ineludible de lo que ya está dado. Quienes enunciaron la *inevitabilidad* no sólo “se ataron de manos” a sí mismos sino que hicieron lo mismo para todos los actores políticos³⁶².

Sin embargo quienes ocupaban posiciones de poder, como el presidente o sus ministros, *sí* tomaron decisiones (insistimos: los suyos no fueron discursos anti-políticos o despolitizados). En el estudio de cada coyuntura, hemos intentado mostrar las distintas posturas argumentativas que disputaron por la definición del camino de política pública que consideraban pertinente. La existencia de alternativas revela que, en última instancia, cada medida política se originó en una *decisión política*. De la Rúa no delineó un “método delarruista (...) para no decidir” (Novaro, 2002, pág. 26); en todo caso, tomó decisiones de las cuales no se hizo responsable porque eran presentados como *inevitables* y no había “otro camino posible”.

Estas conclusiones contienen aspectos ciertamente exploratorios que abren caminos de investigación que deben ser profundizados en el futuro. Por un lado, para comprender los modos de construcción discursiva del objeto “la crisis” en el marco de “la crisis del 2001” es necesario replicar el análisis propuesto en el periodo posterior al 20 de diciembre de 2001. Es preciso preguntarse, entonces, ¿qué diagnósticos se delinearon en el transcurso de las presidencias interinas de Ramón Puerta (21/12/01 – 23/12/01) y Adolfo Rodríguez Saá (23/12/01 – 30/12/01)? ¿Cómo construyeron los discursos políticos “la crisis” durante la gestión de Eduardo Duhalde como presidente, a partir de enero del 2002? ¿Cómo concibieron el rol de la desprestigiada “política” para conjurarla? En ese sentido, ¿siguió el mismo curso que hasta diciembre de 2001 la *palabra política*? Y, finalmente, ¿cómo construyeron los

³⁶² En este sentido, parecía que la toma de las decisiones había quedado en otras manos. No resulta llamativo que, en ese contexto, hayan alcanzado gran difusión descalificaciones del presidente como “autista” o como incapaz de tomar decisiones, en favor de otros actores, como el Fondo Monetario Internacional. No pretendemos negar la influencia de los organismos externos de este tipo, sino recomponer el marco discursivo en que la misma fue posible.

discursos políticos “la crisis” durante la gestión de Néstor Kirchner como presidente a partir de mayo del 2003?

Por otro lado, creemos que el estudio de los modos de construcción del tiempo en los discursos políticos puede permitir comprender otros procesos de toma de decisiones de política pública que exceden al que aquí estudiamos³⁶³. Entendemos que es necesario complementar la pregunta por constitución política del *espacio* de lo común (que ha encontrado múltiples respuestas en torno al vínculo entre el todo y las partes que lo componen (Rancière, 2010; Laclau, 2009)³⁶⁴), con otras que indaguen en la constitución política del *tiempo* de lo común. Como señala Aboy Carlés (2001), la alteridad no se construye sólo espacialmente, sino también en relación al tiempo (Cané, 2017): la exclusión del *otro* es también la exclusión de otras temporalidades posibles, de otros cursos, rumbos del devenir de lo común. Si las condiciones de existencia de todo orden político son radicalmente contingentes (Laclau, 2000, pág. 52), ello es porque siempre pudo haberse estructurado de otro modo (espacial y temporalmente, por lo que no podría pensarse un orden *inevitable*). La estructuración siempre es relativa, parcial, y no tiene fundamento racional último para su constitución (2000, pág. 48); lo que la origina es una *decisión* fundante, contingente y arbitraria (aunque surja en un espacio-tiempo que no puede sino condicionarla, también relativamente³⁶⁵). Esto nos conduce a un tercer aspecto clave, junto al del tiempo y el estatuto de la decisión: el de la responsabilidad³⁶⁶. Si la decisión no tiene

³⁶³ No apuntamos a definir si una coyuntura dada es o no una coyuntura crítica, sino analizar los modos de presentación de la misma como tal. Es por ello que llama la atención cómo la argumentación del caso analizado parece funcionar en modo similar al que lo hicieron las reformas estructurales de principios de los noventa bajo la gestión de Carlos Menem. Excede nuestro objeto de estudio, pero entendemos que vamos en la misma línea interpretativa propuesta por Aboy Carlés (2001) (quien sostuvo que la frontera menemista se autodefinió como “un discurso hobbesiano de superación del caos” (2001, pág. 316)), seguida por Barros (2005) y retomada por Fair en varios de sus trabajos (2008a; 2008b).

³⁶⁴ Esto no implica que conciban la social como la plenitud resultante de la suma de las partes. Muy por el contrario, ofrecen una visión del par todo-partes en clave de suplementariedad: siempre hay un exceso/excedente que pone cuestión la plenitud de la totalidad, de las partes y de su vínculo.

³⁶⁵ Que la decisión sea arbitraria no significa que se produzca *ex nihilo*. No surge “en la nada”, sino en una superficie de emergencia sedimentada que la condiciona, aunque nunca totalmente. Como señala Laclau, que la decisión sea arbitraria y surja en una estructura indecible (es decir, que no tiene fundamento último y, por tanto, es ella también parcial y arbitraria) “solo significa que el que la toma no puede ligarla de modo necesario a un motivo *racional*, pero esto no significa que la decisión no sea *razonable* – es decir, que un conjunto acumulado de motivos (...) no la hagan preferible a otras decisiones.” (Laclau, 2000, pág. 47)

³⁶⁶ La pregunta por el vínculo entre política y responsabilidad no es nueva. Por caso, Weber advertía sobre la centralidad de la ética de la responsabilidad en el ejercicio de la actividad política y señalaba que era una de las grandes diferencias entre el político y el técnico. Dicha ética implica, precisamente,

un fundamento último (por lo que tampoco puede ser *inevitable*), ¿quién responde por ella y por sus consecuencias³⁶⁷? La pregunta por la politicidad subyace a todos estos aspectos³⁶⁸ y es en esta senda que creemos que esta investigación debe continuar su curso.

“tener en cuenta las *consecuencias* previsibles de la propia acción.” (Weber, 1979, pág. 164) Las diferencias epistemológicas y teóricas entre autores que hemos referido no nos impiden identificar el punto compartido, sino profundizar en su estudio comparativo.

³⁶⁷ Lejos del decisionismo schmittiano, Hannah Arendt desarrolló tres de sus conceptos clave pero en relación a la política y su vínculo con la temporalidad: dada la irreversibilidad y la impredecibilidad de la *acción política*, el *perdón* permite redimirnos respecto lo hecho en el pasado y la *promesa*, plantar “islas de seguridad” hacia futuro, cuyo horizonte (es decir, las consecuencias de acción) es inseguro. (Arendt, 2008)

³⁶⁸ Uno de los teóricos más importantes de la *decisión* vincula su politicidad a la cuestión de la responsabilidad: “un dominio sobre los hombres fundado en bases económicas debe aparecer como un terrible engaño precisamente si se mantiene como no político, puesto que en tal caso, se despoja de toda responsabilidad y evidencia política.” (Schmitt, 1991, pág. 74). Aunque en este fragmento Schmitt polemiza, principalmente, con el liberalismo como corriente de pensamiento fundada “en bases económicas”, abre un interrogante que la excede.

Fuentes

Publicaciones periódicas

- Periódico *La Nación*; ediciones correspondientes al período comprendido entre el 10/12/1999 y 20/12/2001. (Se incluyó versión *La Nación online*). Formato digital *online*: www.lanacion.com.ar
- Periódico *Clarín*; ediciones correspondientes al período comprendido entre el 10/12/1999 y 20/12/2001. Formato digital *online*: www.clarin.com.ar
- Periódico *Página/12*; ediciones correspondientes al período comprendido entre el 10/12/1999 y 20/12/2001. Formato digital *online*: www.pagina12.com.ar
- Periódico *Perfil*, edición del 27 de mayo de 2016. Formato digital *online*: www.perfil.com

Fuentes oficiales:

- Informe Económico N° 32 (1999) del Ministerio de Economía. Formato digital *online*. Disponible en: <https://www.economia.gob.ar/informe/informe32/introduccion.htm>
- Informe “Incidencia de la pobreza en los aglomerados urbanos. Mayo de 2001” (19/02/2002), Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (a partir de datos de la Encuesta Permanente de Hogares 2001). Formato digital *online*. Disponible en: https://www.indec.gov.ar/nuevaweb/cuadros/74/pob_tmay01.pdf
- Cuadro “Evolución de las tasas de actividad, empleo, desocupación y subocupación (1974-2003)”. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. Formato digital *online*. Disponible en: <https://www.indec.gov.ar/ftp/cuadros/menusuperior/archivo/shempleo1.xls>.

Otros documentos:

- Documento “Carta a los Argentinos”. Formato digital *online*. Disponible en: <http://www.historiaydoctrinadelaucr.com/2011/07/ucr-frepaso-carta-los-argentinos-10-de.html>
- *Spots* de campaña de la fórmula Fernando De la Rúa/Carlos Álvarez, elecciones presidenciales 1999. Disponibles *online* en: <https://www.youtube.com/watch?v=WW38rkYjLcM>,

<https://www.youtube.com/watch?v=51ArsAj5fbc> y

<https://www.educ.ar/recursos/118969/audios-de-la-campana-electoral-de-1999>

• *Spots* de campaña de la fórmula Eduardo Duhalde/Ramón Ortega elecciones presidenciales 1999. Disponibles online en:

<https://www.educ.ar/recursos/118969/audios-de-la-campana-electoral-de-1999>

• Documento “Construyamos otro modelo”; versiones de mayo y noviembre del 2000. Formato papel; panfleto original disponible en papel en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas/CeDIInCI.

• Cadenas nacionales del presidente Fernando De la Rúa, disponibles en formato digital audiovisual: 1) cadena nacional 09/06/00: <https://www.youtube.com/watch?v=Ixe7HQ4jqAY>; 2) anuncio “blindaje” 22/12/00: https://www.youtube.com/watch?v=DE_SkQKh11Y; 3) cadena nacional 01/11/01: <https://www.youtube.com/watch?v=6a7XcogoLuQ>; 4) cadena nacional declaración estado de sitio 19/12/01: <https://www.youtube.com/watch?v=h67HpxqQ7Hg>

Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.
- Aboy Carlés, G. (2013). "De lo popular a lo populista o el incierto devenir de la plebs". En G. Aboy Carlés, S. Barros, & J. Melo, *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo* (págs. 17-40). Los Polvorines (Buenos Aires): UNGS-UNDAV.
- Amossy, R. (2005). "Aportes para una distinción: dialogismo vs polifonía en el análisis argumentativo". En J. (. Bres, *Dialogisme et polyphonie. Approches linguistiques*. Bruselas: Duculot.
- Anscombe, J., & Ducrot, O. (1994 (1983)). *La argumentación en la lengua*. Madrid: Gredos.
- Arditi, B. (2003). "Post-hegemonía: la política fuera del paradigma post-marxista habitual". *Contemporary politics*, 13(3).
- Arnoux, E. d. (2004). "El discurso peronista frente a la crisis institucional de 2001". *Lenguas, Literaturas y Sociedad en la Argentina. Diálogos sobre la investigación en Argentina, Uruguay y países germanófonos*.
- Arnoux, E. d. (2006). "Las fronteras políticas: "socialismo del siglo XXI" y capitalismo en la profundización del proceso venezolano (Hugo Chávez, 2004-2008)". *Revista La Rivada*, 1(1).
- Arnoux, E. d. (2013). "La construcción de objeto discursivo 'el pueblo de la plaza pública' en la 'Historia de Belgrano y de la independencia argentina' de Bartolomé Mitre". En E. d. Arnoux, *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires: Santia.
- Aronskind, R. (2003). "La larga recesión argentina 1998-2002" (Documento de Trabajo N°3). Buenos Aires: CESP.A.
- Aronskind, R. (2007). *Riesgo País. La jerga financiera como mecanismo de poder*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Authier-Revuz, J. (1984). "Hétérogénéité(s) énonciative(s)". *Langages*, 19(73), 98-111.
- Bajtin, M. (1979). *Estética de la creación verbal*. Madrid: Siglo XXI.
- Balsa, J. (2017). Formaciones y estrategias discursivas, y su dinámica en la construcción de la hegemonía. Propuesta metodológica con una aplicación a

las disputas por la cuestión agraria en la Argentina de 1920 a 1943. . *Papeles de Trabajo*.

- Barros, S. (2006). "Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista". *Estudios Sociales*, 30(1), 145-162.
- Barros, S. (2013). "Despejando la espesura. La distinción entre identificaciones populares y articulaciones políticas populistas". En G. Aboy Carlés, J. Melo, & S. Barros (Edits.), *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo*. Buenos Aires: UNGS-UNdAv.
- Barros, S. (2013). "Notas sobre los orígenes del discurso kirchnerista". En J. Balsa (Ed.), *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*. Buenos Aires/Bernal: Ediciones del CCC – Universidad Nacional de Quilmes.
- Basualdo, E. (2006). *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: FLACSO - Siglo XXI.
- Biglieri, P. y Perelló, G. (2003). "Los caceroles: antagonismo y crisis en diciembre de 2001". Trabajo presentado en el VI Congreso Nacional de Ciencia Política (Universidad Nacional de Rosario).
- Biglieri, P. y Perelló, G. (2007). *En el nombre del pueblo. La emergencia del populismo kirchnerista*. (P. Biglieri, & G. Perelló, Edits.) Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Bonvecchi, A. (2006). "Determinismo y contingencia en las interpretaciones políticas de la crisis argentina". *Revista SAAP*, 2(3).
- Botana, N. y. (1997). *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*. Buenos Aires: Ariel.
- Bourdieu, P. (1985). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal.
- Cané, M. (2017). "Lo político en Ernesto Laclau. Sobredeterminación y pluralidad en la constitución de las identidades políticas.". *Revista de filosofía y teoría política*, 48.
- Cané, M. y Montero, A.S. (2017 [en prensa]). "Claves de lectura sobre la crisis argentina del año 2001. La encrucijada de las ciencias sociales". *Studia Politicae*.
- Canelo, P. (2003). "¿Dónde está el enemigo? La rearticulación menemista de los clivajes políticos y la disolución del antagonismo social. Argentina, 1989-1995. *Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe*, FLACSO.

- Canelo, P. (2010). "Son palabras de Perón. Continuidades y rupturas discursivas entre peronismo y menemismo". En A. Pucciarelli, *Los años de Menem*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Castellani, A. ; Szkolnik, M. (2005). "'Devaluacionistas' y 'dolarizadores'. La construcción social de las alternativas propuestas por los sectores dominantes ante la crisis de la Convertibilidad. Argentina 1999-2001". *Xº Jornadas Interescuelas*. Santa Fe: UNR.
- Castellani, A., y Serrani, E. (2011). Reformas estructurales y acumulación privilegiada del capital. El caso del mercado petrolero argentino durante los años noventa. En A. (. Pucciarelli, *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Casullo, N. (Ed.). (2003). *Revista Confines(12)*. Buenos Aires.
- Cerdeiras, R. (Ed.). (2003). *Revista Acontecimiento(24-25)*. Buenos Aires.
- Cheresky, I. (2002). "Las elecciones nacionales de 1999 y 2001. Fluctuación del voto, debilitamiento de la cohesión partidaria y crisis de representación". *DOCUMENT DE TRAVAIL DE LA CHAIRE MCD(2002-10)*.
- Cheresky, I. (2004). "De la crisis de representación al liderazgo personalista. Alcances y límites de la salida electoral de 2003". En I. Cheresky, & I. Pousadela (Edits.), *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de caso*. Buenos Aires: Biblos.
- Cheresky, I. (2004b). "Elecciones fuera de lo común. Las presidenciales y legislativas nacionales del año 2003". En J. Blanquer, & I. Cheresky (Edits.), *¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada*. Rosario: Homo Sapiens.
- Cheresky, I. (2010). "Representación institucional y autorrepresentación ciudadana en la Argentina democrática". En I. Cheresky (Ed.), *Ciudadanos y política en los albores del siglo XXI* (págs. 301-371). Buenos Aires-Manantial-CLACSO.
- Cherny, N.; Feierherd, N. y Novaro, M. (2010). "El presidencialismo argentino: de la crisis a la recomposición del poder (2003-2007)". *América Latina Hoy. Revista de Ciencias Sociales(54)*, 15-41.
- Colectivo Situaciones (comp.). (2002). *19 y 20: apuntes para el nuevo protagonismo social*. Buenos Aires: Ediciones de mano en mano.
- Courtine, J. (1981). "Quelques problèmes théoriques et méthodologiques ena analyse du discours, a propos du discours communiste adressé aux chrétiens". *Langages(62)*, 9-128.

- Cremonte, J. (2007). "El estilo de actuación pública de Néstor Kirchner". En E. Rinesi, G. Nardacchione, & G. Vommaro (Edits.), *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Buenos aires: Prometeo-UNGS.
- de Diego, J. (2014). "¿Discurso político o politicidad de los discursos? Una propuesta para pensar la relación entre kirchnerismo y prensa". En I. [G. Gindin, *Kirchnerismo, mediatización e identidades políticas: reflexiones en torno a la política, el periodismo y el discurso. 2003-2008*. Rosario: UNR Editora.
- De Ípola, E. (1983). *Ideología y discurso populista*. Buenos Aires: Folios.
- Derrida, J. (1994). "La Différance". En J. Derrida, *Márgenes de la filosofía* (págs. 37-62). Madrid: Cátedra.
- Dikenstein, V.; Gené, M. (2014). "De la creación de la Alianza a su vertiginosa implosión. Reconfiguraciones de los elencos políticos en tiempos de crisis". En A. Pucciarelli, & A. (. Castellani, *Los años de la Alianza. La crisis del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ducrot, O. (1988a). *"Polifonía y argumentación"*. Cali: Universidad de Valle - Cali.
- Ducrot, O. (1988b). "Topoï et formes topiques". *Bulletin d'études de linguistique française, N° 22*. Tokyo: *Japanese Society of French Linguistics (disponible online en: <http://ci.nii.ac.jp/naid/110009509562/en>)*.
- Ducrot, O. (2001). *El decir y lo dicho*. Buenos Aires: Edicial.
- Fair, H. (2008a). La función del significante 'convertibilidad' en la articulación discursiva de la identidad menemista. *Question*(1).
- Fair, H. (2008b). El rol del Plan de Convertibilidad en la consolidación de la hegemonía menemista. *Ciencias Sociales online*.
- Fair, H. (2016). "Las principales fuerzas políticas durante la crisis del modelo de Convertibilidad de diciembre de 2001. Posicionamientos políticos, disputas públicas e impacto hegemónico". *Revista Perspectivas de Políticas Públicas*(Año 6 N° 11 (julio-diciembre 2016)), 147-178.
- Fair, H. (2016). Las principales fuerzas políticas durante la crisis del modelo de Convertibilidad de diciembre de 2001. Posicionamientos políticos, disputas públicas e impacto hegemónico. *Revista Perspectivas de Políticas Públicas*(Año 6 N° 11 (julio-diciembre 2016)), 147-178.
- Foucault, M. (2007). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Freytes Frey, C. (2006). *Medios de comunicación, intelectuales y política: la estructuración de la comunicación política en el ocaso del régimen de Convertibilidad (Argentina 2001-2002) (Tesis para optar por el grado de Magíster - FLACSO/Argentina)*. Buenos Aires.
- Giménez, S. (2007). "El cajón de Herminio finalmente fue para el Partido Justicialista" (Tesis para la obtención del grado de Licenciado en Sociología). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.
- Grize, J. (1993). "Logique naturelle et représentations sociales". *Papers on social representations*, 2.
- Grosso, A. (2009). *Los dos príncipes. Juan D. Perón y Getulio Vargas: un estudio comparado del populismo latinoamericano*. Villa María: Eduvim.
- Grupo 12. (2002). *Del fragmento a la situación. Notas sobre la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Edición del Grupo 12.
- Gutiérrez Vidrio, S. (2003). "Representaciones sociales, argumentación y lógica natural". *Anuario de Investigación* 2003, 220-235.
- Heredia, M. (2011). "La hechura de la política económica. Los economistas, la Convertibilidad y el modelo neoliberal". En A. Pucciarelli, *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Heredia, M. (2014). "'No se puede pensar la muerte'. Los economistas y sus dilemas ante la crisis de la convertibilidad. En A. Pucciarelli, & A. Castellani, *Los años de la Alianza. La crisis del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2005). "Lo simbólico, lo imaginario y lo real". En *De los nombres del padre*. Buenos Aires: Paidós.
- Laclau, E. (1986). "Hacia una teoría del populismo". En E. Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Laclau, E. (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- Laclau, E. (2000). "Parte I. Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo". En E. Laclau, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Laclau, E. (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Laclau, E. (2009). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Laclau, E. (2010). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2010). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: FCE.
- Lewkowicz, I. (2002). *Sucesos argentinos. Cacerolazo y subjetividad postestata*. Buenos Aires: Paidós.
- Lorenc Valcarce, F. (2002). Levy, B.(comp.). En p. d. "Agenda política, Crisis y conflicto en el capitalismo latinoamericano: Lecturas políticas". Buenos Aires: CLACSO.
- Maldidier, D. (1992). "La inquietud del discurso. Un trayecto en la historia de los análisis del discurso: el trabajo de Michel Pêcheux". *Signo&seña*(1), 200-213.
- Manin, B. (1998). *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza.
- Marchart, O. (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires: FCE.
- Marx, K. (2008). Prólogo. En K. Marx, *Contribución a la crítica a la economía política*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Mauro, S. (2012a). "La tematización de la corrupción como clivaje de la política argentina en los noventa". *Estudios Sociales*, XX(40), 69-95.
- Mauro, S. (2012b). "Coaliciones sin partidos. La ciudad de Buenos Aires luego de la crisis de 2001". *Revista de Ciencia Política*, 50(1), 145-166.
- Milner, J. (2007). *Las inclinaciones criminales de la Europa democrática*. Buenos Aires: Manantial.
- Mocca, E. (2002). "Defensa de la política (en tiempos de crisis)". En M. Novaro, *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad*. Buenos Aires: Norma.
- Montero, A. (2012). "Significantes vacíos y disputas por el sentido en el discurso político: un enfoque argumentativo". *Identidades*, 1-25.
- Montero, A. (2012). *¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Montero, A. (2012a). *¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Montero, A. (2012b). "Significantes vacíos y disputas por el sentido en el discurso político: un enfoque argumentativo". *Identidades*, 1-25.

- Mouffe, C. (1991). "Hegemonía e ideología en Gramsci". En *Antonio Gramsci y la realidad colombiana* (págs. 167-227). Bogotá: Ediciones Foro Nacional por Colombia.
- Mouffe, C. (2011). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Muñoz, M. (2010). *Sísifo en Argentina. Orden, conflicto y sujetos políticos*. Villa María: Eduvim / Plaza y Valdés.
- Muñoz, M.A. y Retamozo, M. (2008). "Hegemonía y discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de pueblo en la retórica de Néstor Kirchner". *Revista Perfiles Latinoamericanos*(31 (enero-junio)).
- Mustapic, A. (2005). "Inestabilidad sin colapso. La renuncia de los presidentes: Argentina en el año 2001". *Revista Desarrollo Económico*, 15(178), 263-280.
- Negri, A. [et al.]. (2003). *Diálogo sobre la globalización, la multitud y la experiencia argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Negri, A. (2003). "Toni Negri en Buenos Aires. Videoconferencia realizada el 14 de diciembre de 2002 en el Centro Cultural San Martín, Buenos Aires, Argentina". En A. [Negri, *Diálogo sobre la globalización, la multitud y la experiencia argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Negri, A.; Cocco, G.; (2003). "El trabajo de la multitud y el éxodo constituyente o el "quilombo" argentino". En N. A. al], *Diálogo sobre la globalización, la multitud y la experiencia argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Novaro, M. (2002). "Presentación: lo evitable y lo inevitable de la crisis"; "La Alianza, de la gloria del llano a la debacle del gobierno". En M. Novaro (Ed.), *El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad* (págs. 9-105). Buenos Aires: Norma.
- Novaro, M. (2006a). "Izquierda y populismo en Argentina: del fracaso del Frepaso a las incógnitas del kirchnerismo". En P. Pérez Herrero, & P. P. Herrero (Ed.), *La izquierda en América Latina* (págs. 115-190). Madrid: Instituto Universitario Ortega y Gasset - Fundación Pablo Iglesias.
- Novaro, M. (2006b). "La crisis de la convertibilidad"; "Derrumbe y recomposición". En M. Novaro, *Historia de la Argentina contemporánea. De Perón a Kirchner* (págs. 265-310). Buenos Aires: Edhasa.
- Pérez, G. (2008a). "Genealogía del quilombo. Una exploración profana sobre algunos significados del 2001". En S. Pereyra, G. Pérez, & F. Schuster (Edits.), *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados post crisis del 2001*. La plata: Ediciones Al margen.

- Pérez, G. (2008b). "Lazo social, 2001 y después". *Cuadernos de Investigación de a.d.u.m.*(5).
- Pérez, G. (2013a). "19 y 20 D (2001). Quilombo y política". (F. d.-U. Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Ed.) *Revista Observatorio latinoamericano. Dossier "30 años de democracia"*(12 (noviembre 2013)).
- Pérez, G. (2013b). "El quilombo y la huella. Dimensiones sociopolíticas del disloque". En S. V. Pereyra, S. Pereyra, G. Vommaro, & G. Pérez (Edits.), *La grieta: política, economía y cultura después de 2001*. Buenos Aires: Biblos.
- Pousadela, I. (2006). *Que se vayan todos. Enigmas de la representación política*. Buenos Aires: Capital intelectual.
- Pucciarelli, A. (2006). *El poder de la democracia o la democracia del poder. Economía y política durante el gobierno de Alfonsín*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pucciarelli, A. (2011). *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pucciarelli, A.; Castellani, A. (2014). "Introducción. Los años de la Alianza: transformación de la crisis de acumulación en crisis orgánica". En A. Pucciarelli, y A. Castellani, *Los años de la Alianza. La crisis del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rancière, J. (2010). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rapoport, M. (2005). *Historia economía, política y social de la Argentina (1880-2003)*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Rinesi, E. y Vommaro, G. (2007). "Notas sobre la democracia, la representación y algunos problemas conexos". En E. Rinesi, G. Nardacchione, & G. Vommaro (Edits.), *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Prometeo-UNGS.
- Scillamá, M. (2007). "La tristeza de la ciencia política y los límites del autonomismo para pensar el diciembre argentino". En E. Rinesi, G. Nardacchione, & G. Vommaro (Edits.), *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Prometeo-UNGS.
- Sigal, S., & Verón, E. (2014). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Sitri, F. (1996). "Interdiscours et construction de l'objet de discours". *Linx*(8).

- Sitri, F. (2006). "La construction des objets de discours à la lumière de la thématization : les constituants thématiques multiples". *Linx*(55).
- Sitri, F. (2006). "La construction des objets de discours à la lumière de la thématization : les constituants thématiques multiples". *Linx*(55).
- Slipak, D. (2005). "*Entre límites y fronteras: articulaciones y desplazamientos en el discurso político de la Argentina pos crisis (2002-2004)*"). Informe final del concurso: *Partidos, movimientos y alternativas políticas en América Latina y el Caribe*. . Buenos Aires: CLACSO.
- Svampa, M. (2000). "La transformación de las identidades sociales". En M. Svampa, & M. Svampa (Ed.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos-UNGS.
- Svampa, M. (2004). "Relaciones peligrosas". *El Rodaballo* N° 15.
- Svampa, M. (2006a). "A cinco años del 19/20 de diciembre" (conferencia) Disponible en <http://www.maristellasvampa.net/archivos/ensayo35.pdf>.
- Svampa, M. (2006b). "Argentina, el retorno a la normalidad". *Freitag*.
- Svampa, M. (2007). "Las fronteras del Gobierno de Kirchner: entre la consolidación de lo viejo y las aspiraciones de lo nuevo". *Cuadernos del CENDES*, 24(65).
- Svampa, M. (2008). "Argentina: Una cartografía de las resistencias (2003-2008). Entre las luchas por la inclusión y las discusiones sobre el modelo de desarrollo". *Revista OSAL*(24).
- Svampa, M. (2009). "Prólogo". En C. Korol, & R. Longo, *Criminalización de la pobreza y de la protesta social*. Editorial El Colectivo.
- Svampa, M. (2011). "Argentina, una década después. Del «que se vayan todos» a la exacerbación de lo nacional-popular". *Nueva sociedad*(235).
- Svampa, M.; Pereyra, S.:. (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Torre, J. (2003). "Los huérfanos de la política de partidos Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria". *Revista Desarrollo Económico*(42 (enero-marzo 2003)), 647–665.
- Verón, E. (1985). "El discurso tecnocrático". *Le corps du president (Traducción de la cátedra de "Cultura y lenguajes políticos" Ques-Sagol, Carrera de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires)*. mimeo.

- Verón, E. (1987). "La palabra adversativa". En E. Verón, & L. Arfuch, *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.
- Yrigoyen, H. (1981). *Mi vida y mi doctrina*. Buenos Aires: Leviatán.
- Zaccari, V. (2015). "Designar y significar. Polémicas en torno al "socialismo indoamericano" de José Carlos Mariátegui". En E. d. Arnoux, *Discurso y política en Sudamérica*. Buenos Aires: Biblos.